823

R583cSPm

LIBRARY
OF THE
UNIVERSITY
OF ILLINOIS

823
R583cSPm
v. 1

OSCAR Y AMANDA,
Ó LOS DESCENDIENTES
DE LA ABADIA.

TOMO I.

OSCAR Y AMANDA,

Ó LOS DESCENDIENTES

DE LA ABADIA.

OBRA ESCRITA EN INGLES

POR MISS REGINA MARIA ROCHE.

PUESTA EN CASTELLANO

POR D. CARLOS JOSE MELCIOR.

ADORNADA CON SEIS
ESTAMPAS LITOGRAFICAS, Y PUBLICADA POR

SIMON BLANQUEL.

MEXICO.—1854.

*Se vende en la librería del editor, calle del Teatr
Principal número 1.*

Imprenta de ANDRES BOIX,
Bajos de S. Agustin n.º 6.

823

R583c SPm

v. 1

EL EDITOR:

La célebre novela titulada *Oscar y Amanda, ó los descendientes de la Abadía*, escrita en inglés por Miss Regina María Roche, y traducida al español por D. Cárlos José Melcior, ha sido recibida con tanta aceptacion por el público, que despues de consumidos cuantos ejemplares vinieron, aun son muchas las personas que diariamente la solicitan.

Por una desgracia, dicha traduccion, que se imprimió en Barcelona en el año de 1818, se halla en extremo deslucida, no solo por los innumerables yerros de imprenta, sino lo que es mas, por las continuas equivocaciones de ortografia

y faltas de sintáxis y de propiedad y pureza de language, de que se encuentra plagada.

Todos estos defectos se han procurado enmen-
dar cuidadosamente en esta edicion mejicana.
Ella tiene tambien la recomendacion de ir ador-
nada con seis estampas, que le he hecho poner
en obsequio de las personas que encuentran un
gusto en ver representadas unas escenas que no
han podido leer sin un sumo interes.

Acerca del mérito intrínseco de la obra, nada
debo decir, pues tan notoriamente es conocido.
Siendo muchas las producciones de esta misma
especie que escribió con el mayor aplauso Miss
Regina María Roche, y que han correspondido
dignamente á su reputacion literaria, es la pre-
sente, segun el dictámen de un sabio, en la que
se ha captado con mas generalidad los votos de
la admiracion.

OSCAR Y AMANDA,

Ó LOS DESCENDIENTES

DE LA ABADIA.

CAPITULO I.

YO te saludo, dulce asilo de mi infancia; bajo tu humilde techo habitan la dicha y la tierna humanidad que oculta el bien que ha hecho. Y vosotros, árboles venerables, prestadme aún el abrigo que ha cubierto los placenteros juegos de mis primeros años, cuando sin inquietud y sin cuidados, semejante á las aves que pueblan vuestra frondosidad, veia alegremente correr mi vida, y no habia aún conocido la desdicha: aquí á lo menos estaré á cubierto de la malignidad de los hombres, y aun cuando no sea feliz, estaré por lo menos tranquila: podré esperar en paz que

pase la tormenta del infortunio, y que se vuelvan á abrir los brazos de mi padre para recibirme.

Tales eran los sentimientos que espresaba Amanda, al momento que la silla que habia alquilado en el pueblo inmediato, dejando la diligencia, entraba en un pequeño camino sombreado por los grandes y verdes árboles, cuyas ramas enlazadas apenas le dejaban divisar la pequeña casa de su ama de leche, á la puerta de la cual ella llegaba.

Una multitud de tiernas memorias, viniendo á asaltarla á la vez, la pusieron casi en estado de no poder bajar de la silla. Pero la nodriza y su marido, que la esperaban con impaciencia, la recibieron en sus brazos. La primera, penetrada de su tierna aficion, la colmaba de caricias, ínterin que Edwin besaba respetuosamente su mano, y dejaba ver en sus ojos bañados de lágrimas una alegría que no podia explicar. ¡Buen Dios, decia, qué mudanza en tan cortos años! me parece que ha pocos dias que llevaba en mis brazos esta amable criatura. Le preguntó cómo se hallaba su querido capitán y M. Oscar, el cual sin duda se habria hecho un hermoso jóven. Amanda, con los ojos húmedos, y la sonrisa en los lábios, se esforzaba á responderle; pero estaba tan vivamente penetrada de los sentimientos de esta buena gente, que no se hallaba en estado de satisfacer á sus preguntas; y cuando el marido se puso á ayudar al jóven que acompañaba á Amanda á descargar la silla, ella dejó caer su cabeza sobre el seno de su ama de leche, que la sostuvo en sus brazos. Mi querida y buena nodriza, le dijo con una voz interrumpida, vuestra pobre hija viene aún á buscar un asilo cerca de vos.—Y yo la recibo, dijo la buena mujer llorando de alegría; yo la recibo de todo mi corazon. He tenido cuidado de prepararos un aposento tan propio, tan cómodo y tan bien arreglado, que no se desdeñaria de alojarse en él la mas grande señora del país. Aquí teneis dos jóvenes, dispuestas como yo á serviros y obedeceros; esta es Elena, vuestra hermana de leche, y aquella es Betzy, la que dejásteis en la cuna cuando os separásteis de nosotros.

Tengo aún, si me es permitido decirlo, mis dos hijos, tan hermosos como hayais visto jamas. Han ido á trabajar en casa del labrador nuestro vecino; pero volverán aquí al momento. Gracias á Dios somos felices, aunque obligados á ganar nuestro pan: pero esto aun es mejor, pues el trabajo lo sazona, y nosotros con él disfrutaremos la salud y la dicha.

Amanda abrazó tiernamente á las dos jóvenes, cuyos semblantes respiraban la salud y la alegría. La condujeron á una pequeña sala, donde habia un cuarto de dormir, uno y otro reservado para su uso. La sala estaba con una propiedad agradable; la chimenea guarnecida de flores, y de tazas de té rajado puestas de muestra. Tras la puerta habia un reloj; y se veia arreglada en un armario de ébano una grande porcion de bajilla, la mas hermosa que proporcionaba el país.

La nodriza, empezando á ejercer su hospitalidad, dejó á Amanda para preparar la comida.—El pollo estará bien pronto cocido, decia ella: Elena ataba los espárragos, y Betzy ponía los nabos: Edwin sacó de su mejor sidra, y habiéndola puesto sobre la mesa, se retiró á la cocina para entretener al compañero de viaje de Amanda, á quien habia servido ya cuanto tenía de mejor.

La comida fué con bastante prisa dispuesta para Amanda; estaba ella demasiado agitada para poder comer, y aunque obligada por los testimonios del mas tierno interes, no hacían mas que acrecentar su agitacion.

Herido el corazon por la magnitud de los hombres, ó víctima de una cruel opresion, puede exaltarse á un grado de fuerza extraordinaria, y por decirlo así, sobrenatural; mas esta insensibilidad aparente se desvanece á la voz de la bondad que viene á tomar parte en las penas; como el yelo se derrite al suave calor de los primeros rayos del sol de la primavera, lágrimas de reconocimiento y sensibilidad atestiguan que ha cedido al mas dulce de los sentimientos: lágrimas preciosas, cuyo origen son los afectos sociales, y las cuales solo pueden verter los buenos.

Los hijos de la nodriza llegaron luego de su trabajo;

eran dos jóvenes bien hechos y vigorosos. Habian sido estos compañeros de la infancia y de los juegos de Amanda; ella los recibió con una dulce y tierna afabilidad.

Sucedió esto poco tiempo despues que Amanda habia perdido la dicha doméstica, y las dulzuras de la vida campestre, de que habia hasta entonces disfrutado con placer, y de la cual sentia mas que nunca el precio; y si su padre hubiese estado con ella, nada habria faltado á su felicidad.

Era entonces mediados de Junio, y la campiña estaba en toda su belleza. La habitacion de Edwin era una quinta cómoda y bien provista, situada al Norte del país de Gales. Las vistas pintorescas de que abunda esta provincia, convenian perfectamente con las disposiciones de Amanda, que era infinitamente sensible á los encantos y grandeza de escenas de esta naturaleza. El frente de la casa estaba enteramente entapizado de madreselva y para vírgen, y el camino verde de que se ha hecho mencion poco ha, formaba la avenida sombreada por grandes árboles que llegaban hasta la puerta. Uno de los lados de la casa daba sobre un profundo valle, girando entre dos laderas revestidas del mas rico verdor; un claro riachuelo corria en el fondo, esparciendo un saludable frescor sobre sus bordes, donde pacian los ganados del pueblo, é iba mas abajo á dar movimiento á un molino. Por el otro lado se veian ricos pastos terminados por un espeso bosque; muchos edificios de casas de campo; un pequeño pueblo, cuyas casas estaban sembradas con irregularidad aquí y allá; un campanario de una iglesia, y un hermoso castillo de construccion antigua, cuyas torres se levantaban con nobleza sobre los árboles de que estaba circuido.

El patio, colocado á la espalda de la casa, se hallaba bien provisto de aves caseras de toda especie, y de instrumentos de todo género para las labores del campo. Estaba separado del jardin por una palizada, guarnecida de madreselvas y rosales. El jardin estaba dividido entre un terreno destinado al cultivo de las flores, algunas hileras de árboles frutales y hortalizas; estaba al pié de una altu-

ra escarpada, cubierta de flores amarillas y purpúreas, de tomillos y otras yerbas olorosas, donde se veían tres ó cuatro cabras, tan presto pacer y tan presto dar saltos con su caprichosa ligereza. Una agua clara como el cristal descendía de la montaña, y despues de haber corrido los rodeos de un tierno bosque, llevaba su murmullo y sus aguas al valle. Debajo de una punta formada por las rocas, habia una gruta entapizada naturalmente de moho, cuya entrada estaba hermoseada, y medio oculta por una gran variedad de arbustos en flor.

Amanda habia conservado solo una imperfecta memoria de estos objetos, tal como la que conservamos de un sueño agradable, que no podemos contar, sin embargo de habernos dejado impresiones dulces.

Circunstancias particulares la acababan de arrancar del lado de su padre para buscar su seguridad en esta mansion de sencillez y de paz. Sus temores se disipaban; pero al mismo tiempo se aumentaba la dulce melancolía de su alma, cuando se hallaba en el mismo lugar en el que su desgraciada madre habia acabado sus dias dándola á la luz.

Tenia entonces Amanda diez y nueve años. No se intentará pintar sus facciones y su persona, porque no se podria dar una justa idea de los encantos, dulzura y sensibilidad de las unas, y de la elegancia, gracias y bellas proporciones de la otra.

El dolor habia oscurecido los vivos colores de su tez. Las desgracias de su padre oprimian su corazon, y esta flor se aniquilaba juntamente con el árbol que le servia de apoyo. Afligido su padre del penoso estado de su hija, la envió al país de Gales, no tanto por su salud como por su seguridad. Se la ordenó la leche de cabra y un ejercicio moderado; pero ella estaba firmemente persuadida de que solo el fin de las desgracias de su padre podia restablecerla.

Aunque las rosas de sus mejillas estuviesen pálidas, y el brillo de sus ojos oscurecido, con todo, ella era mas que interesante. Era preciso estar despojado de toda sensibi-

lidad para verla sin conmoverse, pues su figura era del pequeño número de aquellas que atan y fijan las miradas, y que hacen suceder á la ojeada de la admiracion, la agitacion del sentimiento. En fin, su espíritu y su alma eran dignos de su belleza, de la que la vista podia juzgar.

Ella se reparó de su abatimiento, para espresar su gratitud á sus humildes y bienhechores amigos. Su llegada fué una fiesta para la quinta; los vasos fueron sacados del armario, y á ruegos de Amanda se aprontó la merienda en la gruta del jardin. Mistriss Edwin siguió á la familia, llevando una torta caliente para dar á probar de ella á la mitad de la parroquia.

La escena era deliciosa y bien dispuesta para desterrar toda tristeza, escepto la que da la desesperacion. Amanda dejó disipar la suya, pues tenia demasiada religion para no conservar siempre la esperanza, y en medio de sus disgustos, ponía siempre su confianza en aquel Sér Supremo, bueno y todopoderoso, que ha prometido no abandonar al justo en su adversidad.

Amanda disfrutaba de la inocente alegría de sus huéspedes, de sus chanzas sencillas, y de su risa jovial, pues una alma benéfica es feliz en la dicha de los otros. La caida del sol parecia dar mayor realce á toda la escena. El balido de los ganados era repetido por los ecos de las vecinas montañas. Los alegres cantos de los paisanos eran llevados por el viento fresco de la tarde, esparciendo los perfumes que se elevaban de las camas de flores por las cuales habia pasado. Las abejas laboriosas, habiendo acabado sus trabajos diarios, volvian susurrando á sus colmenas: no habia, como dice Thomson, un árbol, un arbusto, ni una mata que no fuese prodigio de armonía. En fin, para completar la escena, un tocador de arpa, ciego, que vivia de esta habilidad corriendo el país en el verano, habiendo entrado en el jardin y despues de haber merendado á satisfaccion con manteca, queso y cerveza, empezó á tocar.

La aparicion del viejo músico, la melodía simple y dulce de su arpa, trajeron á la memoria de Amanda los cuen-

tos del tiempo pasado, que muchas veces habian hecho sus delicias. Ella se remitia á los tiempos antiguos en que los bardos celebraban los héroes que habian cesado de existir, en que los espíritus de aquellos de quienes cantaban sus hechos, venian llevados por los furiosos vientos, á oir con alegría la relacion de sus hazañas. Se acordaba de este bello pasage de Osian, donde el viejo rey de Morven exclamaba: ¡Algunos de mis héroes han muerto! oigo el sonido de la muerte salir del arpa: ¡Osian, toca aún la cuerda retumbante, manda salir al dolor! Entonces Osian toca el arpa en presencia del rey. Los sonidos eran lastimeros y graves: acercaos, llevados sobre vuestras nubes, espíritus de mis padres; acercaos, dejad los sangrientos caminos por donde habeis llevado el terror: recibid entre vosotros al gefe que cae, sea que venga de lejanas tierras, ó que se levante enmedio de las olas del mar irritado; preparadles sus anublados vestidos, su lanza y espada de un héroe á su lado, hechas de un meteoro semi estinguido; que su aire y su talle sean agradables, á fin de que sus amigos le vean con placer. ¡Acercaos, llevados sobre vuestras nubes, espíritus de mis padres, acercaos!

La solícita nodriza puso fin al dulce entusiasmo que inspiraba á Amanda la situacion en que se encontraba, haciéndola observar que podia estar incomodada por el rocío abundante que empezaba á caer. Ella habria de muy buena gana permanecido mas tiempo en el jardin; pero cedió á los deseos de Mistriss Edwin, y volvió á la casa. Quiso ella tambien retirarse, y despues de una ligera cena de frutas y crema, las únicas viandas que se le pudo obligar á tomar, subió á su aposento acompañado de la nodriza y de sus dos hijas, creyendo estas que el servicio de las tres le era necesario, y de las que Amanda no pudo conseguir sino con dificultad que la dejaran sola.

Vuelta en sí Amanda, fué asaltada de una especie de miedo mezclado de ternura y respeto, viéndose en el mismo aposento en que habia muerto su madre. La memoria de las desgracias que la habian conducido al sepulcro

antes de tiempo, y de las que su padre y ella experimentaban despues de este acaecimiento, y el pensamiento de las que podia aún temer, la hicieron derramar un torrente de lágrimas: se acercó á la cama, y arrodillándose dijo: ¡Oh madre mia, si os es permitido arrojar una mirada sobre esta tierra, escuchad y recoged la oracion humilde de vuestra hija, que implora vuestra proteccion para evitar los lazos tendidos á sus pasos! Sí, continuó ella, este Sér bienhechor que ha velado sobre vos, estenderá su beneficencia y sus cuidados sobre mí, si no me separo del sendero de la virtud. Es, pues, á él á quien dirijo mi fervorosa oracion, para que haga ilusorias todas las tramas maquinadas contra mi inocencia.

Despues de esta oracion fervorosa, sus errantes pensamientos se fijaron, y su agitacion se calmó. La sincera y viva piedad, que sabe derramar un saludable bálsamo en las llagas de la desgraciada humanidad, esparció en su corazon la dulce esperanza que susurraba en sus oidos con estas palabras de consuelo: *tus males acabarán.*

Ella se levantó mas tranquila y mas animosa. Todo dormia en la casa; y no oyendo ningun otro rumor que la péndula de un reloj en el aposento vecino, se puso á la ventana que daba al valle. Estaba alumbrado por los rayos de la luna, que teñian los árboles de una plateada y dulce luz, y hacian distinguir al riachuelo como una línea brillante. Todo estaba tranquilo, y la naturaleza parecia dormir en el seno de la paz. Mientras que ella contemplaba esta escena, un ruiseñor se puso en un árbol vecino, y le hizo oir su dulce y lastimera melodía. Amanda, en fin, se determinó á buscar el sueño, que vino á cerrar sus párpados, y llevarle el olvido de todas sus penas.

CAPITULO II.

Fitzalan, padre de Amanda, descendia de una antigua familia de Irlanda, que habia perdido su riqueza y su lustre mucho antes del nacimiento de este renuevo, que no heredó mas que un nombre ilustre por las grandes acciones de sus antepasados. El padre de Fitzalan vivia de una pequeña plaza que tenia del gobierno, la cual le habia puesto en estado de hacer algunos gastos para dar á su hijo una excelente educacion.

Fitzalan habia perdido su padre y su madre siendo muy jóven. Despues de haber concedido algun tiempo á su dolor, vendió los bienes que tenia recogidos para comprar una comision militar, cuya profesion convenia con sus inclinaciones, y el estado de su fortuna.

La guerra entre la América y la Francia se acababa de declarar, y el regimiento de Fitzalan fué enviado á la América. Los espectáculos que ofrece la guerra, aunque conmovian profundamente la excelente sensibilidad de su alma, en nada amortiguaron su valor; habia heredado al mismo tiempo que su nombre, el ardimiento de sus antepasados.

Tuvo en una ocasion la felicidad de salvar la vida á un soldado inglés. Se encontró en una excursion, en la que su tropa, engañada por los guias, fué sorprendida en un bosque que era menester atravesar enteramente para juntarse al destacamento á que pertenecia. El solo recurso que le quedaba era ganar un pequeño fuerte de donde habia salido; lo que no pudo hacer sino con mucha dificultad, cercados como estaban por los enemigos. En el momento que entraban al fuerte, Fitzalan vió á un pobre soldado herido ya, y atacado por dos indios. Cediendo á una noble compasion, que hace que uno se olvide de sí mismo, Fitzalan volvió á su socorro, y arrojándose entre

él y sus enemigos, mató al uno, y estrechó al otro hasta que el inglés hubo entrado en el fuerte. Esta valerosa accion, en la que habia corrido el mayor riesgo, le aseguró el reconocimiento del soldado, cuyo nombre era Edwin, el mismo que en el dia daba un asilo á su hija.

Edwin en su juventud habia cometido algunas faltas que habian indispuesto á sus padres contra él. Desesperado por haber incurrido en su desgracia, se habia enganchado en un regimiento que estaba de cuartel en la vecindad; pero acostumbrado á una vida cómoda, y á alguna abundancia, no podia amar su nuevo estado. Su reconocimiento por Fitzalan era sin límites; le debia la vida. Habiendo despachado su asistente, Edwin le estrechó á tomarlo á su servicio, y Fitzalan consintió en ello. Amaba el carácter y costumbres de Edwin, y despues de haber oido la historia de sus desgracias, le prometió á su vuelta á Europa dedicarse á congraciarle con sus amigos.

Durante su permanencia en América, Fitzalan obtuvo el grado de teniente; su paga era el solo medio de existir, y por esto su beneficencia se hallaba detenida, dispuesta por otra parte á ceder á los movimientos de una tierna humanidad.

Habiendo vuelto el regimiento á Europa, Fitzalan obtuvo la licencia de Edwin y le acompañó al país de Gales, en donde fué recibido de sus padres con grande alegría. Ellos habian olvidado sus faltas, que nunca se les habian grabado en efecto profundamente, habian perdido durante su ausencia á otros dos hijos, y éste quedaba solo para consuelo de su vejez.

Su jóven amo y protector fué recibido con el mas vivo reconocimiento. Fitzalan vertió lágrimas de alegria y sensibilidad al espectáculo de la satisfaccion de los padres y del arrepentimiento del hijo. El les dejó despues de haber gustado á su lado la dulce felicidad que acompaña y recompensa siempre un acto de humildad, y fué á incorporarse con su regimiento á Escocia, donde fué enviado de cuartel en un fuerte situado en una parte retirada del reino.

Cerca de este fuerte, habia una antigua y hermosa Abadía perteneciente á la familia de Dunreath: estaba situada en un hondo, dominada y circuida por alturas cubiertas de bosques, cuya vecindad daba al edificio el aire de una sombría soledad.

El poseedor de este castillo, el conde de Dunreath, era entonces de una edad muy adelantada. Se habia casado dos veces con la esperanza y deseo de tener un heredero de sus grandes bienes, y las dos veces sus esperanzas se le frustraron. Su primera mujer habia muerto dando á luz una niña; algunos años antes de su muerte, habia tomado bajo su proteccion á una jóven que quedaba sin fortuna por las desgracias de su familia. Despues de la muerte de su protectora, esta jóven se habia retirado á la vecindad en casa de uno de sus parientes. El conde de Dunreath acostumbrado á su sociedad, vió aumentársele su soledad por su separacion. Cedia comunmente á todas sus inclinaciones, y antes de acabarse el tiempo del luto ofreció su mano á la señorita, que no se hizo de rogar para aceptarla.

Hecha dueña de la casa la bella huérfana, desplegó todo su carácter; era vana, insensible y ambiciosa. Su repentina elevacion echó por tierra las barreras que la prudencia y el interes habian puesto hasta entonces á sus pasiones, y tomó bien pronto un prodigioso ascendiente sobre el espíritu del lord. Sabia jugar á maravilla la sonrisa de la complacencia, y el acento del sentimiento.

Olvidando las bondades de su difunta protectora, trataba á la hija de Lady Dunreath con una indiferencia y crueldad, que se aumentó en gran manera cuando ella dió á luz una niña. No podia sufrir la idea de que Augusta su hija, en lugar de heredar todos los bienes, estaria obligada á partir con Malvina las posesiones y caricias de su padre: bien presto consiguió inspirar al Lord indiferencia por su primera hija, y buscó los medios tambien de privarla de su herencia.

Amedrentada la niña por la violencia y severidad de tal madrastra, estaba abatida, y era desgraciada, disposi-

ciones que Lady Dunreath hizo pasar fácilmente en el concepto de su marido por obstinacion y mal carácter. En cuanto á su propia hija, como no hacia mas que su voluntad, y ella se entregaba sin restriccion á toda la alegría de su edad, era para el conde un continuo manantial de diversion. Su madre al mismo tiempo la adiestraba en tributar á su padre todos los pequeños cuidados, y hacerle todas las caricias, que juntas á la gracia de la infancia no pueden dejar de llevarse insensiblemente el afecto de un padre viejo.

De este modo fué Malvina desgraciada antes de conocer el sentido de la palabra *desgracia*; pero á despecho de la envidia y de los malos tratamientos, el estado progresivo de la edad desarrolló en ella todas las gracias de la figura, y todas las calidades del espíritu y del corazon que habian distinguido á su madre. Su aire era noble y elegante, su fisonomía llena de dulzura, y se veia pintada en sus bellos ojos toda la sensibilidad de su alma.

Augusta tenia tambien hermosura, pero estaba desprovista de las gracias y modestia que seducian en Malvina. Aquella no se mostraba jamas sino adornada con mucha afectacion, y sus miradas aseguradas y confiadas, parecian exigir y esperar un universal homenaje.

Los oficiales de la guarnicion del fuerte eran bien recibidos en la Abadía, en la que Lady Dunreath procuraba hacer su mansion agradable, llamando á ella todas las familias vecinas, y los estrangeros que pasaban á sus alrededores.

Lord Dunreath estaba hacia mucho tiempo sujeto á muchas enfermedades que le confinaron al fin á su cuarto; pero aunque debilitado el cuerpo, conservaba aun toda la actividad de su espíritu.

Con motivo de la llegada del regimiento, Lady Dunreath dió un baile, al que fueron convidados los oficiales. Las habitaciones góticas fueron adornadas y alumbradas con magnificencia y gusto. La profusion de luces, la música, los adornos, y la alegría de toda la sociedad dieron una agitacion agradable á Malvina que nunca habia pro-

bado, y sus bellas facciones se animaron con colores mas vivos de lo ordinario.

Las jóvenes herederas fueron bien admiradas de los militares. Malvina, por ser la mayor, abrió el baile con el coronel. Su figura se habia llevado toda la atencion de Fitzalan, el cual no pudo desviar de ella sus miradas, hasta que empuñando Augusta conversacion con él, se vió obligado á prestarle algunos de los homenajes que ella buscaba; y cuando en el discurso del baile tomó la mano de Malvina y la detuvo involuntariamente mas tiempo de lo que era menester, ella se puso colorada, y la tímida mirada que arrojó, desviándose de él hizo en Fitzalan una profunda y dulce impresion.

Cambiando los bailadores de parejas, él procuró aprovechar la primera ocasion que se presentó de serlo de Malvina; la dulzura de su voz, su sencillo y al mismo tiempo elegante lenguaje cautivaron su corazon, como habian seducido sus ojos los encantos de su figura.

Jamas habia encontrado objeto tan amable, y tan atractivo. El no pudo sostener con ella el mismo tono de conversacion viva y brillante que habia tenido con Augusta. Cuando el corazon está fuertemente interesado, no deja al espíritu entera libertad.

Fitzalan era un hombre muy agraciado: á una talla ventajosa y notable por la elegancia y nobleza, se le juntaban hermosas y regulares facciones. La blancura de su frente indicaba la de su cara, antes que la mansion en climas apartados, y los trabajos de la guerra la hubiesen oscurecido. Su fisonomía tenia algo de melancólica; sus ojos anunciaban toda la sensibilidad de su alma, y la sonrisa que jugaba en sus lábios habria hermosado la cara de una mujer bella.

Despues que hubo bailado con Malvina, Augusta se apoderó de él para lo restante de la noche. Ella le encontró el mas agradable de toda la asamblea, y no cesó de procurar atraer su voluntad. La cortesía le impuso la obligacion de responder á sus insinuaciones, y sus compañeros no faltaron á incluirlo en la lista de los adoradores

de Augusta. El fomentó este error; y sufría las chanzas sobre un objeto que le era indiferente, y hablaba tan alegremente como ellos del sitio que era menester poner á esta plaza, para enseñorearse de ella.

Sin embargo, no se hacía ilusion sobre la posibilidad de poder llegar al fin de su verdadera pasión. Veía que se oponían obstáculos insuperables á la posesion de Malvina; pero él tenía demasiada vanidad para quejarse de su destino; y sacudiendo toda melancolía, se mostró así mas amable y mas animado que nunca.

Sus visitas á la Abadía llegaron á ser muy frecuentes. Lady Augusta las tomaba por ella, y fomentaba su continua asistencia. Como su madre la dejaba dueña de sus acciones, tenía constantemente á su tocador oficiales del regimiento. Lady Malvina parecía raras veces á semejante hora del día; ella comunmente se empleaba entonces en hacer alguna lectura á su padre, ó cuando no, seguía en su aposento sus favoritas ocupaciones, ó daba algun paseo entre las rocas de la orilla del mar, que ofrecían aspectos pintorescos. Gustaba mucho de estos solitarios paseos, que le recordaban rasgos de la bondad de su madre, y que la hacían verter lágrimas acordándole la pérdida irreparable que había tenido en ella.

Yendo Fitzalan un día á la Abadía, como tenía de costumbre, y pasando por la galería que conducía al gabinete del tocador de Augusta, puso los ojos sobre dos pequeños retratos de las dos hijas del conde, que un buen artista acababa de concluir, y venía á colocar.

Lady Augusta estaba pintada, recostada con negligencia sobre una cama de césped en una alcoba verde; el ropaje fluctuante de su abierta ropa realzaba su hermosa figura; pequeños cupidos parecían jugar con sus castaños cabellos, y sembrar su cama de rosas.

Lady Malvina estaba pintada, vestida de labradora, sentada sobre una pequeña y verde altura, al pié de la cual corría un limpio riachuelo, entre tanto que su ganado pastaba cerca de ella, y su perro descansaba bajo una grande

encina, cuyas ramas se alargaban sobre la cabeza de la pastora para defenderla de los rayos del Sol.

¡Oh amable retrato! exclamó Fitzalan, y qué bien representas la angélica figura del original! Al decir estas palabras oyó un suspiro detras de él, y volviéndose vió á Lady Malvina. Perturbado, espresa aun balbuciendo su admiracion por el retrato, sin saber lo que se decia, fijando sus ojos sobre Malvina. Es en efecto muy bueno, dijo Malvina aparentando pensar en otra cosa diferente, y pasó al gabinete del tocador de su hermana.

Lady Augusta estaba ocupada haciendo un lazo de cinta, pero á la llegada de Fitzalan dejó su obra, y le preguntó si habia encontrado bueno su retrato. Sí, dijo, y solo ha sido para admirarlo el haber podido diferir ofrecer mis respetos al original; y así siguió con este tono de ligero y afectado galanteo. En el curso de esta chanza él la quitó el lazo de cinta, y sujetándolo con una aguja á su corazon, la declaró que él lo llevaria siempre como un talisman que le defendiera en lo sucesivo de todo otro encanto; y arrojando al descuido una mirada sobre Malvina, la vió teniendo un libro en sus manos, y vueltos los ojos hácia él, notando en ella una visible alteracion en su cara.

Todo el bello humor de Fitzalan se desvaneció. Se levantó, y dijo que estaba obligado á irse al momento. El abatimiento que habia reparado en Malvina, lo causaba su hermana; su ternura estaba lisongeada, pero su sensibilidad se hallaba conmovida.

Vuelto al fuerte, salió de él inmediatamente despues de haber comido. Se paseó por la orilla del mar, y anduvo errante largo tiempo entre las rocas que lo circuian por esta parte. La escena era campestre y espresiva. La oscuridad de la tarde empezaba á difundirse; las olas venian á estrellarse con un sordo murmullo contra la ribera; un viento fresco del mar agitaba dulcemente las plantas marinas que crecian en las hendiduras de las rocas. Ya los pájaros marinos al sonido de un grito agudo y melancólico se juntaban para ir á buscar sus nidos: unos rozando suavemente la superficie del agua, otros elevándose á

las vecinas matas, iban á precipitarse como nubes sobre los bosques que cubrian las cumbres de las montañas. Fitzalan andaba á la aventura sumergido en una profunda y melancólica meditacion, cuando fué sacado de ella por una aria escocesa cantada por una voz dulce y melodiosa. Levantó los ojos hácia el paraje de donde salia el sonido, y vió á Lady Malvina en pié sobre una roca, cuya parte adelantada, y como suspendida en el aire, le servia de pedestal. Nada habia de mas pintoresco. Su vestido blanco y sus largos cabellos fluctuaban á voluntad del viento. Ella le recordaba una de aquellas figuras aéreas que Osian gusta tanto describir. Fitzalan se acercó dulcemente por detras; ella derramaba lágrimas cantando, y las enjugaba despues de haber cantado. ¡Ah! madre mia, ¡Por qué me habeis dejado despues de vuestra muerte? Para hacer á los hombres mejores y mas dichosos, contestó Fitzalan. Ella arrojó un grito, y habria caido de sorpresa si Fitzalan no la hubiese sostenido. Obtuvo de ella que se sentase sobre la roca, y se quedase con él hasta que se hubiese tranquilizado. ¡Y por qué, dijo á Lady Malvina, os abandonais á la melancolía hallándoos dotada de todo lo que puede hacer la vida agradable? Este triste recuerdo, este paseo por las áridas rocas no se aviene sino con los desgraciados; y aun pensó añadir, tales como yo. ¡Puedo dejar de admirarme, continuó, de vuestra tristeza, cuando veo unidas en vos todas las calidades que aseguran la dicha?

—Las apariencias á menudo engañan, replicó Malvina (olvidando en este momento la ley que se habia impuesto, y habia constantemente observado, de no hacer saber los malos tratamientos que experimentaba de su madrastra), y yo soy una triste experiencia de ello. La brillante ostencion de las riquezas no tienen estima en una alma sensible, comparadas con el retiro y la medianía, si no puede juntar á ello la fruicion de la amistad, é inspirar algun interes.

—¡Y quién podrá, exclamó Fitzalan arrojando sobre ella una mirada espresiva, quién podrá conocer á Lady Mal-

vina sin amarla por sus virtudes, y sin sentir sus penas! Hablándole así tenia asida una mano de Malvina, estrechándola contra su corazon. Sintió ella el lazo de cinta que Fitzalan habia quitado á Augusta, y retirando de improviso su mano, y arrojándole una mirada fiera, le dijo: capitan Fitzalan, vos ibais sin duda á hacer una visita á Lady Augusta, yo no quiero deteneros.

Fitzalan á este momento, llevado de su pasion no pudo contenerse, arrancó de su vestido la cinta atada á él, y la arrojó al mar.—¿Yo? dijo él, yo iba á hacer una visita á Augusta? ¿Y es su amable hermana la que ha caido en esta equivocacion? ¡Ah! Lady Malvina, reconozco ahora el encanto prodigioso que me atrae á la Abadia. Una verdadera pasion, y sin esperanza, no puede soportar la chanza, y busca evitar el ojo de la observacion. Yo he ocultado la mia en el fondo de mi corazon, y he visto con placer atribuir mis visitas á un motivo muy diferente del que tenia, y al deseo de agradar á un objeto que verdaderamente me es indiferente; mientras que yo no deseaba otra cosa que encontrar ocasiones de ver al que adoraba.

Malvina se puso colorada, y experimentó una grande agitacion: despues de un momento de silencio, Fitzalan, dijo ella, yo detesto el artificio. Yo lo aborrezco tambien, Lady Malvina, dijo él. Pero, ¿por qué me esforzaré á probaros mi sinceridad, cuando no puedo sacar fruto alguno? Perdonadme esto que he dejado escapar, y creed que con un corazon sensible, sé reprimir una ambicion que miraria como condenable.

El la presentó la mano, y la acompañó á la Abadia. Ella retardaba su paso á propósito, y si Fitzalan lo hubiese observado, habria visto en sus miradas mas placer que resentimiento. Parecia esperar de él una explicacion ulterior, pero Fitzalan estaba demasiado turbado para aventurarla, y por otra parte habia resuelto el no tocar mas un asunto tan delicado. Ambos marcharon en silencio, y llegados á la puerta de la Abadía, le dió las buenas noches. ¿Nos veremos bien presto? le dijo Malvina, con una voz turbada y un tono que parecia reprobarle el dejarla dema

siado pronto.—No, amable amiga, le respondió Fitzalan, arrojándola una mirada apasionada, yo voy á confinarme al fuerte.—¿Qué, pues, temeis una invasion? le dijo ella sonriéndose, y esplicando con sus ojos el sentido de estas palabras.—Sí, dijo él siguiendo la chanza, esto es lo que temo tiempo ha, y veo que mis temores son fundados. Yo debo emplear todas mis fuerzas para ahuyentar el enemigo. Besó su mano, y se retiró con precipitacion.

Lady Malvina entró en su aposento agitada por el sentimiento de una especie de placer que hasta entonces no habia experimentado. Ella habia gustado de Fitzalan desde la primera vez que lo habia visto. Aunque él dirigia sus atenciones á Lady Augusta, el lenguaje de sus ojos, puestos á menudo sobre Malvina, desmentia el de su boca. Encontraba en él las cualidades que le distinguian á ella, á saber, la dulzura y la sensibilidad. Hasta este momento habia sido esclava del capricho y tiranía de su madrastra, y por la primera vez veia en un ser humano aquella ternura consoladora que podia derramar algun bálsamo sobre las heridas hechas á su sensibilidad. Esperimentaba al mismo tiempo una grande turbacion, y un grande placer. Ella apartó de su pensamiento toda idea de obstáculos que pudiesen estorbar sus miras, y esperó con impaciencia una esplicacion ulterior de los sentimientos que Fitzalan le habia mostrado.

En cuanto á éste, su situacion era bien diferente. Si era amado, apenas podia gustar del placer de saberlo mientras reflexionase sobre su situacion, la que no le dejaba en la posibilidad de aprovecharse de esta ventaja. No se atrevia á pensar en una union cuyas consecuencias serian ciertamente la destruccion y ruina de la que amaba; no podia lisonjearse de que un tal casamiento fuese jamas aprobado por el conde, cuya severidad conocia; ni tenia medios de hacer vivir á Malvina de un modo conveniente. Al fin resolvió evitar en adelante su presencia, y se reprendió amargamente el haberle hecho conocer un amor que habia inflamado el corazon de esta interesante muchacha.

Siguiendo este plan hizo sus visitas menos frecuentes á la Abadía, y poco á poco las cesó enteramente. Encontraba á menudo á Lady Malvina en las casas vecinas; pero guardaba el silencio que se habia impuesto, y evitaba con estrema reserva dejar ver alguna preferencia por ella. Su regimiento estaba en vísperas de partir de la Escocia, y Lady Malvina, en lugar de tener de Fitzalan la esplicacion que deseaba tan ardientemente, le veia siempre igualmente cuidadoso en evitarla.

Malvina tenia el corazon demasiado tierno para sopor-
tar un tal disgusto sin abatirse. La sociedad se le hizo insoportable; buscaba mas frecuentemente los paseos solitarios, que le daban ocasiones de abandonarse sin violencia á una tristeza que su vanidad le reprendia algunas veces.

En la semana que la guarnicion debia dejar el fuerte, Malvina volvió una tarde á la roca donde Fitzalan la habia declarado su amor: el mismo sentimiento habia conducido á éste al propio sitio. Fitzalan vió todo el peligro, pero no estuvo en su poder retirarse; se sentó al lado de Malvina, y conversaron algun tiempo sobre cosas indiferentes. Al fin, despues de un silencio de algunos momentos, Malvina le dijo: vos os vais, pues, Mr. Fitzalan, y verosimilmente para no volver mas?—Es verdad contestó él.—De este modo no nos volveremos á ver mas, replicó ella, y al mismo tiempo corrian gruesas lágrimas sobre sus bellas mejillas, que coloradas por la agitacion de su corazon, parecian á una rosa entreabierta mojada de gotitas del rocío de la mañana.

—¡Ah! mi amable amiga, le dijo Fitzalan, yo temo en efecto que no nos veremos mas, si no es en otro mejor mundo, donde cesarán los males de éste; y diciendo estas palabras suspiró, y puso su trémula mano sobre las de Malvina.—Vuestras ideas esta tarde son melancólicas, le dijo Malvina, con palabras que apenas podia articular.

—¡Ah! ¡Podéis vos admiraros de ello? exclamó él trasportado de su conmocion, y olvidando todas sus resoluciones. Puede sorprenderos mi tristeza, cuando creo que

este momento es el último en el que mis ojos verán la sola mujer que yo he amado, y que en diciendo adios, renuncio para siempre la felicidad de toda mi vida.

Malvina no pudo contener por mas tiempo sus tiernos sentimientos. Ella recostó su cabeza sobre el seno de Fitzalan, y sus lágrimas corrian en abundancia. ¡Oh cielos! exclamó Fitzalan, cuyo corazon palpitaba bajo la amable carga que sostenia. ¡Qué cruel situacion es la mia! Miss Malvina, yo no puedo querer vuestra pérdida; he abrazado la profesion de las armas no tanto por gusto como por necesidad; yo no tengo otras rentas que mi paga. Yo puedo soportar mis miserias; pero no tendré valor para sufrir las vuestras; haciéndoos partícipe de mi pobreza, hollaría todas las leyes del honor, y mi vida seria desgraciada, si la vuestra fuese penosa, y sin comodidad. ¡Ah! nuestra separacion es indispensable.

—¡Oh, no! exclamó Malvina: las dificultades que os detienen pueden ser superables. De algun tiempo á esta parte mi padre no me ama, y mi destino le es indiferente. Por otro lado, tengo algunos motivos de creer que no sentirá tener un pretexto de dejar la mayor parte de sus bienes á Augusta, que yo no envidiaré si mi destino puede ser el que ahora deseo. Ella acompañó estas palabras con una mirada tan dulce y tierna, fijada sobre los ojos de Fitzalan, que él la apretó á su seno con un trasporte de ternura que no se puede pintar. Ella continuó: pero aunque mi padre tenga gran parcialidad por Augusta, estoy segura que no será jamas para mí un padre desnaturalizado, y que dando la mayor parte de sus bienes á mi hermana, me dejará siempre suficientes para satisfacer unos deseos y necesidades tan moderados como los mios, y Lady Dunreath, por verme separada de la casa paterna, será ella misma mi intercesora para con mi padre.

La energía con que habló Malvina convenció á Fitzalan de que era amado: toda su alma se penetró de un sentimiento de felicidad que no habia probado aún, y que tocaba á enagenamiento. En vano la prudencia le sugeria que Malvina podia lisongearse de falsas esperanzas, el es-

ceso del amor triunfaba de toda reflexion, y apretando de nuevo á la bella Malvina en sus brazos contra su corazon le preguntó con dulzura si ella queriá á todo riesgo unir sus destinos para siempre.

Malvina, convencida firmemente de todo lo que acababa de decirle sobre las disposiciones de Lord Dunreath hácia ella, y mirando su separacion de Fitzalan como el mayor de los males que podian sobrevenirle, le dijo, temblando y poniéndose colorada, que ella consentia en ello de todo su corazon.

Entonces ellos se ocuparon mutuamente en la ejecucion de su proyecto. La imaginacion de Fitzalan era demasiado fértil para no suministrarle al momento un plan: El se determinó á fiarse del capellan de su regimiento, á quien pidió que le acompañase al otro dia por la tarde á la capilla de la Abadía, donde convino con Lady Malvina que iria con su camarera, á quien creia poder hacer esta confianza. Se convino que Fitzalan haria al otro dia por la mañana una visita á la Abadía, y que si habian quedado acordes con el capellan, se lo daria á entender por una señal.

Creciendo la oscuridad, hizo acordar á los dos amantes que era tiempo de separarse. Fitzalan condujo á Malvina hasta las gradas de la Abadía, donde se apartaron con el alma llena y agitada de esperanzas, de temores y de deseos.

Al otro dia por la mañana Malvina llevó su labor al gabinete de tocador de su hermana. Fitzalan llegó allí. Lady Augusta le riñó de su larga ausencia, y él se escusó alegando las ocupaciones del regimiento. Despues de alguna conversacion insignificante obligó á Augusta á sentarse al piano, y entonces echando una ojeada á Malvina, le hizo la señal convenida.

Al pensar en la accion á que ella se habia empeñado, bajó los ojos. Sus mejillas se coloraron con un encendido encarnado, á lo que se siguió prontamente una extrema palidez. Ella dejó caer la cabeza sobre su seno, y su agitacion le habria hecho cien veces traicion, si hubiese sido

observada; pero Fitzalan tuvo cuidado de ponerse por medio entre ella y su hermana, y de ocupar á ésta; y Malvina pudo así retirarse sin haber dejado ver su turbacion. Luego que ella estuvo sola y un poco sosegada, llamó á su camarera, y despues de haber exigido de ella el mas inviolable secreto, le hizo saber su proyecto. Era mas de media noche cuando Malvina se determinó á ir á la capilla. Al ponerse en camino fué asaltada de un temblor universal. Una especie de horror se apoderó de su alma. Ella empezó á reflexionar que lo que hacia no era bueno: pero meditando en seguida sobre los sentimientos desinteresados y generosos de Fitzalan, y pensando que ella misma le habia impelido á las medidas convenidas entre ellos, sus escrúpulos y su incertidumbre se disiparon, y tomando el brazo de su camarera, se salió por las revueltas de los corredores, bajó con ligereza la escalera, y entró en la grande sala, desde donde un pazadizo oscuro de bóveda conducia á la puerta de la capilla.

Era éste un edificio sombrío y de una construccion particular, teniendo el carácter del siglo en que se habia edificado. Bajo de la capilla habia unas bóvedas que servian de sepultura á la familia de los condes de Dunreath, cuyos títulos, hechos y hazañas los recordaban unos monumentos cargados de inscripciones góticas. Sus estandartes, pendientes de la bóveda, mudos testigos de su nobleza antigua, de sus proezas y dignidades, cubiertos de polvo, eran agitados por el viento, al que dejaban entrada libre los vidrios rotos.

La luz que la camarera tenia en sus manos, trazaba unas sombras por una y otra parte que daban á este lugar la tristeza mas solemne.

Ellos no están aquí, dijo Malvina arrojando á su alrededor miradas temerosas. Se adelantó hácia una puerta que daba á un espeso bosque, y no oyendo otra cosa que el murmullo del viento en las cimas de los árboles, volvió á entrar y se sentó sobre las gradas del altar, los ojos bañados en lágrimas y el corazon lleno de sentimientos tiernos y dolorosos. Un ligero ruido vino á sus oidos, y vió

abrirse suavemente la puerta y entrar Fitzalan con el capellan. Ellos estaban tiempo hacia en el bosque; pero esperaron que hubiese luz en la capilla. Fitzalan condujo á Malvina al altar, y en muy pocos minutos fué su esposa.

Hasta la víspera de la marcha del regimiento para Inglaterra, no tuvo valor para hacer saber al conde su casamiento. La condesa Dunreath estaba instruida de él por la camarera, y ella triunfaba ya de la ruina de Malvina. Este suceso satisfacía la mala voluntad que tenia á su hijastra, y la ansia de acrecentar la fortuna de Augusta. Por otra parte, tenia otra razon de alegrarse; pues habiendo Augusta tomado tambien una grande inclinacion á Fitzalan, habria podido cometer la misma falta, que la imprudencia de Malvina le ahorraba, previniéndola de antemano.

El carácter impetuoso y las pasiones de Augusta podian hacer temer este peligro, pues ella amaba en realidad á Fitzalan. En efecto, se desesperó del casamiento de su hermana, la maldijo con toda la amargura de su corazon, y se juntó con su madre para animar la severidad natural y el carácter violento del conde, hasta tal punto, que rehusó solemnemente todo perdon á Malvina, y la desterró para siempre de su casa y presencia.

Malvina entró en este momento en los escabrosos senderos de una desgraciada vida; y aunque su guía estaba lleno hácia ella de la mas tierna inclinacion, nada pudo endulzar la pena que sentia de haberlo metido en unas circunstancias dificiles, de que la elevacion de su alma no podia sacarle. Se marcharon á Inglaterra. El primer año de su union, dió á luz un niño, al que dieron el nombre de la familia de la madre, Oscar-Dureath. Pasaron los cuatro años siguientes en un estado de necesidad cercano á la miseria, de la que ahorraremos al lector la descripcion. A esta época, sus deudas eran crecidas, y Fitzalan se vió obligado á vender su media paga. Malvina estaba en cinta: ella se lisonjeó de que su situacion podia conmovier el corazon de su padre, y resolvió probar-

lo todo á fin de obtener de él algunos socorros para su marido y niños, y obligó á Fitzalan á conducirla á Escocia.

Allí se alojaron en casa de un paisano, en la vecindad de la Abadía. Este hombre les informó que las enfermedades de Lord Dunreath se aumentaban todos los dias, y que acababa de celebrar el matrimonio de su hija Augusta con el marques de Rosline. Este señor habia mirado con pasion á Malvina, cuyos sentimientos habria querido Lady Dunreath que se hubiesen dedicado á su hija. Despues del casamiento de Malvina, habia viajado, y su pasion estaba amortiguada. A su vuelta á Escocia, no despreció las proposiciones que le hicieron Lord y Lady Dunreath. Sus dos naturales inclinaciones, la codicia y el orgullo, se encontraban satisfechas por la posesion de a única heredera de la casa de Dunreath.

Al siguiente dia de su llegada, Lady Malvina envió á la Abadía al pequeño Oscar, conducido por el viejo paisano. Oscar era hermoso como un ángel, y su belleza sin tacha semejante á una flor entreabierta; era la calma y la dulzura de la inocencia, y la naturaleza en su primera primavera.

Lady Malvina le habia dado para el conde una carta en la que despues de haberle descrito patéticamente su triste situacion, le conjuraba permitiese á la inocencia elevar sus manos suplicantes hasta él. El paisano esperó la hora en que Lady Dunreath acostumbraba salir en la carroza antes de comer. Solicitó entonces ver al conde, y fué introducido. Le encontró solo, y le espuso el objeto de su comision. El conde pareció agitado; pero no mostró ninguna estrañeza, como el paisano esperaba. Algunos arrepentimientos sobre sí mismo, nuevos sentimientos dictados por su propia situacion, habian enternecido su corazon. Era desgraciado, pues su muger é hija, habiendo logrado de él todo lo que esperaban, no le tenian ya los cuidados y atenciones que su edad pedia: rehusó no obstante recibir la carta. El pequeño Oscar, que habia tenido siempre fijos los ojos sobre él, despues que hubo entrado en el aposento, corrió hacia él; y tomán-

dole la mano, sonriéndose con gracia, le dijo: ¡Ah! yo os ruego, recibid la carta de mi pobre mamá: el conde la tomó casi á pesar suyo, y á proporcion que la leía, su semblante se enternecía, y caian algunas lágrimas á las manos del pequeño Oscar. Mi pobre mamá llora tambien, dijo él.—Y por qué vuestra mamá os ha enviado á mí? replicó el conde.—Ella me ha dicho, contestó Oscar, que es porque vos sois mi abuelo y me ha enseñado á amaros, y todos los dias me hace rogar á Dios por vos.—Dios os bendiga, hermoso habladorcillo, exclamó conmovido el conde, y acariciando con sus manos la cabeza del niño. A este momento, Lady Dunreath se precipita al cuarto. Uno de sus favoritos habia corrido para instruirla de lo que pasaba en casa, y ella habia vuelto con la prontitud posible para combatir las peligrosas impresiones que contra ella podia recibir el conde. Estaba encendida en cólera. El conde conocia su violencia, y no tenia fuerza para resistirla, y así fué el primero en dar orden al paisano y al niño de retirarse. Entre tanto, la relacion del modo con que fueron recibidos engendró esperanzas lisongeras en el seno de la pobre madre; esperaba de un momento á otro recibir un recado para ir á la Abadía, y contaba todas las horas. Nada sin embargo se le mandó decir. Pasados dos dias, volvió á enviar al niño; pero el portero le prohibió el entrar, diciendo que era por espreso mandato de milord. Amedrentado el niño de la dureza del portero, se volvió llorando. La desgraciada madre, viendo frustrada su última esperanza, se abandonó á la desesperacion, se deshizo en lágrimas y exhaló su dolor en lamentos de pesadumbre. La noche se acercaba, cuando animándose dijo: Yo misma, yo misma me ensayaré á penetrar este co razon endurecido. ¡Ah! ninguna humillacion debe omitir una hija que pide perdon á un padre ofendido, y el valor y la paciencia son deberes para una esposa y una madre que quiere separar de los objetos de su ternura la desgracia, en la que ella misma les ha precipitado.

La noche era oscura y borrascosa. No quiso que Fitzalan la acompañase, y tomó el brazo del paisano que habia

conducido á su hijo: ella violentó el paso á pesar de la denegacion del portero, y llegó hasta la sala. Allí se encontró delante á Lady Dunreath, y con el tono del orgullo y de la crueldad, le rehusó el que se acercase á su padre, declarándole que esta era la firme voluntad de Lord Dunreath. Dejádmelo ver un solo momento, dijo la amable suplicante juntando sus manos, yo os lo pido en nombre de la humanidad. Hacedme salir de aquí á esta estravagante criatura, dijo Lady Dunreath á los criados, temblando de cólera. Yo os castigaré si no me la sacais al instante. La tranquilidad de Milord me es demasiado interesante, para que sea turbada por tales griterías.

Su órden absoluta fué al momento ejecutada, aunque, como lo dice Cordelia en su Rey Lear, era la noche negra, y el tiempo tan malo, que el menos compasivo no habria sacado fuera de la puerta al perro de su enemigo. La lluvia caia á cántaros; el mar estaba furioso: un viento impetuoso agitaba el bosque y parecia queria arrancar los árboles mas corpulentos. El compasivo paisano puso sobre Malvina su abrigo, y así salió, caminando sin saber lo que hacia por el estado de sorpresa en que se hallaba. Fitzalan la esperaba á la puerta; ella se arrojó á sus brazos y se desmayó. Así estuvo largo rato sin dar señal alguna de vida. Fitzalan la inundaba con sus lágrimas, abandonado á una agonía inesplicable, no pudiendo menos de maldecir al ser insensible que habia podido tratarla con tanta barbaridad. Poco á poco volvió en sí Malvina; cuando Fitzalan la apretaba á su seno le dijo ella: he sido arrojada de la casa de mi padre: el golpe es grande.

La casa en que estaban alojados no les proporcionaba las comodidades mas simples de la vida, á las cuales estaban acostumbrados. En el estado en que se hallaba Malvina, Fitzalan temia por ella si continuaba permaneciendo allí; pero ¿dónde la podrá transportar no teniendo asilo alguno sobre la tierra? Al fin se acordó del fiel Edwin, y se persuadió que en su casa encontraria una hospitalidad benefactora. y todos los tiernos cuidados de que Malvina necesitaba.

Al otro día por la mañana fué á buscar un medio para volver al país de Gales, y Malvina hizo su último adios á la Escocia.

Vuelta Lady Dunreath á su aposento, despues de haber hecho sacar de su casa paternal á Malvina, llevó consigo los tormentos del remordimiento. Reinaba en ella un lujo elegante, pero no podia encontrar el reposo. Su conciencia le gritaba ya que si Malvina no podia sobrevivir á este cruel tratamiento, su madrastra seria su asesino. La figura pálida de esta víctima de la desgracia estaba presente á sus ojos; su corazon estaba agitado de un terror que aumentaba el horror de la noche. Bramaba la tempestad en las almenas de la Abadía, y el ruido sordo y dilatado de los vientos en los largos corredores, parecian ser dolorosos gemidos de los espíritus de los antiguos señores de este viejo edificio, llorando el destino de la mas amable de las de su descendencia. A la crueldad é ingratitud. Lady Dunreath habia añadido la mentira. Su marido iba á ceder á las instancias de su hija, cuando ella le desvió por una falsa relacion. Los sueños de la noche no la fueron menos terribles; veia en ellos á Malvina espirando delante de sí, y á la difunta Lady Dunreath, su benefactora, en pié al lado de su cama, reprendiéndola su barbaridad; ella creyó oir á esta fantasma pavorosa decirle: ¡Eres tú, á quien yo habia abrigado en mi seno, la que ha cometido esta horrible accion, la que ha arrojado á mi hija, y la ha reducido á una vida errante y miserable? ¡Oh conciencia, qué horribles son tus aldavadas! Tú eres un ministro de Dios, y empiezas tu venganza antes del tiempo en que ella será completa. Puede triunfar el criminal; pero jamas ser feliz; no hay escudo que oponer á tus tiros inevitables. El corazon que traspasas, arroja sangre por sus poros, y siente tus golpes en el seno de la riqueza y de la disipacion.

Los desgraciados viajeros fueron recibidos con la mas amable hospitalidad del reconocido Edwin. A su vuelta de América, se habia casado con una jóven, á la que habia tenido inclinacion desde su tierna edad: sus padres

habian muerto, y él habia heredado su pequeño patrimonio. Fitzalan, viendo calmada á Malvina, y asistida con diligencia y respeto, esperó recobrarse la salud, y alguna felicidad. Se propuso despues de verla restablecida, hacer tentativas para aumentar sus asignaciones, empenándola á continuar su permanencia en la quinta de Edwin.

Llegó el momento en que ella iba á dar á luz una hija. Desde que sintió los primeros dolores, toda la vecindad se alarmó, y sus temores fueron bien fundados: ella no vivió sino muy pocas horas despues de haber parido, y murió en los brazos de su marido bendiciendo á sus hijos.

El dolor de Fitzalan no puede describirse. De pronto se hizo superior á su razon, y le redujo algun tiempo á un estado de entorpecimiento. Cuando recobró su sensibilidad, su dolor no fué furioso, pero sí profundo y grave, penetrando su corazon entero, sin poder hallar alivio en las lágrimas. Permaneció largo tiempo sentado con calma cerca de la cama donde yacian los restos de su tierna esposa, fijos los ojos sobre su semblante pálido, que la muerte, como por piedad, no habia desfigurado; besaba aún sus frios labios gritando: ¡Oh! ¡Por qué la he conocido? ¡Ella viviria aún! El podia decir con un poeta de su país: ¡Desgraciada de tí, modesta y bella flor! El momento en que te he visto, te ha sido fatal.

Pero cuando vió los preparativos de la última fúnebre ceremonia, su dolor no conoció ya límites. ¡Cómo describir las agonías del corazon de un tierno esposo que va á ver la mitad de sí mismo que lo llevan al sepulcro? Se encerró en el aposento en que estaba muerta, y prohibió á Edwin y á su familia acercársele. Se precipitó sobre su cama, recostó su cabeza sobre la almohada, le estrechó contra su seno, y la mojó con sus lágrimas, al recordar que habia rendido en ella su último suspiro.

Los lugares que habia habitado le parecian tristes, solitarios y desiertos. Esta soledad, exclamaba, no será animada ya por la dulce melodía de la voz de Malvina; mis ojos no se consolarán con la vista de su celestial semblante. Fatigado de dolor, fué vencido por el sueño; en él

veía á Malvina sentada á su lado. Se despertaba trasportado, y conservando la viva impresion del sueño, extendía sus brazos para estrecharla contra su seno. Vanos esfuerzos; no abraza mas que un fantasma. Se levantaba, suspiraba amargamente, recorría su aposento con pasos lentos, se sentaba junto á la pequeña ventana desde la cual podia ver, con el ausilio de los rayos de la luna, el campanario de la iglesia, cerca de la cual se hallaba enterrada. ¡Ah! exclamaba. ¡Qué profundo es el sueño de mi querida Malvina; la voz del amor no puede despertarla, ella no ve ni aun en sueño al que la llora en la mitad de la noche, y que la llorará para siempre!

El frio de la noche incomodaba su cabeza descubierta, sin que él lo percibiese. La idea de Malvina llenaba su alma toda entera; su imaginacion la presentaba á sus ojos, envuelta en una sábana, y exclamaba: ¡qué! este rostro pálido, este cuerpo estenuado, es todo lo que queda de tanta elegancia y belleza!

Un sentimiento de religion podia solamente calmar los trasportes de tan vivo dolor. Ese benéfico y sagrado poder, que derrama un bálsamo saludable sobre las heridas del corazon, y que salva de la desesperacion á los que confían en ella; este poder, le decia que una paciente resignacion á la voluntad del cielo, era para él el medio mas seguro de ver algun dia á su amada Malvina.

Esta fué enterrada en el cementerio de la villa. En el lugar de su sepultura se labró una piedra sobre la cual grabaron groseramente la inscripcion siguiente:

MALVINA FITZALAN,
IGUALMENTE AMABLE
Y DESGRACIADA.

Fitzalan no quiso que le pusiesen sus títulos: ha muerto, decia él, muger de un pobre soldado, y no hija de un rico par.

Ella habia pedido que su hija tuviese su mismo nombre: su voluntad fué cumplida, y la niña se bautizó con los de *Amanda Malvina*. La mujer de Edwin estaba enton-

ces criando su primera hija; esta se confió á una nodriza, y dió su pecho á la hija de Fitzalan.

El dinero que éste habia sacado de la venta de su comision, estaba cerca de acabarse, y entonces estaba demasiado abatido, para poder pensar y seguir ningun plan para su existencia futura. Hacia dos meses que era muerta Malvina, cuando un hombre de distincion, que habia en otro tiempo conocido á Fitzalan, vino á la vecindad. El conocimiento se renovó bien presto. El triste estado en que se mostraba Fitzalan, y la relacion de sus infortunios, conmovieron é interesaron de tal manera á su protector, que sin solicitarlo, le procuró una compañía en un regimiento que residia entonces en Inglaterra. Fitzalan volvió, pues, al servicio; pero sus espíritus estaban abatidos y su salud alterada. El estuvo cuatro años en el regimiento; pero deseando ardientemente volver á ver á sus hijos, preciosos restos de una muger adorada, y de tomar por sí mismo el cuidado de su educacion, obtuvo por el crédito de su amigo el poder vender su capitanía. Oscar tenia entonces ocho años, y Amanda cuatro. Su tierno padre, al volverlos á ver, los estrechó contra su seno y derramó sobre ellos lágrimas de dolor y de placer.

Habia visto en Devonshire, en donde su regimiento habia estado de cuartel algun tiempo, un pequeño retiro; era una situacion pintoresca adaptada á su gusto y á su fortuna. El lo compró y se llevó sus niños, con grande pesar de Edwin y su muger, que los amaban como si fuesen hijos suyos. Dos excelentes escuelas en la vecindad, proporcionaron á Oscar y Amanda los ordinarios preliminares para una buena educacion; pero como ellos no estaban en pension, el padre mismo se ocupaba en ella con gran cuidado y placer. A él principalmente debieron los progresos rápidos que ambos hicieron en sus estudios, en su amable carácter y en la agradable sencillez de sus costumbres; y fué bien recompensado de sus cuidados, viendo en uno y otro todas las calidades estimables y atractivas que les podia desear. Llegando Oscar á ser grande, exigia de su padre nuevos cuidados, y éste no tenia me-

dio alguno para darle una carrera. Oscar mostraba tener pasión por la militar, despues de lo que habia oido decir á su padre; pero aunque animoso, era humano y tierno. Su carácter era sencillo, dulce y sensible. Habia llegado á la edad de diez y ocho años, cuando el propietario de la tierra sobre la cual estaban situados los pequeños bienes de Fitzalan, murió. Un coronel heredero suyo vino de Lóndres á tomar posesion. El hizo muy presto conocimiento con Fitzalan, y éste, en conversacion, le confió un dia la inquietud en que se hallaba por su hijo. El coronel le dijo que era lástima que un tan bello muchacho no fuese colocado, y dejó á Devonshire sin parecer haber tomado interes alguno para aliviar á Fitzalan de este cuidado.

Este estaba en un extremo embarazo; no podia comprar un empleo para su hijo, sin quedarse él muy mal acomodado. Despues de haber dejado el ejército, no habia mantenido correspondencia con el señor que le habia hecho tanto favor; pero habia oido hablar muchas veces de él. Se le dijo que se habia entregado del todo á diversiones mundanas, lo que comunmente estingue toda sensibilidad. Temia que dirigiéndose á él, nada conseguiria, y su amor propio no le permitia esponerse á una denegacion. Fué sacado de esta pena de un modo que no esperaba, por una carta del conde de Cherbury, quien conservando siempre hacía él la misma amistad, le hacia saber que habia procurado á Oscar una plaza de alférez en el regimiento del coronel Belgrave, circunstancia muy feliz, decia, porque el coronel conocia ya personalmente á este jóven, y seguramente haria por él todos los buenos oficios que estuviesen en su poder. El conde le reñia tambien, por no haberle escrito despues de mucho tiempo: le conservaba la misma amistad, y habia aprovechado con interes la ocasion de demostrársela en la persona de su hijo; ocasion por la cual estaba obligado al coronel Belgrave de habérsela proporcionado.

El corazon de Fitzalan se llenó de reconocimiento y alegría. Escribió al momento al conde y al coronel, es-

presándoles todos sus sentimientos. El coronel Belgrave recibió esta demostracion de agradecimiento del mismo modo que si la hubiese merecido; lo que era muy al contrario. Era un hombre absolutamente despojado de sensibilidad y de moral. No habia pensado ni un solo instante en servir á Fitzalan ni á su hijo.

En una grande concurrencia en que se encontraba el conde Cherbury, recayó la conversacion sobre la familia Dunreath, y despues sobre Fitzalan, vituperado por unos y escusado por otros con respecto á su casamiento. El coronel Belgrave se encontró naturalmente conducido á hablar de la situacion de Fitzalan y de su hijo, que iba, segun decia, como otro Cincinato, á dejar presto la espada por el arado.

Lord Cherbury oyó lo que se habia dicho, y aunque engolfado en la política y en todas sus intrigas, conservaba alguna humanidad, y obedecia su voz, á lo menos en cuanto no se oponia á sus planes é intereses. Concibió desde luego, y ejecutó el proyecto de servir á su amigo Fitzalan, como acabamos de ver.

Oscar dejó á Devonshire luego que hubo recibido su comision, y se llevó una carta de su padre para el coronel, en la que Fitzalan le recomendaba á su proteccion, como un jóven que tenia necesidad de sus instrucciones, para saberse conducir en un mundo que no conocia.

Desde entonces, todos los cuidados de Fitzalan se dirigieron á Amanda, y ella le recompensó de ellos ampliamente. El deseo de hacer la felicidad de su padre, era para ella un motivo poderoso de cultivar su espíritu y perfeccionar sus talentos. No hacia estudio alguno, ni se entregaba á diversion sin él; era su amigo, su guarda y su protector. Ninguna espresion puede decir, ni corazon alguno, sino el de un padre, sentir el gozo que esperaba viendo á esta amable criatura hacerse hermosa, y formarse bajo su mano, como la Galatea de otro Pigmalion, tan bella á sus ojos, que la hermosura de todas las otras mujeres le parecia comun con respecto á la suya.

Pasaron algunos años despues de la partida de Oscar,

sin que el coronel Belgrave volviese á Devonshire; pero vino despues de haberse casado en Irlanda con una señora dotada de todos los encantos del espíritu y figura que pueden cautivar un corazon, y de la que Oscar en sus cartas hacia un elogio completo. El coronel vino sin su muger. Fitzalan, mirándole como un benefactor y un amigo, se apresuró á saludarle, y lo convidó á hacerle el favor de venir á su casa. Despues de algun tiempo cedió al convite. Seguramente no habria tardado tanto tiempo si hubiese sabido el objeto atractivo que encerraba la habitacion de Fitzalan. El era enteramente depravado y vicioso; no habia ni lugar sagrado, ni situacion bastante respetable, para detenerle en la persecucion de un objeto que hubiese despertado sus deseos.

Cuando Belgrave estuvo en el país la última vez, Amanda era demasiado pequeña para llamarle la atencion; no imaginaba que la flor que habia descuidado mirar, habia desplegado tanta belleza. Su sorpresa y alborozo fueron extremos, cuando en casa de Fitzalan vió á una jóven de un talle elegante, cuya boca de rosa anunciaba por una dulce sonrisa el placer de recibirle, y cuyos bellos y modestos ojos espresaban un vivo reconocimiento hácia él. Vió en ella su presa, y bendijo su estrella, que habia hecho que Fitzalan le mirase como bienhechor: título que le daba en la casa un acceso mas libre, que no hubiera podido tener sin esto.

Desde este momento, iba sin cesar á casa de Fitzalan, escepto los dias en que él le convidaba á venir á la suya á disfrutar de diversiones con Amanda. Aprovechaba todas las ocasiones en que podia introducirse en el afecto de Amanda, sin ser observado. El carácter confiado de Fitzalan, le proporcionaba frecuentemente ocasiones de esta especie; él dejaba á Amanda sola con Belgrave, como si la hubiese dejado con su hermano. Jamas se oponia á que se paseasen solos, y lo recibia sin dificultad por la mañana cuando estaba ocupado en los negocios de la casa de campo. Se alegraba de pensar que la conversacion y los talentos de su hija contribuian á la diversion de

su amigo. Amanda inflamaba la pasion de Belgrave sin saberlo, con las amables atenciones que tenia hácia él, y que miraba ella como un tributo de su reconocimiento. Ella le hablaba á menudo de su querido Oscar, y otras veces hacia tambien elogio de su hermosa esposa; pero siempre lo encontraba frio sobre este asunto.

Belgrave no era hombre que pudiese reprimir largo tiempo sus pasiones. Imaginaba que la situacion desgraciada de Fitzalan favoreceria los designios que habia formado sobre su hija, y se atrevió en un paseo á solas con Amanda á esponerle cuáles eran sus intentos. Amanda tuvo mucha dificultad en comprenderle desde luego; pero cuando aumentando su audacia se hubo esplicado plenamente, la sorpresa, la indignacion y el horror se apoderaron de ella; y cediendo á sus impulsos, le dejó precipitadamente huyendo hácia su casa, alejándose de él como de un monstruo. Belgrave estuvo mortificado y furioso. La ordinaria dulzura de las costumbres y carácter de Amanda le habian obligado á creer que habia hecho algun progreso en ella, y que seria para él una conquista fácil.

La pobre Amanda no se atrevió á presentarse á los ojos de su padre, hasta hallarse calmada un poco de su turbacion. Temia que la relacion mas disfrazada de lo que habia pasado, no acarrease funestas consecuencias. Hallándose al lado de su padre, le trajeron una carta. Nunca imaginó ella que Belgrave tuviese el descaro de escribirle, y la abrió en presencia de su padre, creyendo que era de alguno de la vecindad; pero ¡cuál fué su indignacion al ver que era del mismo, que se habia quitado la máscara? Su palidez y turbacion alarmaron á Fitzalan, el cual preguntó la causa de ello. Amanda no pudo disimular por mas tiempo, y arrojándose á los piés de su padre, puso la carta en sus manos, conjurándole que se moderase. Despues de haberla leído, levantó á su hija, y la mandó que le instruyese de todos los detalles relativos al insulto que habia sufrido. Ella obedeció, aunque desfavorida de ver á su padre temblando de cólera á esta relacion. Cuando hubo acabado, él la abrazó tiernamente, y

la prohibió salir de casa; tomó su sombrero, y se dispuso á salir: fácil es adivinar adónde iba. El terror de Amanda se acrecentó, y con una voz trémula é interrumpida, le pidió encarecidamente que no espusiese su vida. Él la impuso silencio con una severidad que jamas habia visto en él. Ella se contuvo un momento por el temor; pero cuando le vió dejar el cuarto, no pudo contenerse mas; corrió á su padre, y arrojandole sus manos al cuello, se desmayó en sus brazos. En esta situacion, su infeliz padre se vió precisado á dejarla al cuidado de una criada, por miedo de que sus instancias patéticas no le hiciesen diferir la venganza que habia resuelto tomar de un malvado que habia formado tan infame y atroz proyecto. Pero no encontró á Belgrave; y apenas habia vuelto á su casa para cuidar de su desgraciada hija, cuando recibió una carta de Belgrave haciéndole las mas viles proposiciones, y advirtiéndole al mismo tiempo que tuviese cuidado cómo respondia; pues, decia, vuestra situacion pone vuestra suerte en mis manos.

Esto en efecto era una triste verdad. Fitzalan habia tenido la tentacion de añadir un gran terreno á sus campos, con la esperanza de emplear allí con ventaja el poco dinero que le quedaba. Él estaba menos instruido de lo que era menester en la práctica de la agricultura, y esta ignorancia, junta con su rectitud y buena fé, fué motivo que fuese engañado por algunos vecinos avaros y artificiosos. Todo su pequeño capital lo habia consumido en experiencias sin fruto, y estaba muy atrasado con Belgrave.

La vileza con que Belgrave se valió de su situacion aumentaba su indignacion: le buscó de nuevo, pero en vano.

Habiendo conocido Belgrave que el vil interes no podia vencer la resistencia del padre y de la hija, resolvió probar si la adversidad les hacia mas complacientes, y habia dejado el país, encargando á su agente de perseguir con todo rigor á Fitzalan.

Consecuente á esta orden, las propiedades de Fitzalan fueron embargadas y vendidas; y si no hubiera sido por

la asistencia de un buen labrador vecino suyo, habria sido arrestado. Con su socorro y el favor de la noche, se escapó con Amanda, y marchó á Lóndres, á donde llegaron con toda felicidad, y se alojaron en un cuartel retirado. Durante su desgracia, Fitzalan se hizo superior á su falso orgullo, y escribió á Lord Cherbury, á fin de interesarle á que le procurase algun empleo que pudiese sacarlo de su triste situacion; pero le ocultó cuidadosamente toda su aventura con Belgrave, no pudiendo tolerar el pensamiento de que pudiese saberse que habia sido vilipendiado hasta el punto de haber aguantado tan infames proposiciones.

La seguridad de Oscar dependia tambien de este secreto; pues su padre estaba bien convencido que ningun peligro ni lugar podia salvar de la furia de Oscar al desgraciado que habia meditado hacer un insulto tal á su hermana.

Fitzalan tuvo el dolor de ver volver su carta dirigida á Lord Cherbury, quien estaba ausente, habiendo hecho un viaje á Francia de algunos meses. Pasó este tiempo con todos los horrores de la inquietud y necesidad, y al fin se determinó á enviar á Amanda al país de Gales, para restablecer su salud, considerablemente alterada por sus trabajos y la triste situacion de su padre.

Belgrave habia seguido los pasos de los fugitivos; y aunque Fitzalan tuvo bastante cuidado para no ser arrestado, el coronel habia encontrado medios de hacer llegar á Amanda unas cartas llenas de infames solicitudes é insolentes declaraciones. El aseguraba á Amanda que el rigor con que habia tratado á su padre era contra su voluntad, y que este cesaria al momento que Fitzalan admitiese sus proposiciones.

Este era para Fitzalan mayor motivo para alejar á Amanda de Lóndres; ¿pero á quién confiar el tesoro de su corazon? El se acordó entonces del hijo del buen labrador que le habia asistido cuando huyó de Devonshire para refugiarse á Lóndres. Este jóven venia á menudo á la ciudad; nunca dejaba de ir á ver á Fitzalan; y se mostró

muy dispuesto á hacerle este servicio. Fitzalan hizo que Amanda tomase el nombre de Dufort, y la envió al país de Gales en una diligencia para su mayor seguridad. Dividió con ella el poco dinero que le quedaba, y encomendó á la proteccion del cielo á su amable y querida hija. Se separó de ella angustiado de dejarla; pero contento, pensando que iba á encontrar el reposo y la salud. Prometió noticiarle el arribo de Lord Cherbury, que suponía debería causar alguna mudanza en su situacion. Escribió tambien á Edwin para prevenirle la llegada de su hija, y el cambio de nombre que ciertas circunstancias habian hecho necesario. Estos acontecimientos, que Fitzalan no esplicaba, escitaron en la familia Edwin una viva curiosidad; y no atreviéndose á instar á Amanda para que la satisfaciese, sondearon á su compañero de viage, que no vaciló en contarles las indignidades que ella habia sufrido de Belgrave, las que eran bien conocidas de todos los vecinos del parage en que habian habitado Fitzalan y su hija.

CAPITULO III.

Despierta Amanda de un sueño tranquilo por un ligero ruido en su cuarto, vió al lado de su cama á su nodriza, trayéndole una taza de leche de cabra. Ella recibió esta bebida saludable con una sonrisa de reconocimiento; y levantándose en seguida, se vistió en pocos minutos, sintiéndose mas tranquila de lo que habia estado hacia mucho tiempo. El pasar de una calle estrecha y oscura á una habitacion situada en una hermosa campiña, habria escitado en ella trasportes de alegría, á no ser por el pensamiento de que su padre habia quedado en el triste lugar que ella acababa de dejar.

Saliendo del cuarto, encontró á toda la familia trabajando. Edwin y sus hijos segaban un prado vecino á la ca-

sa. La nodriza batía la manteca. Elena lavaba los lebrillos para la leche en el riachuelo del valle, y Betzy amasaba una torta para el desayuno. La mesa del té estaba cerca de una ventana, delante de la cual se levantaba una madreselva, que esparcía un dulce olor en toda la sala. Las abejas venían á chupar sus flores, y las mariposas, brillantes de vivos colores, andaban á su alrededor. Un sol resplandeciente alegraba toda la naturaleza, y el viento fresco de la mañana templaba su ardor, y llevaban sus alas con el rocío la dulce fragancia de las flores. El canto de las aves se hacía oír en todos los bosques vecinos, y los labradores esparcidos por la campiña, ocupados en sus diferentes trabajos, animaban toda esta escena á la presencia del hombre.

Amanda disfrutaba deliciosamente de su nueva situación, y escribió á su padre que solo él faltaba para completar su dicha. El jóven que la había acompañado, habiendo tomado su carta, partió para el pueblo en que debía encontrar la diligencia que le conduciría á Lóndres.

Amanda pasó la mañana en arreglar su aposento, reconocer los alrededores de la casa, y conversar con su nodriza de los tiempos pasados y de su situación presente. Para darle mas satisfacción, comieron en la gruta del jardín, en donde el aire fragante y el encanto de los objetos del rededor parecían dar mejor sabor á las viandas mas simples.

Por la tarde rogó á Elena que viniese á pasearse con ella, á lo que esta consintió con el mayor placer. Elena se compuso de lo mejor que tenía, se puso un delantal blanco, el gorro de los domingos, un sombrero de paja cargado de cintas de color de amapola, y sonriéndose de su figura en el espejo: Miss, dijo á ella: ¿adónde iremos?—Al cementerio de la parroquia, dijo Amanda. ¡Ob Dios mio! exclamó Elena, es un lugar bien triste para ir á pasearse! Mi querida Elena, le contestó Amanda, tened la bondad á lo menos de enseñarme el camino; hay un parage que tengo neecesidad de visitar. El cementerio estaba á la entrada del pequeño pueblo; el estilo gótico de la iglesia ma-

nifestaba su antigüedad. Estaba circuida de viejos tejos y grandes olmos, que parecian tan viejos como el edificio, y que con su sombra cubrian la tierra donde reposaban los restos de los antiguos habitantes de la villa, para quienes una inscripcion grosera y una piedra disforme pedian al pasajero el tributo de un suspiro.

Esta es la ofrenda que Amanda venia á ofrecer al sepulcro de su madre Lady Malvina, que Elena le enseñó. Este estaba oculto bajo un espeso césped, y la inscripcion estaba medio borrada por el tiempo. Amanda se puso de rodillas, besó esta tierra sagrada para ella, y sus ojos se fijaron sobre la piedra fúnebre. “Espíritu celeste, dijo ella, el cielo os indemniza ahora de vuestros dolores. ¡Oh madre mia, si despues de haber salido de este mundo, os es permitido arrojar una mirada aún, fijadla sobre vuestra hija con algun amor! ¡Si su destino es caminar en esta vida por un sendero tan bronco y lleno de espinas como el que vos habeis corrido, pueda tener á lo menos la misma paciencia y la misma resignacion que vos, y mostrar el mismo temor piadoso, y la misma sumision á la voluntad y designios del Criador!

Esta fervorosa oracion arrancó lágrimas de los ojos de Elena, cuyo corazon era tierno y bueno; ésta rogó á Amanda que se separase de este lugar de tristeza. Amanda se levantó deshecha en lágrimas, con el espíritu del todo abatido. Las ocupaciones del dia la habian distraido de sus desazones; mas la calma y la soledad de la noche volvieron á traerle sus tristes memorias. Temia que la salud de su padre, ya alterada, no se empeorase por falta de los auxilios que ella no podia prestarle, y pensando en la miseria, soledad y abatimiento en que lo habia dejado, tenia el corazon traspasado de verse separada de él.

Su tristeza fué notada por sus huéspedes. Elena habia informado á su madre del triste paseo donde habia acompañado á Amanda, lo que explicaba al mismo tiempo su melancolía. La buena muger se animó á divertir á su querida hija; pero Amanda solo se sonreia por complacencia. Ella se retiró temprano, pálida, lánguida é infeliz.

Al día siguiente, el retorno de la luz disipó en parte su melancolía; pero sintió por la primera vez que las horas del día pasaban con demasiada lentitud para ella, si quedaba privada de las varias y agradables ocupaciones que estaba acostumbrada á llenar. Le parecia insoportable pasar su tiempo en una inaccion perezosa, ó en correr sin objeto ni designio los alrededores de su casa. Habia tambien observado que su presencia por la mañana mortificaba á sus huéspedes en sus trabajos, á los cuales no se atrevian á entregarse delante de ella, y entre tanto sus humildes amigos, que como las abejas, estaban obligados durante la buena estacion á hacer provisiones para el invierno, no tenian tiempo que perder.

En la huida con su padre, habia perdido sus libros, sus lápices é instrumentos músicos, y ella no encontraba en la casa de Edwin mas que una biblia, un libro de oraciones, y un volúmen incompleto de antiguas canciones.

La buena de la nodriza habia ya hecho todas estas observaciones.—Corazon mio, le dijo, yo he pensado una cosa; que podríais ir á la biblioteca de Tudor-Hall. Hay allí bastantes libros para proporcionaros leyenda aun cuando viviéseis tanto como Matusalen, y os juro que son muy buenos; de otro modo, nuestro ministro Howel no habria ido tan á menudo, como iba antes que pudiese tener libros suyos. Toda la familia está ausente. Como la biblioteca se abre cuando hace buen tiempo para renovar el aire, vos podeis ir sin ser incomodada de nadie: por otra parte, la pobre vieja Mistriss Abergwilly os recibirá muy bien, si quereis prometerle el no llevaros libro alguno. Pero como vos sois tímida, si lo quereis, no teneis mas que esperar un momento, y yo iré á pedirle el permiso. ¡Ah! Sí, dijo Amanda, pues yo no querria ir sin vos.—Bien, dijo ella, yo voy allá; y no estaré mucho tiempo. Elena os enseñará el camino hoy mismo: este será un hermoso y pequeño paseo para todas las mañanas.—La buena muger partió, y volvió bien pronto con el permiso de Mistriss Abergwilly, para que fuese Amanda á la biblioteca cuantas veces quisiese. Ella usó de él al momento, y se puso

en marcha con Elena hácia Tudor-Hall, desde donde se veían las blancas torrecitas de la casa de Edwin. Era un vasto y antiguo castillo circuido de bosque. La biblioteca estaba en el piso mas bajo de la casa, y se entraba á ella por una puerta de dos hojas. Elena dejó allí á Amanda, y esta empezó á examinar con gusto el aposento, cuya elegante sencillez se llevó su admiracion.

Por un lado habia una hilera de grandes ventanas arqueadas al estilo gótico; en la parte opuesta, que correspondia á cada ventana, habia unos nichos en los cuales estaban colocados los libros. Estos nichos estaban adornados de guirnaldas de laurel, fabricadas de estuco con grande perfeccion, y en la parte superior de cada uno habia un medallon con el retrato de uno de los mas célebres poetas. El adorno de la chimenea era del mejor mármol de Italia, enriquecido de medallones y esculturas del mejor gusto. Las pinturas del cielo raso eran tambien de buenos artífices, y todas al estilo alegórico. Era difícil decidir qué se llevaba mas la atencion, si la belleza del plan ó el fin de la ejecucion. Dos grandes globos, uno terrestre y otro celeste, ricamente montados, adornaban tambien la biblioteca. Esta pieza, por su forma y situacion, era la mas propia para el estudio y la meditacion. En todo el rededor reinaba la soledad y el silencio, que no se turbaba sino por el susurro del viento que agitaba las hojas de los árboles colocados delante de las ventanas, que templaban la luz del dia, y no dejaban penetrar sino una dulce y misteriosa luz. Enfrente de la puerta por donde se entraba, habia otra semejante entreabierta. Amanda no pudo resistir su curiosidad; entró en una grande y hermosa pieza, que un poco mas clara por unas grandes ventanas, y adornada de un gusto menos serio, formaba un contraste particular con el estilo severo de la que acababa de dejar. El modo con que estaba amueblada, y los diferentes instrumentos que se veían, manifestaban que era un salon de música. Los tapices eran de damasco de un verde bajo bordado de flores de plata, con una cenefa de lo mismo. Las mesas estaban embutidas de preciosas ma-

deras; excelentes arañas pendían del cielo raso, el cual representaba en diferentes cuadros escenas pastorales, de la mano de los mejores artistas. La orquesta estaba formada por una estrada en el centro de la sala, cerrada por una ligera balustrada de mármol blanco.

Las ventanas tenían la vista mas agradable, pues daban á un valle profundo y verdaderamente pintoresco: las laderas, entre las cuales daba vueltas, desplegaban una variedad de aspectos admirables: estaban cubiertas de bosque, entremezcladas ya de praderías, ó ya de mohosas rocas. Una agua abundante y clara se dejaba caer como de una cascada de la altura mas elevada, y esparcida en su caída por las raíces de los árboles, y los fragmentos de las rocas, hacían caminos distintos, y despues de haber corrido por la sombra, salía brillante á estenderse en el valle.

Amanda permaneció largo tiempo en la ventana disfrutando de esta deliciosa vista, y admirando el gusto del que habia dispuesto esta pieza para entretener al mismo tiempo los ojos y los oídos. Habia en el salon un forte-piano que no estaba cerrado; ella le tocó, y reconoció que estaba bastante afinado. Amanda amaba con pasión la música, en la que tenia habilidad. Su padre habia cultivado un talento que él tambien poseia, disponiéndose así en la instruccion de su hija un manantial abundante de placer; pues su alma recibia en la música las mas dulces y fuertes impresiones.

Amanda no pudo resistir á la ocasion favorable que se le presentaba de satisfacer su gusto favorito. La armonía estaba mucho tiempo hacia separada de mí, se decia, y con esto se sentó, y tocó una aria tierna: se acordó en seguida de las que su padre estimaba mas, y tocó algunas con un gusto exquisito. ¡Ah! decia, suspirando tristemente; querido y tierno padre, ¿por qué no estais aquí para participar de mi placer? Despues enjugó algunas lagrimas que le hacia derramar esta tierna memoria, y cantó otra aria con el mayor gusto y espresion.

Habia en el salon muchos libros de música, y reconoció las obras de los mejores autores: estaba tentada de

permanecer aún en el piano, pero no habia aún examinado la biblioteca; volvió, pues, á ella, y encontró los mejores libros tanto antiguos como modernos. Tomó uno, y se puso á leer en el alfeizar de una ventana, para disfrutar del viento fresco que venia de la parte del bosque. En esta dulce ocupacion olvidó que las horas corrian, y en nada pensaba menos que en volver á casa, cuando apareció Elena, advirtiéndole que se la esperaba, con la comida pronta, y que estaria incomodada de estar tanto tiempo sin comer. Amanda no dudó seguir á Elena; pero tomó la resolucion de volver todos los dias á Tudor Hall, donde encontraba tan dulces diversiones, y disfrutar tambien de los paseos solitarios del coto, que convenian tan bien con su gusto y situacion, lo que ejecutó; y pasó una semana entera, durante la cual su padre le hizo saber que, sospechando que la muger en casa de la cual estaba hospedado habia sido ganada por el coronel Belgrave, la suplicaba que no le escribiese, hasta que le diese otra direccion, á que añadia que podria darle tambien noticias de Lord Cherbury, á quien esperaba de dia en dia.

CAPITULO IV.

Amanda continuó todas las mañanas sus visitas á Tudor-Hall: a'lí alternativamente tocaba el piano ó leia. Volvia por la tarde; pero en lugar de permanecer en la Biblioteca, comunmente tomaba un libro, é iba á leer sentada al pié de algun grande árbol, bajo sus ramas cubiertas de moho, oyendo con delicia sobre su cabeza, el susurro de las hojas agitadas por el viento, y el zumbido de los insectos volando á millares por los rayos del sol, de los cuales ella estaba defendida: cuando no podia, ó no queria leer mas, dejaba el libro en el mismo sitio en que lo habia sacado, y se internaba en los parages mas espesos del bosque, que era su gusto favorito. El silencio, la sombra mis-

teriosa, y las cercanías de la noche, calmando el tumulto de las pasiones, ponian á su alma fortalecida y elevada; entonces era cuando ella gustaba acordarse de los pasados dias, y hacerse planes de felicidad, que en lo sucesivo creia podria realizar. Otras veces se abandonaba á todo el entusiasmo de una imaginacion jóven y novelera, y se transportaba á aquellos tiempos donde los bosques á la sombra de los cuales iba errando, eran, como lo dice Thomson, los retretes de la meditacion y las escenas que inspiraban á los antiguos Bardos, cuando llenos del éstasis del genio, y elevados sobre la tierra, conversaban con las criaturas celestes é inmortales, enviadas á los hombres con el divino encargo de sostener la virtud vacilante sobre el borde del vicio.

Su salud se fortificaba todos los dias, y su alma se calmaba; sus mejillas tomaban color, y sus ojos recuperaban un dulce brillo que penetraba al sesgo de sus largos parpados.

Ella, sin embargo, volvió una tarde con mas abatimiento del ordinario. Durante el tiempo en que dormia, sus sueños tomaron el carácter de los pensamientos que le habian ocupado, y la perseguian con imágenes tristes de los tormentos de su moribunda madre, oprimida bajo el peso de la desgracia, entretanto que ella lloraba su triste destino, creyó ver entreabrirse las nubes, y que una mujer de grande belleza, inclinándose hácia ella con una tierna mirada, parecia decirle: Hija mia, soy feliz: Amanda, en mitad de su sueño, fué despertada por una música deliciosa. Ella se incorporó en la cama sobrecogida de admiracion, y creyó ver su aposento alumbrado por una extraordinaria luz. Las imágenes del sueño habian hecho tan fuerte impresion sobre ella, que fué asaltada de un terror y temblor universal, no pudiendo esplicar lo que experimentaba. Esta grande conmocion se calmó un poco con la sorpresa, cuando oyó debajo de su ventana una hermosa voz de hombre que cantaba unos versos de Cowley, por un estilo, de que la musica instrumental que habia oído, no era mas que el preludio. Cuando la voz cesó de cantar, Amanda, que se

habia recobrado de la conmocion que le habia causado su sueño y el canto del músico, habiendo corrido la cortina de la ventana, reconoció que la luz de que se habia admirado, procedia de la luna que estaba entonces en la llena. Ella pasó el resto de la noche en reflexionar sobre este extraño accidente. No podia dudar de que la serenata se dirigia á ella; pero no habia visto, ni conocia persona en la vecindad de quien pudiese esperar este obsequio. Entretanto, veia bien por el género del homenaje, que no podia venir sino de un hombre de buena inclinacion. Resolvió, pues, hacer al otro dia por la mañana todas las indagaciones que podian conducirla al descubrimiento. Por las respuestas que le dieron, sacó en limpio que el músico no podia ser otro que el ministro Howell, á quien ella jamas habia visto, y de quien no imaginaba fuese conocida, hasta que le vino á la memoria que podia haberla visto yendo á Tudor-Hall, ó errante en los bosques del contorno.

Al momento que esta idea se presentó á su imaginacion, pensó que cometeria una imprudencia volviendo á Tudor-Hall. Sin embargo, encontraba allí tanta diversion, que no podia renunciar á sus visitas sin grande repugnancia. Consideró por fin que con una compañera, no ofenderia á su decoro. Elena se ocupaba comunmente en hacer media, y Amanda pensó que esta muchacha emplearia igualmente el tiempo viniendo con ella: le rogó, pues, que le hiciese compañía, en lo que convino Elena de todo su corazon,

Mientras que vais á leer vuestros libros, dijo Elena así como entraba en la Biblioteca, voy á salir un momento á un pequeño negocio. En hora buena, dijo Amanda, con tal que no esteis ausente mucho tiempo. Elena se lo prometió y se fué. Elia habia visto en el campo vecino del Castillo, á Tim Chip, el carpintero de la obra. Este mozo era el Adonis de la Comarca. De mucho tiempo á esta parte mostraba hácia Elena una preferencia, que escitaba contra ella los zelos de las muchachas de la villa, y ella estaba ufana de una conquista que contentaba su corazon, y le daba una ventaja sobre sus compañeras.

Amanda entró en el salon de música, y acordándose del

canto que habia oido bajo su ventana, se ensayó á ejecutarlo con el piano. En efecto, le salia bien, y como las palabras de Cowley le eran familiares, se puso á cantarlas acompañándole. Acababa ya la última copla, cuando oyó detras de ella esclamar: ¡qué voz tan celestial! Amanda se levantó despavorida y turbada, y ve á un hermoso y gallardo jóven á pocos pasos de ella. ¡Buen Dios! exclamó poniéndose colorada y encaminándose presurosa hácia la puerta, ¿dónde está Elena?—¿Pensais, le dijo el estrangero poniéndose delante de ella, pero con un tono respetuoso, que yo os dejaré ir así? no, amable criatura; seria el mas insensible de los seres, si no aprovechase esta ocasion, que un feliz acaso me proporciona, para obtener de vos el permiso de acompañaros; y diciendo estas palabras, tomó la mano de Amanda.—Estad seguro, señor, le dijo Amanda, que el feliz acaso, como le llamais, que nos ha aproximado, me es muy desagradable, pues que me espone á ser tratada con mas libertad de la que estoy acostumbrada á sufrir. Es posible, replicó el incógnito, que vos tengais alguna colera contra mí: Mas yo voy á volver la libertad á mi amable cautiva, si ella se digna permanecer aquí algunos minutos, y permitirme acompañarla á su casa. Quiero ser libre al momento, gritó Amanda.—Obedezco, respondió él, dejando su mano, despues de haberla apretado dulcemente con la suya. *Vos sois libre, y yo no puedo decir otro tanto de mí* (1).

Amanda salió apresurada por el bosque, y turbada no tomó bien el camino. Buscó en vano á Elena. El estrangero la seguia con los ojos por cada camino que ella tomaba. En fin, acercándose mas, le gritó: ¿por qué huís de mí; ¿por qué no quereis que os acompañe á vuestra casa? puede uno, despues de haberos visto, renunciar á veros otra vez? Amanda nada respondia, y se alejaba siempre. En fin, su fatiga y su agitacion, en el estado de debilidad en que se hallaba aún, la obligaron á detenerse, y apoyarse contra un árbol. La precipitacion con que habia caminado,

(1) Esta es la escena designada en la estampa de este Tomo.

habia animado los colores de su cara; sus cabellos esparcidos fluctuaban á voluntad del viento, y jugaban con su cuello; y sus ojos, hermoseados por el embarazo encantador de la modestia, estaban bajos para evitar las miradas ardientes del jóven.

El parecia absorto de la admiracion mas apasionada por ella, y se decia á sí mismo en su enagenamiento involuntario: ¡Dios mio! qué Angel del cielo.

Vos os hallais fatigada, le dijo, y esto solo por apartaros de mí. Si vos pudiéseis leer mi corazon, veríais los pocos motivos que teneis para huir de mí. Las conmociones que vuestros encantos escitan en una alma sensible, no pueden jamas ser enemigas de vuestra seguridad.

En este momento, Amanda divisó á Elena saltando una barrera. Ella habia dejado al fin á Tim Chip, despues de haberle prometido encontrarse por la tarde á otra casa de campo, donde el ciego con su arpa, debia concurrir para bailar. Ella corria; mas viendo al Lord Mortimer, se sorprendió de manera que se detuvo sin hablar palabra. Dios me lo perdone, dijo Amanda, he creido que jamas volveríais.

¿Os vais, pues, dijo el extranjero, sin darmé la menor esperanza de una segunda entrevista? y tomándola la mano: ¡Oh! decidme, exclamó, si me permitís presentarme á vuestra casa? Es imposible esto, replicó Amanda, y yo seria al instante desgraciada si me detuviéreis mas tiempo.

Ved, pues, le dijo abriéndole una reja que daba del bosque al camino, con qué generosidad un caballero atento os libra de vuestra prision; mas no creais, tan bella y cruel como sois, añadió jovialmente, que yo abandone toda esperanza de vencer vuestra dureza.

¡Ah! mi Dios! dijo Elena cuando hubieron salido del bosque; ¡cómo habeis encontrado á Lord Mortimer?—¡Lord Mortimer! replicó Amanda.—Sí, dijo Elena, es él mismo; jamas he tenido yo igual sorpresa, como cuando le ví miraros con tanta ternura; es un jóven bien acabado, y á mas que Tudor-Hall es suyo. Amanda se turbó muchísimo cuando supo que era el dueño de la casa, donde la habia

encontrado con tanta franqueza y libertad como podia estar en la suya propia.

Así como entraban en la casa de Edwin, Elena, tirando de la manga á Amanda, le dijo: mirad, mirad, Miss. Volviendo la cara Amanda, vió al Lord Mortimer que la habia seguido de lejos hasta la mitad del camino. Al verse observado se sonrió, y saludando con la mano se retiró.

La madre de Elena se alegró de que Lord Mortimer hubiese visto á su querida hija, lo que Elena luego fué á notificarle. Ella no dudaba que la belleza de Amanda hubiese escitado la admiracion del Lord; y de la admiracion solo habia un paso que dar á cosas mas importantes. El corazon de Amanda experimentaba una sensacion muy agradable, cuando Elena describia á su madre las tiernas miradas de Lord Mortimer. Ella empezó á creer que seria él quien tan alegremente habia interrumpido sus sueños; pero la reflexion la sacó de esta idea. Era evidente que Lord Mortimer habia llegado aquel mismo dia á Tudor-Hall; de otro modo, ella lo habria sabido, y aun cuando él la hubiese visto antes, le parecia poco verosímil que hubiese tomado la pena de introducirse de esta manera con una persona que debia mirar, segun todas las apariencias, como infinitamente mas baja de condicion que él; entretanto, era claro que el acaso solo no habia podido conducirle al lugar en que la habia sorprendido. El obsequio natural á los hombres del mundo le habia dictado el lenguaje que habia usado con ella. A este pensamiento suspiró; y concluyó consigo misma que era el ministro Howell quien le habia dado la serenata. Ella tomó desde entonces la resolucion de que cuando encontrara al ministro, si él le daba la menor señal de inclinacion por ella, hacerle perder al momento todas las esperanzas que hubiese tenido la vanidad de formar.

CAPITULO V.

Despues del té, Amanda se llevó á la pequeña Betzy al paseo, pues Elena con todos sus adornos habia ido al baile. Amanda no se puso en camino tan pronto como lo tenia de costumbre. Su gorro era tan pesado y le iba tan mal, que ella no pudo determinarse á ponérselo sin hacer en él alguna variacion, y aun encontró que no le estaba bien. Despues se probó un sombrero; este le iba mejor, y al fin marchó. En esta vez no se detuvo, para manifestar su admiracion, como ordinariamente lo hacia todas las veces que un nuevo sitio ó algun aspecto agradable la chocaban á la vista. Estaba tan absorta en sus pensamientos, que parecia despertarse sobresaltada, cuando Betzy se dirigia á ella, como hacia á menudo, ya para rogarle que le dibujase alguna figura sobre la arena, ó ya para coger con ella algunas flores del campo. Sabiendo apenas dónde iba, se dirigia Amanda hácia la villa, y sintiéndose fatigada, entró en el cementerio para descansar sobre una de las piedras que en él habia.

Las tumbas estaban adornadas de guirnaldas de flores, tributos de las jóvenes de la poblacion á la memoria de los amigos que habian perdido.

Amanda, sentada, se puso á aderezar una guirnalda de flores que habia cogido con Betzy, y la colgó á la piedra fúnebre levantada en el lugar de la sepultura de Lady Malvina. Sus bellos ojos se elevaron hácia el cielo, como para convidar á su madre á recibir la ofrenda campestre de su hija. Ella cruzó sus manos sobre su pecho, y exclamó: ¡Ah! este es el solo tributo que la fortuna me ha dejado que poderos ofrecer. Al mismo tiempo oyó hablar bajo bastante cerca de ella; y volviéndose, vió á Lord Mortimer con el jóven ministro medio ocultos detras de algunos árboles, que la observaban con atencion. Colorada y

confusa, bajó su sombrero sobre la cara, y tomando á Betzy por la mano, se volvió á su casa.

Lord Mortimer habia ido errando por los alrededores de la casa de Edwin con la esperanza de encontrar á Amanda por la tarde. Al verla salir se puso á seguirla de lejos; y al tiempo que ella iba á entrar al cementerio, encontró al ministro: él se habria pasado con mucho gusto sin esta compañía en un momento tan favorable para juntarse con Amanda; pues estaba mas solícito de lo que él mismo creia de introducirse con ella.

Lord Mortimer estaba entonces en la primavera de su vida. Era perfectamente bien hecho: sus modales eran insinuantes y agradables: su sonrisa de una dulzura seductora; sus ojos llenos de espresion eran espirituosos, y anunciaban una extrema sensibilidad; la energía y pureza de su language tomaban de la dulzura de su voz un encanto, al cual era difícil resistir; su alma, en fin, era el asiento de todas las virtudes. Pero un superior rango y una grande fortuna le colocaban en una situacion en que la virtud llega á ser difícil; y él no tenia siempre la fuerza de resistir á las tentaciones de que estaba cercado; pero aun dejándose llevar de algunos extravíos, jamas habia entrado en los senderos del vicio; jamas habia cesado de respetar la inocencia, ni hecho paso alguno que pudiese ofender el corazon de un amigo. El suyo estaba abierto á todos los nobles sentimientos que nos da la naturaleza. La compasion á favor del desgraciado era una de sus inclinaciones dominantes, y jamas rehusó su mano á sus generosos impulsos. Entre los varios talentos que habia cultivado, el de la música lo habia llevado al mas alto grado de perfeccion; su residencia en los países estrangeros le habia proporcionado los medios para ello. La dulce y melodiosa voz de Amanda habria sido suficiente para ganar su corazon; pero ayudada de todos los otros encantos de esta amable muchacha, acabaron de dominarle.

Habia venido al país de Gales con el objeto de ir á hacer una visita á un amigo antiguo que vivia en la Isla de Anglesey. El no habia formado intencion de detenerse en

Tudor-Hall; pero habiéndose volcado á algunas millas de su casa la silla de posta en que viajaba, y habiendo quedado bastante estropeado, alquiló un coche, y se fué á Tudor-Hall, para recobrase bajo los cuidados de la vieja ama de llaves Mistriss Abergwilly, la cual, poseyendo mayor fondo de conocimientos médicos y quirúrgicos que la misma Lady Borentiful, curaria sus contusiones, á lo que él creia, en menos tiempo que ningun cirujano de campaña. El la habia prohibido hacer saber á nadie su llegada á la casa, no queriendo, en los pocos dias que habia de permanecer en ella, ser importunado con visitas que no faltarian á hacerle si se supiese su llegada. Desde un aposento junto al salon de música, habia oido á Amanda. Aunque maltratado aún de su caida, á los primeros acentos de su voz se acercó á la puerta, la que estando entreabierta, le dió la facilidad de verla perfectamente sin ser visto. El estado de debilidad en que aun se hallaba, habia podido solo impedirle presentarse á ella inmediatamente, para expresar la admiracion que le habia inspirado. Al momento que ella salió, envió á buscar á la ama de llaves, para saber quién era la bella estrangera. Mistriss Abergwilly no pudo decirle mas de lo que sabia; esto es, que era una señorita jóven recientemente llegada de Lóndres, y hospedada en casa del labrador Edwin, la muger del cual habia pedido para ella el permiso de leer en la Biblioteca: que ella se lo habia concedido viendo que Milord leia en su gabinete: que si Milord no aprobaba lo que habia hecho, ella enviaria á decir á los Edwin, que Lady Dunford no viniese mas. Guardaos de hacerlo, le dijo Lord Mortimer. Amanda, pues, habia continuado sus visitas, no sospechando que tuviese tan cerca de ella un observador tan atento, y un admirador tan apasionado. Lord Mortimer se restablecia de dia en dia; pero parecia haber olvidado enteramente el objeto de su viaje al país de Gales. El tenia un poco de novelista en su carácter y espíritu; y en su convalecencia se dedicó á ello tomando un laud, y dando una serenata á la amable persona hospedada en casa de Edwin.

Como no podia sin impolítica desembarazarse de Ho-

well, se habia contentado con seguirla con el ministro hasta el cementerio, donde ocultos detras de los árboles él y su compañero la habian observado, sin que ella hubiese reparado en ellos, hasta que una exclamacion involuntaria que se escapó á lord Mortimer, hizo traicion á su enagenamiento. Cuando ella hubo marchado, leyó la inscripcion de la piedra fúnebre; pero con motivo de la discordancia de los nombres, nada pudo sacar de allí concerniente á lady Dunford. Howell no pudo dar mas luces á su ignorancia; este era un jóven recientemente encargado de esta parroquia, y que aquella tarde por la primera vez habia visto á Amanda.

Lord Mortimer estaba escesivamente atormentado por los deseos de ser instruido de quién era lady Dunford. Como las funciones pastorales de Howell le daban libre entrada en las casas de sus feligreses, á nadie podia dirigirse mejor que á él, para adquirir noticias de esta especie. El lord, pues, le manifestó sus deseos de saber quién era esta persona, para satisfacer, decia, una simple curiosidad, y le rogó que si no tenia inconveniente se trasladase á la casa de Edwin y procurase sacar de esta buena gente algunos descubrimientos: Howell se encargó de esta comision con mucho gusto. La figura, el aire melancólico, y sobre todo el acto piadoso de Amanda, de que habia sido testigo, habian interesado su sensibilidad, y escitado toda su curiosidad.

Llegó á la casa de Edwin poco despues que ella, y la encontró riendo de las profecías de su ama de leche, que la anunciaba que algun dia seria ciertamente una grande señora. Amanda quiso dejar el aposento á la llegada del ministro; pero viendo éste su intencion, la declaró que si le servia de confusion, se retiraria al momento. Ella se volvió á sentar, con algun placer de haber sido detenida, porque pensó que con alguna mirada ó palabra del ministro podria descubrir si era él quien le habia dado la música que habia oido por la noche, y por esta misma razon se prestó á entrar en conversacion con él.

Toda la familia, escepto la madre, habia seguido á Ele-

na al baile. La buena muger creyó que no podia hacer cosa mejor para recompensar el honor que le hacia Howell, que darle una pequeña cena. La afectuosa disposicion de Howell, la bondad de su carácter y la dulce jovialidad de su humor lo hacian amado de sus parroquianos, á los cuales divertia unas veces con canciones sencillas, y otras con cuentos agradables. Amanda quedó á solas con él mientras que la nodriza preparaba la cena. Amanda bien pronto estuvo contenta de su tono y sencillez de modales, como él lo estuvo de la delicadeza y dulzura de los de Amanda. Los objetos de que estaban cercados trajeron la conversacion sobre asuntos campestres, y de allí sin esfuerzo alguno pasaron á hablar de la poesia. Este asunto interesaba particularmente á Howell, que obsequiaba á menudo á las musas en sus paseos campestres: Amanda les rendia incesantes cultos, aunque lo ocultaba por modestia; ella fué conducida por el hilo de la conversacion á citar algunos pasages bellos de sus autores favoritos, y la dulce sensibilidad de su declamacion trasportó á Howell. El la miraba, la escuchaba como si sus ojos no pudiesen jamas hartarse de verla, ni sus oidos de oirla. A su ruego, ella recitó la descripcion patética del carácter del ministro y de sus amables hijas en el *Deserted village* de Goldsmith. Algunas lágrimas mojaron sus mejillas. Howell, llevado por un movimiento involuntario, puso sus manos sobre las de Amanda, y exclamó: ¡qué ángel, Dios mio! qué ángel!

Vamos, vamos, dijo Amanda sonriéndose de este transporte, vos á lo menos no debíais lisonjear. ¡Lisonjear! dijo con énfasis; el cielo me es testigo, cuán lejos estoy de ello. Muy bien, dijo ella, procurando desviar la conversacion; pero no os sirvais en adelante de espresion alguna que pueda darme lugar á dudar de vuestra sinceridad. Señora, dijo él, me seria imposible adularos; no pudiendo hacer los mas grandes elogios, sino muy bajos con respecto á lo que mereceis. ¡Aún! dijo Amanda. Creedme, señora, replicó él, la adulacion es una bajeza que aborrezco. Las espresiones que vos llamais lisonjeras, las arrancan

las mas verdaderas conmociones, y una sensibilidad que yo me despreciaria á mí mismo si no la tuviese.

El pato y los verdes guisantes fueron servidos; mas en vano la ama esforzaba á Howell á comer. Sus ojos fijos sobre Amanda, no le permitian entregarse á ninguna otra sensacion. La buena muger, no pudiendo ganar nada por este lado, le rogó que la cantase una de sus viejas canciones de que ella gustaba mucho. El se escusaba, cuando Amanda, que tenia sus razones para ello, juntó sus ruegos á los de la ama. Al instante que oyó su voz, se convenció de que no era la persona que habia cantado bajo su ventana. Despues de la complacencia de Howell, ella no pudo rehusarle cantar tambien. El sonido de esta voz penetró hasta el corazon del ministro. Parecíale estar bajo el poder mágico de algun encantador, y clavado á su asiento. El escuchaba aún, cuando ella no cantaba, y no pensaba en levantarse, ni menos retirarse, hasta que la nodriza le advirtió que era tarde, y que temia que Amanda no hubiese estado desvelada demasiado tiempo.

Entrando á su casa, él suspiró, y estos fueron los primeros suspiros que habia arrojado pensando en la medianía de su fortuna. Con todo, decia pasando la vista por su aposento, en esta estancia, tan humilde como es, el poseedor de una Amanda podria encontrar la felicidad.

El pobre ministro habia enteramente olvidado el objeto de la visita que habia ido á hacer en casa de Edwin, y la comision que le habia dado lord Mortimer. Este habia empeñado á Howell á que fuese á cenar con él, despues de evacuada su comision, y lo habia esperado con extrema impaciencia. Habia sufrido mucho, viendo pasar las horas sin verlo volver. En fin, incapaz de reprimir la impetuosidad de sus sentimientos, llegó á casa de Howell al tiempo que este acababa de entrar en ella. El le preguntó con buen humor por qué no habia cumplido la palabra que le habia dado de ir á cenar con él. Dominado Howell por una sola idea, confuso, turbado é incapaz de encontrar excusa buena, le dijo lo que habia sido realmente, y que él habia olvidado absolutamente su pro-

mesa. Supongo, dijo Mortimer con voz turbada, que habeis pasado una noche agradable. Deliciosa, dijo Howell. Lord Mortimer estaba mas y mas descontento; pero era de sí mismo mas que del ministro. El se arrepentia de su locura por haber puesto bajo la diligencia de Howell una tal tentativa, y de haberse ganado acaso un rival. ¡Y bien! dijo él despues de haber dado algunos pasos por el aposento, ¿qué sabeis de Miss Dunford? ¿De Miss Dunford? repitió Howell saliendo de su meditacion. ¡Ah! nada. ¡Cómo nada! dijo lord Mortimer. No, replicó Howell, sino que es un ángel.

Lord Mortimer se convenció entonces que el ministro tenia la cabeza trastornada; y despues de este convencimiento, resolvió hacer en adelante sus negocios por sí mismo. Obtuvo de Howell, sin embargo, una relacion de aquella noche, de la que este le hizo una penetrante descripcion, y le envidió las horas afortunadas que habia pasado al lado de Amanda.

CAPITULO VI.

Al otro dia por la mañana, al tiempo del desayuno, Amanda recibió una carta que le trajo Betzy. Ella esperaba nuevas de su padre. Abrió la carta con precipitacion, y con grande sorpresa leyó lo que sigue.

A Miss Dunford.

“Lord Mortimer se toma la libertad de asegurar á Miss “Dunford, que él no estará en paz consigo mismo, hasta “que haya podido justificarse en persona de la sorpresa “que le causó en Tudor-Hall. Si la dulzura y bondad de “Miss son tales como las anuncian sus rasgos, se lisongea “obtener pronto el perdon. Entre tanto no creará olvida- “da su falta, si Miss Dunford interrumpe sus visitas á la

“biblioteca. Lord Mortimer se encontrará dichoso y aprecioado, si ella puede hallar en Tudor-Hall alguna cosa que pueda contribuir á su diversion, ó merecer su estimacion.

“Julio 17.”

¡De lord Mortimer! exclamó Amanda muy conmovida; yo estoy verdaderamente atónita de ello. ¡Ah, buen Dios! dijo la nodriza encantada. Amanda le hizo señas que callase, porque el criado estaba en el aposento vecino. Ella llamó á Betzy. Dile al criado, dijo ella..... La nodriza la interrumpió, y tirándola por la manga, le dijo á media voz: mi querida, escribid una pequeña carta á Milord, yo os lo ruego, aun cuando no fuese mas que para hacerle ver lo bien que escribís.

Amanda no pudo menos de reirse; pero deshaciéndose de la buena muger, yendo al criado, le rogó dijese á Milord que ella le agradecia su política y atenciones, pero que en adelante ella no podria ir á la biblioteca. Cuando entró en el cuarto, Mistriss Edwin se quejó amargamente de que no hubiese querido escribir. Las mas grandes cosas, dijo ella, tienen pequeños principios. Ella no comprendia por qué trataba á Milord de este modo. Que no era esta la conducta con que ella se habia portado con Edwin. Ella se acordaba, decia, que jamas habia recibido de él el menor garabato, que no le hubiese respondido tambien por escrito. Amanda se esforzó en persuadirle que en esta circunstancia no era ni necesario ni conveniente que le escribiese. Ellas habian pasado mucho tiempo altercando sobre esta cuestion, cuando llegaron dos criados, viniendo de Tudor-Hall y llevando una pequeña cajita de libros dirigida á Miss Dunford, con los cumplimientos de parte de su señor, quien iba á llegar á rendirle sus respetos.

Amanda se turbó mucho con este anuncio; pero su turbacion estaba mezclada con un placer involuntario. Su cuarto estaba siempre con gran propiedad; con todo, la nodriza y sus dos hijas se agitaron para probar, si era po-

sible, el arreglarlo mejor. Fueron tambien á buscar nuevas flores al jardin, y no quisieron retirarse, hasta que vieron que lord Mortimer se acercaba á la casa. Amanda, que habia abierto la cajita de los libros, habia tomado uno en sus manos, para no manifestar que no estaba ocupada en otra cosa que en su arribo.

El entró con un aire desembarazado y al mismo tiempo respetuoso, y le pidió perdon de la libertad que se habia tomado en Tudor-Hall. Amanda se puso colorada, y tartamudeó alguna cosa del embarazo que le habia causado una tal sorpresa. El la rogó que volviese á sentarse, y tomando una silla para colocarse á su lado, la dijo que la habia enviado algunos libros para divertirla, hasta que quisiese condescender en venir á la biblioteca, como él encarecidamente se lo pedia; prometiéndole que si ella se dignaba ir, la biblioteca y el salon de música serian para ella sola, y él mismo no se presentaria allí sino por su mandato. Ella le dió gracias de su política; pero continuó escusándose de acceder á ello. Lord Mortimer la miraba con una tierna admiracion. A él le hizo impresion la diferencia entre ella y la mayor parte de las mugeres de moda que habia visto, y que á menudo habia censurado el sacrificar la decencia y aun su belleza al ídolo del arte y de la moda. El delicado carmin que animaba las mejillas de Amanda, anunciaban el efecto involuntario de su modestia: su vestido era notable por su sencillez. Lo llevaba de bombasí, con un velo de muselina clara, que la defendia del aire sin ocultar su fisonomía, y que daba á su cara la dulce espresion de una Madona de Rafael ó de Güido. Sus hermosos cabellos fluctuaban en largos anillos, cayendo hasta su cintura y levantándose en bucles sobre su frente.

—¡Oh Dios! exclamó Mortimer, ¡cómo me ha perseguido vuestra imagen toda la noche última! Si por la mañana habia estado hechizado, por la tarde, viéndoos llenar un deber piadoso, he encontrado en vuestras miradas y vuestra actitud, mas allá de todo lo que la imaginacion puede concebir de gracia y belleza. Vos me habeis parecido una

criatura celestial, llorando una de vuestras compañeras, y me he sentido conmovido de respeto, y de un sentimiento llevado hasta la adoracion.

Embarazada Amanda de estos elogios, de la energía de estas espresiones y de las miradas apasionadas de Mortimer, sabiendo apenas lo que hacia, volvia las hojas del libro que tenia en sus manos, cuando vió escrito sobre la primera página el nombre del conde Cherbury. ¡Cherbury! dijo ella atónita. ¿Le conoceis? preguntó Mortimer. —No personalmente, dijo ella, mas lo reverencio y estimo, como uno de los mejores y verdaderos amigos de mi padre. ¡Oh! qué feliz seria el hijo, exclamó Lord Mortimer, si pudiera inspiraros los sentimientos que mostrais por el padre. ¡Su hijo! replicó Amanda fijando la vista en Lord Mortimer. Sí, replicó él. ¡Es, pues, posible que vos ignoreis verdaderamente quién es mi padre?

La sorpresa la hizo guardar silencio durante algunos minutos. Su padre no le habia dado jamas detalle alguno de la familia del conde, antes del momento que habia creido necesario recurrir á él, y despues de esta época habia estado tan ocupada con las desgracias de su padre, que no podia dar atencion á nada de lo que le era extraño en el país. Ella jamas habia oido hablar de Lord Cherbury, porque Tudor-Hall no le pertenecia, pues habia sido un legado de un tio á Lord Mortimer.

Yo creo en efecto, Milord, le dijo Amanda cuando se hubo recobrado un poco, haberos oido nombrar por vuestro nombre de familia; pero las circunstancias en que me he hallado no me han permitido hacer en ello bastante atencion.

¡Ah! ¿consentireis, exclamó Lord Mortimer con una sonrisa seductora, que la amistad de los padres se establezca entre sus hijos, y permitireis, continuó tomándola la mano y apretándola á sus labios, que este beso sea testimonio de ello? El se informó en seguida del origen de la conexion del padre de Amanda con Lord Cherbury; pero Amanda eludia estas preguntas. Ella creyó que sin el permiso de su padre, no tenia derecho á ellas, y que en la

situacion en que ella misma y su padre se encontraban, nunca podia tener demasiada reserva. Su amor propio y su delicadeza le prescribian tambien ocultar á Mortimer el verdadero estado de su padre. No podia sufrir la idea de dejar ver que el destino de Fitzalan dependia de Lord Cherbury, ignorando aún si este señor llenaria^a las esperanzas de su padre.

Se arrepentia de haber dejado escapar alguna cosa de la conexion que subsistia entre los dos padres, y procuraba apartar la conversacion de este asunto; á lo que le ayudaba el mismo Lord Mortimer, pues no le faltaba penetracion para conocer lo que la embarazaba. El la pidió el permiso de volverla á ver; pero aunque Amanda estuvo tentada de concedérselo, su prudencia le sugirió una denegacion. Ella le rogò que no insistiese en ello; la desigualdad que hay entre nosotros, le dijo, me prohibe recibir tales visitas, y hablándole así, ella se puso colorada, suspiró, y bajó los ojos. Lord Mortimer continuó estrechándola, y ella permaneciò constante en rehusar; pero él no quiso dejarla, sin que ella no le prometiese venir por la tarde á una diversion en el bosque cerrado de Tudor-Hall, que ella aun no habia visto, y que le ponderó ser de una grande y rara belleza. Tambien le pidió permiso de venir á buscarla, á lo que no quiso acceder, y le fué fuerza contentarse con venir delante de ella á alguna distancia de la casa.

A la hora convenida, ella salió, y le encontró esperando á algunos pasos de la casa. Cuando Mortimer le dirigió las enérgicas espresiones de su admiracion, los colores de su rostro se animaron aun mas; pero Lord Mortimer no limitó su conversacion á estos cumplimientos, que habrian pronto cansado un oido tan delicado como el de Amanda. El tocó diferentes asuntos, y la pureza de su language, lo adecuado de sus observaciones, y la riqueza de su imaginacion, divirtieron, é igualmente interesaron á su hermosa compañera. Habia en efecto en el carácter, modales y talento de Lord Mortimer esta feliz mezcla de vivacidad y dulzura, que divierte el entendimiento é intere-

sa al corazón; jamás había pasado Amanda unas horas tan deliciosas y tan cortas. Entrando en el paseo que él quería hacerle ver, ella reconoció que no había exagerado sus bellezas. Después de haber recorrido muchas calles largas y sombrías, llegaron á una grande pradería, del mas excelente verde, circuida de árboles magestuosos que se elevaban sobre el terreno en anfiteatro, cuyas sombras espesas, abundante y rica frondosidad, anunciaban, como dice Milton, que los pesados golpes de la hacha nunca habían espantado las ninfas de estos bosques, ni se las había obligado jamás á abandonar sus retretes sagrados.

La pradería descendía por una dulce pendiente hasta la orilla de un pequeño riachuelo de corriente tortuosa, en cuyas aguas puras reverberaban los objetos vecinos á sus bordes, y el oro y la púrpura que coloraban los cielos en el ocaso del sol; al otro lado del riachuelo y á poca distancia se elevaba una montaña dividida en pequeñas laderas y verdes collados, revestida de odoríferas matas, cuyas flores hacían los aires aromáticos. Lord Mortimer obtuvo de Amanda que se sentaría sobre un banco rústico colocado contra una inmensa encina, cuyo tronco estaba revestido de yedra. Hacia pocos momentos que estaba sentada, cuando el silencio que reinaba al rededor de ellos fué de improviso interrumpido por una música noble y dulce, que parecia salir de los bordes del riachuelo como un homenaje de la náyade que lo habitaba. Los sonidos hinchados por grados con mucho arte, eran repetidos por los ecos de la montaña, que les daban efectos mas poderosos. Esto era un encantamiento, y las miradas de Amanda hácia Mortimer parecían decirle que reconocía en él el encantador. Después de haber disfrutado de esta primera sorpresa, él la confesó que esta música era ejecutada por dos de sus criados, de los cuales uno tocaba el corno, y el otro el clarinete, y estaban colocados en una gruta de la montaña enfrente de ellos. No obstante las primeras ideas que se habían dado á Amanda sobre la serenata, volvió á creer que la debía á Lord Mortimer: no hay necesidad de decir que este descubrimiento fué placente-

ro para ella. Se confirmó mas en este pensamiento, pues instándola Lord Mortimer á que cantase, como ella se excusase, él la dijo que no tenia ningun motivo poderoso para no ceder, pues que no seria esta la primera vez que la oiria; y que él tambien se habia dejado oir de ella, y entonces confesó que era él quien habia cantado bajo de su ventana la cancion de Cowley. A esta confesion, se apoderó de Amanda una especie de turbacion mezclada de placer, y estuvo algun tiempo para recobrarse de la sorpresa. Lord Mortimer la condujo al medio de un puente rústico, construido sobre el pequeño riachuelo, desde donde sus músicos podian oírla bastante bien para acompañarla, como Mortimer les habia dado la órden. Sus tiernos y melodiosos acentos ya repetidos, ya acompañados, por los sonidos dirigidos por el clarinete y el corno suavizado, parecian ser la voz del eco de la montaña, y producian una impresion tan atractiva, que embriagada el alma, se creia trasportada á los Campos Elíseos de los antiguos, tomando parte en la felicidad de sus habitantes.

Lor Mortimer se vió por la primera vez en la imposibilidad de espresar todo lo que sentia. Desde allí condujo á Amanda á un bosquecillo, en el que encontró una provision de frutas, helados y crema, traído allí como por especie de encantamiento, pues nadie aparecia. La cercanía de la noche les advertia que debian volver á casa; pero Mortimer no quiso que se retirase sin haber tomado alguna cosa de esta elegante merienda.

Entre tanto Mortimer no podia contentarse con ver á Amanda en un paseo de tarde una hora ó dos, y al acercarse á casa, le preguntó si en adelante le seria deudor del placer de verla, sin necesitar del acaso ó de la fortuna de encontrarla. El la estrechó de nuevo para que le permitiese hacerle visita por la mañana, prometiéndole que no la interrumpiria en sus ocupaciones; y que se contentaria con estar cerca de ella, y hacerle alguna lectura durante el tiempo que trabajara. La resistencia de Amanda se debilitaba siempre mas. Al fin ella le dijo: que con las condiciones que él acaba de espresar, podria venir

de cuando en cuando. Se deja bien comprender que él no faltó á usar de este permiso, y despues de esto, no se pasaba dia alguno sin que se viesen muchas horas en diferentes ratos del dia.

La reserva de Amanda llegaba á ser por grados menos rigurosa. Despues que habia sabido que Lord Cherbury, benefactor de su padre, lo era de Mortimer, se persuadió que no podia mirar al hijo sino como un simple conocimiento. Los sentimientos que habia concebido por él, le parecian justificados por este descubrimiento, así que por el reconocimiento que debia á Lord Cherbury, por los beneficios que su padre habia recibido de él, y que pedian, á lo que creia, que estendiese su estimacion al hijo de un tan respetable padre. Ella no podia menos, por otra parte, de reconocer en Lord Mortimer un mérito que autorizaba su inclinacion hácia él, pues lo hallaba uno de los mas amables y agradables hombres del mundo. No podia disimular el extremo placer que disfrutaba en su sociedad, y apenas creia deberlo ocultar, porque era un natural resultado de su inocencia. Llamaba amistad á la inclinacion que tenia por él; pero Mortimer penetraba demasiado, para no echar de ver claramente en ella un sentimiento mas tierno y vivo. Por sus incesantes cuidados y finas atenciones, se habia introducido tan adentro en el corazon de Amanda, que se hizo dueño de él, sin que ella lo advirtiese ni que en adelante pudiese sustraerse de este imperio. El era el compañero en sus paseos. La melancolía que frecuentemente venia á alterar la serenidad de esta amable muchacha, se desvanecia á la presencia de este amigo, y estando en conversacion con él, olvidaba todos sus pesares.

Diferentes veces Mortimer procuró sacar de ella alguna explicacion sobre las circunstancias de que le habia insinuado alguna cosa en la primera visita que le habia hecho, y sobre las cuales se ha visto que ella se detenia al momento. Amanda, poniéndose colorada, desviaba siempre el objeto de esta conversacion. Desgraciada por la sola idea de que Mortimer podia saber que Fitzalan en su triste situacion, esperaba los auxilios de Lord Cherbury, pen-

saba que si Lord Mortimer insistia sobre este asunto, lo que podia creer que llegaria tarde ó temprano, no podria menos de decirle la verdad; pero que hasta este punto estaba resuelta á no hacerle ella misma esta humillante confesion.

El parque y los bosques de Tudor-Hall eran sus paseos favoritos. Algunas veces ella se dejaba conducir al salón de música; pero como esto era raras veces, Mortimer habia hecho llevar á su casa un laúd que tambien tocaba con mucho gusto, y en la gruta del pequeño jardin ella cantaba y tocaba con él. En este mismo retiro frecuentemente le hacia lecturas, escogiendo de los mejores poetas, piezas elegantes y patéticas, á las cuales la dulzura de su voz y la verdad de su declamacion aumentaban nuevos encantos; pues esta voz penetraba hasta el corazon de Amanda, y escitaba su sensibilidad aun mas que el fondo del asunto.

Unas veces, desviándose juntos sobre las alturas que dominaban el valle, y contemplando las bellezas de que estaba sembrado, y á una grande distancia una cadena de altas montañas formando horizonte, Mortimer se dejaba llevar de su elocuencia para pintar las maravillosas escenas y los admirables puntos de vista de este vasto paisage, y siempre que Amanda, con simple inocencia le manifestaba el deseo de ver mas de cerca estos bellos espectáculos, él suspiraba, y espresaba el placer que tendria de conducirle él y hacerle observar las bellezas que ella estaba en estado de comprender con un gusto tan delicado como el suyo

Otras veces, sentados en el alto de una colina vecina, desde donde veian esparcidas aquí y allí las humildes habitaciones de lugarejos vecinos, Mortimer hacia la pintura de la felicidad de una vida tranquila, pasada en un tal retrete, con un objeto amable, y tiernamente amado. Sus penetrantes ojos se volvian entonces sobre Amanda, y parecian decirle que ella era el solo ser que podia realizar para él, un plan de un tal género de vida; y cuando le pedia su parecer sobre este agradable proyecto, el trastorno,

su calor, y el embarazo en sus palabras manifestaban en ella los mismos sentimientos. Todos los frutos y delicadezas de Tudor-Hall eran enviados diariamente á la casa de Edwin á pesar de las repetidas prohibiciones de Amanda. Algunas veces era admitido Lord Mortimer á comer en la gruta del jardin. Tres semanas así pasadas en una familiar y continua comunicacion, les aficionó uno á otro mas estrechamente que no lo habrian hecho meses y años, pasados en el bullicio de la sociedad.

CAPITULO VII.

Howell no ignoraba las dulces horas que se pasaban en la casa de Edwin. El paseaba al rededor de ella, y aprovechaba todos los momentos de la ausencia de Mortimer para presentarse á Amanda. Su conmocion hacia traicion á sus sentimientos, y Amanda afectaba con él una grande reserva, con la esperanza de extinguir una pasion que, á lo que entonces empezaba á creer, era bien temible cuando era sin esperanza.

Howell se habia abandonado á una melancolía, no solamente por su propio interes, sino por los temores que tenia de la seguridad y felicidad de Amanda. Temia que Lord Mortimer, como todos los hombres de moda, hiciese poco escrúpulo en valerse de las ventajas que le daban su nacimiento y su riqueza, para seducir á esta jóven. Es verdad que lo conocia por un hombre bueno, y de probidad; pero por otro lado veia en él ligereza y arrebató, y temblaba por el peligro que corria con él la inocente credulidad de Amanda. Aunque perdida para mí, esclamaba el desgraciado jóven, ¡ah! que esta amable muchacha no se pierda para ella misma.

El habia recibido muchas pruebas de estimacion y amistad de Lord Mortimer, y su reconocimiento le prescribia no ofender á su benefactor, advirtiéndole á Amanda el pe-

ligro que corria. Imaginó, pues, dar á uno y á otro este saludable aviso desde lo alto del púlpito, dirigiéndose á su auditorio en general, esperando que aquellos para quienes estaba particularmente destinado, se lo aplicarian á ellos mismos, y abandonarían con tiempo sus proyectos, si los habian formados criminales.

El domingo siguiente, Lord Mortimer y Amanda asistieron al oficio divino, como Howell lo esperaba. El banco de Milord y el de Amanda estaban situados en frente uno de otro, y se puede bien calcular que sus ojos se encontrarían á menudo.

El jóven predicador subió al púlpito. Su testo fué sacado de Jeremías concebido en estos términos: “Ella llora “con abundancia durante la noche, y sus mejillas están “mojadas de lágrimas. Entre sus amantes no tenia quien “la consolase. Todos sus amigos la han vendido y se han “hecho sus enemigos.” Despues de un corto exordio, en el cual esplicó su pesar de que el olvido de los principios de la moral exigiese que él tratase un asunto sobre el cual iba á entretener su auditorio, entró en materia. Describió una jóven adornada de inocencia y belleza, caminando con intrepidez por las sendas de la virtud, que le habia abierto una escelente educacion, y haciendo la gloria de todo cuanto lo cercaba, cuando en mitad de su felicidad, una calamidad repentina é inesperada la precipita en un abismo de males. En una tan dura prueba, saca grandes recursos de la religion y de la virtud en la que su alma se ha alimentado. Guiada por ella, no es el mundo donde tiene su recurso esta amable afligida para encontrar su consuelo, es en Dios solo, que ha prometido tan solemnnemente asistir al justo en sus adversidades. Reanimada y consolada, está capaz de entregarse á una honesta ocupacion, para sacar de allí con qué proveer á las necesidades de la vida. Mira el trabajo como la mejor prueba que puede dar de sumision á la voluntad del cielo, y encuentra la tranquilidad de conciencia, que la fortuna sola no le puede dar. En el ínterin que ella ocupa así su vida, un péfido corruptor la ve, y se propone hacerla su presa, porque

es amable, y no tiene apoyo; la encuentra accesible á sus artificios por la confianza y credulidad misma que da la inocencia, y adulándola se hace pronto dueño de su corazón. Ella se halla envuelta en las redes que él le ha tendido, y bien pronto abandonada de su corruptor, que su mismo libertinage hace inconstante, cae en las mismas desgracias, y aun mas grandes que aquellas que habia sabido combatir en un principio. Mas qué diferencia entre esta segunda caída y la primera. El testimonio de su conciencia no le presta ya su apoyo contra los disgustos que la oprimen; la desesperacion se sucede á la esperanza, y no tiene amigos que endulcen sus penas, ni á su alrededor alma alguna compasiva que le ayude á soportarlas; y mofada puede ser tambien, por alguna criatura insensible, que no ha escapado de mayores faltas, sino porque la naturaleza no le habia dado tentaciones semejantes. Pronunciando Howell su discurso, penetrado él mismo de los sentimientos que tan al vivo pintaba, habia involuntariamente puesto los ojos sobre Amanda. Penetrada de su simple y patética elocuencia, tenia ella fijados los suyos sobre él, apoyada su cara sobre la mano; Mortimer miraba alternativamente á Howell y Amanda, observando con inquietud la impresion que esta sentia. El vió escaparse algunas lágrimas de los ojos de Amanda; sus desgracias, y su aventura con Belgrave, la colocaban con poca diferencia en la situacion descrita por Howell: Lord Mortimer se conmovió hasta el último grado de este espectáculo: se cubrió la cara con su pañuelo para ocultar su conmocion, que no se calmó hasta el fin del oficio. Amanda volvió á su casa, y Mortimer esperó á Howell al salir de la iglesia. Howell, le dijo Mortimer, ¡á qué diablos nos habeis dado un sermón semejante? Habeis descubierto en vuestra parroquia alguna pequeña intriga, que hayais querido desconcertar? . Howell se embarazó y respondió vagamente. Mortimer le dijo aún algunas chanzas, al tiempo de marcharse, pero todas con tono alegre.

En los primeros momentos de su conocimiento con Amanda, por lo que le habia dicho Mistriss Abergwilly, y por lo

que habia observado él mismo, estaba tentado á creer que Amanda tenia alguna cosa que ocultaba, y era muy natural creer que este misterio encubria alguna falta. Ver á una persona tan jóven, tan amable, tan hermosa, y confinada en una casa de paisanos, reducida á vivir con gentes cuyos modales y sociedad eran tan poco conformes con ella, verla temblar, y embarazarse á la menor palabra que se dirigiese á descubrir los motivos de su retiro; todas estas circunstancias habian naturalmente escitado en la imaginacion de Mortimer injuriosas sospechas contra Amanda. Estas sospechas le habian conducido á pensar que la pobre muchacha se habia dejado llevar de algun extravío, que le habia hecho perder la proteccion de sus padres y amigos, y la habian obligado á condenarse á este retiro, del cual no estaria disgustada de encontrar una ocasion de salir. Despues de estas ideas, creyó que él podia, sin tener un grande escrúpulo, ceder á los deseos que los encantos de Amanda habian hecho nacer en él. Encontraba tambien una razon para creer que Amanda habia formado el proyecto de inspirarle gusto. Mistriss Abergwilly le habia dicho que ella habia confiado á la muger de Edwin la llegada de Milord, y de consiguiente no dudaba que esta noticia se la hubiesen dado á Amanda, y pues que despues de haberla tenido, ella continuaba en ir á Tudor-Hall mañana y tarde, era claro que ella misma habia querido meterse en las miras de Milord. Mistriss Edwin habia sido en efecto instruido de la llegada de Mortimer; pero lo habia ocultado á Amanda, por temor de que esta no interrumpiese sus visitas á Tudor-Hall, lo que Mistriss Edwin sabia bien que Amanda no faltaria en hacer.

A la verdad, á los ojos de Mortimer, Amanda presentaba todos los caracteres de la inocencia; mas esta aparicion no podia destruir enteramente sus sospechas; pues ya habia visto en otras ocasiones, ocultos bajo un aire de candor y simplicidad, los artificios de un corazon depravado. ¡Ah! se decia á sí mismo, ¿por qué una muger amable, dotada de todas las gracias que el cielo puede dispensar, renuncia á la mas poderosa de todas, la modestia? por qué

su ligereza, y el olvido del pudor le hacen perder el tributo de estimacion y adoracion que nadie le podria rehusar?

No es á ella sola á quien perjudica; ella desalienta la virtud, mueve contra ella los tiros de la ridiculez, y enseña á los hombres á armar el lazo en el cual se la hará caer. Evitamos el sol ardiente, lo buscamos cuando tiempla sus rayos. La rosa que hace ostentacion de su belleza en medio del dia, nunca es tan buscada como cuando no ha hecho mas que entreabrirse; y segun la espresion de uno de nuestros mejores poetas modernos, las gracias mas seductoras son aquellas que se ocultan aun de las miradas.

Lord Mortimer jamas habia oido al conde su padre pronunciar el nombre de Dunford; y por esta razon no creia poder dar mucho crédito á lo que Amanda le habia dicho de las relaciones de su familia con Lord Cherbury, sobre todo viéndola confusa, y que desviaba la conversacion todas las veces que él la volvía á tocar. Su reserva le parecia ridícula, y se lisonjeaba que ella no la sostendria largo tiempo.

Tales habian sido las miras y disposiciones de Mortimer en sus primeras entrevistas con Amanda; mas ellas habian cambiado á medida que encontrándose mas á su gusto con él, ella le habia proporcionado muchas ocasiones de reconocer en ella un gran número de cualidades estimables, la fuerza, y lo adecuado de su espíritu, la riqueza de su imaginacion, y sobre todo, la pureza de sus sentimientos, y la modestia que acompañaba á todas sus palabras. Estos dones y virtudes que le habian inspirado una grande admiracion, habian desde luego disminuido, y bien pronto disipado enteramente sus sospechas. Desde entonces habia renunciado á los primeros proyectos que ella le habia hecho nacer. La estimacion se habia juntado al amor, y el respeto á la admiracion. El solo se encontraba feliz á su lado, y apartaba su pensamiento de las consecuencias que tarde ó temprano, debia tener una tal inclinacion; mas eu fin, la ceguedad del amor habia alejado de él las reflexiones que el discurso de Howell en la iglesia le habia escitado. El se preguntó seriamente á sí mismo, cuáles eran

sus miras con respecto á Amanda. Veia tan grandes obstáculos á una union legítima con esta amable persona, que se arrepentia, lo mismo que sucede siempre que uno se separa del camino trazado por la razon, de no haber huido, luego que pudo haber divisado el peligro. Estos obstáculos le parecian tan insuperables, que tomaba algunas veces la resolucion de romper con Amanda, si podia encontrar un medio de separarse de ella sin menoscabo de su reputacion, despues de los continuos cuidados que habia tributado.

Pero antes de tomar el último partido, quiso probar el descubrir cuál era la verdadera situacion de Amanda: aun alejándose de ella, seria para él una grande satisfaccion saber si podia serle útil; y sea cual fuese el plan que se proponia seguir, este conocimiento le era necesario. Escribió, pues, á su hermana Lady Araminta Dormer, que se hallaba entonces en el campo con Lord Cherbury, rogándola se informase de su padre si conocia alguna persona del nombre de Dunford, y le enviase las noticias que pudiese adquirir de esta familia y su situacion. La suplicó al mismo tiempo que no diese á entender que estas preguntas venian de parte de él, diciéndole que en lo sucesivo le haria saber sus motivos. El continuó sus obsequios á Amanda, esperando con impaciencia una respuesta á su carta. Pero con qué disgusto tan mortal supo por su hermana, que Lord Cherbury jamas habia conocido persona alguna con el nombre de Dunford! Entonces renacieron sus primeras dudas; pero antes de ceder á ellas enteramente, resolvió dirigirse á la misma Amanda, y preguntarla en los términos menos equívocos, cómo y en qué tiempo su padre habia tenido conexiones con Lord Cherbury, determinado, si ella le respondia francamente y sin embarazo, comunicar á Lady Araminta todos los detalles que Amanda le daria, para asegurarse que la respuesta de Lord Cherbury no era efecto de un olvido de su parte. Así como salia del bosque con la intencion de ir á ver á Amanda, vió á Edwin y su mujer que venian de la poblacion, á cuyo mercado habian llevado aves y frutas. El creyó que estas

gentes con su sencillez, podrian darle noticias de lo que deseaba saber de la situacion de Amanda, y ahorrarla la penosa necesidad de hacerle preguntas, á las cuales puede ser que ella no querria responder, á menos que él le diese parte de los verdaderos motivos que tenia para hacerlas, lo que Mortimer estaba bien lejos de querer dárselos.

Con esto, se detuvo para esperar á Edwin y su muger; y dirigiéndose á ellos con su ordinaria afabilidad, les preguntó si habian vendido bien sus géneros. Ellos le respondieron respetuosamente. Mortimer les propuso descansar en el castillo un momento, pues parecian estar fatigados. Las buenas gentes, lisonjeadas de esta política, entraron seguidas del amo de la casa, el cual se fué al momento á ordenar que se les llevase algun refresco. La nodriza, muger bastante avisada á su modo, sospechó al instante que el hacerles este agasajo, tenia por objeto saber de ellos alguna cosa tocante á Miss Amanda. Luego que vió que Mortimer se alejaba, David, dijo ella á su marido, quitándose el delantal, y hablándole con propiedad, como es verdadero el proverbio de dar por sacar, el joven lord no nos ha convidado á entrar sino por saber alguna cosa de nosotros sobre Amanda. Ella es tan hermosa, que no me admiro de que esté curioso de saber quién es; pero nos es preciso tener cuidado, para no decirle ni poco ni demasiado. Si hablamos demasiado, ella podria incomodarse y preguntarnos de dónde habiamos aprendido tanto: no tendria en adelante buena idea de nosotros, si pudiera sospechar que habiamos hecho charlar á Jemmy Hawthorn acerca de ella, cuando nos la condujo desde Lóndres á nuestra casa. Todo lo que podemos hacer es decirle algunas palabras sobre su situacion, las que pondrán á lord Mortimer en camino para hacer á ella misma otras preguntas, á las cuales ella responderá. Acuérdate de esto, David.—Bueno, replicó David, fíate de mí. Un soldado viejo sabe tanto como cualquiera otro. Entonces entraron ambos en una sala donde lord Mortimer les esperaba. Este encontró alguna resistencia para

hacerlos sentar á la mesa, donde se les sirvió carne fria y vino. Lord Mortimer empezó por preguntar á Edwin si estaba bien contento de su quinta, y si tenia su casa en buen estado. Yo estoy muy bien, respondió Edwin dándole gracias de su obsequiosa pregunta. En seguida le habló lord Mortimer de su familia.—Gracias á Dios los pobres muchachos son buenos. Lord Mortimer, que no habia aún llegado al punto que le ocupaba el corazon, estaba agitado y turbado. En fin, componiéndose lo mejor que pudo, les preguntó cuánto tiempo pasaria Miss Dunford con ellos. Esto tocaba á la nodriza el responderlo: ella habia estado hasta entonces sonriéndose, y haciendo reverencias á Milord, le respondió: esto dependerá de las circunstancias. Pobre jóven, añadió, aunque nuestra pequeña habitacion sea bien diferente de la que gozaba, aun se encuentra feliz en ella.—Ella hará mucha falta á su padre, dijo Mortimer.—Seguramente su querida hija era bien necesaria á su dicha, respondió la nodriza; pero ¡pasan cosas tan estrañas todos los dias! Yo no habria jamas imaginado que este pobre señor se viese obligado á separarse de su hija.—¿Qué, es, pues lo que ha sucedido, que le haya obligado á ello? exclamó Mortimer parándose al instante en mitad de la sala, en la que hasta entonces se habia paseado. La nodriza le respondió, que aunque no le tocasse en manera alguna mezclarse en los negocios de las gentes de superior esfera, como era lástima que Milord que era tan bueno y tan afable no supiese nada de ello, no podia menos de decirle que Miss Amanda no era lo que parecia. Pero Milord, añadió, si ella supiere que soy yo quien os ha dicho esto, jamas me lo perdonaria. ¡Pobre muchacha! se desesperaria si se supiese su situacion, aunque ella no sea la primera que haya encontrado un hombre perverso; pero maldito sea el que ha causado su desgracia y la de su padre.

Lord Mortimer habia oido bastante. Sus dudas se habian aclarado y sus sospechas realizado, y no quiso ni pudo llevar mas adelante sus preguntas. Le pareció claro que Amanda no merecia su estimacion, y el reconoci-

miento y detall de las circunstancias que la habian hecho indigna de él, no podia menos de atormentarlo inútilmente. El llamó precipitadamente, y despues de haber dicho á Mistriss Abergwilly que hiciese compañía á los Edwins, se retiró. Creyó desde entonces tener una ocasion y un motivo para romper con Amanda, sin tener que reprobarse el ofender con esto su honor; pero este descubrimiento, lejos de causarle placer, le llenó de tristeza, agonía y desesperacion. Era el candor y sencillez de Amanda, mas que la belleza, lo que habia cautivado su alma, y lo que le habia determinado, si por otra parte la encontraba digna de él, á superar todos los obstáculos para unirse con ella. Estaba indignado de pensar que Amanda tenia solo la máscara de sus calidades seductoras, que ella las habia representado para tenderle un lazo, y que su falsa modestia no habia sido otra cosa que un medio de atraerle á hacerle honrosas proposiciones. Estimándola menos, empezó á encontrarla menos hermosa, y creyó que la castigaria convenientemente, y conseguiria una noble victoria sobre sí mismo, si triunfaba de su pasion y olvidaba el objeto que era origen de ella. Lleno de estas ideas, y de resentimiento contra el engaño, del cual suponía ser el objeto, resolvió ejecutar al momento el proyecto que le habia conducido á Gales, é ir á visitar á su amigo á la Isla de Anglesey. Pero ¡qué débiles son las resoluciones y el resentimiento contra el amor! Apenas acababa de dar la orden para hacer los preparativos del viage, cuando la revocó, persuadiéndose por lo demas, que esta mudanza no era efecto de debilidad en su primera resolucion. Se decia á sí mismo, que quedándose por algun tiempo mas en Tudor-Hall, sin verla ni informarse de ella, le probaria que no tenia encantos tan poderosos y victoriosos como creia. Despues de este hermoso proyecto, mudó su plan de vida en Tudor-Hall. Desde su llegada se habia negado constantemente á todos los convites que habia recibido de sus vecinos, para dedicarse enteramente á Amanda. Resolvió, pues, prestarse á ellos en adelante. Era en efecto el medio de sostener su resolucion, no ver á Aman-

da, y desterrarla de su pensamiento; pero este era el peor de los medios para conseguir el fin que se habia propuesto. La sociedad que habia buscado era tan diferente de la que acababa de gustar, que la comparacion de una y otra se presentaba sin cesar á su imaginacion, y siempre con ventaja de Amanda. Perdió el reposo, se hizo infeliz, y en fin, sintió que para encontrar alguna tranquilidad y felicidad, era preciso volver á ver á Amanda. Conocia tambien que si ella rehusaba la sola medida que podia en adelante proponerle, despues de la idea que tenia de ella, seria él muy desgraciado; tanto habia llegado á ser necesaria en él la sociedad de esta amable muchacha, y tan seducido estaba de la dulzura de sus modales y de los encantos de toda su persona. Tomó, pues, esta resolucion en una gran comida en casa de un baron vecino suyo, de donde despues de estar aburrido, marchó precipitadamente, y muy temprano, para irse en casa de Edwin.

Durante este tiempo, tampoco Amanda habia estado tranquila. El primer dia de la ausencia de Mortimer habia tenido alguna tristeza, la que procuraba disipar, pensando que lo habia detenido algun negocio. Al otro dia por la mañana ella no se movió de su cuarto, esperando verle llegar á cada momento; pero esta esperanza pronto se destruyó. Ella oyó á uno de los hijos de Edwin contar á otros, que habia encontrado una grande comitiva que iba á casa de Sir Levis á Shenrins, y entre otros á lord Mortimer: que el criado de Milord le habia dicho que el dia anterior su amo habia comido en casa de Mr. Jones, donde habia concurrido mucha gente, y por la noche habia habido baile. El corazon de Amanda fué traspasado con esta noticia. No eran, pues, negocios, sino diversiones y placeres, los que habian impedido á lord Mortimer verla. El la habia declarado muchas veces que estas frívolas diversiones no tenian atractivo para él, despues que habia conocido, le decia, las dulzuras de su sociedad; luego ó no era sincero cuando le hablaba así, ó se habia mudado con ella. Se condenaba á sí misma el ha-

ber permitido sus visitas y obsequios. Ella le reprendia los que le habia tributado, como una traicion, que no debia permitirse, conociéndose, como lo era sin duda, un hombre ligero é inconstante. A pesar de su amor propio agraviado, vertió muchas lágrimas, y por fortuna sin ser observada. El dia fué para ella interminable, sin poder dar atencion á cosa alguna: salió, pues, por la tarde para abandonarse en un paseo solitario á toda su tristeza. Ella evitó ir por el lado de Tudor-Hall, y tomó sin saberlo el camino que conducia á la casa donde lord Mortimer habia comido. Caminaba lentamente absorta en sus pensamientos, sin interesarse en cosa alguna de todo lo que tenia al rededor, cuando el ruido de las pisadas de una persona la sacó de sus pensamientos, y vió delante de ella el mismo objeto que únicamente la ocupaba. Sorprendida y turbada, pero obediente á un movimiento de arrogancia, iba á retroceder, cuando pensó que evitando á Mortimer con esta precipitacion y de un modo tan conocido, le daria alguna superioridad. Con esto, se detuvo para escuchar las solícitas preguntas que le hizo sobre el estado de su salud. Ella respondió con afectada frialdad, é iba á seguir su camino cuando fué detenida por lord Mortimer, el cual, tomándola una mano, le preguntó por qué iba tan apresurada á apartarse de él. Amanda no respondió, sino rogándole la dejase sola. Jamas, gritó él, hasta que vos me trateis con menos rigor. ¡Ah! si vos supiéseis lo que he sufrido durante los dos dias que he pasado sin veros, tendríais piedad de mí! El corazon de Amanda se conmovió de alegría; pero ocultó su agitacion, considerando que habia contradiccion entre lo que decia de su tristeza, y sus viages á convites de placer. Penetrada de la idea que Mortimer le espresaba un sentimiento que no habia experimentado, hizo los mas grandes esfuerzos para desasir su mano, pero sin écsito.

El vió que verdaderamente estaba ofendida, y estuvo mas que persuadido de haber hecho progresos en el corazon de Amanda; y pues que ella se resentia tan vivamente de su negligencia, estaba atraida sin duda del precio

de sus atenciones. Sin dejarle ver que creía que era este el motivo de la frialdad que le manifestaba, se justificó diciendo con alguna verdad, que una carta que habia recibido últimamente lo habia desazonado, de modo que le hizo incapaz de sociedad, y que habia tomado ese tiempo de su desazon y mal humor, para aceptar los convites á los cuales se hallaria obligado á ceder tarde ó temprano, para no malquistarse con sus vecinos, y por esto habia reservado para ella los momentos en que recobrada la tranquilidad de espíritu necesaria, pudiese disfrutar de las dulzuras de su sociedad. El corazon de Amanda se alivió con esta esplicacion; con tanta facilidad admite uno las excusas del objeto que ama. Ella levantó sus ojos, que hasta entonces habia tenido bajos; sus mejillas tomaron color, una encantadora sonrisa, la de la inocencia y amor, embelleció sus facciones. Pareció olvidar al momento que su mano estaba fuertemente asida por lord Mortimer, pues ella no hizo esfuerzo alguno para retirarla: tambien toleró que la apretase dulcemente entre las suyas, y se dejó llevar á uno de sus paseos favoritos de Tudor-Hall.

Ella escuchó colorándose, pero con extremo placer, á Lord Mortimer explicarse con mas calor aún del que habia usado en sus conversaciones precedentes, y pintar lo que habia pasado sin verla. De estas espresiones ardientes y apasionadas, ¿qué consecuencia podia sacar la pobre é inocente Amanda, sino que tenia la intencion, uniendo sus destinos, de asegurarse el goce de una sociedad á la cual estaba tan aficionado? ¿Qué podia concluir, sino que iba á esplicar claramente esta intencion? Este pensamiento era demasiado agradable para que dejase de causarle una grande agitacion. Mientras seguian su paseo por el bosque, el cielo, que habia estado cubierto todo el dia, se oscureció mas en un momento, y anunció una próxima tempestad. Lord Mortimer no se opuso á que ella volviese á su casa; pero apenas habian tomado el camino de su quinta, cuando los relámpagos se doblaron, y los ecos de las montañas repitieron el ruido de su espantoso trueno.

no. Tudor-Hall estaba mas cerca que la quinta, y Lord Mortimer, poniendo su brazo al rededor del cuerpo de Amanda, se la trajo consigo hácia la casa; pero antes que estuviesen á cubierto, les alcanzó una violenta lluvia; Lord Mortimer quitó á Amanda su sombrero y schal que estaban todos mojados, y pidió té y café porque Amanda rehusó toda otra merienda. Sus ojos hechizados estaban fijos sobre ella. Jamas la habia visto tan hermosa. La carrera habia animado las rosas de su semblante, sus hermosos cabellos rizados y brillantes como una seda, fluctuaban á su alrededor con un agradable desórden: sus ojos brillaban con un fuego mas vivo, al mismo tiempo que se mezclaba una agradable turbacion, que descubria el placer que le causaban las tiernas atenciones de Lord Mortimer. Este no pudo contener los sentimientos de que su corazon estaba agitado. ¡Oh qué felicidad! esclamaba. Ya no me admiro de encontrar toda sociedad insípida, despues de haber disfrutado de la vuestra. ¡Dónde encontraré tanta dulzura y sensibilidad? Una alma tan dulce, una vivacidad tan animada, una belleza tan encantadora, que aun ella misma lo ignora. ¡Oh mi querida Amanda, qué dulce pasará su vida quien la disfrute á vuestro lado! Amanda se esforzaba á calmar estos trasportes; pero ella estaba deliciosamente penetrada de ellos, pues que los miraba como espresiones de un amor casto, y de una honrada inclinacion. Entretanto, el placer que ella recibia no le hacia olvidar la decencia. Habian tomado ya el té, el cielo se habia serenado, y manifestó que queria partir. Lord Mortimer la instó á que esperase, y para determinarla á ello la hizo ver por la ventana que aun llovía. El la prometió acompañarla luego que hubiese cesado la lluvia, y la rogó que en el ínterin le cantase una aria. Amanda no pudo rehusárselo; mas al escucharla, espresó su enagenamiento con tal energía, que ella se alarmó, y se levantó del piano despues de la primer aria á pesar de todas las instancias de Mortimer. Ella volvió á pedir su sombrero y su schal, que Mistriss Abergwily se habia llevado para hacerlos secar. Lord Mortimer al fin obedeciendo con pena, salió para ir á buscarlos.

Amanda se fué á la ventana donde habia la vista mas encantadora. El cielo volvía á estar sereno; solamente se veían algunas ligeras nubes teñidas de color de púrpura por los últimos rayos del sol á su ocaso. Los árboles eran de un verde mas vivo, y aun se veían brillar en sus hojas las gotas del agua que los habia refrescado. Sobre el valle se extendía un hermoso arco-íris, testimo nio sagrado del pacto de Dios con los hombres. Toda la naturaleza parecia revivir y animarse. Los pajaros gorgeaban sus pequeñas canciones; y se oían los balidos de los ganados que pacían en las vecinas cuestas. ¡O qué vista tan encantadora! Qué paisaje tan hermoso, gritó Amanda, con el trasporte que el espectáculo de la naturaleza, en su calma y frescura, jamas deja de escitar en una alma religiosa y sensible.

En efecto, es encantadora esta vista, repitió Lord Mortimer, que volvía á entrar, y le aseguraba que iban á traer su sombrero; pero yo lo admiro porque vos lo admirais conmigo; sin vos ella no tendria atractivo para mis ojos. Decidme, os suplico, esclamó estrechándola en sus brazos, ¿por qué esta prisa de dejarme? ¿Acaso encontrareis en otra parte un ser que tenga á mayor precio que yo vuestra sociedad? ¿Encontrareis un corazon mas tierno y mas consagrado á vos que el mio? ¡O mi querida Amanda! Si tuviéseis un pensamiento tal, os engañaríais de medio á medio.

Amanda se coloró, y volvió la cabeza quedando sin accion para responderle. Y ¿por qué, añadió él, persiguiendo con sus miradas los ojos desviados de Amanda, por qué en adelante nos haremos desgraciados á nosotros mismos separándonos? Amanda á estas palabras levantó sus ojos hácia él, con una sorpresa que se conocia en toda su persona. Lord Mortimer comprendió el sentido de este movimiento, reconoció que hasta entonces ella le habia supuesto intenciones bien diferentes de las que realmente tenia. Habria sido cruel en dejarla mas lar_o tiempo en esta ilusion. El la estrechó contra su corazon, y procuró imprimir un beso en sus labios, le juró que su vida sin

ella perdía para él todos sus atractivos, que la emplearía toda entera en servirla, y que su fortuna y su corazón le serían enteramente consagrados.

Habiéndose desembarazado Amanda con bastante dificultad de los brazos de Mortimer, le preguntó con alguna formalidad, qué era lo que entendía por esto. La pregunta y el tono con que la hizo, sorprendieron y confundieron á Mortimer; mas acordándose que este era el momento de una esplicacion, desviando sus ojos, y con frases interrumpidas le declaró sus esperanzas, sus deseos, y sus intenciones. La sorpresa, el horror y la indignacion pusieron algun tiempo á Amanda fuera de sí misma; mas recobrando repentinamente sus sentidos, su presencia de espíritu y una fuerza extraordinaria, se alejó de él rápidamente, y corrió hácia la puerta. Lord Mortimer la detuvo. ¿Dónde vais, Amanda, gritó, espantada como estais? Lejos del mas vil de los hombres, dijo ella, procurando con todo su esfuerzo desasirse de él. Mortimer cerró la puerta, y la pidió encarecidamente que se sentase. Estaba confundido y amedrentado de las miradas de Amanda. Veía claramente que el dolor y la desesperacion que ella manifestaba no podían ser representadas, que la conmocion profunda y terrible que experimentaba, no podían causarla sino los sentimientos puros y delicados que él habia agraviado. Las rosas de su color habian desaparecido, y habia ocupado su lugar una palidez mortal. Sus ojos oscurecidos se hallaban fijos en tierra con la expresion del abatimiento y de la desgracia. Con esto Lord Mortimer principió á calcular que él se habia engañado groseramente sobre el carácter de esta amable muchacha, ó á lo menos sobre sus actuales disposiciones: la idea de haber insultado á la virtud, ó aun solamente al arrepentimiento, fué para él como un golpe de puñal. ¡Oh alma mia, exclamó, apretando una mano de Amanda entre las suyas, ¿cuál es vuestra intencion dejándome tan precipitadamente?

Mi intencion, Milord, dijo ella levantándose, es tan fácil de conocer, como lo es al presente la vuestra. Yo me aparto para siempre de un hombre que, so color de aten-

ciones delicadas, ha meditado contra mí una tan infame maquinacion. Mi credulidad ha podido servir de diversion, pero no os ha dado objeto alguno de triunfo. La ternura que vos creéis haberme inspirado, y yo no la niego, habiendo nacido en mí de la idea de vuestras virtudes, se ha desvanecido con la ilusion que le habia dado origen. Un sentimiento que era inocente se haria culpable en adelante. ¡Oh cielos! continuó ella, juntando con pasion sus manos, y anegándose en lágrimas, ¡soy yo hija de la desgracia, la que Lord Mortimer ha creído poder sacrificar á un amor criminal? De la mano del hijo de Lord Cherbury debia recibir tal golpe el desgraciado Fitzalan.

Lord Mortimer se estremeció. ¡Fitzalan! repitió despues de ella. ¡Oh Amanda! ¡Por qué me habeis ocultado vuestro verdadero nombre? ¡Y qué he podido inferir de este misterio? Todo lo que habeis querido, dijo ella: la opinion de un hombre á quien ya no estimo, me es muy indiferente. Entre tanto, continuó, á fin de que no os quede excusa alguna de vuestra conducta hácia mí, sabed que solo he ocultado mi nombre por orden de mi padre, el que habiendo caído en una situacion muy infeliz ha creído esta precaucion necesaria para los dos.

¡Ah! exclamó Mortimer, este misterio me ha perdido arrojándome en un error que lloraré toda mi vida. ¡Oh Amanda! dignaos saber las circunstancias que me han conducido á esta fatal equivocacion, seré menos culpable á vuestros ojos de lo que os parezco, y encontrareis en mí alguna excusa.

No, Milord; yo no me dejaré engañar voluntariamente á mí misma; ¡qué es lo que sucederia si creyese que podíais encontrar excusa, para vuestra conducta, ó lo que vos llamais error? Si por atraerme vuestra atencion hubiese empleado algun artificio ó coquetería, seríais tal vez excusable; pero cuando me habeis seguido, yo me he retirado. Solo por haber sabido que érais hijo de Milord Cherbury, el bienhechor de mi padre, he permitido vuestras visitas. Yo os las he dejado continuar, porque me eran agradables. ¡Desgraciada facilidad! ¡Cruel Mortimer! ¡Cómo

os ha faltado la generosidad! ¡Y cómo habeis abusado de mi simple confianza!

Al acabar estas palabras, ella se adelantó hácia la puerta otra vez. Espantado de su aire, confundido de sus reprensiones, atormentado de sus remordimientos, y ofendido de que rehusase escuchar escusa alguna, Mortimer no se opuso por mas tiempo á su salida. El la siguió hasta mas allá de la puerta. ¡Qué pretendeis, Milord, le dijo ella, siguiéndome?—Quiero conduciros con seguridad á vuestra casa, replicó él, con un aire de dignidad mezclado de jovialidad.—¡Y es lord Mortimer, dijo ella mirándole, quien pretende cuidar de mi seguridad? El dió una patada en la tierra, llevó con violencia y apoyó su mano sobre su frente y exclamó: Ya lo veo, ya lo veo, soy detestable á vuestros ojos; pero, Amanda, yo no puedo sufrir lo que me echais en cara. Permitidme algunos minutos, y vereis que no lo merezco tanto como os habeis imaginado.

Ella no replicó, pero apresuró sus pasos hasta las cercanías de su casa, donde él la detuvo con un aire respetuoso y la dijo: Amanda, me es imposible separarme de vos de este modo; me mirais como el último de los hombres, me desterrais de vuestro corazon, y voy á ser un objeto horroroso para vos.—Seguramente, Milord, le dijo ella vivamente.—¡Qué, mi arrepentimiento no puede haceros olvidar mi error?—No es el arrepentimiento, dijo ella, lo que sentís; es el pesar de no haberos salido bien vuestros designios.—No, replicó él, os lo juro por todo cuanto hay de mas sagrado. Es el remordimiento que yo conservaré toda mi vida de haber pensado tan injuriosamente de vos. Pero, os lo repito, si os dignais escucharme no me encontrareis tan culpable. ¡Oh! hacedme esta gracia. Dejadme esperar que mi vida podrá seros aún dedicada, y que podré así justificar, á lo menos en parte, mi conducta con vos. ¡Oh mi querida Amanda! (arrojándose de rodillas) no me apartéis de vos cuando os presento mi arrepentimiento.

Vuestras instancias son inútiles, replicó ella; él se le-

vantó con desesperacion. Sí, dijo él, ¡con esta frialdad soy abandonado de Amanda! Decidme solamente que no me detestais, y que la memoria de las dulces horas que me habeis permitido pasar á vuestro lado no os son odiosas.

Mortimer estaba pálido y temblando, y corrian algunas lágrimas de sus ojos. Amanda no pudo contener las suyas; ella apartó su cara para ocultarlas, pero él habia ya reparado en ellas. Vos llorais, le dijo, mi querida Amanda; en fin, sentís alguna compasion por mí.—No, no, Milord, dijo ella, yo sé y creo que vos teneis alguna sensibilidad, y el pensar que vos os reprendeis cruelmente á vos mismo vuestra conducta hácia mí, me quita la fuerza de echárosla nuevamente en cara; pero, Milord, aprovechaos de vuestros remordimientos para no entregaros á unas pasiones que la virtud condena, y la razon no puede justificar. Así habló el ángel, y la grave y severa instruccion dada por la juventud y la belleza, tomó en su boca una gracia invencible.

Amanda se desasíó en fin de las manos de lord Mortimer, y entrando en casa, cerró la puerta con precipitacion. La nodriza al verla se espantó de sus miradas. Esta habia sabido por uno de sus hijos, que durante la tempestad Amanda se habia refugiado en Tudor-Hall, y la veia volver sin schal, sin sombrero, el semblante pálido, los cabellos en desórden, sin poder responder mas que con suspiros y lágrimas. ¡Qué teneis, mi querida hija? ¡Qué os ha sucedido?

Aliviada Amanda con sus lágrimas, dijo á la nodriza que no se hallaba buena, y habiendo reflexionado que no era conveniente el continuar viendo á lord Mortimer, le suplicó no se le recibiese en caso que se presentase.

La buena muger meneó la cabeza, y dijo que sin duda habria alguna querella entre los dos, pero que si el Lord habia hecho alguna cosa que pudiese desagradar á su querida Amanda, ella lo haria arrepentir de ello. Amanda le prohibió hablar jamas á lord Mortimer sobre este asunto, y despues de haberle ecsijido la promesa de no

recibirle mas en su casa, se retiró á su aposento débil y fatigada. El coronel Belgrave habia insultado su virtud, y agraviado su vanidad, pero no habia dirigido su intriga por el lado mas sensible de su corazon, que solo Mortimer habia podido alcanzar.

El atractivo que hasta entonces habia endulzado sus penas se habia disipado; Amanda, por un vivo resentimiento, se hallaba abatida por el dolor de un amor engañado. ¡Ah, padre mio! exclamaba, he aquí el retrete seguro y tranquilo que habíais creido descubrir para mí; ¡cruel engaño! Yo tenia menos que temer del vicio presentándose con insolente audacia, que cubierto con la máscara seductora de la virtud. La desvergüenza de Belgrave me advertia el peligro; pero mi misma inocencia me dispuso á la confianza de Mortimer, y la credulidad estaba en lugar de la sospecha. ¡Estoy yo, pues, destinada á ser víctima de la violencia ó del artificio de los hombres, y escepto el corazon de mi tierno padre, encontraré todos los demas llenos de engaño y de traicion? ¡Ah! si en la tierna edad una esperiencia prematura de los hombres nos hace perder la confianza y la esperanza, ¿qué atractivo conservará la ecsistencia para nosotros? La alma se encontrará abatida dentro de sí misma, y no se apasionará mas por su vida. Belgrave quiso mi deshonor; pero solo Mortimer ha podido penetrar mi corazon con un golpe mortal. ¡Oh Mortimer! ¡de vuestra mano podia yo recibir un golpe tan terrible; de vos, á quien miraba como un guía, un compañero y un amigo!

Por otro lado, Mortimer estaba abandonado á todas las agonías que puede experimentar una alma ingenua, oprimida por los remordimientos que sentia por su grave falta. La venganza mas implacable no hubiera podido imponerle una pena mas severa que la que sentia por sus remordimientos. La pasion criminal que le habia estraviado un momento, habia perdido todo su imperio, y el honor y la razon habian vuelto á tomar su ordinario y natural ascendiente. Reflecionando sobre el carácter inocente, uniforme y sostenido que siempre habia observado

en la conducta de Amanda, no se podia perdonar, ni sus dudas, ni la audacia que habia tenido de insultarla, manifestándolas. Pensando en los disgustos que tenia ya, estaba indignado contra sí mismo por haberlos agravado. ¡Ah, querida Amanda! esclamaba, ¡vuestras desgracias y vuestra virtud no debian ser para mí un objeto el mas sagrado?

El encontraba algun alivio en pensar que obtendria de ella el poder esponerle las circunstancias que le habian conducido á un proceder tan injurioso para ella, y tan indigno de sí mismo. Una tal esplicacion debia haberle recobrado la inclinacion y confianza de Amanda, y determinarla á aceptar su mano, que estaba resuelto á ofrecerle al momento: pues el orgullo y la ambicion no podian ser por mas tiempo obstáculos á la reparacion que creia deber á Amanda. Si no era aceptada, no podia en adelante ser feliz. Amanda le importaba mas que su vida, y no podia formar plan alguno de felicidad para él, en que Amanda no fuese el agente principal. Impetuoso en sus pasiones, no podia resolverse á esperar hasta el dia siguiente para declararle su arrepentimiento, implorar su perdon, y darle á conocer sus intenciones. Acercóse á la quinta, y dispuesto á poner mano en el pestillo de la puerta se detuvo, no queriendo demostrar á estos paisanos su vergüenza y confusion. Todos dormian en la casa. Los rayos de la luna difundian por este techo de paja una luz tranquila, y los vientos reposados, ni aun agitaban las hojas de los árboles.

Felices habitantes de los campos, se decia á sí mismo el desconsolado Mortimer, en el seno del contento y de la inocencia, el sueño cierra dulcemente vuestros párpados. Mi amada reposa tambien como vosotros, pues es igualmente inocente. Al dar una vuelta al rededor de la casa, vió una luz en una ventana; se acercó y reconoció por los vidrios á la misma Amanda ir hácia su aposento con un aire agitado. Estaba con un pañuelo en sus ojos para enjugar las lágrimas. Este espectáculo le puso fuera de sí. Se echó mil maldiciones reprendiéndose por haber sido la

causa de que corriesen. Una hora despues de media noche, habiendo tocado el reloj de la poblacion; ¡Gran Dios! dijo, y qué horas han de pasar aún ántes que pueda arrojarle á los piés de mi amable víctima, implorar mi perdón, oír su dulce voz, y (como él se lisonjeaba) en los trasportes de nuestra reconciliacion, estrecharla contra mi corazon palpitando de ternura y de alegría, como debiendo ser en adelante la compañera inseparable de mi vida. Habiendo Amanda al fin apagado la luz, él no pudo determinarse á buscar aún el reposo, y continuó en ir vagando al rededor de la casa como sombra desgraciada, hasta que empezó á despuntar el dia, y vió algunos labradores que iban á sus trabajos: entonces se retiró para no ser observado por ellos.

CAPITULO VIII.

Luego que Mortimer creyó que podria ver á Amanda, se apresuró á ir á la quinta de Edwin. La nodriza guardó la promesa que le habia hecho de no echarle en cara cosa alguna; pero en su aire manifestaba bastante que estaba mal contenta de él, y que creia que habia hecho alguna cosa de la que su querida hija tenia de que quejarse.—Miss Fitzalan, le dijo ella, está demasiado indispueta para ver á persona alguna (pues lord Mortimer habia pedido noticias de Miss Fitzalan, detestando el nombre de Dunford, al cual él imputaba en gran parte la desgraciada conducta que habia tenido con ella). La nodriza solo le dijo la verdad, diciéndole que Amanda se hallaba indispueta. La agitacion habia sido demasiado fuerte para un cuerpo tan delicado; y á la mañana fué atacada de una calentura que la detuvo en cama. En el abatimiento en que se encontraba, solo deseaba la soledad. Hasta entonces, ella habia esperado con impaciencia la vuelta del dia, porque disfrutaba con Mortimer de la fres-

cura del aire fragante, y de la tranquilidad de la mañana. Pero Mortimer ya no era aguardado.

Por la tarde, Mortimer hizo una nueva tentativa: y encontrando á Elena sola, la envió á suplicar á Amanda que le recibiese. Ella venia de lavarse, y Mistriss Edwin la hacia el té. Los colores se asomaron á su cara.—Decidle, respondió á Elena, que estoy admirada de su demanda, y que le he hecho saber ya mis resoluciones: que busque en otra parte un corazon que se le parezca mas al suyo, y que no incomode mas mi reposo. Mortimer oyó estas palabras desde el aposento inmediato donde aguardaba, y salió desesperado de la casa. Howell llegó á ella un momento despues, y supo por Elena toda la querella. A esta nueva, una secreta esperanza renació en su corazon, y rogó á Elena que viniese á juntarse con él dentro de media hora en el valle mas bajo del jardin, resuelto á encargarla alguna embajada para Amanda.

Como el ministro jamas habia dirigido á Miss Fitzalan atencion alguna, que á los ojos del vulgo pudiese hacer creer que estuviese prendado de ella, y á menudo habia conversado familiarmente y reído con Elena, á la pobre muchacha se le puso en la cabeza que Howell se habia hecho su amante, y si la inclinacion de Chip por ella habia escitado la envidia de sus vecinas; cuánto mayor iba á ser su triunfo si ella sujetaba al ministro! Despues de esta esperanza, se ocupó en adornarse para la cita que acababa de darle Howell. Mientras se hallaba ocupada en tan importante cuidado, el honrado y fiel Chip entró con su vestido de domingos, que venia á buscarla para llevársela á un baile. A la primera proposicion que le hizo, se erguió Elena, y admirando el modo con que Amanda habia despedido á lord Mortimer, y el elocuente mensaje de que estuvo encargada, resolvió imitar este ejemplo.—Timoteo, dijo ella, llevando su cabeza para atras y de lado, vuestra proposicion es la mas impertinente que se puede concebir, y yo no puedo decentemente aceptarla. Yo os digo, Tim (levantando, y agitando el delantal por su estremidad para darse gracia) que me admiro de vues-

tra presuncion; no me fatigueis mas con vuestras protestas de amor, buscad entre las gentes de vuestra especie un corazon semejante al vuestro, y no me incomodeis en mis placeres.

Chip quedó en silencio un momento, como si encontrase dificultad en comprender lo que ella le acababa de decir.—Al fin, Nell, le dijo, todo este lenguaje significa, á lo que creo, que vos y yo nada tenemos que decirnos.—Es verdad, replicó la coqueta Elena.—Muy bien, dijo Chip muy conmovido; tiempo vendrá, Elena, en que os arrepentireis de haber tratado tan mal á un muchacho de bien que os amaba; y despues de estas palabras salió con precipitacion.

Elena, adornada, se miraba con grande admiracion y no esperaba menos que obtener la mano del ministro. Le encontró en el paraje citado, y sentándose en un pequeño banco: Elena, le dijo el ministro tomándole la mano, ¿creeis que haya alguna esperanza para mí?—Verdaderamente, Mr Howell, respondió ella, con un aire y un tono afectado, vos me haceis una pregunta estraña.—Pero puede ser, replicó Howell, que la querella se apaciguara.—No, os lo juro, respondió con viveza, vos sois únicamente el objeto de ella.—¡Es posible! exclamó Howell trasportado de placer. ¿Luego puedo hablar de mi pasion?—Ah mi querido Mr. Howell, vos sois muy ejecutivo.—¿Crecis, le preguntó él, que está demasiado enferma para verme?—¡Enferma! ¿quién?—¡Quién! replicó Howell. Eh, Miss Fitzalan (pues desde el momento que Elena habia sabido que lord Mortimer se hallaba instruido del verdadero nombre de Amanda, no faltó á decírselo á Howell).—¡Miss Fitzalan! replicó Elena mudando de color.—Sí, Elena, la querida y amable Miss Fitzalan, que yo amo mas de lo que puedo decir, y de lo que la imaginacion puede concebir.

Adios esperanzas de Elena: ella no pudo ocultar su dolor, y sus lágrimas corrieron. El ministro le preguntó con interes la causa de su dolor. Aunque vana, era franca y no pudo disimular. ¿Por qué me habeis tenido, le di-

jo ella, semejantes discursos? Yo creia . . . y pues vos me mirabais de un modo . . . pero en fin, no se trata ya de esto, creo que todos los hombres son falsos.

Las lágrimas de Elena y lo truncado de su discurso, comenzaron á hacer sospechar á Howell la verdad, y su alma sensible se afligió de la idea de haberle causado disgusto. Solícito sin embargo de saber su suerte, preguntó á Elena si podia ver á Amanda. Ella le respondió con alguna aspereza, que no lo sabia, y lo dejó precipitadamente para retirarse á casa, donde se alivió de su dolor derramando un torrente de lágrimas. Era una lástima haberse ataviado para nada. Ella se determinó á ir al baile, consolándose con el proverbio de que es preciso tener dos cuerdas en su arco. Además de que si Chip no era tan agradable como el ministro, se podia muy bien presentar. En el camino encontró á un muchacho, que le traia una carta de Chip. Persuadida que contenia proposiciones de reconciliacion, se apresuró á abrirla y leyó lo que sigue:

“Elena: despues de vuestra crueldad conmigo, ya no “puedo sufrirme mas en el pueblo, ni podria jamas dar un “hachazo de buena gana; todos los árboles y praderias me “harian infeliz acordándome el amor que ha tenido por el “pobre Chip la preciosa muchacha que yo amaba, pero que “no me ama ya. Y así cuando recibireis esta carta, yo me “habré alistado ya en los bajeles del Rey, y Dios sabe si “nos volveremos á ver; pero si llega este caso, yo amaré “siempre á Elena, aunque haya sido tan cruel hácia su fiel “servidor.

“TIM CHIP.”

Así la vanidad de Elena recibió pronto castigo. Su dolor fué vivo durante algunos dias; pero se calmó con los cuidados de Amanda, que le dió la esperanza de volver á ver á su fugitivo héroe.

Howell obtuvo al fin una conferencia, y se arriesgó á hablar de pasion. Amanda le dió gracias por los sentimientos que le manifestaba; pero le contestó que no podia res-

ponder como hubiera deseado, asegurándole por otra parte de su estimacion y sincera amistad. Yo me contentaré, pues, con ellas, dijo él. La afliccion y las esperanzas engañadas no son cosas nuevas para mí; y cuando mis desgracias pesaren demasiado á mi corazon, yo llevaré mi pensamiento hácia vos como hácia un ángel consolador, y de este modo la carga me será mas ligera por algunos momentos.

Lord Mortimer nizo diferentes tentativas para volver á ver á Amanda, pero todas fueron vanas. Escribió, pero sus cartas no fueron recibidas; al fin, con el ausilio de una estratagema, consiguió obtener una entrevista. Encontró al hijo segundo de Edwin que volvía del pueblo vecino con una carta del correo para Miss Fitzalan. Mortimer no tuvo mucha dificultad en obtener la carta del muchacho, diciéndole que él se encargaba de llevársela al momento. Voló en efecto á casa de Edwin. Será preciso ahora, dijo él, que la inexorable Amanda se manifieste, si quiere la carta. La nodriza fué á decir á Amanda que Lord Mortimer estaba allí llevando una carta del correo. Ella escusó salir, pidiendo la carta. Juro que no la engaño, dijo él, mas no quiero entregar á otro la carta que á ella en sus manos.

Es verdaderamente cruel esto, dijo Amanda saliendo del cuarto; pero dadme la carta, y tendió la mano con impaciencia para recibirla. Resta por cumplir otra condicion, dijo Mortimer; yo os suplico, Miss Fitzalan, que leais la carta en mi presencia. ¡Gran Dios! ¡y cómo me atormentais, exclamó ella! ¡Consentís en ello? añadió él. Sí, respondió ella, y recibió la carta de sus manos.

El dolor y los remordimientos de Mortimer se hicieron sentir mas vivamente cuando contempló la cara pálida de Amanda, y su aire lánguido, la que durante este tiempo leyó la carta siguiente de su padre.

“Haciendo saber nuestra felicidad á mi querida Amanda, estoy indemnizado de lo que he sufrido despues de muchos meses de separacion. Enjugad vuestras lágrimas, “mi querida hija, vos que habeis conocido la desgracia tan

“temprano. El origen de la nuestra ha cesado por la bondad extrema de Lord Cherbury, que ha hecho por mí mas de lo que podia desear, procurándome medios de hacer feliz á mi Amanda en lo sucesivo, tanto mas que una fortuna mediana es necesaria para la felicidad. Yo me esplicaré mas largamente en mi próxima carta; al presente no tengo un momento mio, lo que escusará del laconismo de esta. El bueno de Edwin se alegrará de saber el res-tablecimiento de los negocios del padre de su querida Amanda.

“AUGUSTO FITZALAN.”

Amanda no pudo contener su conmocion. La carta cayó de sus manos trémulas, levantó al cielo sus ojos mojados en lágrimas. ¡Gran Dios! bendecid al bienhechor de mi padre por esta buena accion, y que el disgusto y el infortunio jamas se acerquen á él. ¡Quién es, preguntó Mortimer, el afortunado mortal que ha merecido que Amanda dirigiese al cielo para él una tan penetrante oracion? Ved, le dice ella, presentándole la carta, y felicitándose ella misma en este momento, de poner á sus ojos la prueba de lo que habia dicho, de la conexion de su padre con Lord Cherbury.

Lord Mortimer se conmovió mucho con la carta. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Se volvió para ocultar su conmocion; en fin, despues de haberse sosegado un poco, se acercó á Amanda, y le dijo: ¡y qué! miéntras rogaís con tanta bondad por la prosperidad del padre, habeis resuelto precipitar al hijo en el abismo de la desesperacion. Si un arrepentimiento sincero puede expiar mi falta, y merecer gracia, debeis perdonarme.

Amanda se levantó con la intencion de retirarse, pero Mortimer la detuvo por la mano. No penseis, le dijo él, que yo quiera perder la ocasion, que largo tiempo he buscado, y que he encontrado con tanta pena, de justificar mi conducta con vos. De cualquier manera que sea recibida mi justificacion, yo debo por mí mismo ofrecérosla; pues, como no he insultado jamas voluntariamente á la inocen-

cia, así no puedo sufrir ser mirado como violador y desconocedor de sus derechos. Entre los extravíos en que la extravagancia de la juventud me ha arrojado con demasiada frecuencia, mi corazón no tiene que arrepentirse de acción alguna, que haya dejado en mi conciencia el aguijón del remordimiento; la virtud ha sido siempre sagrada para mí; y sobre todo la virtud unida á la desgracia.

Amanda estaba casi tan contenta de ver á Mortimer en estado de justificarse, como él mismo de poder hacer su apología. Ella se volvió á sentar, y le escuchó, esponiendo las circunstancias que lo habian desviado por la opinion que habia formado de ella. El alborozo de Amanda llegó á lo sumo, cuando despues de haberle oido, reconoció que era el siempre amable, el generoso, y el noble Mortimer, cual ella lo habia considerado. Lágrimas de placer, tan dulces como las que habia derramado algunas veces con él, corrieron de nuevo; ¡pues qué sentimiento mas delicioso que el de reconocer que el objeto que no podemos menos de amar merece aún toda nuestra estimacion! Es así, continuó Mortimer, que yo caí en tan grosero error: error que no sabré por otra parte sentir haber cometido, salvo la pena que os ha causado, pues que me ha proporcionado la mas fuerte conviccion que ninguna otra circunstancia podria darme de las admirables calidades de una alma, y que ha alejado de mí las preocupaciones que tenia contra vuestro sexo, que aunque no son del todo infundadas, pero llevais una escepcion brillante. Si todas las mugeres se portasen como vos en semejante situacion, no se oiria á tantas de ellas quejarse de la ligereza é infidelidad de los hombres.

Entre tanto, el objeto de todos mis votos es poder osllamar mi esposa; la felicidad de mi vida depende de vuestra decision. ¡Oh mi querida Amanda!—sea ella favorable, y permitid que escriba á M. Fitzalan, y que le pida me otorgue el mas grande de los bienes que un hombre pueda dar, otro, una muger amable dotada de todas las calidades y de todos los talentos que vos reunís.

Oyendo Amanda que Mortimer iba á dirigirse á Fitz-

lan para obtenerla de él, no dudó mas de la pureza de sus intenciones. Encontraba en su propio corazon un solicitador mas elocuente que el mismo Mortimer. Ella no daba aún su mano á Mortimer, pero se la dejaba tomar. Yo estoy, pues, perdonado, decia Lord Mortimer apretándola á su seno. Oh mi querida Amanda, años enteros de tiernas atenciones jamas pagarán tanta bondad!

Luego que se calmaron sus primeros transportes, Mortimer escribió á Fitzalan, y dijo á Amanda que suplicaba una pronta respuesta. Esta jóven heroína dió parte de su felicidad á toda la buena familia Edwin, á quienes Lord Mortimer recompensó liberalmente su fidelidad por Amanda. El mismo escusaba las espresiones algo duras de que se habian servido algunas veces con él, para alejarlo, viendo que eran dictadas por su sencillez, y celo por el servicio de Amanda. Tambien descubrió la manera con que habian llegado á tener noticia de la situacion de Amanda, preguntando al jóven muchacho que la habia conducido desde Lóndres.

Al dia siguiente de su reconciliacion, Lord Mortimer dijo á Amanda que le era fuerza dejarla por algunos dias, que podia muy bien pensar que no era sino con grande repugnancia el apartarse de ella así; pero que la visita que debia hacer en Anglesey, habiéndose retardado tanto tiempo; que para prevenir este contratiempo que le privaria de la dulzura que encontraba en estar cerca de ella, iba á pasar algunos dias en Anglesey; que esperaba á su vuelta encontrar la respuesta de M. Fitzalan que autorizaria su union. Amanda hubiera querido ocultar el dolor que le causaba esta separacion, pero no pudo conseguirlo. Entre tanto la idea que la ausencia seria corta, la calmó pronto, y Mortimer partió el mismo dia.

Jamas Amanda se habia encontrado en tan feliz situacion. Ella se veia en vísperas de ser elevada por el hombre á quien amaba, á un estado que le daría medios poderosos de satisfacer el sentimiento mas dulce de su corazon, ejerciendo su beneficencia y sus gustos mas amables, empleando los talentos en las artes que cultivaba. ¡Oh!

¡qué dulce le era pensar que hermosearía los años y vejez de su padre, prodigándole todas las dulzuras que la edad hace necesarias; que ayudaría á Oscar á adelantarse en la carrera de la fortuna y del honor! ¡Qué alborozo para ella imaginar que mejorarían su suerte las víctimas de la desgracia, y que ella realizaria sus esperanzas! Tales eran los planes de Amanda en la disposicion anticipada que hacia de los bienes que le prometia una grande fortuna, y de la que podia disfrutar esparciéndola. Ella no temia oposicion alguna para su casamiento de la parte de lord Cherbury. Su padre no era de un nacimiento muy inferior al del padre de Mortimer, y no podia haber disputa de bienes entre ella y Mortimer, pues un alma elevada, decia ella, no mira las riquezas para formar una feliz union, pues una de las partes tiene bastante fortuna para proveer no solo á las primeras necesidades, sino tambien á las comodidades y lujo de la vida. Tales eran los pensamientos de la inocente y novelera Amanda, con los cuales levantaba en el aire un edificio fantástico, cuya poca solidez solo la esperiencia podia hacerle ver.

CAPITULO IX.

Al cuarto dia de la partida de lord Mortimer, estaba por la tarde Amanda sentada en la gruta del jardin de Edwin, cuando oyó el ruido de un carruage. Al momento que iba á entrar, la silla de posta se detuvo á la puerta, y con la mayor admiracion suya vió descender de ella á su padre.

Fija en el lugar en que se encontraba permaneció algunos momentos antes de poder espresar su alegría, y volverle las tiernas caricias de que él la colmaba. Yo he venido, mi querida Amanda, le dijo él (sin escuchar los cumplimientos de Edwin), para llevaros conmigo, y no puedo daros mas que una hora de tiempo para disponeros

para la marcha. ¡Gran Dios! exclamó Amanda sobresaltada, ¡llevarme con vos dentro de una hora?—Sí dijo él, y como sé que vos amais á esta buena muchacha, mostrando á Elena, yo estaré muy contento si sus padres le permiten venir con vos.

La familia Edwin, dispuesta toda á seguir á Fitzalan y á su hija al extremo del mundo, consintieron en ello de buena voluntad, y Elena, teniendo una grande inclinacion á Amanda, é infeliz desde la partida de su amante, se alegraba con la idea de salir de su país.

No sucedia así con Amanda. Separarse lejos de lord Mortimer al momento de su reconciliacion, era un golpe demasiado cruel, que ella no podia recibir sin sufrir mortales angustias. Creyó que su padre no habria recibido tal vez la carta de Mortimer, la que debia hacer conocer á Fitzalan la situacion en que se encontraba. Ella dejó su equipage medio arreglado, y bajó para hablar á su padre sobre esto; pero al verla llegar con trémulos lábios, con los ojos desviados, y no sabiendo por dónde empezar, Fitzalan conoció su designio, y la dijo tomándole la mano: mi querida Amanda, dejemos ahora toda explicacion y todo objeto de discusion; los momentos son preciosos; despachaos para arreglar vuestro paquete, pues de otra manera llegaríamos demasiado tarde á la posada donde cuento pasar la noche. Amanda se volvió silenciosa á su cuarto para obedecer á su padre. Sus lágrimas corrian: ella estuvo por la primera vez penetrada de horror, á la sola idea de ser llevada lejos de Milord Mortimer, para dejarlo sin saber por qué. Su ternura por él, tanto como su honor, exigian que le hiciese conocer las causas de una marcha tan precipitada: pero cuando quiso tomar la pluma para instruirle de ello, su trémula mano lo rehusó; y la nodriza y sus hijas, yendo y viniendo sin cesar para hacer los preparativos de su marcha, la turbaron de manera, que no pudo escribir ni una línea. En fin, llegando su padre al cuarto, cuando ella iba á hacer una nueva tentativa, estréchala sin cesar á despacharse, y no perdiéndola de vista, la puso en la imposibilidad de poder

dar á la nodriza ningun encargo para lord Mortimer. Fitzalan estaba tan apresurado por partir, que ni aun quiso consentir que desatasen los caballos de la silla, ni tomar refresco alguno en casa de Edwin, á pesar de todas sus instancias, ni responder á las preguntas que le hacian sobre la ruta que iba á tomar, diciéndoles que se los haria saber luego; en fin, se dieron los abrazos de despedida con el corazon muy angustiado, y Amanda subió á la silla. El silencio ocupó á los viajeros, ellos estaban fuertemente conmovidos, aunque de una manera diferente. La vista de la quinta y de la iglesia del pueblo habia traído á la memoria de Fitzalan tristes recuerdos, y caian lágrimas de sus ojos al pensar en su tierna y desgraciada Malvina. Amanda suspiraba al perder de vista las torrecillas de Tudor-Hall, y Elena sollozaba al pasar por delante de la choza abandonada del pobre Chip. La rapidéz de su curso, robando de sus ojos los objetos de sus sentimientos, no borraban de sus almas las impresiones que de ellos habian recibido. Fitzalan fué el primero en romper este triste silencio, esforzándose á levantar á su hija del abatimiento en que la veia. Un camino de traves les condujo prontamente á la barca de Conway que les era preciso pasar. Si Amanda hubiese tenido el espíritu tranquilo, hubiera disfrutado de la vista de los restos de magnificencia gótica que conserva Conway-Castle; sin embargo, no pudo verle sin conmocion, y al pasar dió un suspiro en tributo á esta grandeza decaida. No se detuviéron en Conway sino para cambiar de caballos y de silla, y se encontraron pronto bajo los prodigiosos peñascos de Penmaenmawr. Esta escena era tan nueva como espantosa para Amanda. Dios nos libre, gritó Elena, ¡qué camino tan ruin! no falta sino que una de estas enormes rocas caiga del alto sobre nuestro coche. No se detuvieron otra vez, hasta Bangor, donde debian pasar la noche. Las fuerzas y ánimo de Amanda estaban consumidos de tal modo, que á no haberle hecho tomar un vaso de vino, habria caido de debilidad: en fin, la opresion de su corazon se alivió con las lágrimas. Su padre la de-

jó con Elena para ir á dar algunas órdenes para el viaje del día siguiente.

Amanda se acercó á la ventana, y la abrió para respirar el aire fresco de las montañas. La oscuridad de la noche lidiaba con una hermosa luna, cuyos trémulos rayos tocaban ligeramente la superficie de las aguas, y que distribuyendo aquí y allí sobre los objetos, masas de sombra y de luz, daban claridad á unas escenas que habrían alegrado á Amanda en cualquiera otra situacion. Todo estaba tranquilo á su alrededor, y no se oía otra cosa que un ruido sordo y algunas voces en los aposentos bajos. Mientras estaba sumergida en una profunda meditacion, fué sacada de ella por el ruido de los remos de una barca que atravesó el rio, y abordó luego á la ribera frente á donde estaba. Vió salir y entrar en su posada una asombrosa multitud de gentes, que por su aire y su séquito parecían ser de buena compañía; era en efecto una reunion de viaje. La noche no permitia distinguir las caras; pero la figura de uno de ellos se parecia tanto á Mortimer, que el corazón de Amanda se sobresaltó; se adelantó fuera de la ventana tanto como pudo para enterarse de ello, y al mismo instante oyó su voz, que conocia muy bien, que daba órdenes á su postillon de tener los caballos prontos á media noche, porque queria, decia él, aprovechar este hermoso tiempo para llegar luego á Tudor-Hall. La compañía recién venida se juntó prontamente á un aposento contiguo al que ocupaba Amanda; y el bullicio de los criados y el ruido de los preparativos del servicio anunciaban una grande cena. No se puede pintar la agitacion de Amanda, al pensar que en un momento podia instruir á lord Mortimer de su situacion, y que le era preciso callar. A la verdad, la agitacion que se apoderó de ella solo duró un momento, pues se calmó al pensar que instruyendo á lord Mortimer, causaria á su padre un disgusto mortal. Cuando estaba ocupada en estos pensamientos, Fitzalan entró con precipitacion, y su aire y su modo persuadieron á Amanda que sabia como ella que lord Mortimer estaba en la posada, y que temia que ella no le viese, pues la

hizo retirar de la ventana, y por la primera vez de su vida le arrojó una mirada dura y severa. Esta fué como una puñalada para Amanda; un sentimiento de horror se apoderó de ella al solo pensamiento de perder la amistad de su padre, y el temor de esta desgracia la turbó tanto, como si hubiese dado motivo para ello. La cena que Fitzalan habia pedido se retardó un poco, por los preparativos de la grande comida de sus alegres vecinos. El habria querido otro cuarto, pero todos estaban ocupados. Las dos mugeres no pudieron comer; Amanda estaba indispuesta, y Elena espantada sin saber de qué. El criado fué despedido, y no hubo mas conversacion.

Una alegría sin límites reinaba en el aposento vecino, y todo cuanto se decia en él se oia perfectamente desde el de Amanda; las risas se sucedian rápidamente, y pronto empezaron á servir los brindis. Habiéndole llegado su turno á Mortimer, le preguntaron cuál era la dama de sus pensamientos.—Yo os daré, dijo él con un tono de voz solemne y que indicaba un grado de exaltacion poco comun, yo os daré un ángel. El corazon de Amanda latió con violencia, y sus mejillas se cubrieron de un vivo encarnado.—¿El nombre de esta celestial belleza? preguntó uno de los convidados.—Amanda, dijo Mortimer.—¡Oh! á fé mia, Mortimer, dijo otro, nosotros no te pasarémos tu ángel si no nos dices su nombre entero.—Miss Fitzalan, dijo lord Mortimer sin titubear.—¡Oh! oh! gritó el tercero riendo á carcajada, despues de haber correspondido el brindis como era debido, ahora empiezo á entrever el misterio. Por mi alma, yo no habia podido imaginar hasta ahora lo que os habia detenido tanto tiempo en Tudor-Hall, pues yo conozco la parte femenil de la casa, y no he visto cosa que pueda tentar; pero esta Amanda es sin duda una hermosa y fresca muchacha de algun pobre vicario de la vecindad, que por.....—Poco á poco, replicó Mortimer con una voz alterada, tened cuidado con lo que decís, y no me hagais arrepentir de haber proferido un nombre tan respetable en esta sociedad. Miss Fitzalan no es lo que os imagináis; però básteos saber que tiene un mé-

rito que la debe precaver de toda especie de ligereza sobre su cuenta, y que aun cuando ella no tuviese defensores, sus encantos y sus virtudes bastarian para ponerla al abrigo de todo insulto. Durante esta conversacion, la cara de Fitzalan era todo fuego, y arrojaba sobre Amanda miradas terribles. Dijo á su hija que se retirase con Elena para tomar algun reposo, y preparase para la jornada larga y penosa que tenian que hacer al dia siguiente, y para la cual era preciso se levantasen muy de mañana. Amanda, por la primera vez de su vida, se separó de su padre con placer. El mismo la condujo á su cuarto de dormir, situado precisamente encima del que ocupaba la compañía. Fué imposible á Amanda tomar algun reposo; la severidad de las miradas de su padre, su viaje precipitado, sin saber dónde la conducia, pero con el manifesto designio de alejarla de Mortimer, llenaban su alma de turbacion y tristeza. Elena, con su modo sencillo, se esforzaba á consolarla. ¿En qué pensais, Miss? dijo ella. Si yo bajase y fuese á decir á lord Mortimer que estais aquí, podríais verlo con facilidad un momento en el jardin, ó bien yo lo conduciria aquí; y si el capitan viniera y nos sorprendiese, ocultariamos á Milord detras de la cortina. Amanda la hizo callar, procurando aún no perder nada del sonido de la voz de Mortimer, pero determinada, á pesar del deseo que tenia de verle, á no hacer gestion alguna que se opusiese á la voluntad de su padre. Al fin se oyeron sacar los caballos de la cuadra, y bajar todos los convidados. Amanda abrió poco á poco la ventana, y vió á lord Mortimer montar ligeramente á caballo, despedirse en dos palabras de sus amigos, y tomar el galope. Lo restante de la compañía marchó al mismo tiempo, pero por opuesto camino. Amanda permaneció á la ventana la cabeza fuera, hasta que dejó de oír el galope de los caballos. Cesado este ruido, cayó en un extremo abatimiento, y retirándose de la ventana, lloró amargamente. La idea del disgusto que Mortimer experimentaria al no encontrarla en casa de Edwin, aumentaba su pena; y no se opuso por mas tiempo á la proposicion que le

habia hecho Elena de desnudarla: consumida de fatiga, cedió al sueño, y su fantasía la trasportó á Tudor-Hall al lado de Mortimer.

Al despuntar el dia, golpearon á la puerta; lo que le quitó esta dulce ilusion, oyendo la voz de su padre que la instaba á levantarse al instante. Rendida como se hallaba del sueño, obedeció y despertó á Elena. En pocos minutos estuvieron prontas.

Una barca les esperaba que los condujo al otro lado del pequeño brazo de mar que separa el condado de Carnavan de la isla de Anglessey; y allá encontraron un carruaje. El dia crecia, y una niebla blanquizca ocultaba las montañas é impedía distinguir los objetos en el llano; pero pronto la atmósfera se aclaró. Las nubes brillantes del lado del Este se teñian de co'or de oro, y el sol con toda su belleza resplandeciente y magestuosa se mostró sobre el horizonte, reanimando toda la naturaleza con su benéfico calor. Los árboles y matorrales agitados del viento fresco de la mañana parecian inclinar sus cabezas húmedas del rocío, para saludar al astro del dia, mientras que sus alados habitantes, elevándose en el aire, hacian oir su dulce melodía.

Amanda, á pesar de su tristeza, veia este agradable espectáculo con admiracion, y Fitzalan lo contemplaba con delicia. Toda la naturaleza, exclamó, enseña al hombre el reconocimiento debido al divino distribuidor de estos bienes. Encierra, sin duda, en su seno un corazon de piedra, aquel á quien el dulce y delicioso goce que este momento le proporciona, no le despierta aquellos sentimientos. Amanda aplaudió esta reflexion con una sonrisa, pues no estaba en estado de hablar. Detuviéronse solo en Gwiney, donde se desayunaron, y de allí llegaron á Holy-Head que Fitzalan les nombró al entrar. Amanda entonces traslució solamente que su padre la conducia á Irlanda, lo que se lo confirmó el ir á informarse al instante si algun paquebot estaba pronto para hacerse á la vela. Manifestó el padre la mayor satisfaccion cuando supo que habia uno que saldria sobre las seis de la tarde. Ajustó tres

puestos, y habiendo pedido la comida temprano, envió á Elena á otro aposento, y sentándose al lado de Amanda, la tomó de la mano y con una voz afectuosa le dijo:

Mi querida hija, mi corazon ha sufrido mucho afligiendo el vuestro; pero el honor me ha obligado á la medida que he tomado, y estoy seguro que mi Amanda me escusará, cuando sepa los motivos que voy á esponerle con órden. A la llegada de Lord Cherbury á Lóndres de vuelta de Francia, tuve noticia de ello al momento por uno de sus criados, y le escribí. Apenas hubo leído mi carta, cuando con todo el celo de un verdadero amigo corrió á mi casa, y me llevó á la suya, para pensar lo que debia hacer; formó prontamente un plan que me llenó de alegría y reconocimiento, proporcionándome un medio de subsistir con alguna comodidad sin hacerme perder mi independencia. Este medio es la administracion de un considerable patrimonio en el Norte de Irlanda, que tiene de su muger la difunta Condesa de Cherbury, que era irlandesa, y rica heredera. Me ha propuesto habitar el castillo, y me ha ofrecido adelantarme una suficiente suma para mis primeros gastos, esforzándose á disminuir sus favores declarándome que su propio interes le habia aconsejado lo que hacia por mí, obligado como se hallaba á buscar un hombre de bien y seguro, despues de haber sido engañado por el que hasta entónces habia tenido este encargo. Yo he aceptado sus generosos ofrecimientos, y por este medio he escapado de la persecucion de Belgrave. Ya experimentaba una tranquilidad que no tenia hacia mucho tiempo, y me preparaba á veniros á visitar cuando vino una carta de Milord Mortimer como un rayo á destruir toda mi felicidad. ¡Gran Dios! me estremecí al pensar que en el momento mismo en que Lord Cherbury me colmaba de beneficios, las lisongeras esperanzas que él tenia con respecto á su querido hijo las podia trastornar mi propia hija. El me habia instruido de un proyecto de casamiento muy honroso y muy rico, en el éxito del cual ponia el mas vivo interes; el jóven insensato, él mismo ha tenido algun conocimiento del proyecto de su padre; pues en su

carta inconsiderada me exige el secreto relativo á sus miras sobre vos. Sin duda no habria pedido mi consentimiento, si hubiese podido obteneros sin él, y ha comprendido que vanamente tentaria á desunirnos. Pero él me ha mirado como un hombre á quien la necesidad y la ambicion harian aprovechar una ocasion de procurar á su hija una grande fortuna, y clase elevada á espensas de su honor. No podia caer en error mas grosero; pues aunque vos me seais mas apreciable que el aire que respiro; aunque hija de la esposa adorada que he perdido, ocupeis su lugar; aunque mi ternura por vos sea capaz de hacerme emprender, y sufrirlo todo para haceros feliz, preferiria veros muerta á mis piés, ó merecer é incurrir en el remordimiento de una bajeza. He arrojado al fuego la carta de Mortimer, y he pedido al conde Cherbury sus últimas órdenes, no queriendo diferir mi partida para Irlanda, y haciéndomelo desear el estado de vuestra salud, le dije que os llevaria conmigo. El consintió, y tomé la posta al momento, resuelto á separaros de Lord Mortimer aun cuando os hubiese encontrado á los dos al pié de los altares. No creais con todo que mi reconocimiento por Lord Cherbury, ó el cuidado de mi honor sean los solos motivos de mi conducta. No, vuestra felicidad ha sido tambien mi objeto. Una alma sensible y delicada como la vuestra no podria jamas ser feliz, si era objeto del odio de la familia de su marido; sobre todo, si podia echarse en cara haber merecido este tratamiento entrando en su seno á pesar suyo. ¿Podria yo sufrir que una hija tan amable por su carácter y por los encantos de su persona, nacida de una familia de consideracion, fuese mirada como artificiosa intrigante, carácter que la opinion pública no faltaria á atribuiros por vuestra union con Lord Mortimer? Yo debo al autor de la naturaleza que os ha confiado á mi cuidado, el velar por vuestra felicidad tanto como por la mia; lo debo á vuestra madre, cuyas últimas palabras os encomendaron á mi ternura. Esta cara esposa vive aún en mí; la veo á mi lado; en todo cuanto hago no me determino á accion alguna, á la que no esté seguro

que ella daria su aprobacion; tan grande es el imperio de la virtud, que sobrevive á la disolucion de nuestra frágil máquina. Vuestra inclinacion á Lord Mortimer se desvanecerá cuando combatais contra ella con las armas de la razon é intrepidez. En cuánto á él, lejos del objeto que ha seducido su corazon, olvidará pronto una conmocion pasagera. Pero cuando sea bastante osado para perseverar, á pesar de mi oposicion, encontrará mi resolucion inalterable. El honor es la sola herencia que me ha quedado entera de mis padres; yo la conservaré intacta como la he recibido. El ha dado algun brillo á mis primeros años en la carrera de una vida desgraciada, y dorará aún con sus rayos las últimas horas de mi vida.

Durante este discurso, la conmocion de Amanda la hacia incapaz de toda respuesta y accion. Tenia un aire de estatiquez, en tanto que su padre con un language firme y rápido le anunciaba el trastorno de todas sus esperanzas. El padre se incomodó de este silencio, y levantándose con precipitacion de su silla se paseaba aprisa, y con un aire turbado en el aposento.—Ya lo veo, dijo él, arrojándola una triste mirada; estoy destinado á ser siempre desgraciado. El solo bien que he salvado de mi naufragio, y que solo habria bastado para sostenerme y consolarme, ¡es, pues, perdido para mí?—¡Oh padre mio! gritó Amanda levantándose y corriendo á arrojarle en sus brazos, vos me traspasais el corazon. ¡Oh! el mejor de los padres añadió con una voz interrumpida de sollozos, ¡qué es el mundo entero para mí en comparacion de vos? Puedo yo poner en balanza vuestra felicidad con la de Lord Mortimer, que poco ha me era del todo indiferente? No, los mismos movimientos de mi corazon serán en adelante sometidos á vuestra voluntad: Fitzalan se enterneció hasta llorar. El entusiasmo de la virtud se apoderó de uno y otro, les prodigó sus dulces consuelos, y les indemnizó ampliamente de todos sus sacrificios.

Servida la comida, Amanda estuvo tranquilizada por la felicidad de su padre que por una dulce sonrisa la manifestaba, y ella misma se halló mas alegre. La tarde era

hermosa cuando se embarcaron, y el bajel tenia viento favorable. El mareo obligó luego á Amanda y á Elena á retirarse de encima del puente; pero la primera arrojó con sentimiento la última mirada á las montañas de Gales. A la mañana del dia siguiente, el Paquebot entró en la bahía de Dublin. Se hospedaron en el meson de la marina, donde se desayunaron, y despues se fueron á otro en Capel-Street, en donde se propusieron permanecer algunos dias para pasarlos con Oscar, cuyo regimiento se hallaba allí de guarnicion, y para comprar algunos muebles de casa antes de pasar mas adelante hácia el Norte. Como su coche bajaba por Capel-Street, Amanda vió á un oficial jóven detenido á la esquina de Mary's-Abbey, que le pareció asemejarse á su hermano. Su corazon palpitó; le miró con mas atencion y reconoció que era el mismo Oscar. El coche pasó con demasiada rapidez para dar lugar á que él reconociese á Amanda; mas viendo una hermosa mano que le hacia señas, siguió al carruage y llegó á la puerta de la posada al mismo tiempo que los viajeros.

CAPITULO X.

No puede describirse el alborozo de Oscar y Amanda al encontrarse; el de Oscar sobre todo estaba aumentado por la sorpresa. Este se hallaba por desgracia de guardia en el banco este dia, y de consiguiente no pudo ver á su padre y hermana sino un momento; pero al dia siguiente, luego que fué relevado, corrió á ellos. Fitzalan habia dado dinero á Amanda para comprar los muebles que juzgase necesarios, y Oscar la acompañó á casa de los mercaderes. Se proveyó de algunos vestidos y modas, y una pequeña coleccion de los mejores libros, y de todo cuanto necesitaba para dibujar, sin olvidar las pequeñas necesidades de Elena. Volvieron certa de la hora de comer á

la posada, donde encontraron á su padre que habia hecho algunas diligencias en la ciudad para Lord Cherbury. En esta situacion se presumia tener su dicha como segura, viendo reunidos á sus hijos, y sin inquietud en adelante para las principales necesidades de la vida. Pero ¡ah! el infortunio está muchas veces á la puerta del hombre dichoso, esperando el momento de entrar, y Fitzalan hizo la triste esperiencia, observando la grande mutacion que habia sufrido Oscar. Sus ojos no brillaban ya con el mismo fuego; los colores de sus mejillas estaban deslustrados, su alegría parecia forzada y afectada, á fin de ocultar un profundo dolor.

Fitzalan, con la inquieta ternura de un padre y la delicadeza de un amigo, le manifestó el deseo de conocer la causa del estado en que se hallaba, á fin de poder ponerle remedio con mas fruto, dándole á entender que si era alguna de las imprudencias á las cuales la juventud se deja llevar algunas veces sin preveer las consecuencias, estaba dispuesto del todo á escucharlo, persuadido de que su arrepentimiento seria sincero. Oscar se estremeció á la idea de dejar conocer la causa de sus disgustos, y manifestó á su padre, que pues desgraciadamente se la habia conocido, no creyese que fuese efecto de ninguna imprudencia: esta es, decia, una llaga que se curará por ella misma, si no se toca. Pero Fitzalan ponía demasiado interes en este asunto para abandonarlo tan prontamente como Oscar deseaba. Despues de haber mirado á su hijo con una triste y profunda atencion, exclamó: ¡ah, mi querido hijo! temo mucho que el mal sea mas grande de lo que decís, pues no quereis confesármelo!—Ciertamente, Oscar, le dijo Amanda con una dulce sonrisa, para sacarlo del embarazo en que lo habia puesto la conversacion de su padre, y para disipar la inquietud y la tristeza pintadas en la cara de Fitzalan: ciertamente, aunque yo no tenga grande esperiencia en esto, apostaria que vuestro corazon no está libre. El respondió á Amanda con una afectada alegría; y para mudar de conversacion se puso á hablar del coronel Belgrave, diciéndoles que al presente

se hallaba ausente del regimiento, y no echó de ver la alteracion que causaba en el semblante de su padre y hermana el nombre de Belgrave.—¿Conoceis á Madama Belgrave? dijo Amanda reponiéndose de su turbacion.—¿Si conozco á Madama Belgrave? repitió dando un suspiro; ¡oh! sí; y despues de algunos momentos de silencio dirijiéndose á su padre, le dijo: Creo haberos ya informado que es hija de vuestro valiente y viejo amigo el general Honey-Wood, el cual, os aseguro que me ha acogido con mucha bondad por amor vuestro. Su casa es el templo de la hospitalidad, del cual su hija es la diosa.—¿Es feliz? dijo Amanda.—¡Oh! seguramente, respondió Oscar, no distinguiendo el motivo secreto que su hermana tenia para hacerla esta pregunta, si se puede serlo con todo lo que los hombres miran como medios de felicidad.

Fitzalan habia dicho á su hijo que habia sacado á Amanda de Devonshire porque el aire era contrario á su salud; le habia hablado tambien de la amistad de lord Cherbury, de quien tenia motivos de esperar prontamente los adelantos de Oscar.—Estad por otra parte seguro, mi querido Oscar, le dijo, que no hay sacrificio que no haga para mejorar vuestra situacion, y aumentar vuestra felicidad.—¿Mi felicidad! repitió tristemente Oscar, cuyos ojos se llenaron de lágrimas, que procuró ocultar acercándose á la ventana. Amanda le siguió con estrema conmocion.—Mi querido Oscar, le dijo arrojándole los brazos al cuello, vuestro dolor me conmueve mas allá de lo que os puedo explicar.

Oscar, descansando su cabeza en el seno de su hermana, la mojaba con sus lágrimas.—¡Oh cielos! exclamó Fitzalan, ¡qué espectáculo para mí! ¡Oh mis queridos hijos! yo no puedo ser feliz sino con vuestra dicha: y si mis esperanzas se engañan; ya no estimo la vida. Se acercó á ellos, y les dijo: No obstante, en medio de las agonías que experimento, gusto un momento de placer viendo entre los dos una tan fuerte y tierna amistad; ella será vuestro mutuo amparo y vuestro consuelo, cuando el débil recurso de que puedo seros os faltare. Entonces, mi querido

Oscar, dijo uniendo las manos de sus dos hijos entre las suyas, vos sereis el amigo y protector de esta amable hija, y vos la impedireis el sentimiento demasiado cruel de llorar con demasiada amargura la pérdida de su tierno y desgraciado padre.

Las lágrimas de Oscar y Amanda se redoblaron á este penetrante discurso. En fin, haciendo Oscar un esfuerzo sobre sí mismo, dijo á Fitzalan: padre mio, vuestros deseos se cumplirán, y vuestra voluntad me será sagrada. Estoy avergonzado de la debilidad que he manifestado; no me abandonaré mas á ella, olvidad la que habeis presenciado; ó si os acordais, sea solo para perdonármela: recibid mi solemne promesa de que haré los mayores esfuerzos sobre mí mismo para triunfar, y que los pocos días que nos quedan que pasar juntos, no sean estos oscurecidos con tristes pensamientos.

Algunos momentos despues, Oscar dijo á su padre y hermana que habia una fiesta en Marborough-Green, y propuso llevarse á Amanda; lo que fué aceptado. Elena fué confiada á un soldado jóven aficionado á Oscar. La asamblea era numerosa y llena de oficiales, llevándose Amanda prontamente sus miradas, pareciéndoles una de las personas mas hermosas que se pueden ver. Tomaron luego en medio á su hermano, el cual se halló obligado á satisfacer su curiosidad, diciéndoles quién era ella, y presentándosela. Sus cumplimientos impidieron á Amanda hacer atencion al espectáculo; pero lo que Elena notaba sentada detras de ella, divirtió mucho á los de su alrededor. Una numerosa multitud de oficiales habrian acompañado á Amanda á la posada, si Oscar no se hubiese opuesto á ello.

El dia siguiente lo emplearon en visitar los edificios públicos, el parque y otras casas de campo del rededor. Al otro dia Fitzalan y Amanda continuaron su ruta hácia el Norte, donde Oscar les dijo que esperaba les iria á ver el verano siguiente despues de la revista. Al dar la mano á su hermana para entrar en el coche, esta le dió una pequeña cartera que su padre le habia dado para el efecto, que contenia algunos billetes de banco.

Dejaremos á los viajeros, para hacer saber á nuestros lectores las causas de las tristezas de Oscar.

CAPITULO XI.

Cuando Oscar fué á juntarse por la primera vez con su regimiento en Irlanda, el cuerpo estaba de guarnicion en Enniskelling. El tenia un buen conjunto de prendas, y los habitantes de la ciudad eran corteses y amaban la hospitalidad. Oscar estaba gozoso, como todo jóven ardiente y activo, de entrar en una carrera que miraba como la de la gloria y del placer. En los días que sus deberes le dejaban alguna libertad, recorría el país, unas veces en compañía de otros oficiales y otras veces solo.

En uno de sus paseos solitarios á lo largo de las hermosas márgenes del Lough-Erne y en los bosques que bajan hasta dicho rio que abundan en caza, despues de haber hecho muchas millas con una lijera escopeta á la espalda, se encontró fatigado por el calor, que era estrechado, pues era en verano, y distinguiendo á alguna distancia un vergel cuyos árboles estaban cargados de hermosas manzanas, no ignorando que las frutas de las cercanías de la poblacion eran llevadas al mercado, resolvió preguntar si podia comprar. Abrió, pues, una pequeña barrera, y siguiendo un sendero que atravesaba una hermosa pradería circuida de una empalizada, golpeó á la puerta de una pequeña casa con la punta de la escopeta, y vió salir de ella una amable y pequeña muchacha. Decidme, hermosa niña, le dijo él, ¿puedo yo comprar de estas hermosas manzanas que veo?—No, dijo la niña con una sorpresa sencilla. Oscar al mismo tiempo fijando los ojos en la casa, divisó en una puerta medio abierta, una hermosa mujer que miraba lo que pasaba. El se sorprendió, y cuando la niña entró y abrió la puerta del aposento encontró una muger de alguna edad, de un aspectonoble,

y de una fisonomía agradable. Madama, dijo Oscar saludándola, temo haberme hecho culpable de una grande indiscrecion; pero creo justificarme diciéndoos que soy forastero; y sabiendo que la mayor parte de las huertas de estos alrededores tienen frutas para vender, vengo á comprar —Vuestro error, le dijo la señora, con una sonrisa benévola, es de muy poca importancia para tener necesidad de apología.

Ella le suplicó entonces que pasase á la sala, donde tuvo todo el tiempo que quiso para contemplar con tanto placer como admiracion á la bella jóven que no habia hecho mas que entrever. Tenia apenas diez y siete años, y era el modelo que un artista podia elegir para pintar á la jóven y risueña Hebe. Su talle era un poco menos que mediano; pero perfectamente bien hecho: su cutis era de una blancura relumbrante, y tan trasparente, que se le veian todas sus venas. Sus bellas y frescas mejillas estaban animadas por los mas hermosos y naturales colores, su boca pequeña, y mil gracias acompañaban á su sonrisa: sus ojos de un azul celeste dulce, eran sin embargo llenos de fuego, y daban, lo mismo que su fisonomía, la idea de la inocencia, del espíritu y sensibilidad. Sus cabellos castaños claros y lustrosos, fluctuaban sobre sus espaldas y cuello. Aunque vestida con negligencia de musclina, tenia el aire de una muger de alguna esfera. Por el modo con que recibió la mirada de Oscar, se conocia que ya estaba acostumbrada á ser el objeto de la admiracion, y que de serlo al presente no la disgustaba. La impresion que ella hacia en Oscar no era equívoca; y él aun creyó ver alguna sonrisa de satisfaccion en su semblante, cuando veia las miradas del extranjero dirigirse á ella involuntariamente.

Trajeron á Oscar un canastillo de hermosas manzanas y cidra deliciosa; y encontró á sus huéspedes tan obsequiosas en su modo de tratar, como agradables en su conversacion. La sencillez del exterior de la casa no anunciaba la belleza interior; los muebles eran elegantes; el salon adornado de hermosos grabados, y una puerta de

cristales conducía de allí á un jardín muy agradable. Adela, que así se llamaba la jóven y amable persona, conversó con mucha facilidad y viveza; y vaciando el cesto encima de la mesa, escojió entre las manzanas las mas hermosas y las presentó á Oscar. No hay necesidad de decir con qué conmocion las recibió. Pero, ¡qué cortas son las horas de la dicha! Tocando un reloj las tres, advirtió que habia pasado ya dos en esta interesante casa. ¡Cielo! dijo levantándose, yo he cometido una grande indiscrecion. ¡Veis, señoras, dijo tomando respetuosamente su permiso, á qué se espone uno con tanta política y modo seductivo? y despues de haberlas dado muchas gracias del modo mas agradable y animado, salió; pero no sin volver los ojos mas de una vez hácia el lugar que dejaba.

Atravesando la pradería, divisó que las señoras habian tomado el mismo camino que él. Oscar se detuvo para hacerles el elogio del admirable punto de vista que habia desde la altura en que se hallaba, sobre el lago y las islas esparcidas en él. Creo, le dijo Adela tocando la escopeta sobre la que se hallaba apoyado, que vos habeis ejercitado vuestra destreza hoy tirando á alguna perdiz.—Sí, dijo él, pero como veis, sin efecto.—Pues yo os aseguro, dijo ella, que nuestros bosques abundan en caza, de modo que no hay mas que elegir.—¡Ah! dijo Oscar, yo comprendo que se puede emplear aquí mejor el tiempo.—Vamos, vamos, Adela, dijo la señora anciana; nosotras detenemos á este señor. Entónces ella tomó á la jóven por el brazo, y se volvieron á casa. Oscar las siguió con los ojos, y sofocando un suspiro entró en el camino real. El no dejó de mirar este encuentro como una de las aventuras de las novelas que leía á Amanda mientras trabajaba, y para acabar la semejanza creyó que no estaba dispensado de hacerse el enamorado de la pequeña heroína: ¡ah, Oscar! ¡guárdate de semejante imprudencia; no dés entrada en tu corazon á tiernas impresiones, hasta que la fortuna te haya mirado con aspecto mas favorable! He aquí, añadió él, lo que me diría mi padre si se hallase presente, poniéndome á la vista la terrible cadena de infortunios

que ha experimentado. Yo voy á procurar conducirme como si él estuviese presente, y delante de mis ojos. Vamos, añadió, poniendo su escopeta á la espalda, la gloria es la sola señora que debo cortejar hasta cierto tiempo.

Al dia siguiente, el cazador volvió á tomar su escopeta, y se dirigió naturalmente hácia el mismo parage en que habia estado el dia anterior, evitando á los oficiales camaradas, por temor de que alguno de ellos no se propusiese juntarse con él; pues sentia una grande repugnancia á darles á conocer la jóven, y las manzanas de la vieja señora. A su llegada encontró la barrera del vergel abierta, y adelantándose algunos pasos por el sendero, divisó la casa; pero nadie parecia. Oscar era demasiado comedido para presentarse sin ser convidado, y por consiguiente: vio: entónces empezó á sentir el calor y la fatiga, y se sentó al pié de un árbol, sobre una piedra cubierta de moho cerca del borde del lago y á poca distancia de la casa, su sombrero y escopeta á sus piés, gozando de un viento fresco y agradable: sobre la superficie del agua volaban una multitud de barquitos y pequeños bastimentos con vela hácia todas direcciones, que vivificaban la vista agradable del lago. Estando disfrutando de este espectáculo, fué distraído de golpe por la voz de una muger, y volviéndose vió á Adela cerca de él. ¡Buen Dios! dijo ella; ¿quién esperaba veros aquí? Vos teneis semblante de estar fatigado, y tendreis necesidad de algunas manzanas para refrescaros como ayer, y entónces sentándose en el lugar de donde acababa de levantarse Oscar, se quitó su sombrero, que decia ella, le daba un calor inaguantable, y se puso á registrar la bolsa de labor que llevaba colgando de un brazo, y sacando las manzanas se las ofreció. Oscar apoderándose del sombrero de Adela que estaba en tierra, puso en él sus manzanas, observando que le serviria allí de excelente canastillo. Se sentó á sus piés y experimentó unas conmociones que hasta entonces no habia conocido. Sus mejillas tomaron un vivo encarnado, y sus ojos se fijaron sobre Adela con la mas tierna admiracion. El no pudo contentarse solo con sus miradas, y juntó algunas palabras inter-

rumpidas, que Adela escuchó sin turbacion; pero ella le rogó que comiese prontamente sus manzanas ó se las pusiese en su faldriquera, porque ella necesitaba su sombrero, y queria volverse á casa. El obedeció y obtuvo el permiso de volverle á atar el sombrero. Un hombre depravado habria interpretado mal la condescendencia y complacencia de Adela, y habria intentado aprovecharse de ella; pero la impresion de la virtud, grabada por la naturaleza y la educacion de Oscar, era profunda é indeleble. El no sospechó coquetería alguna en Adela, y por nada de este mundo, habria pensado en hacer la menor injuria á su inocencia. La juzgó lo que en efecto era, una niña jóven, sencilla y pura, á quien los juegos de la niñez eran sugeridos por la misma inocencia.

Os aseguro, dijo ella levantándose, que tengo repugnancia en hallarme precisada á dejar este hermoso parage; pero si me detuviese mas tiempo daria inquietud.—¿Puedo yo acompañaros á vuestra casa? dijo Oscar abriendo la barrera para ella.—Si vos venís hasta casa, dijo ella, lo menos que pueden decir es, que nos hemos buscado uno á otro toda la mañana.—Y bien, dijo Oscar riéndose de esta reflexion ligera de Adela, si dicen esto no se engañarán en cuanto á mí.—Adios, adios, dijo ella, despidiéndose con la mano; yo no quiero oir una palabra mas.

—¿Qué mezcla de belleza y gracia! dijo Oscar acompañándola con los ojos hasta la entrada de su casa. A la vuelta de su alegre paseo, encontró algunos paisanos de quienes informó á quién pertenecia la casa, y supo que era de una viuda respetable llamada Lady Marlowe.

Vuelto Oscar á Enniskilling, supo por los oficiales, que el viejo general Honey-Wood, que tenia una hermosa posesion cerca de catorce millas distante de la ciudad, habia venido por la mañana á hacerles una visita, y á convidarles á una grande fiesta y baile, que daba todos los años el dia primero de Julio, en memoria de una de las gloriosas victorias del Rey Guillermo. Todas las personas de consideracion y de alguna calidad en la vecindad estaban convidadas, y los oficiales debian asistir con gran diligencia,

pues deseaban de algun tiempo á esta parte, ver la hija del general, cuya belleza era muy alabada.

El general, como verdadero militar, conservaba una apasionada inclinacion por la carrera de las armas, á la cual habia consagrado, no solo su juventud, sino tambien su edad madura; y aun no lo habria dejado, si el desórden y debilidad de su salud no le hubiesen obligado á ello. Establecido en la casa de sus padres, empezó á experimentar la necesidad de una compañía que diese mas estima al goce de una vida tranquila, y dulcificase las enfermedades de la edad. Encontró pronto estas ventajas, casándose con una jóven de la vecindad que solo le llevó por dote su belleza. La diferencia de edades dió motivo á que dijeran que ella se habia casado con Honey-Wood por su dinero; pero su conducta hizo prontamente callar la malevolencia, pues ella se portó con él como esposa la mas tierna. Jamas se ha visto union mas feliz. Esta felicidad la destruyó la muerte de su jóven muger que fué arrebatada dos años despues de haber dado á su marido una niña. Toda la terneza del general se concentró en esta hija. Muchas mugeres de la vecindad, incitadas ó por lo que sabian de la felicidad que disfrutó Mistriss Honey-Wood, ó por las grandes riquezas del general, habian querido empeñarlo en nuevos lazos; pero él se resistió á todas con firmeza, declarando solamente que él jamas daria madrastra á su querida hija. En su niñez, ella habia sido su juguete, y adelantando su edad llegó á ser su consuelo. Acari-ciada, lisongeada y adorada desde que nació, apenas conocia el sentido de las palabras severidad, ni sujecion; pero una dulzura natural, y los cuidados de una escelente muger que le habia servido de madre, la habian precavido de las consecuencias de este exceso de indulgencia. Ella estaba absolutamente agena de rebozo y doblez. Estaban patentes todos sus sentimientos, y suponía en los otros la misma sinceridad. Muchas veces, diciendo la sencilla verdad, ó manifestando francamente su inclinacion ó aversion, se hacia tachar de imprudente; pero si alguno lo hacia reparar, no hacia mas que reir, pues el general habia decla-

rado una vez por todas que ella tenia razon siempre, que no encontraba jamas en su propio corazon sino seguridad de la pureza de sus intenciones. A medida que crecia, hacia la casa de su padre mas agradable. El general, aunque enfermo, volvia á cobrar su antigua alegría, y su carácter de buen convidado. El se deleitaba en la sociedad de sus amigos, y podia aún poner su grande baston en las espaldas á manera de fusil, y volver á contar sus antiguos combates.

Llevado Oscar de una inclinacion que no acertaba á esplicar, continuó á pasear por las cercanías del vergel, pero sin volver á ver á Adela.

Llegó en fin el dia de la fiesta que daba el general Honey-Wood, y los oficiales y una numerosa compañía de la ciudad partieron para Wood-Lawn, nombre de la casa del general. Estaba esta situada á las orillas del lago, á donde encontraron unas barcas que los llevaron á una pequeña isla, que era el lugar de la reunion por la mañana. El desayuno estaba preparado en medio de las ruinas de un edificio antiguo, notables por ser restos de su elegancia gótica, y antiguamente consagrado á la religion. Un conjunto de árboles viejos con sus elevadas ramas formaban un dosel impenetrable á los rayos del sol. La yedra enredando el largo de las paredes, cerraba muchas aberturas que en otro tiempo habian servido de ventanas. Las que quedaban aún libres dejaban una vista agradable del lago. Los restantes arcos de la capilla estaban cubiertos de moho, y de las hendiduras de las piedras salian diferentes flores, espontáneas producciones de la naturaleza. En este sitio singular se habian preparado para el desayuno unas mesas cubiertas con la mayor profusion, y del mejor gusto.

Los oficiales experimentaron una agradable sorpresa al entrar; pero la de Oscar, y los sentimientos de que estuvo asaltado fueron distintos, cuando en la hija del general Honey-Wood reconoció á la amable Adela. Y bien, amigo mio, díjole ella, ¿la fruta del general tendrá para vos tanta tentacion como la mia?—¡Ah! exclamó Oscar suspirando y

al mismo tiempo sonriéndose, la vuestra es del jardín de las Hespéridas, de donde no es permitido coger. Los cuidados de Adela por la concurrencia durante el desayuno, no le permitieron ocuparse de otro modo con Oscar, que dirigiéndole algunas miradas y sonrisas. Como el baile no debía ser hasta el anochecer, acabado el desayuno, toda la concurrencia se dispersó en diferentes grupos cada uno según su fantasía.

El terreno de la isla era agradablemente variado por pequeñas colinas y valles. Una espesura de matas y arbolillos esparcidos aquí y allí, cubiertos de olorosas flores, llenaba de fragancia el aire. Bajo unos toldos formados de laureles y lilas se encontraban frutas, helados y refrescos. A borde del lago había una grande tienda destinada para los oficiales del regimiento que el coronel Belgrave había mandado traer para recibir en ella al general; una bandera fluctuaba encima, y sobre una pequeña eminencia había algunas piezas de campaña: los que debían servir estaban esparcidos por todas partes con hábitos blancos adornados de cintas de color de naranja. Los barqueros, vestidos del mismo modo, conducían diferentes compañías á las pequeñas islas vecinas; y una multitud de barcas surcando las aguas del lago adornadas de banderolas fluctuando á la voluntad de un viento fresco, formaban un cuadro agradable, ínterin que una música ya dulce, ya brillante, repetida por los ecos de las vecinas montañas, ayudaba mas á los embelesos de estas escenas encantadoras.

Oscar no se apartaba un momento de Adela; pero luego que la vió deshacerse de una innumerable compañía de que estaba circuida, el general hizo señas á este jóven que viniese cerca de él sobre un banco en una sombra en que estaba sentado. Al acercarse al general, tendió éste la mano, y se la apretó con cordialidad.—Seáis bien venido, hijo mio, le dijo: vos sois hijo de un hombre valiente, á quien he conocido particularmente. Me he acordado muy bien del nombre de Fitzalan luego que os han nombrado, y he tenido mucho gusto de saber por el coronel Belgrave, que no me he engañado pensando que érais el hijo de mi ami-

go antiguo. En seguida le hizo varias preguntas concernientes á Fitzalan, y el modo espresivo y amigable con que habló de él, lisonjeó infinitamente á Oscar. El me ha salvado una vez la vida con riesgo de la suya, dijo el general; lo que no olvidaré jamas mientras viva.

El general, que como el Don Guzman del Gil Blas, se complacia en volver á contar sus batallas, empezó á acordarse de contar diferentes acaecimientos de la guerra de América, en donde él y Fitzalan habian servido en un mismo cuerpo. Oscar le habria dispensado con mucho gusto esta narracion; pero el general, que no podia persuadirse á que no se le oyese con el gusto que él la contaba, seguia siempre. Al fin Adela, despues de haberle dejado decir á su padre algun tiempo, impaciente ella misma y conociendo que lo estaba Oscar, se llegó á su padre: papá, le dijo, no le detengais un minuto mas, pues es menester que nos embarquemos al lago, y antes que volvamos tendremos arreglados perfectamente todos vuestros planes de batalla, aunque pudiera bien deciros de paso que no le está bien á un viejo guerrero hacer miedo á un jóven con estos cuentos lastimosos y estos sangrientos combates. El general la llamó impertinente, la besó con trasporte, y la vió con gusto irse saltando con su jóven y nuevo amigo, quien aprovechó este momento favorable para solicitar ser su pareja para la primera contradanza. A cosa de las cuatro, el concurso se juntó en la Abadía para comer, y la música tocó durante la comida. Los brándis fueron proclamados á son de trompetas, y correspondidos por otras tantas descargas de la artillería que estaba sobre la altura. A las seis, las damas volvieron á Wood-Lawn para tomar los vestidos de baile, y prontamente se armaron de todos sus encantos. Se sirvió el té y café, y á cosa de las once, la sala del baile se llenó de la concurrencia mas brillante: los hombres sobre todo, muy dispuestos al baile y reconocidos por los abundantes presentes que el general les habia mandado hacer á la gloriosa memoria del rey Guillermo.

Adela, ataviada con un gusto y cuidado que Oscar aun

no habia visto en ella, le pareció mas hermosa que nunca. La forma de su vestido hecho de la muselina mas fina bordada de lentejuelas daba á su persona el aire de una ninfa. Oscar acababa de recordarle la promesa que aquella mañana le habia hecho, cuando el coronel se le acercó para proponérsela. Ella sin titubear le dijo que estaba empeñada con M. Fitzalan. ¡M. Fitzalan! dijo el coronel con el aire y alto tono de un hombre que se cree ofendido, M. Fitzalan es bien apresurado; pero aunque se puede envidiar su dicha, nadie puede admirarse de su facilidad en obtenerla.

El baile se abrió, y jamas compareció Adela con mayores ventajas. El general la seguia con los ojos, y no perdía ni uno solo de sus movimientos; ¡es incomparable! es angélica! eran las espresiones de su admiracion, dictadas por el amor propio y la ternura de que su paternal corazon estaba lleno. Oscar, que tenia una figura muy agradable y distinguida, obtuvo tambien su admiracion, y declaró al coronel Belgrave que no creia se pudiese encontrar en todo el mundo una tan hermosa pareja. Esta observacion no pudo menos de desagradar al coronel, que tenia tanta vanidad como tuvo jamas una coqueta, y que persuadido que poseia todas las perfecciones, no podia soportar la idea de un rival en el agrado de las señoras, y sobre todo un rival tan peligroso como Oscar. Habiendo acabado Adela su contradanza, dijo que se hallaba fatigada y se retiró á una ventana donde Oscar la siguió. Desde allí se veia el lago, la pequeña isla y la Abadía en que se habian desayunado por la mañana. La luna en su llena derramaba su luz plateada sobre los objetos, y daba al paisaje un tinte mas agradable acaso que el que recibia del sol con todo su brillo. Adela, bailando, habia dejado caer una cinta que sujetaba sus cabellos. Oscar se habia apoderado de ella y queria retenerla. Adela procuró quitársela; pero él tomándole la mano tiernamente le dijo: permitirme guardarla, mañana la arrojaeis como una cosa inútil, y yo la conservaré como un tesoro precioso y de un valor inestimable; dejadme, os ruego, esta memoria de

los momentos felices que he pasado cerca de vos. ¡Oh! á un lado, si gustais, dijo Adela, semejantes espresiones. Estas son, añadió, (sin impedir que Oscar metiese la cinta en su seno) frases comunes del galanteo que se emplean mil y mil veces, y se repiten siempre. ¡Qué, es esta vuestra opinion? le dijo Oscar.—Sí, replicó ella.—¡Oh! pluguiese al cielo que se me permitiese convencerlos cuán falsa es en cuanto á mí! Adela riéndose, contestó, esta seria empresa difícil. Oscar se puso pensativo: creed, dijo, que si estuviese perseguido por la desgracia, de todos los retiros, esta vieja Abadía seria la que preferiria.—Verdaderamente, dijo Adela, ella está bastante bien dispuesta para servir de hermita; y si os da la manía de hacer una vida solitaria, os ruego que me lo aviseis con tiempo, pues tendria un singular placer en prepararos una cama de musgo y una comida frugal. La razon de mi eleccion, dijo Oscar, no os debe ser desconocida; tendria desde allí la vista de Wood-Lawn.—¡Ah! ah! replicó Adela! ¿tiene Wood-Lawn algun encanto particular que os haga deliciosa su vista tanto como vos lo ponderais?

A este momento se les avisó para una nueva contradanza, aviso que no fué agradable ni á uno ni á otro, pues les interrumpia un á solas muy interesante. El coronel habia empeñado á Adela para su primera contradanza; y aunque Oscar no tuviese deseo alguno de bailar con nueva pareja, para evitar las observaciones malignas se dirigió á una jóven muy bonita. Adela, como si se hallase fatigada, no tenia bailando el aire animado; dirigiéndole el coronel algunas palabras obsequiosas, ella le interrumpió precipitadamente para preguntarle si creia que Miss O-Neal (pareja de Oscar) fuese tan bonita como generalmente se decia. El coronel era demasiado fino para no comprender el motivo que obligaba á Adela á hacer esta pregunta. En verdad, dijo él despues de haber examinado á Miss O-Neal con un lente, la muchacha tiene algunas gracias, pero tan eclipsadas por las que están á mis ojos (arrojando una mirada lánguida sobre Adela), que tal vez no podré hacerle la justicia que se merece; pero Fit-

zalan, parece, por los homenajes que la prodiga, que quiere indemnizarla de todos los que otros le rehusarian. Adela se puso pálida, y despues del baile aprovechó la primera ocasion que pudo encontrar para pedir de nuevo su cinta á Oscar. El se la rehusó riendo, manifestando que era una memoria de la dicha que habia disfrutado en este dia, y que habia oido del general su padre, que un soldado jamas abandonaba un trofeo tan glorioso. Volvedme lo mio, replicó Adela, y procuraos una de Miss O-Neal. No, dijo él, yo no haré á sus encantos, y á su sinceridad, el insulto de pedirle un regalo que no tiene en mi concepto el menor precio; Adela se repuso de su abatimiento, y no pidió mas su cinta.

El baile se repitió despues de la cena con muy pocos intervalos hasta las siete de la mañana, en que los convidados pasaron á otra pieza para desayunarse, despues de lo cual se separaron. El general hizo una distinguida despedida á Oscar, acompañada de las señales de un afecto particular: le rogó que en adelante mirase á Wood-Lawn como su cuartel general. Estad seguro, le dijo el buen general, que el hijo de mi digno y valiente amigo será siempre apreciable á mi corazon, y bien venido á mi casa; y pluguiese á Dios que en la calma de la tarde de mi vida, vuestro padre y yo estuviésemos mas cerca uno de otro.

Despues de esto, la casa del general vino á ser la de Oscar, y el general gustaba tanto de su compañía, que estaba incomodado en su ausencia. Los cuidados que Oscar tenia con respecto á él, eran como los de un hijo bien educado para con un padre tierno. Cuando su respetable amigo probaba hacer algun paseo, Oscar le daba el brazo. Le acompañaba en las visitas que hacia á sus posesiones, le hacia alguna lectura para dormirle, y escuchaba sin la menor señal de impaciencia sus largos, y algunas veces molestos cuentos de campañas y batallas: tributando estos cuidados al buen general, Oscar obedecia á sus sentimientos de reconocimiento y de estimacion por él, satisfacía una benefactora y humana disposicion que le hacia

encontrar gusto, meciendo, por decirlo así, la cuna de la vejez.

Mas el tiempo que Oscar dedicaba al general, no le impedía consagrar muchas horas del día á Adela. Conversaba, leía y cantaba con ella; recorrían juntos los paseos amenos que ofrecen las agradables orillas de Langh-Erne, y las montañas vecinas. La acompañaba casi siempre á las diversiones á que sus vecinos la convidaban, y aun con mayor placer á los asilos de la miseria, donde veía aliviar con una mano generosa los males que habían arrancado de sus ojos lágrimas de una tierna compasión; se deja bien conocer cuán imposible era para Oscar en estas peligrosas conversaciones á solas, el poder resistir á un tierno sentimiento; pero este quedaba oculto en su corazón, y su boca no lo profería. La confianza que el general le manifestaba permitiéndole una tan libre comunicacion con su hija, era para él un objeto sagrado que no podía profanar; pero al mismo tiempo que su honor resistía, su salud sufría el combate de sus sentimientos con su virtud.

Por otro lado, Adela, que hasta entonces había buscado la sociedad, se puso de una vez pensativa: evitaba el concurso, y parecía encontrar mas gusto en sus paseos con Oscar que en las diversiones mas brillantes. El lugar favorito que frecuentaban casi todas las tardes, era un sendero á las márgenes del lago, á lo largo del pié de una montaña cubierta de árboles, donde sentados veían ponerse el sol detras de las colinas opuestas, disfrutando de sus benéficos rayos, que prontos á desaparecer, tenían de púrpura y oro las trémulas aguas: desde allí oían con delicia las pesadas canciones del labrador, acercándose á su humilde morada, los gorgoros de las aves en los vecinos bosques, y el balido de las manadas de ovejas que volvían del campo. Todas estas circunstancias, que en esta parte del día dan á la naturaleza tan dulces encantos, enternecen y vuelven mas sensibles los corazones, penetrados ya uno y otro de tiernos sentimientos. Adela condescendía algunas veces en cantar una pequeña aria campestre y sencilla, apoyada con negligencia al brazo de Oscar; y pa-

recia que entonces disfrutaba de una felicidad completa. No sucedia lo mismo con el pobre Oscar, que sufría el mas acerbo combate rehusándose á manifestar los sentimientos de que estaba agitado.

Tal era la situacion de Oscar, cuando un acaecimiento le hizo aun mas querido del general. Un dia que se hallaban juntos en un Faeton, siguiendo un camino cortado en la montaña, espantados los caballos por el ruido de un tiro que se oyó del lago, se pusieron á retroceder del modo mas peligroso. El carruage se dirigia al precipicio, y los criados apoderados del terror, no daban ningún socorro. Oscar vió que solo habia un partido desesperado para salvarles. Saltó ligeramente del carruage, ganó la delantera, agarró la brida de los caballos con inminente peligro de caer en el precipicio, en los bordes del cual le era preciso andar. Los criados, un poco repuestos de su temor, vinieron á su socorro. Se rompió el tiro, y el pobre general, cuya cabeza estaba débil por la edad y falta de salud, fué llevado á su casa casi sin conocimiento. Adela, viéndole en este estado desde la ventana de su gabinete, corrió á su encuentro; y sabiendo el peligro de que habia escapado, se arrojó á su cuello agitada con una mezcla de alegría y terror. Las caricias de su hija querida le reanimaron bien pronto, y al instante buscó los ojos de su libertador. Oscar estaba inmediato al general mirándole con inquietud é interes. Este le tomó la mano, y apretándola lo mismo que la de Adela contra su seno, los ojos mojados en lágrimas, les dijo: vosotros sois ambos los hijos de mi corazon, y yo no puedo ser feliz sino por vosotros. Oscar no vió en estas palabras sino un desahogo del reconocimiento del general por el servicio que acababa de hacerle, y no sospechó nada de todo el proyecto que habia ya formado el pobre hombre, y que probablemente habia consultado con su hija. Este generoso viejo, que otros llamarán de novela, sentia una grande ternura, y un reconocimiento sin límites hácia Oscar, y habia resuelto darle una prueba nada equívoca de ello, concediéndole su amable hija, heredera rica, la que habia

confesado á su padre el gusto que tenia por Oscar. Honey-Wood sabia que el jóven era de familia noble, de un carácter bueno y amable, y hombre de valor. Por esta union aseguraba para el resto de su vida la compañía de su hija. El queria casarla bien, pero temia que el yerno no la alejase de sí. Oscar, obligado de reconocimiento, consentiria con gusto en quedarse en Wood-Lawn. Resolvió, pues, comunicar su proyecto al coronel Belgrave, á quien creia de parte de Oscar segun le habia dicho, y creia en efecto deber en parte á Belgrave esta comision.

Habiendo llegado Belgrave á Wood-Lawn la mañana del dia siguiente en que el general habia tomado su resolucion, Honey-Wood le rogó que lo acompañase á un pabellon del jardin. El pobre Oscar fué asaltado de una grande inquietud. Tenia un cierto presentimiento de que seria el objeto de su conversacion, y no dudaba que la intencion del general fuese quejarse á su superior de su continua asistencia al lado de Miss Honey-Wood. En el ínterin, el general hizo su confidencia al coronel.

Esto fué un golpe terrible para Belgrave: la admiracion, la envidia y la rabia le tuvieron en silencio algunos momentos. La falsedad vino al instante á su socorro: procuró tartamudeando manifestar su admiracion por una tal generosidad. “Sin embargo, añadió, mi general, ¿confiar un tesoro tan precioso, que tantos pretendientes de alta esfera y grande fortuna se disputarian, á un jóven que no tiene ni una ni otra ventaja, y cuyos afectos pueden cambiar tan fácilmente.....—Permitidme que os diga, coronel, le interrumpió el general golpeando la tierra con el baston y poniéndose en camino hácia su casa, que no temo la inconstancia en un hombre que tendrá por muger una muchacha como Adela: así, os suplico no me digais nada mas sobre este asunto: solamente comunicad mi proyecto al jóven; pues esto me inquieta de tal modo, que lo enredaré todo, y por nada haré tocar generala.”

El aire sombrío y confuso del coronel, despues de la conversacion precedente, llenó de temores á Oscar; y lo atribuyó á la amistad que el coronel le profesaba. Esta-

ba impaciente por saber lo que le habia dicho el general, y con este fin deseaba con ansia salir de Wood-Lawn. El mismo coronel estaba en un suplicio. Habia meditado la conquista de Adela, cuya fortuna y belleza la hacian un objeto muy apreciable. Renunciar esta esperanza sin hacer algun esfuerzo para apartar á Oscar, es á lo que no podia resolverse; y hacer perder esta dicha á su rival si él no podia alcanzarla, le seria muy satisfactorio. Se resolvió, pues, á probarlo todo para alcanzar uno y otro objeto.

Partieron en fin para Ennskillling, habiendo Belgrave enviado adelante á su criado, para poder seguir sin sujecion la conversacion que Oscar manifestaba gran deseo de entablar:

OSCAR Y AMANDA,
Ó LOS DESCENDIENTES
DE LA ABADIA.

TOMO II.

THE JOURNAL OF THE

ROYAL SOCIETY OF MEDICINE

VOLUME 100, PART 1

1997

OSCAR Y AMANDA,
Ó LOS DESCENDIENTES
DE LA ABADIA.

OBRA ESCRITA EN INGLES
POR MISS REGINA MARIA ROCHE.

PUESTA EN CASTELLANO
POR D. CARLOS JOSE MELCIOR.

ADORNADA CON SEIS
ESTAMPAS LITOGRAFICAS, Y PUBLICADA POR
SIMON BLANQUEL.

— 3 TOMO II. —

MEXICO.—1854.

*Se vende en la librería del editor, calle del Teatro
Principal número 1.*

Imprenta de ANDRES BOIX,
Bajos de S. Agustín nº 6.

OSCAR Y AMANDA,

Ó LOS DESCENDIENTES

DE LA ABADIA.

CAPITULO I.

Y bien, mi coronel, dijo Oscar, imagino que el general ha querido entreteneros á costa mia, yo espero que no me ocultareis nada de una conversacion, en la que mi honor se halla interesado. ¡Ah! dijo el coronel, gozoso de empezar la ejecucion de su plan; él me ha dado algunas quejas de vos. Está bien persuadido que sois un bravo jóven; pero no puede determinarse á recompensar vuestro mérito con el don de su hija y su fortuna.—El cielo me es testigo, exclamó el confiado Oscar, que jamas me he atrevido á aspirar ni á uno ni á otro, y que mi inclinacion á su hi-

ja, aunque muy tierna, ha sido siempre sin esperanza, y mi estimacion hácia él tan desinteresada como sincera. Yo moriré antes que abusar de la confianza que ha tenido conmigo, haciendo conocer á su hija los sentimientos que me ha inspirado; yo me veo desgraciadamente desterrado para siempre de Wood-Lawn.—No, no, dijo el coronel, solamente evitad encontraros á solas con Miss. Yo creo, por mi vida, que ella tiene mas vanidad que sensibilidad. Os aconsejo que en vuestra primera visita, que desearia hiciéseis pronto, la declaráseis con un tono desembarazado que antes de vuestra llegada á Irlanda teníais ya una pasion. Esta declaracion lo arreglará todo con el general, quien ya no temerá por su hija: vos continuareis siendo tan bien recibido como antes en Wood Lawn, y disfrutando durante vuestra permanencia en este país, de una sociedad, á la que estais acostumbrado.—No, dijo Oscar, yo no diré semejante falsedad.—Mi querido hijo, replicó el coronel, vuestros escrúpulos son dignos de lástima; por Dios, dejad esas ideas romancescas. Yo seria el último en aconsejaros decir una mentira que pudiese hacer agravio á alguno; pero no hay sacerdote alguno en la cristiandad que no os dé la absolucion por la que yo os sugiero.

Y supuesto, dijo Fitzalan, que yo siga vuestro consejo, ¿cuál será el resultado para mí, sino apretar mas las cadenas en la que está envuelto mi corazon, y colmar mi desgracia? A fé mia, dijo el coronel, veo por vuestros discursos y vuestros escrúpulos que no habeis tenido negocios de amor con las lindas muchachas de este reino, antes de encontrar á ésta: pero considerad cuán desagradable os será renunciar á la amistad del general, y á la agradable sociedad que encontrais en Wood Lawn. Esto parecerá muy raro á los que estén instruidos de vuestros anteriores obsequios; os diré mas, estais obligado como hombre de honor á hacer lo que exijo de vos, pues si la muchacha ha sido bastante imprudente para tomaros alguna aficion, el espediente que os propongo la hará cesar, pues tiene demasiado orgullo para conservárola cuando sepa que tiene

una rival, y con esto os conformareis verdaderamente con las intenciones del general.

Mi querido coronel, dijo Oscar, con un tono animado y los ojos vivos, ¿pensais que ella haya sido bastante imprudente para gustar de mí? Yo no sé qué deciros á esto, replicó el coronel; estas son cosas de las cuales uno no puede tener una entera certeza; no obstante, si quereis saber mi opinion, por el modo alegre y libre con que está con vos, me parece que no. Yo creo en efecto que no, dijo Oscar suspirando; ¿pero por qué me haré culpable de una mentira por una persona á quien soy indiferente? Yo os he dado mi parecer, replicó friamente el coronel, á vos toca tomar el partido. Quedaron algun tiempo sin decirse cosa alguna; pero la conversacion prontamente recayó sobre la misma materia, y se alegaron varias razones de una y otra parte. El corazon de Oscar favorecia secretamente el plan del coronel. Adoptándolo, no perdía la sociedad de Adela, y no podia soportar el pensamiento de verse desterrado de un golpe de Wood-Lawn. Su razon cedió á la violencia de su pasion, y cayó en el lazo que le habia tendido la perfidia de Belgrave; de este modo perdió por una sola separacion del camino de la verdad, la dicha que una providencia benefactora le habia preparado.

¡Oh, las almas rectas que se dejan llevar por las sendas de la mentira que no esperen jamas conseguir la felicidad por medios culpables! La esperanza que les lisongea de llegar á ella por tales vias, se parece á estos fuegos engañosos que desencaminan á los viajeros durante la noche en lugar de guiarles.

Luego, despues de esta fatal promesa al coronel, la víctima desgraciada que ella misma se sacrificaba, se fué á Wood-Lawn con su pérfido consejero. A su llegada Miss Honey-Wood estaba en el jardin. Oscar, temblando, fué á buscarla, y la encontró bajo un toldo de flores. Jamas le habia parecido mas hermosa; el calor animaba los colores de sus mejillas, á quien hacian sombras sus fluctuantes y rizados cabellos; y sus ojos, al momento que vió á Oscar, brillaron con la mas dulce ternura, y la mas seductora sen-

sibilidad. Mi querido Fitzalan, le dijo arrojando el libro que tenia, y alargándole la mano; ¡qué contento es el mio en veros! yo espero que os establecereis por algun tiempo en Wood-Lawn.—¿Lo esperais? dijo tristemente Oscar.—Seguramente, dijo ella, pero ¡qué hay? vos estais pálido y del todo diferente de vos mismo; tenéis el aire de un pastor desesperado que va á ahorcarse al primer sauce que encuentre.—Yo soy en efecto desgraciado, replicó Oscar, y vos no os admirareis de ello si os digo la situacion de mi alma.—Y bien, replicó Adela, yo quiero ser vuestro confidente; y sonriéndose con finura continuó, yo quiero saber los motivos que teneis para desesperaros.—Con mucho gusto, dijo Oscar. Es menester que os cuente mi historia; pero no, no puedo. Esta querida y preciosa prenda, dijo él, sacando de su seno un retrato en miniatura de su hermana, os dice por mí, si el que ama este objeto puede jamas separarse de lo que ama. Adela tomó precipitadamente el retrato de sus manos, y un estremecimiento involuntario hizo traicion á su extrema sorpresa. Las palabras no pueden espresar la conmocion que experimentó al ver los amables rasgos de su imaginaria rival. ¡Oscar, pues, este Oscar que ella adoraba, á quien esperaba hacer dichoso, y á quien ofrecia su fortuna; Oscar amaba en efecto á otra y no á ella! ¡Ah! ella tenia la prueba en sus manos; examinaba de nuevo el retrato, y creia ver en él un carácter de belleza superior á la suya. Las rosas de sus mejillas se pusieron pálidas; una nube se esparció sobre sus ojos, y dejó caer el retrato de su mano. Oscar se estaba fuera del toldo, para ocultar su turbacion. Ella salió, y enseñándole sin decirle una palabra, el parage donde habia caído el retrato, se apresuró á ganar la casa. Oscar levantándolo exclamó: querida imagen, ¡á qué triste uso acabo de hacerte servir! ¡ah, todo está acabado para mí! Adela, mi Adela, la pierdo para siempre. ¡Dios mio! ¡he tenido, pues, yo jamas esperanza de poseerla? ¡Oh! no, yo no me he atrevido á considerar, como posible una tal felicidad. Al entrar Adela en su casa, encontró á su padre en una sala que habia á la entrada del jardin.—Y bien, pequeña in-

grata, ¿no merezco un beso, por no haber querido turbar vuestro á solas con el briboncillo de Fitzalan?—Os ruego, le dijo Adela, no pudiendo detener sus lágrimas, os ruego que no me habéis mas de él; se ha hablado ya demasiado.

—Mi querida hija, exclamó el general, mirándola con sorpresa; te ruego detengas tus lágrimas y suspiros, y dime de qué se trata.—Estoy ofendida, dijo ella con una voz mal asegurada, de que se haya hablado tanto por mí respecto de Fitzalan, á quien no puedo mirar sino como un simple conocimiento. El coronel, que espresamente se aguardaba en el bosque, tomó ocasion para entrar. Adela se sobresaltó, y salió por otra puerta. A fé mia, querido coronel, que estoy muy contento de que esteis aquí; acaba de haber una pequeña escaramuza entre mi hija y el jóven. Yo supongo que esta querella acabará como todas las amorosas, por una reconciliacion; pero decidme, ¿cómo ha recibido la buena noticia que le habeis anunciado? Es una cosa bien mortificante para una alma razonable, dijo el coronel con un tono grave, sentándose y alegrándose interiormente del suceso de su artificio, ver á los hombres llevados por no sé qué fatalidad, á desechar el bien que se les ofrece, por el que ellos no pueden conseguir; y como los niños, dejar y perder sus juegos, para perseguir un pájaro que se burla de ellos.—Es una gran verdad, dijo el general; sobre mi palabra que esto es constante, y dudo que el capellan del regimiento pueda decir mas. Pero, mi querido coronel, le dijo, golpeando el muslo de Belgrave, ¿qué ha dicho el jóven?—Yo siento, mi general, hallarme obligado á confesaros que la reflexion por la que he principiado es aplicable á él; reconoce el mérito de vuestra hija, admira vuestra generosidad, pero rehusa aceptar vuestra oferta, por motivo de una pasion anterior á la que no puede renunciar, aun cuando no tiene esperanza de conseguir el objeto de ella.

¡Cómo diablo, lo rehusa! gritó el general luego que la rabia y la sorpresa le permitieron proferirlo; ¡impertinentillo, tontuelo, ingrato! ¡Otra pasion! ¡rehusar á mi hija, mi Adela, que es buscada por muchos que valen mas que él;

y voy á ver divulgado esto por todo el país, y oiré decir que mi hija ha sido rehusada! ¿y por quién? por un alfericillo, cuya fortuna toda consiste en su espada. . . . He jugado una hermosa pieza, verdaderamente. Pero si este presumidillo me habla de todo esto, sírvame un cañonazo de veneno, si no tomo una ruidosa venganza.—Mi querido general, dijo el coronel, podeis estar seguro que por su honor mismo callará este asunto; pero aun suponiendo que no reparase en hablar de ello, vos sabeis que no está en su poder dañar la reputacion de Miss Honey-Wood, tan amable, tan perfecta y dotada de todas las perfecciones. Conozco algunos hombres, ó á lo menos un hombre que tiene nacimiento y fortuna, y que divulgará sus sentimientos por ella, si recibe la menor esperanza.—Muy bien, dijo el general, respirando aún con dificultad, hablaremos de esto en otra ocasion, pues estoy resuelto á casar pronto á mi hija; pero quiero casarla á gusto suyo.

Oscar y Adela no parecieron hasta la hora de comer. Uno y otro habian trabajado en componerse y calmarse, pero el pobre Oscar con menos efecto, no porque los sentimientos de Adela fuesen menos tiernos, pues su pasion era profunda, y ella se lisonjeaba de haber inspirado á Oscar otra semejante. Se prometia que este mútuo amor, aprobado por su padre, aseguraria y haria la dicha de toda su vida. Veia con un generoso placer á su querido Fitzalan levantando en lo sucesivo á un estado de prosperidad é independendencia. Engañada por la primera vez en sus esperanzas, su corazon estaba oprimido, y las agradables quimeras de su imaginacion se disiparon dando lugar á una sombría melancolía; pero su orgullo igualaba á su sensibilidad, y por consiguiente se determinó á no suministrar á Oscar motivo de triunfo mostrándosele triste y abatida. Ella, pues, hizo desaparecer de sus ojos todo vestigio de lágrimas, reprimió los suspiros que vanamente buscaban escaparse de su corazon, y se adornó con el mayor cuidado; sin embargo, sus ojos embotados, y sus descoloridas mejillas hacian traicion á sus sentimientos; en la mesa procuró manifestarse alegre, pero sin efecto, y cuando se qui-

taron los manteles, se retiró, segun costumbre, no habiendo otra muger que ella.

El general era incapaz de disimulo, y así no trató á Oscar con una ternura que ya no sentia por él. Al verle compacerrecer pálido y turbado, le recibió con un aire severo y casi impolítico. La agitacion de Oscar se acrecentó, y su alma estaba trastornada. Ya no amaba como antes la sociedad; la dicha y alegría de los otros hacian un contraste penetrante con su desgracia y abatimiento. Se veia miserable y abandonado, entregado en adelante al dolor y dependencia: lágrimas ardientes caian de sus ojos sobre su asiento. El se maldecia á sí mismo de su debilidad, y por fortuna no era observado. No atrayendo mas la atencion del general, no se llevó la de los convidados, y así su situacion llegó á ser tan penosa que no pudo soportarla. Salió, pues, sin que nadie le detuviése; y por un secreto impulso fué conducido al salon de tertulia; allí encontró á Adela, que fatigada de los combates de la mañana, y abatida, se habia echado sobre un canapé donde se habia dormido. Oscar se acercó á ella dulcemente y la miró con la ternura de una madre que vela á su dormido hijo. Su mejilla apoyada sobre su hermosa mano estaba teñida por el reflejo de una cortina de seda carmesí sobre la cual el sol daba de lleno, y se veia distintamente una lágrima. Inclinándose Oscar á esta interesante figura y juntando las manos decia: No, jamas las mejillas de Adela se deben mojar de otras lágrimas que las que le hace derramar su esquisita sensibilidad por los males ajenos. ¡Sea su dicha tan perfecta como su bondad! ¡Que este poder supremo que vela sobre la inocencia la conserve siempre todos los bienes de que disfruta! ¡O Adela! quien hace estos votos por vos, os tendrá siempre presente en su memoria; vuestra imagen quedará en su corazon para dulcificar sus penas, y en los penosos senderos de la vida que está destinado á correr en adelante, volverá atras sus ojos para encontrar algunos momentos felices. Adela se movió algun poco, y pronunció algunas inarticuladas palabras, y levantándose sobre su asiento vió á Fitzalan en pié inmóbil delante de sí. Ella

le miró, y con un tono imperioso le dijo que qué hacia allí, por qué habia entrado en este aposento. Yo no creia encontraros en él, respondió Oscar; mas viéndoos, he permanecido aquí sin tener fuerza para alejarme de vos. El tono lastimero con que pronunció estas palabras penetró el corazon de Adela; ella suspiró, y volviéndose fué á sentarse cerca de una ventana. Oscar la siguió, olvidándose de sostener el personage de que se habia revestido por la mañana, y tomando su mano la estrechó dulcemente contra su seno. En este momento crítico, la simpatía de dos corazones ambos tiernos iba á triunfar del artificio que los habia desunido, se abrió la puerta y compareció el coronel Belgrave. Desde el momento que Oscar habia dejado el comedor, Belgrave habia estado como entre espinas, y habia querido seguirle para prevenir las consecuencias de una conversacion á solas que temia. Toda la concurrencia entró con él.

Oscar estaba determinado á no pasar la noche en Wood-Lawn, é hizo saber su intencion preguntando al coronel si tenia órdenes que darle para Enniskilling, donde contaba volver en seguida. Por qué os apresurais? dijo el general refunfuñando; pues que vos habeis estado hasta ahora, podeis aun pasar la noche aquí; las nubes se amontonan sobre el lago, y amenazan una tormenta. No señor, dijo Oscar poniéndose colorado, y dejando ver su agitacion, ninguna tormenta puede detenerme. Adela suspiró, pero el orgullo no la permitió tomar la palabra. Fitzalan se acercó á ella; Miss Honey-Wood la dijo, y la voz le faltó para proseguir. Adela igualmente turbada no pudo menos de animarlo con una dulce mirada. Incierto, continuó, si jamas tendré la dicha de volver á ver á Wood-Lawn, no puedo descuidar al dejaros, de aseguraros que las bondades de que he sido testigo no saldrán jamas de mi memoria, y que el mas vivo dolor que mi corazon puede experimentar, es pensar que he perdido la amistad con que vos y vuestro padre me habeis honrado. Adela bajó la cabeza, y viendo Oscar que ella no queria, ó no podia decirle cosa alguna, saludó al general y salió de la sala.

Sus lágrimas, que hasta entonces fueron detenidas con el mayor esfuerzo, corrieron en abundancia, y al último de la escalera se vió obligado á sostenerse sobre el pasamano. Miéntas ponía los ojos á su alrededor, como para hacer la triste despedida á los lugares en que habia disfrutado la dicha, oyó que uno venia cerca de él; era el dispensero, antiguo criado aficionado á Oscar, y su ordinario compañero en la caza y pesca. Cuando se hallaba ocupado en servir el té habia oido á Oscar anunciar su marcha, y venia á manifestarle su sorpresa y su disgusto. ¡Ah buen Dios! M. Fitzalan ¿por qué nos dejais tan precipitadamente? pero si estais determinado á volver esta tarde á Enniskilling, esperad que os ensille un caballo. Oscar de algun tiempo á esta parte disponia de toda la cuadra del general, pero no creyó conveniente después de haber perdido la amistad del dueño de la casa, usar de la misma libertad que esta amistad le habia autorizado hasta entonces. Oscar estrechó la mano de su amigo el dispensero, y de un brinco salió de la casa. Marchó al principio con mucha presteza, hasta que hubo llegado á un sendero practicable en la montaña siguiendo las riberas del lago, donde iba á menudo con Adela. ¡Ah, jamas, dijo él, dándose un golpe en la frente, jamas la volveré á ver aquí!

¡Oh mi querida Adela! ¡vuestro desgraciado Fitzalan no disfrutará mas con vos este agradable espectáculo! ¡O qué corta ha sido mi felicidad!

Consumido por la agitacion de su alma, se sentó apoyado á la montaña. Cuanto mas se acercaba la tormenta, la noche se hacia mas negra, y un viento frio y violento agitaba los árboles de la montaña y las aguas del lago: empezaba á caer agua y granizo, sin que Fitzalan abismado en su dolor reparase apenas en ello. El nada oia, nada veia sino á Adela. El ruido que los pescadores hacian procurando poner en seguridad sus barcas, le sacó de esta enagenacion, y se internó en el bosque para dejar pasar la tormenta. Al fin el tiempo se puso claro, y la luna penetrando las nubes, aclaró los objetos que le cercaban.

Esta parte del bosque estaba en frente de uno de los lados de la casa, donde estaba el aposento de Adela, y Oscar vió luz en él. ¡Mi querida Adela! exclamó estendiendo los brazos como si ella le hubiese oído, y hubiese podido llegar á él, y prontamente dejándolos caer decia: ¡Ah, ella ya no se acuerda de un desgraciado como yo! ¡O que alivio para mi pobre cabeza desatinada si pudiese reposar un momento sobre su seno, y oír con su dulce voz algunas palabras de compasion por los tormentos de mi corazon! Sucumbiendo á sus penas se encontró cerca de una choza construida en el bosque, en donde Adela y él habian descansado juntos. Y bien, dijo refugiándose á ella, hay tantos hombres de bien que no tiene mejor cama, y á quienes Dios protege y consuela. Durmió en ella con sueño inquieto y agitado. En fin, al salir el alba fué despertado por el canto de los pájaros, y se apresuró á ganar el camino por temor de ser visto de alguna de las gentes de Honey-Wood. No llegó tan temprano á Enniskilling que no le encontrasen muchos oficiales, que le miraban con grande admiracion. Su uniforme estaba echado á perder, sus cabellos sin polvos, y caidos sobre las espaldas; el penacho de su sombrero roto, y el desórden de su fisonomía tan grande como el de su porte y sus vestidos. A sus preguntas respondió tartamudeando que habia caído, y con la mayor dificultad se sustrajo á su curiosidad.

Habia en un pequeño y ruin lugar á quince millas de Enniskilling, un destacamento del regimiento. El oficial que lo mandaba estaba muy disgustado en él; pero siendo toda sociedad insoportable á Oscar, era precisamente la mansion que le convenia; y gustosamente obtuvo el permiso de reemplazar á su camarada. Las penas que su espíritu sufria, las tormentas que habia aguantado, eran choques demasiado violentos para no resentir su salud. A su llegada á los nuevos cuarteles fué asaltado de una grave calentura. Se envió otro oficial en su lugar para llenar sus obligaciones. Pasó mucho tiempo sin que los que le cuidaban viesen síntoma alguno de que se pudiese esperar su restablecimiento. Luego que pudo levantarse se juz-

gó necesario trasportarlo á Enniskilling para estar á la vista y cuidado del cirujano mayor del regimiento.

Como el coche iba con lentitud, Oscar se sorprendió agradablemente reconociendo el vergel de Mistriss Marlowe. No pudo resistir el deseo de verla, y tener de ella algunas noticias de los que habitaban en Wood-Lawn. Habia concebido hácia esta señora una tierna y sincera amistad, y era una muger de mérito del mejor trato. Adela le debia en gran parte los talentos y gracias de que estaba dotada; y en su casa habia pasado Oscar con Adela muchos momentos deliciosos.

Era la tarde cuando Oscar se encontró en la vecindad de Mistriss Marlowe. El subió lentamente la colina apoyado en el brazo de su criado. Un espectro que se hubiese presentado á la vieja señora no la hubiera admirado mas que la figura flaca y desecha de su jöven amigo. Ella apretó las manos de Oscar con las suyas con toda la ternura de una madre: lo hizo sentar cerca de un buen fuego, y servir de algunos refrescos, que juntos al interes de la conversacion animaron sus espíritus. En este momento se presentó á su memoria su primera visita á Mistriss Marlowe. Yo espero, dijo, que nuestros amigos de Wood-Lawn... aquí se detuvo, espresando sus ojos las preguntas que su lengua no podia articular.—Todos están buenos, le dijo Mistriss Marlowe; vos sin duda sabeis todo lo que ha pasado allí. No, yo no sé nada, respondió Oscar: vos me veis salir de la tumba.—Antes que os instruya, replicó Mistriss Marlowe, quiero manifestaros mi aprobacion y mi admiracion por la conducta noble y desinteresada que os ha hecho rehusar la fortuna que os ofreció, para ser fiel á la pasion de vuestro corazon.—¿Cuál es, pues, preguntó Oscar mirando á Mistriss Marlowe con un aire desordenado, cuál es la fortuna que he rehusado?—La que el general os ha ofrecido, dijo Mistriss Marlowe.—¿El general! gritó Oscar.—Sí, el general, cuyas intenciones os manifestó el coronel Belgrave.—¿O cielos! exclamó Oscar levantándose de la silla á pesar de su debilidad, ¡cómo! el general decís, ha tenido tales intenciones, y fué Belgrave

encargado de instruirme de ellas! Bien, Belgrave me ha engañado. El me dijo lo contrario; que mis atenciones á Miss Honey-Wood desagradaban al general, é hiriendo mi corazón con un golpe mortal, me ha conducido á cometer una falsedad que me ha perdido en el concepto de Adela y de su padre. ¡O monstruo! exclamó Mistriss Marlowe; vos habéis sido víctima de su perfidia. ¡Ah! replicó Oscar, voy á arrojarme á los piés del general, le abriré toda mi alma, le explicaré que ideas falsas de honor me han conducido hasta hacerme pretestar una pasión que jamas he sentido sino por la amable Adela, y obtendré mi perdón y mi Adela.—¡Ah querido hijo! le dijo Mistriss Marlowe deteniéndole, ya no es tiempo. Adela no puede ser vuestra, pues está casada, y es esposa de Belgrave. Oscar vacilando sus piernas arrojó un profundo gemido y cayó desmayado. Mistriss Marlowe llamó á su socorro sus criados y el de Oscar. Le pusieron en la cama, pero quedó por mucho tiempo sin conocimiento. Al fin, abriendo los ojos, y arrojando un largo suspiro, exclamó: es hecho ya, la he perdido para siempre.

Despidieron al criado, y Mistriss Marlowe, sentándose al lado de la cama, le dijo:—¡Oh amigo mio! mi corazón sufre con el vuestro; pero vuestro ánimo y no mi compasión puede daros resistencia para sufrir vuestras desgracias.—¡Oh mi querida señora, replicó él, ¡qué horrible es el pensar que he tenido en mis manos y cerca de mis labios la copa de la felicidad, y que la haya arrojado yo mismo lejos de mí! —¡Ah! dijo Mistriss Marlowe, penetrada de las penas de su jóven amigo como si hubiesen sido propias; ¡ah! he aquí los hombres: ellos á menudo se privan á sí mismos por su imprudencia y su locura de los beneficios de una Providencia ocupada en su felicidad. ¡Oh hijo mio; nacido, como sois, con una alma ingenua y elevada, no la abajeis jamas á la mas ligera disimulación! —¡Ah! dijo Oscar, no agraveis mis dolores acordándome mi cruel falta.—No, dijo ella; no, mi amigo, estoy bien lejos de esta barbarie; pero una inútil instruccion jamas penetra tan profundamente en el alma como cuando está preparada por el infortunio. Ama-

ble y jóven como sois aún, os promete la vida muchos go-
ces, que sabreis recoger y apreciar mejor despues de las se-
veras lecciones de la desgracia.—¡Ah! dijo Oscar, ¡qué en-
cantos puede en adelante tener para mí la vida?—Todos
aquellos, dijo Mistriss Marlowe, que están aún en vuestras
manos: la paz del alma, la dicha que acompaña al testi-
monio de haber llenado sus deberes, y ser defendido por
la paciencia, y la firmeza contra todas las pruebas que ha
sufrido.—¿Pensais, pues, dijo Oscar interrumpiéndola, que
puedo dejar impune la malvada traicion de Belgrave? No,
continuó llevando la mano á su espada, que estaba á su in-
mediacion.—¿Y qué quereis hacer? le dijo Mistriss Mar-
lowe, agarrándole el brazo; imprudente jóven, ¿cuál es
vuestra intencion? ¿quereis esparcir á vuestro derredor la
muerte y desolacion? Y aun cuando hubiéseis satisfecho
vuestra venganza, ¿encontraríais la felicidad? ¿pensais que
Adela, educada en la decencia y la virtud, soportará la
vista del asesino de su marido, ó que el viejo general, que
os habia preparado con tanta bondad una vida dichosa, os
perdonaria las nuevas desgracias que esparciríais en su fa-
milia, aun cuando pudiese sobrevivir á ellas?

La espada cayó de las manos de Oscar.—¡Yo soy culpa-
ble, dijo, abandonándome á tales trasportes; pero es tan
grande mi desgracia! . . . En cuanto á mi vida, sin Ade-
la no merece la pena de que tome en adelante cuidado al-
guno para conservarla.

Mistriss Marlowe se valió de este momento de entorne-
cimiento de Oscar para hablarle el lenguaje de la razon.
Ella mezcló sus lágrimas con las de este jóven al saber los
detalles de la perfidia de Belgrave, y al pensar que el ob-
jeto caro de sus cuidados y de su ternura, la amable Ade-
la, era tambien la víctima de ella. Por tanto, convenció á
Oscar de la necesidad de sepultar este fatal secreto. La
conmocion que recibió Oscar con toda esta escena, le vol-
vió la calentura, y no estuvo ya en estado de ponerse en
marcha para Enniskilling. Mistriss Marlowe le hizo pre-
parar una cama, esperando que pronto se restableceria;
pero á pesar de todos los cuidados que tomó por él, pues

le trató con toda la ternura de una madre, su enfermedad se alargó, y esta flor herida por la reja del arado parecia marchitarse todos los dias.

El general habia sentido profundamente el ver despreciar unos ofrecimientos que miraba, con razon, como capaces de desvanecer á Oscar de alegría y reconocimiento; jamas su orgullo habia recibido un tan crudo golpe, ni habia sido humillado aún á sus propios ojos. El coronel procuró hacerle desviar estas mortificantes reflexiones con lisonjas delicadas y cuidados continuos: aseguró al general que todo el mundo habia aprobado su conducta. Los sofismas que nos reconcilian con nosotros mismos nos son siempre agradables. El coronel poco á poco llegó á ser el favorito del general, y cuando por la primera vez le habló de su inclinacion á Adela, Honey-Wood le aseguró que hablaria con el mayor interes por él á su hija. El general estaba mas impaciente que nunca de verla colocada. Encontraba en el sonrejo que habia sufrido, cierta cosa tan humillante para él y para su hija, que en ciertas ocasiones estaba fuera de sí mismo. El coronel poseia grandes bienes; mas esta ventaja era de poco precio para el general, cuyo desinterés hemos visto ya, y aun menos para su hija. A las primeras declaraciones que le hizo su padre sobre las miras de Belgrave, ella le rogó que no le hablase mas de ello. Engañada cruelmente en sus primeras esperanzas, la llaga de su corazon necesitaba tiempo para curarse: ella ocultaba sus penas; pero sus languidos ojos y sus pálidas mejillas publicaban lo que padecia. Huía de la sociedad, é iba errante sin cesar por los solitarios caminos que habia corrido con Oscar. Allí pensaba en él mas que nunca, y se reprendia de haberle tratado con demasiada dureza: ella le veia víctima de la tristeza, y sin embargo le habia alejado con una frialdad es remada. Esta misma frialdad que le habia manifestado tan repentinamente, no podia menos de hacer creer á Oscar que era desgraciada por verse abandonada, y este pensamiento mortificaba al mismo tiempo su vanidad y su delicadeza. Ella habria querido á toda costa persuadir á Oscar que jamas lo habia mirado sino como á un amigo.

No se desalentaba el coronel con la frialdad de Adela, pues estaba acostumbrado á superar obstáculos. Algunas veces se hacia venir bien el juntarse con ella en sus solitarios paseos como conducido allí por el acaso. Su conversacion era siempre divertida, y se contenia en los límites que Adela le habia prescrito; pero con sus miradas expresaba la pena que le costaba esta reserva, y su conducta no desagradaba á Miss Honey-Wood, en la que veia la sumision del coronel á su voluntad.

Algunas semanas se habian pasado despues de haberse Oscar desterrado voluntariamente de Wood-Lawn, y por mas confiadas que fuesen las esperanzas de Belgrave, no creia poderlas llevar á efecto, á lo menos tan pronto como deseaba, sin emplear alguna estratagema. Fértil en invenciones, formó prontamente su plan. Trató, pues, de ver á Adela una mañana en el jardin, y la encontró leyendo en una glorieta. A la llegada del coronel, dejó el libro. Conversaban sobre asuntos indiferentes, cuando el criado del coronel llegó con un paquete de cartas. Belgrave hizo ademan de ponérselas en su faltriquera sin leerlas, pero Adela le dijo:—Nada de ceremonias, coronel; yo continuaré mi lectura mientras vos leéis vuestras cartas. El coronel le dió gracias, y se puso á abrir y leer las cartas. Despues de un momento, exclamó con una grande conmocion: ¡Qué insolencia! y en seguida, pareciendo acordarse que estaba en presencia de Adela, afectó alguna turbacion, tartamudeó algunas palabras, y volvió á tomar la carta. Despues de haberla leído, aparentó ponérsela en la faltriquera, y la dejó caer á sus piés: recorrió despues las restantes cartas, y levantándose, se excusó con Adela de dejarla tan precipitadamente para ir á escribir algunas respuestas urgentes. Apenas se habia ido el coronel, cuando Adela, viendo la carta tirada y aun medio abierta, la tomó con la intencion de llevársela á su casa; pero su nombre, en letras grandes, que le parecieron ser de la mano de Fitzalan, la hizo una fuerte sensacion, y fué asaltada de un temblor nervioso. Esto la hizo concebir el deseo de saber cómo se halaba la correspondencia entre Oscar y

Belgrave: sus ojos se dirigieron involuntariamente sobre este escrito fatal, y leyó algunas palabras que escitaron aun mas fuertemente su curiosidad. En fin, no pudiendo resistir por mas tiempo á la tentacion, tomó la carta y leyó:

Al coronel Belgrave.

“Vos me acusais de insensibilidad á lo que llamais en-
“cantos incomparables de Adela, y yo convengo en ello;
“pero no en la justicia de lo que me reprobais, pues ¿qué
“quereis? yo he sido cautivado fuertemente de las gracias
“de otra persona, que á mis ojos (que son á la verdad los
“de un amante) me parecen muy superiores. La oferta
“del general era ciertamente la mas generosa y la mas li-
“sonjera del mundo; ella ha contentado toda mi alma,
“proporcionándome una ocasion de sacrificar al altar del
“amor el interes y la ambicion: mi desinteres en esta oca-
“sion me ha asegurado mas la ternura de mi querida ami-
“ga, que no se ha lisonjeado medianamente del triunfo
“que segun la he instruido ha llevado sobre Adela; senti-
“miento muy natural, y que tal parecerá á todos aquellos
“que conozcan el objeto á quien he preferido. Deseo mu-
“cho que el general ceda á vuestros deseos; yo seré feliz
“de ver á mi primero y mejor amigo en posesion del teso-
“ro por el cual suspiró despues de largo tiempo. Espero
“que vos me reprendereis el haber dejado traslucir mi aven-
“tura con Adela; pero á fé mia que no he podido menos de
“contarlo á mi amable amiga. Dios quiera que ella sea
“discreta, pues de otro modo preveo que será necesario
“batirme con el viejo general. Adios, creed, mi querido
“coronel, que soy todo vuestro.

Oscar Fitzalan.”

¡Miserable! exclamó Adela, con una agitacion estrema-
da, y dejando caer la carta de sus manos, cuya letra esta-
ba bien contrahecha y parecida á la de Oscar; ¡es pues
así como reconoce los cuidados de mi padre y los míos
para asegurar su dicha? ¡Oh cruel Fitzalan! ¡es á Adela,

¿A quien encontrabais tan amable, quien no ha apreciado las riquezas sino cuando las ha considerado como un medio para haceros feliz? ¿A quien os atreveis á ridiculizar, y de la que vuestra vanidad ha querido triunfar? Su mortificado orgullo y su ternura aun viva combatian en su interior. Ella volvió á caer sobre el banco, y sosteniendo su cabeza con la mano, se abandonó á los suspiros y lágrimas. Tan pronto queria hacer saber á Fitzalan que estaba instruida de toda la bajeza de su conducta, y penetrar su corazon con las mas sangrientas reconvenciones; tan pronto se determinaba á un silencio de menosprecio. Mientras estaba fluctuando su espíritu, el coronel se acercó poco á poco. En la turbacion en que se hallaba, se habia olvidado que podia volver á cada instante, y al verle se sobresaltó. Ella creyó que él sospecharia que habia leído la carta, y con este pensamiento bajó la cabeza y se puso colorada. Qué aturdido soy, dijo el coronel levantando la carta, que manifestó verla por la primera vez, de todas mis cartas esta es la que mas sentiria que se leyese. Conoció Adela por este discurso que el coronel lo sospechaba, y á esta idea se puso pálida y volvió á sentarse, no pudiendo soportar la acusacion que ella misma se hacia de tal indiscrecion.

Belgrave corrió á sostenerla. ¡Oh la mas amable de las mugeres! la dijo con un tono el mas tierno que pudo afectar, ¿qué significa esa agitacion?—No sé, respondió ella, esto no es nada, y volviendo un poco en sí, habló de volver á casa.—Así huís de mí siempre, replicó el coronel. Yo sé, Miss, que no tengo derecho alguno, ni atractivo para poderos detener; sin embargo, continuó llamando á su socorro y cayendo de sus ojos una ó dos lágrimas, estad segura, que jamas encontrareis un corazon que os sea mas tiernamente aficionado que el mio; pero veo que os importuno, y voy á tomar el silencio que me habeis impuesto. ¡Oh la mas adorada y mas amable de las mugeres! si yo no puedo aspirar á un título mas precioso y mas elevado, concededme á lo menos el de amigo vuestro.—De todo mi corazon, le dijo ella penetrada de estas seducto-

ras espresiones. Se hallaba ya un poco recobrada de su turbacion, y el coronel obtuvo de ella el hacer un paseo con él, en lugar de volver á casa. La cautivó con sus atenciones: sus labios insidiosos derramaron la miel de la alabanza, y la condujo insensiblemente á tristes y pesarosas memorias, y lisongeó su vanidad con el respeto que le manifestaba. Ella se agradó de la indignacion que habia dejado ver contra Fitzalan con motivo de la carta, y en fin. concibió respeto y estimacion por él, al mismo tiempo que resentimiento y menosprecio por Oscar. Tenia el coronel mucha penetracion, advirtió la mudanza, y procuró sacar de ella toda la ventaja posible. Entregada Adela á sus sentimientos habituales y verdaderos, habia rechazado toda proposicion de casamiento, pero herida en lo vivo su vanidad, la condujo en este momento á un paso que probaria á Fitzalan su indiferencia por él. El general obtuvo el consentimiento en favor del coronel, y la promesa de éste de no dejarle por algun tiempo. Se hicieron suntuosos preparativos para las bodas; pero aunque el resentimiento de Adela contra Oscar fué siempre el mismo, con todo, pronto reconoció que se habia precipitado demasiado en obedecer. Ella sentia una repugnancia involuntaria á la unión que iba á formar, y la habria rehusado siempre sin la promesa que habia dado á su padre. Su buena amiga Mistriss Marlowe sostuvo su ánimo en estos momentos de prueba, y al fin llegó el día fatal en el que Adela dió su mano al pérfido Belgrave.

Habria como unos quince dias que era casada, cuando oyó algunos oficiales del regimiento hablar de la enfermedad de Oscar. A este nombre se puso colorada. En verdad, dijo uno de ellos, Mistriss Marlowe es una excelente persona, Oscar es bien dichoso de haber encontrado un tan buen albergue; por todas partes le sucede lo mismo.—¡Pobre muchacho! dijo Adela dando un suspiro, en el que ni aun el a reparó. Belgrave puso los ojos sobre ella, y encontró los suyos. La mirada del coronel fué sombría y severa, y parecia querer penetrar hasta el fondo del corazon de Adela. Ella se estremeció; y por la

primera vez sintió la tiranía del dueño á que se habia entregado. Como Mistriss Marlowe no le hizo saber que hubiese recibido á Oscar, ella no quiso escribirle; pero le habia convidado con muchas instancias á venir á Wood-Lawn, esperando tener noticias por ella de lo que queria saber, pero sin suceso. Pasados quince dias, Mistriss Marlowe vino á Wood-Lawn. Estaba ésta muy flaca y pálida. Adela la riñó con agrado de su larga ausencia, esperando con esto forzarla á decirle el motivo, noticiándola los cuidados que habia tenido con Oscar; pero Mistris Marlowe no le habló una palabra que tuviese la menor relacion con este asunto; desvió la conversacion haciéndola recaer sobre materias indiferentes, y así desconcertada Adela, tomó un poco de mal humor, y se puso tristemente á trabajar.

Pocos dias despues, Adela, luego que hubo comido, subió al coche para hacer una visita á Mistriss Marlowe: suponía ella que ya no encontraria allí á Oscar, y solamente se lisonjeaba que en el discurso de la conversacion sabria que estaba perfectamente restablecido.

Para causar á su amiga una sorpresa agradable, hizo detener el coche á alguna distancia de la casa, y llegó por un sendero que dirigia á la puerta de la sala, que abrió poco á poco. ¡Cuál fué su admiracion al divisar á Oscar sentado cerca del fuego con Mistriss Marlowe, engolfados en una conversacion seria! Ella se detuvo sin poder dar un paso, hasta que Mistriss Marlowe, acercándosele, la abrazó é hizo entrar. La conmocion de Oscar no fué menos fuerte que la de Adela. El procuró levantarse, y volvió á caer sobre la silla; con todo, estuvo un poco animado por una espresiva mirada de Mistriss Marlowe, que parecia conjurarle de no ceder á una debilidad que haria traicion á sus verdaderos sentimientos hácia Adela. Levantándose en fin, y acercándose á ella, le dijo: Señora, que me sea permitido... y las palabras espiraron en sus labios, pues no tuvo fuerza para acabar el cumplimiento sobre un suceso que probablemente habia hecho su desgracia y la de Adela.—¡Oh! dejemos cumpli-

mientos, dijo Mistriss Marlowe, esforzándose á tomar un aire alegre. Vamos, jóvenes, sentémonos y disfrutemos de la felicidad de hallarnos delante de un buen fuego por el riguroso frio que hace. Ella instó á la trémula Adela á beber un poco de vino, y con esto recuperó su espíritu abatido, y aun el mismo Oscar tomó un poco de ánimo. Pero la tristeza de su fisonomía y de su semblante, y las agonías de su alma iban creciendo: la frialdad ceremoniosa y la reserva que ambos se impusieron, llenaba los dos corazones de tristeza y pesar. Fitzalan estaba tan pálido, tan decaído y parecía tan desgraciado, como víctima de la tristeza y desesperacion, que aun cuando hubiese atentado contra la vida de Adela, no conservaria esta sino sentimientos de compasion por él. Mistriss Marlowe chanceándose contó la pena que le habia dado Oscar. Os aseguro, decia, que me paga bien mal mis cuidados, despues que le he dado un poco de libertad, pues él no observa regla alguna de las que le he prescrito. Yo os ruego que junteis vuestra autoridad á la mia, para obligarle á contemplarse mas.—Con mucho gusto, dijo Adela, si yo puedo tener algun crédito sobre él.

¡Algun crédito! replicó Oscar. ¡Oh cielos! y diciendo esto, se levantó precipitadamente, y se fué á una ventana para ocultar su turbacion. El espectáculo de la campiña era muy triste. Era el fin del otoño, la tarde fria; un viento fuerte soplaba por la parte de la montaña, y el cielo estaba oscurecido por las cercanías de una tormenta. Mistriss Marlowe lo sacó de su meditacion, diciéndole: ¡qué haceis aquí? La vista de esa ventana no puede tener grande atractivo para vos.—¡Ah! dijo él, tiene algo de agradable y dulce en la tristeza que me inspira. Los árboles despojados, las flores marchitadas, están acordes con mis tristes pensamientos, son otros tantos emblemas de un corazon que ha visto desvanecerse sus mas dulces esperanzas, y que no las verá reflorcer con su primitiva belleza como los árboles y las flores.— Todo es estravagancia, dijo Mistriss Marlowe: vuestra enfermedad os ha hecho muy melancólico; pero esta tristeza se disipará an-

tes que mi vergel vuelva á tomar su agradable verdor y frutos, y obligue á un oficial jóven á venir á visitar á una vieja.—¡Oh! exclamó Oscar, qué memoria para mí la del momento en que entré aquí por la primera vez!—Dejémosnos de lisonjas, replicó Mistriss Marlowe sonriéndose: vos no me hareis creer que mis atractivos hayan hecho sobre vos una impresion permanente, cuando sé muy bien que mudando de guarnicion direis otro tanto á la primera vieja bien parecida que encontráreis.—No, replicó Oscar, acomodándose á la chanza: yo os puedo asegurar que la impresion que he recibido aquí, jamas se borrará de mi corazon; y al mismo tiempo arrojó una mirada á Adela, la cual bajó sus ojos, y dejó caer la cabeza sobre su seno sintiendo una grande conmocion. Mistriss Marlowe procuraba desviar la conversacion: ella experimentaba una viva y tierna compasion por esta jóven y desgraciada pareja, cuya union habia ardientemente deseado. Pero despues que un obstáculo insuperable les habia separado, procuraba impedir entre ellos toda muestra de mútua inclinacion, que no serviria sino de aumentar su desgracia. Ella avisó para el té, é hizo lo que pudo para divertir la conversacion, pero sin efecto, pues sus dos huéspedes no la seguian. Entónces, cuando hubieron tomado lugar cerca del fuego, dijo á Adela: muchas veces habeis deseado oir la historia de mi vida: hasta ahora el temor de despertar en mí los pesares que jamas cesarán, me ha impedido contárosla; pero como no tenemos que hacer cosa alguna mejor para pasar el tiempo, os haré esta relacion. —Vos me obligareis mucho, dijo Adela, pues sabeis que todo lo que pertenece á vos interesa mi curiosidad.

CAPITULO II.

Yo era hija única de un vicario de un pueblo en el Sur de Inglaterra: mi padre y mi madre eran de honradas familias, pero poco ricas. Contentos con su suerte, vecinos agradables, prontos á favorecer en todas ocasiones, eran muy felices en su mediocridad. Era yo su ídolo: todo el mundo decia á mi madre que yo llegaria á ser hermosa, y la pobre muger se lisonjeaba con esta esperanza. Un poco ambiciosa y novelera por naturaleza, no dudaba que mis atractivos me conducirian algun dia á una grande fortuna. Para hacerme mas capaz de llegar á este estado, me dió una educac'on mas brillante que sólida. Mi padre, de un carácter indolente y dulce, me dejó absolutamente conducir por ella. Así, dejándome ignorar la gramática de mi propia lengua, ella misma me enseñó á parlatear en mal frances; y en lugar de enseñarme á componer y hacer mis vestidos, me hacia emplear el tiempo en bordar muselina y raño. Se me dió por maestro de baile á un mal músico del lugar. Bien hubiera querido hacerme enseñar á tocar algun instrumento; pero la compra de un clave ó de una arpa pasaba de la medianía de mis padres, y mi madre se contentó con hacerme cultivar la música vocal, enseñándome ella misma algunas arias viejas que cantaba con todas las gracias que creia las adornaban.

Para hacerme capaz de oscurecer todas las muchachas jóvenes del canton por mis adornos, como por mil otras ventajas, ella cortó sus ropas viejas, y les dió todas las formas que pudo discurrir, imitando lo que creia ser de nueva moda. Y el motivo mas poderoso (Dios me lo perdone) que me conducia á la iglesia el domingo, era enseñar mi jubon de seda con falbalas y mi gorro de Mahon pintado.

Cuando hube llegado á la edad de diez y seis años, juzgó mi madre que yo era la criatura mas perfecta que habia en el mundo, y no dudó fuese esta la opinion universal. Yo era viva, atolondrada, vana y ambiciosa en exceso; pero entretanto conservaba mi inocencia y mi sencillez; olvidaba á menudo el personage que querian hacerme representar, y me abandonaba á la alegría natural en los juegos de las niñas, y en la pradería al pié de una pila de heno y á la claridad de la luna, disfrutaba una perfecta felicidad.

Un dia á la semana, acompañada de mi madre, iba á casa del maestro de baile, donde encontraba otras jóvenes, y allí repetiamos nuestras contradanzas. Una tarde, así como acabamos de bailar, un jóven bien puesto entró en el aposento, y se llevó nuestra admiracion y sorpresa. No olvidaré jamas la conmocion que sentí al acercarse. Todas mis compañeras experimentaron otro tanto: las mejillas de todas se colorearon, y los ojos de todas brillaron de deseo y esperanza. El dió una vuelta por la sala con un aire desembarazado, como para pasarnos revista, y se detuvo en frente de una jóven muy hermosa hija del molinero. Yo estuve en una agonía mortal, lo mismo que mi madre, que estaba á mi lado, la cual se puso pálida, y creo que se habria hallado indispuesta á no haber el jóven arrojádome una mirada y detenido sus ojos sobre mí. Despues de haber manifestado su admiracion, y parecido deliberar algun tiempo, me hizo una reverencia con toda la gracia posible, y me suplicó que fuese su pareja. Mi política hasta entonces no habia sido mas que teórica, y no falté á hacer uso de ella. Despues de una profunda reverencia, le dije que el honor estaba entero de mi parte, y que yo era feliz cediendo á su demanda. El se sonrió con malignidad, y creo que tosió para sofocar una carcajada. Yo me turbé y puse colorada; pero cuando me hubo conducido á la parte superior de la sala para abrir la contradanza, mi triunfo sobre mis compañeras reanimó mi espíritu y disipó mi turbacion.

Yo habia prometido bailar con un jóven labrador, y es-

to se encolerizó, no solo de no haberle cumplido mi palabra sin haberle pedido permiso, sino de encontrar en mi pareja unas gracias que le hacian tener por un formidable rival.—Pardiez, me dijo con un tono agrio, yo creo, Miss Fanny, que vos me tratais muy mal. Yo no sé por qué este señorito viene á hacer del amo en nuestra casa.— Vos sois un impertinente, le dije con una mirada en que le manifesté un tan profundo desprecio, que no pudo sufrirlo, y se retiró murmurando entre dientes. Mi pareja no pudo menos de reirse á carcajadas. La sencillez de mi carácter, haciendo contraste con el aire que yo me daba, le divertia infinito.—No hay que admirarse, dijo él, que el pobre zagal amoroso esté mortificado, viéndose separado de su amable Fanny.

Acabada la contradanza, nos juntamos con mi madre, que ardía en deseo de entablar una conversacion con el extranjero, á quien queria dar á conocer que debia distinguirnos entre la multitud que allí habia. Ciertamente, le dijo ella, que un hombre de vuestra calidad debe encontrarse aquí muy disgustado. Nosotras lo estamos tambien como es regular, pero en un lugar tan pequeño como este, no puede una menos de adherirse á esta sociedad, pues de otra manera será menester vivir en una ermita. El extranjero convino en la congruencia de la observacion, y aceptó el convite que le hizo de cenar con nosotras. Mi madre envió al momento á prevenir á mi padre, para que hiciese, no como se dice arroz y gallo muerto, sino un pato; él y la criada se dieron tanta prisa, que á nuestra vuelta del baile encontramos dispuesta una cena regular. Mr. Marlowe, que era el nombre del extranjero, estuvo muy amable. Es inútil deciros que mi padre, mi madre y yo estuvimos llenos de complacencia y atenciones. Al partir nos pidió permiso de volvernos á ver, y vino al dia siguiente. Mi madre le miró desde este instante como un hombre que iba á ser luego su yerno.

Como en un lugar pegueño como el que nosotros habíamos todo se sabe, fuimos informadas que la tarde antecedente, deteniéndose en la posada, habia oido los instru-

mentos, y que la curiosidad le habia llevado al lugar en que se bailaba. Se nos dijo tambien que sus criados habian dicho que era llamado á una grande herencia. Esta sola noticia fué bastante para ganar mi corazon en su favor, y vosotros juzgareis que yo no podia ser una conquista difícil para un hombre que á este tan poderoso atractivo juntaba una figura agradable, y un talento cultivado. El venia continuamente á nuestra casa, y tan ignorante como era, gané su aficion, pues conversando con él olvidé todos los preceptos que me habia dado la vanidad, dejé toda afectacion, y solo obedecí á los movimientos de la naturaleza y de la sensibilidad. No tardó mucho tiempo en declararme que el objeto de sus frecuentes visitas era obtener mi mano, pero que no podia satisfacer desde luego la dulce inclinacion de su corazon; que su situacion hacia la cosa imposible, pues quedando huérfano y sin bienes desde niño, un tio viejo y de un carácter extravagante, casado con una muger que no lo era menos, le habia adoptado como heredero de todos sus bienes: que estaba cierto que seria desheredado si lo hacia sin su consentimiento, y que no obstante no queria ser dependiente de su fantasía; que si mis padres querian consentir en que nos diésemos mutuamente palabra de casamiento, al momento que él fuera independiente partiria su fortuna conmigo. Ellos consintieron y yo tambien. Mr. Marlowe nos encargó el mas profundo secreto, diciéndonos tambien que uno de sus criados era un espía que se le habia puesto; que hasta entonces lo habia deslumbrado en cuanto á nosotros, diciéndole que mi padre era íntimo amigo suyo, y contaba pronto ir á hacer una visita á su tio; pero mi miserable vanidad vendió el secreto que me era tan importante guardar. Yo rabiaba por divulgarlo. Una mañana una jóven, con quien estaba muy estrechada antes de conocer á Marlowe, vino á verme. ¡Cómo, Fanny, me dijo, vos nos habeis dejado á todas por Mr. Marlowe! Tened cuidado, querida, que no os haga sentir la pérdida de todos vuestros amigos.—¡Ah! le dije yo con una sonrisa y un aire desdeñoso, yo tomaré sin duda vuestros consejos.

—En verdad, dijo ella, vos hareis muy bien en seguirlos, y os advierto que hareis una tontería de no aseguraros un buen establecimiento con Clod el hijo del molinero.—¡Con Clod! exclamé con un tono mas elevado: ¡buen Dios! hija mia, ¿vos os olvidais, pues, quién soy yo?—¡Quién sois vos! replicó ella provecada por mi insolencia. ¡Oh! sí, dijo ella, sí, olvidaba que sois la hija de un pobre vicario del pueblo, teniendo mas vanidad en vuestra cabeza que dinero en vuestro bolsillo.—Y yo, le dije, no olvido que vuestra ignorancia es igual á vuestra impertinencia: si soy hija de un pobre vicario, estoy desposada con un hombre rico, y no pienso que vos podais pretender comparacion alguna conmigo. Nuestra conversacion fué repetida en el lugar, y llegó á oidos del criado de Marlowe, que comprendió al instante el motivo que detenia al jóven en el lugar, y dió luego parte al tio. En consecuencia, el pobre Marlowe recibió luego una carta llena de las mas amargas reconvenciones, y una órden de volver sin demora. Este fué un golpe mortal para todos nosotros; pero era menester escoger entre la obediencia ó la pérdida de la benevolencia del tio. Yo temo, me dijo, preparándose para marchar, y apretándome contra su seno; temo que nosotros estaremos largo tiempo sin vernos, y temo tambien hallarme obligado á prometer á mi tio el no escribiros. Si estos dos temores se realizan, no imputeis ni mi ausencia ni mi silencio á ninguna disminucion del tierno afecto que os profeso. Marchó en fin, y con él fué tambien toda mi dicha. Poco tiempo despues de su marcha, una fiebre maligna atacó á mi madre, y terminó sus dias. Mi padre, de un carácter débil y de una complexion delicada, se penetró tanto de la ca-i repentina muerte de su compañera, que sucumbió á su dolor. No se puede describir el horror de mi situacion. Me veia sola en el mundo, sin tener una mano amiga que me sostuviese en el borde de la tumba, que habia recibido en su seno lo que tenia de mas querido en el mundo. Yo ignoraba dónde vivia Marlowe; y aun cuando lo hubiese sabido, no me habria atrevido á tener comunicacion con él por temor de

su tio. Habia perdido la estimacion de mis vecinos por mi impertinencia, y se limitaban á hacer por mí lo que exigia de sí la humanidad en comun, para impedir el que pereziese, y haciéndome sentir toda la amargura de mi dependencia. En esta triste situacion recibí un recado de una de mis camaradas de escuela, casada con un rico hacendado establecido á unas cuarenta millas de nuestro pueblo, en el que me proponia ir á vivir con ella hasta que estuviese en estado de encontrar algunos medios de subsistir. Yo acepté su oferta con diligencia; y despues de haber llorado por la última vez sobre la tumba de mis queridos padres, marché con el carruage menos caro que pude hallar, para trasladarme á su lado con todo cuanto poseia, que se contenia en una maleta.

Yo me lisonjeaba de encontrar al lado de mi amiga un asilo apacible hasta que Marlowe estuviese en estado de cumplir su promesa, y pudiese yo misma recompensar los buenos oficios que la debia; pero prontamente fué preciso renunciar á esta idea. Pues apenas mi salud estuvo un poco restablecida, cuando ella misma me declaró que era menester que yo encontrase algun medio de vivir con mi trabajo y mis servicios. Yo me turbé mucho al verse desvanecer así mis esperanzas. Vana como era, imaginaba que Marlowe no pensaria mas en mí, si me abatia hasta el estado de criada. Yo la dije que no sabia especie alguna de servicio, y que solo sabia bordar y dibujar tal cual, y hacer algunas obras de fantasia. Sobre esta esposicion de mis talentos, me dijo, que podria verosímilmente colocarme al servicio de una señora de la vecindad muy rica, que mucho tiempo ha que buscaba alguno que pudiese hacerle alguna lectura y trabajar á su gusto. Me previno de antemano que era un poco rara, pero que lisonjeándola podria sacar partido de sus caprichos; que por otra parte estaria muy bien allí mi reputacion en una casa tan respetable. Yo no tenia qué escojer: é informándome mas particularmente dela señora, supe con la mayor conmocion que era la tia de Marlowe. Mi corazon se sobresaltó de placer al pensar que habitaria con él bajo un mismo techo.

Me prometí que el servicio de su tia no me degradaria en su concepto. Era preciso sin embargo que mi verdadero nombre estuviese oculto, y supliqué á mi amiga que no lo divulgase. Ella se burló de la vanidad que me habia sugerido esta idea, pero prometió prestarse á ella. No dudaba mi amiga que seria recibida por su recomendacion, y habiéndome llevado algunas de mis pequeñas obras, salí para la casa de Marlowe. Era esta una habitacion antigua rodeada de vallados esactamente iguales, de una llana pradería, y de regulares plantados. Dos estátuas de la misma configuracion, no pareciéndose á sér alguno conocido sobre la tierra, en los mares ni en el aire, hacian un gesto horrible sobre los pilares de una puerta muy sólida, de que parecia que ellas defendian la entrada. Un portero viejo vino á abrirme, á quien dije el objeto de mi visita. El me escuchó inmoble; y resuelto á lo que creo, á no dejar su puerta aun cuando estuviese encargado de la embajada de un rey, llamó á un criado que siendo un poco sordo pasó un cuarto de hora antes de que viniera, y en fin, me condujo á un aposento del primer piso. Yo me creí trasportada á la zona tórrida, pues aunque estábamos á mediados de Julio, ardía un gran fuego en la estancia. Un tapiz muy espeso en que habia pájaros, cuadrúpedos y flores, cubría el suelo.

Las ventanas macizas estaban esactamente cerradas, y los vidrios muy sucios. El dueño y la dueña de la casa, estaban en unas grandes sillas poltronas, uno á cada lado de la chimenea. Tres perros y otros tantos gatos dormian á sus piés. El marido estaba apoyado sobre una mesa, fijos los ojos sobre un libro grande, y la muger adobaba una colcha. La fisonomía de ambos manifestaba al mismo tiempo falta de salud y mal natural. Con que vos sois, me dijo la señora, levantando de su nariz unos grandes anteojos, y examinándome de pies á cabeza, la que venís de parte de Mistriss Wilson: pero hija mia, vos sois demasiado jóven para lo que os necesitamos. ¿Cómo os llamas? ¿de dónde venís? Yo venia preparada para estas preguntas, y le oculté mi verdadero nombre, y lugar de

mi nacimiento.—Véamos, pues, vuestras obras, me dijo: yo se las presenté.—No está esto mal, dijo ella, en cuanto á la ejecucion, pero los diseños son malos, y muy malos. Hé aquí de guslo, añadió enseñándome algunos bordados en unos cuadros dorados. Yo le dije que jamas habia visto cosa semejante; lo que ella interpretó como una espression de mi admiracion, que no le supo mal.—Seguramente, me dijo ella, yo corro algun pe'igro recibiendoos; sin embargo, si os quereis conformar con las reglas de la casa, por compasion y por la recomendacion de Mistriss Wilson, me aventuraré á tomaros; pero debeis saber que yo quiero ni una andariega, ni una curiosa ni habladora en mi casa: debeis ser decente en vuestro vestido y en vuestro porte, discreta en vuestras palabras, ocupada en vuestro trabajo, y contentaros con salir los domingos para ir la iglesia. Yo ví en este género de vida que se me anunciaba una verdadera y penosa servidumbre; pero me determinó la idea de que me endulzaria de ella con la presencia de Marlowe. Bajo la promesa de llenar todas sus intenciones, me quedé: ella misma se encargó de hacerme ejecutar mis promesas con el mayor rigor. Yo no os contaré las diferentes pruebas que su severidad y agrio humor me hicieron sufrir, y bastará deciros que mi paciencia y mi gusto sufrieron un verdadero martirio. Estaba todo el dia sentada al bastidor, trabajando en los dibujos de su invencion, que representaban todo lo que hay de mas fastidioso en la naturaleza. Yo no podia poner el pié fuera de casa sino los domingos para ir á la iglesia, ó algunas veces, por acaso, á la tarde cuando no se podia distinguir de colores.

Marlowe estaba ausente de casa cuando entré en ella, y yo no osaba preguntar cuando volveria. Mi salud decaia y mis espíritus se agobiaban al peso de la vida sedentaria que me hacian llevar. Si podia salir un momento, en lugar de disfrutar el aire fresco y hacer algun ejercicio, me sentaba para llorar mi pasada felicidad. Yo comia con la vieja ama de llaves, quien me notició un dia que el jóven Mr. Marlowe, ausente de algun tiempo á es-

ta parte, estaba para llegar al día siguiente. Por fortuna la buena mujer no advirtió mi turbación. Yo dejé la mesa lo mas pronto que pude agitada de un inconcebible placer. Jamás olvidaré la conmoción que sentí al oír el ruido de los caballos que lo conducían, y al verle entrar en la casa. En fin, procuré continuar mi labor. Mis manos temblaban, y me dejé caer sobre la silla para abandonarme á la idea deliciosa de una entrevista con él, que creía no poderme faltar. Pero mi ama vino á sacarme de esta agradable ilusión, notificándome que debía confinarme en mi aposento y en el de la ama de llaves, durante el tiempo que su sobrino, jóven un poco salvaje, decía, pasaría en la casa: que discreta y virtuosa como parecía, opinaria sin duda del mismo modo en cuanto á la necesidad de esta medida. A este discurso mi corazón se oprimió; pero pasados algunos momentos, me consolé pensando que yo podría engañar á la ama de llaves: antes que pudiese ejecutar mi proyecto, se pasaron muchos días, durante los cuales se me volvía el juicio de pensar que estaba en la misma casa que Marlowe, sin que él supiese nada.

En fin, examiné un espediente que podía, á lo que esperaba, ponerme en camino para descubrirme. Acababa de concluir una obra de la que la vieja señora gustaba mucho. Este era un enorme canasto de flores, llevado á la espalda de un gato que tenía entre sus uñas un desgraciado ratón. La alegría de mi ama á la vista de esta pieza maestra, me alentó á pedirle permiso para ejecutar una obra de mi invención. Ella consintió en ello, y me puse á trabajar con ardor. Copié mi figura lo mejor que pude, me coloqué con vestido de luto y en una actitud pensativa al lado de una tumba en un cementerio del campo, y al rededor del cual coloqué una casa muy semejante á la de mi pueblo, y medio oculta en un grupo de árboles. El conjunto de todos estos objetos debía despertar en Marlowe el recuerdo de la pobre Fanny.

Yo llevé la obra á mi ama, de la que estuvo muy contenta, y dijo que la haría poner un cuadro. Al día siguiente, al tiempo que comía con la ama de llaves, se abrió la

puerta de un golpe, y ví entrar á Marlowe. Pensé desmayarme. Mi compañera dejó caer su cuchillo y tenedor; pero Marlowe dirigiéndose á ella, le dijo que se encontraba indispuerto, y le rogaba le diese algun cordial para aliviarse. Ella salió con un aire descontento, para ir á buscar lo que la pedia; y luego acercándose Marlowe á mí, arrojándome una mirada de compasion y ternura, me dijo: á las once de la noche encontraos en la sala. El tiempo me pareció muy largo, pero en fin llegó la hora. Encontré á Marlowe que me apretó en sus brazos; sus lágrimas se mezclaron con las mías cuando le conté mi triste historia. Mi querida Fanny, me dijo, ahora que habeis perdido el apoyo de vuestros padres, me toca á mí reemplazarlos. Yo corresponderé á la confianza que les debo: vuestro honor y el mio son una misma cosa. Yo no me habia engañado en la idea que me habia formado del tratamiento que tenia que esperar de mis insensibles parientes: si no hubiese prometido solemnemente renunciar toda correspondencia con vos, me habrian abandonado sin remedio. Es bien amargo, me dijo él con las lágrimas en los ojos, el pan de la dependencia. Es con la mayor pena que me someto á una tan indigna esclavitud: pero en fin, sufro mi situacion consolado con el pensamiento de la dicha que partiré algun dia con mi Fanny. Si hubiese sabido, añadió, vuestra situacion, lo que me era imposible atendida la vigilancia de los espías de mi tio, ningun temor me habria impedido volar á vuestro socorro. ¡Sea el cielo alabado, le dije, de que lo hayais ignorado! Mi tia, continuó él, me ha enseñado vuestra obra, á la que prodiga mil elogios. Yo al principio la miré sin atencion, pero pronto se ha cambiado en el mas vivo interes, cuando he reconocido por los objetos que en ella se representan, que este trabajo no podia ser sino obra de vuestras manos. Yo procuré sacar de mi tia algunas luces que me guiaran en mis conjeturas; pero todos mis esfuerzos han sido inútiles. Al vestir me he preguntado á mi criado, si durante mi ausencia habia habido algun cambio ó aumento en la casa; y él me ha dicho que sabia que habia llegado una jóven que tra-

bajaba en bordar; pero que ella no tenia comunicacion alguna con las otras criadas.

Marlowe me declaró al mismo tiempo que él no podia sufrir que viviese por mas tiempo en el estado de criada, y que queria unir sin tardar su destino con el mio. Al principio me opuse á la resolucion bastante débilmente, y luego, determinada puede ser por mi propio interes, dí mi consentimiento. Convenimos en que yo manifestaria á su tia que mi salud no me permitia estar mas tiempo á su lado, y que me retiraria á un pueblo á seis millas de allí, en donde Marlowe se encargó de traer un ministro amigo suyo particular, para casarnos. Nuestro plan se ejecutó del mismo modo que se habia trazado, y yo llegué á ser la esposa de Marlowe. Vosotros vais á suponerme desde entonces llegada al colmo de la felicidad, y la tocaba en efecto, cuando mi locura me precipitó. El secreto que debia guardar me pesaba en estremo. Suspiraba por el momento en que podria salir brillante de la nube que tenia ocultos mis talentos y mi belleza á los ojos de un mundo, del que estaba segura que me prestaria homenaje. Las personas en cuya casa estaba alojada tenian algunas obligaciones á Marlowe, y por interes tanto como por reconocimiento, tenian sepultada en el mas profundo secreto mi residencia en su casa. Ellos creian, ó hacian semblante de creer, que era una huérfana encargada á los cuidados de Marlowe, sin saberlo su tio. Très ó cuatro veces á la semana, venia á verme Marlowe á escondidas. Un mes se habia pasado de esta manera, cuando un dia estando en la ventana de la sala ví á Mistriss Wilson que atravesaba el lugar. Yo me retiré con precipitacion, pero no con tanta prontitud que pudiese escaparme de ser observada. Ella al momento golpeó á la puerta con todo el cenato de su curiosidad. Yo sufrí bastante bien sus primeras preguntas; pero cuando me reconvino con aspereza por haber dejado la escelente colocacion que me habia procurado, por haber sido falsa diciendo que iba á colocarme á otra parte, en fin, por haber perjudicado á Marlowe por mi indiscrecion, no pude contenerme, y acordándome de la

dureza con la que me habia obligado á tomar el humilde estado de criada, resolví mortificarla completamente, y me dí el tono soberbio que sabia tomar. Yo me balanceaba en mi silla manifestando una perfecta indiferencia á todo lo que me decia: en fin, le dije con un aire de autoridad, que no me fatigase mas con sus habladurías. Ella se indignó, y encolerizada, me dijo claramente que mi conducta con Marlowe era indigna de la aficion que me tenia: le contesté olvidando toda prudencia: de manera que segun vuestra cuenta, él no deberia ver mas á su muger.—¡Su muger! replicó en tono de desprecio y de incredulidad. Para convencerla y acabarla de irritar, le enseñé la carta de casamiento.—Así la vanidad y el resentimiento me llevaron á poner mi suerte en las manos de una muger que no conocia sentimiento alguno generoso, y cuyo corazon estaba devorado por la envidia. La súplica que la hice, á su marcha, de tener en secreto lo que acababa de decirle, no hizo mas que determinarla á revelarlo al instante. Al dia siguiente de su visita, ví entrar en mi aposento á Marlowe pálido, agitado, y respirando con dificultad, se arrojó en una silla de brazos. Mi conciencia culpable atormentaba mi corazon, y estaba temblando cuando me acercaba á él. El me rechazó dulcemente cuando quise tomarle la mano. Muger cruel é inconsiderada, me dijo, ¿en qué abismo os ha precipitado vuestra vanidad é indiscrecion! Vos habeis acarreado la ruina sobre vuestra cabeza y sobre la mia. La vergüenza, el remordimiento ataron mi lengua; y aun cuando hubiese podido hablar, no habria emprendido escusarme. Me puse á un rincon del cuarto, y derramaba un torrente de lágrimas. Marlowe, siempre bueno, siempre tierno para mí, no pudo sostener su resentimiento. Se abalanzó, pues, dejando la silla, á mis brazos; oh Fanny, me dijo, vos me habeis arruinado, y me sois tan querida como siempre. Su ternura me conmovió, mucho mas fuertemente que lo habrian hecho todas sus reconvenciones, y mis lágrimas y suspiros atestiguaron la sinceridad de mi arrepentimiento.

Todas sus esperanzas por parte de su tio estaban tar-

tornadas. Con la nueva de nuestro casamiento, que **Mistriss Wilson** le habia dado despues que hubo salido de mi casa, el viejo habia hecho rasgar su testamento, y habia hecho otro á favor de otro pariente lejano. Al saber este detall estuve fuera de mí; me arrojé á los piés de mi marido, imploré su perdon, manifestándole que yo no me perdonaria jamas á mí misma. El se calmó para no acrecentar la agitacion y la desesperacion en que me veia. Me dijo tambien que perdiendo el socorro de su tio, aun le quedaba recurso en algunos amigos. Partimos para **Lóndres**, y no se engañó su esperanza. Poco tiempo despues de nuestra llegada, obtuvo una colocacion en la oficina de la administracion con un buen sueldo. Mi marido estaba siempre dispuesto á satisfacer todas mis fantasías, á menudo extravagantes. Estaba siempre en el aire, no buscando sino divertirme y hacerme admirar. Pasaba por hermosa, y escuchaba con alegría las palabras frívolas y lisonjas que me dirijian. Yo hice conocimiento con una viuda jóven, que bajo la apariencia de virtud ocultaba un corazon depravado, y que sirviendo á los vicios de otros, procuraba los medios de satisfacer los suyos; pero ponia tanto cuidado en su conducta, que su reputacion quedaba intacta, y su casa era el obsequio de las gentes de mejor calidad. Mi marido, que gustaba de sus modales, animaba nuestra intimidad. En nuestras diversiones llegué á ser el objeto de la admiracion del hijo de un par, que era el principal entre los jóvenes del buen tono. El me declaró que era una de las mujeres mas agradables que jamas hubiese visto; y despues de esta declaracion, yo no falté á imaginarme que era el hombre mas hermoso de los tres reinos. Como el lord T. era mi adorador apasionado, yo ciertamente debia é iba á amarle locamente; pero mis trasportes fueron un poco amortiguados por las exhortaciones severas de mi marido, que me decia que el lord T. era un famoso, ó mas bien, un infame libertino, y que si yo no alejaba este hombre de mí, se veria obligado á renunciar de la sociedad de la jóven viuda. Yo encontraba sus resoluciones muy crueles; pe-

ro ellas eran firmes, y yo prometía conformarme; promesa que no cumplía sino cuando él estaba presente. Estaba entonces en cinta, y Marlowe deseaba que yo criase al que naciera: mi corazón lo quería así, y estaba resuelta á obedecerle, cuando la viuda, que supo mi intencion, se burló de ella, diciéndome que era una cosa ridícula renunciar á todos los placeres de la vida por el amor de un niño lloron; que por otra parte, seria mucho mejor criarlo en uno de los pueblos del rededor. Yo resistí por mucho tiempo á sus argumentos; pero ella me representó con tanta destreza y fuerza los grandes sacrificios que estaria obligada á hacer, y los placeres á los cuales seria preciso renunciar, que consiguió arrastrarme á su opinion. Yo pretendí que mi salud era demasiado delicada para soportar una tal fatiga, y Marlowe sacrificó al momento su voluntad á la mia. Muchas veces me he admirado de la facilidad con que cedía á mis menores deseos. Mi pequeña hija fué enviada lejos de mí luego que nació; pero cuando yo estuve en estado de engolfarme en el mundo, tuve un disgusto mortal al saber que mi noble adorador debia pasar al continente á arreglar algunos de sus negocios. Yo continué aún entregándome al placer y á la disipacion por mas de tres años, durante los cuales tuve un hijo, y mi hija volvió de la nodriza. Muchas veces despues me he admirado de la indiferencia y frialdad con que miraba á Marlowe y á nuestros amables niños, que él amaba con todo el entusiasmo de la ternura paternal. ¡Ah! la vanidad, que ocupaba entonces mi corazón entero, sofocaba los sentimientos de la naturaleza, pues ella es la madre del egoismo y de la insensibilidad, y nos degrada hasta lo mas vil de la humanidad.

El lord T. estaba entonces de vuelta del continente. El me juró que mi imagen habia estado siempre presente á su memoria, y que yo era tan hermosa como siempre; y yo le encontré el mas amable y mas agraciado de los hombres. Mi marido me hizo sobre esto nuevas representaciones, que algunas veces me hacian fuerza, pero que las mas desechaba como inútiles. Mis intenciones

eran en efecto inocentes, y creia poder satisfacer mi vanidad y mi gusto por el placer, sin peligro de mi reputacion y de mi dicha. Hácia este tiempo, un amigo de Marlowe, que vivia á algunas millas de Lóndres, y que estaba malo de peligro, le suplicó fuese á verle. Mi hija tenia una calentura que inquietaba á su padre, y me detenia en casa, lo confieso, á mi pesar. Marlowe, antes de partir, apretándome en sus brazos, me dijo: ¡Mi querida Fanny, mi corazon al dejaros se llena de tristes presentimientos! ¡Oh, mi querida amiga! en vos y en nuestros queridos hijos tengo puesta toda mi felicidad. Tened cuidado de estas amables criaturas, y sobre todo (arrojándome una tierna mirada), tened cuidado de vos misma, á fin de que á mi vuelta os pueda estrechar en mis brazos con mi alegría acostumbrada. El me hizo este razonamiento con un tono tan solemne y tan tierno, que mi corazon se penetró, y mis lágrimas corrian con las suyas. Yo habia asistido á mi hija con cuidado durante dos dias, cuando la viuda vino á verme. Esta me aseguró que yo caería enferma si estaba así encerrada; que mis mejillas estaban ya casi pálidas. Ella me habló de un baile de máscara que me seria agradable, y para el cual el lord T. le habia dado billetes para las dos; pero que no iría si yo no iba con ella. De algun tiempo á esta parte, yo deseaba ver un baile de máscara: sin embargo, resistí á sus sollicitaciones, pero demasiado débilmente para que dejase de redoblar sus instancias. Cedí al fin, y dejando la niña enferma al cuidado de una criada, salí con la viuda, á fin de comprar un vestido de baile. Lord T. comió con nosotras, y estuvimos todos en una alegría la mas deliciosa. Cerca de media noche montamos en un coche con él, para trasladarnos á Haymarket. Yo estaba fuera de mí por sus galanterias, y por el espectáculo brillante que tenia á mis ojos. Nos retiramos á las cinco, y la viuda tomó una silla de manos. Yo deberia haber seguido su ejemplo; pero Milord quiso absolutamente hacerme subir á su coche, y en el camino empezó á tenerme una conversacion que me irritó y me dió algunos temores. Yo le manifes-

té mi descontento en términos que reprimí su osadía, y le convencieron de que experimentaria mas dificultad de la que habia creído para dar cumplimiento á sus deseos. El me hizo su apología con un tono tan humilde, que me apacigué. Llegamos á la casa de la viuda con la misma armonía que habíamos salido. El paso para las gradas estaba mojado, y el lord T. quiso darme la mano hasta la casa. Yo observé á la puerta un hombre embozado con su redingote, y la cara tapada con su sombrero bajo; pero como nadie lo notó, yo tampoco hice grande atencion. Nos pusimos á cenar con mucha alegría, y á conversar sobre los placeres de nuestra velada. Lord T. nos propuso hacer un paseo al dia siguiente en su casa de campo de Richemont, cuando hubiéramos descansado algunas horas. Aceptamos su proposicion, y nos retiramos la viuda y yo para tomar algun descanso. Cerca de medio dia me levanté, y estaba vistiéndome, cuando Milord y la viuda entraron al mismo tiempo trayéndome una carta.—¡Buen Dios! dije á la viuda: mi querida Halcot, ¿qué será de mí, si Marlowe está de vuelta?—¡Oh! leed, querida, dijo con impaciencia: nosotros verémos en seguida cómo encontrar una excusa.—He guardado preciosamente esta carta, continuó Mistriss Marlowe, y la he llevado siempre en mi seno y sobre mi corazon, para preservarme de alguna nueva locura. Vedla:

“Mis tristes presentimientos no eran sino muy fundados. Estamos separados para no volvernos á ver jamas. ¡Oh Fanny, á quien he amado tanto, cómo os habeis perdido á vos misma, y cómo me habeis perdido para siempre! He sacrificado por vos la fortuna y todas sus ventajas, y este sacrificio nada me ha costado, persuadido como estaba de que encontraria la felicidad en una vida pasada á vuestro lado. Vuestra belleza me habia encantado; pero sobre todo vuestra sencillez fué la que cautivó mi corazon. Yo habia creído haber arrimado á mi seno la niña querida de la inocencia y la sinceridad. Mi deber y tierna inclinacion hácia vos me habian determinado á daros un asilo contra la adversidad. Vos habeis podido ver

las agonías é inquietudes que he experimentado en vuestras mas ligeras indisposiciones. Yo entonces temia el que habria sido para mí un suceso casi feliz en comparacion de la desgracia que me oprime ahora; pues os lo confieso, Fanny, yo habria cien veces mas querido veros en los brazos de la muerte, que en los de la infamia.

“Estaba yo de vuelta de casa de mi amigo, postrado por el espectáculo doloroso que encontré en ella, y por la escena de muerte de que habia sido testigo, pero sostenido por la esperanza del consuelo que encontraria al lado de mi Fanny. ¡Buen Dios, qué sentimiento tan horrible se apoderó de mí, cuando encontré á mi pobre hija, casi moribunda, abandonada de su madre y de la mercenaria á cuyos cuidados ella la habia confiado! Me informé, y crueles verdades vinieron á asaltar mi alma. Sin embargo, despues de los primeros momentos de mi indignacion, fuí de parecer que faltaban unas pruebas mas claras que el dia para determinarme á separarme de vos. ¡Ah, demasiado fácilmente las adquirí! Yo os he seguido en vuestro insensato camino, hasta el momento en que os he visto casi en los brazos del lord T., en la casa de la infame intrigante que le maneja sus placeres. Os admirareis acaso de que no os haya arrancado de sus brazos. Sin duda no habria vacilado un momento, si este medio hubiera podido volveros á mi poder con toda vuestra inocencia; pero no era ya tiempo. Me volví á mis pobres hijos, huérfanos ya de madre, y he llorado sobre ellos con todas las agonías de un corazon tierno cruelmente vendido.

“Antes de que os dé el último y eterno adios, quiero, si es posible, convenceros de que jamas puede uno hacer callar la voz de la conciencia; de que un amor criminal va seguido siempre de remordimientos y engañado en sus locas esperanzas; de que cuando el hábito ó la edad han debilitado los encantos que han sido su origen, muere enteramente en el seno del que no se aficiona sino de las bellezas exteriores y pasajeras. Cuando este momento de abandono llegue á vos, puede ser que os acordeis de

Marlowe. Sí, Fanny, estoy seguro que cuando los cuidados amargos habrán marchitado las rosas de vuestro color; cuando vuestro espíritu esté rendido á la desesperacion, pensareis en aquel cuya ternura hácia vos habria sobrevivido al tiempo y al infortunio, y os habria sostenido en el camino penoso de la vida.

“Detenerse en la senda del vicio, es un esfuerzo noble y casi vecino de la virtud. Podeis vos ser capaz de ello, y de dar á los espíritus celestiales la alegría que se nos dice que tienen del arrepentimiento del pecador. A fin de que la necesidad no os haga demasiado difícil este esfuerzo, os dejo todo cuanto puedo quitar de los bienes de mis hijos. ¡Oh demasiado querida culpable! acordaos de los preceptos en los cuales se os ha criado en la juventud, las lecciones de aquellos á quienes el sueño del sepulcro impide las lágrimas amargas y tardías que derramarían como yo sobre vos. En la soledad á que me retiro, dirigiré al cielo mis plegarias por vos; y cuando mis hijos levantarán sus inocentes manos á Dios, les enseñaré á implorar su misericordia por los mortales culpables, sin hacerles saber vuestros extravíos. ¡Ah, que no tengan jamas que avergonzarse de las faltas de una madre! ¡Pueda la sinceridad de vuestro arrepentimiento volveros la paz del alma, y dejáros encontrar alguna dulzura en la vida, bienes que á mi entender habeis perdido, á fin de que podais aún sostener con ánimo el peso de la existencia! Yo os tendré siempre presente en mi memoria como una persona que fué en otro tiempo la que habia en el mundo mas querida de

“MARLOWE.”

Al acabar de leer esta carta, caí sin conocimiento. Mis-
tris Halcoty el Lord T. aprovecharon este momento para
satisfacer su curiosidad, y la leyeron. Al volver en mi
acuerdo, me hallé entre los dos.—Vos veis, mi querido án-
gel, me dijo el Lord, que vuestro cruel marido os abandona;
pero no os desconsoléis: encontrareis en mis brazos un
asilo mas agradable que el que os podia dar él.—Milord

tiene razon, dijo Mistris Halcot, y vos teneis motivos de alegraros del abandono en que os deja Marlowe.

No os repetiré lo que les dije en mi desesperacion. Yo les eché en cara el ser ambos los autores de mi ver.üenza y de mi miseria; y mientras desechaba con indignacion al lord T. que estaba á mis rodillas, dije á Mistress Halcot que ella no tenia ni sentimientos ni delicadeza; pero las reconvenciones mas duras y mas justas que les dirigia, no aliviaban mi corazon del peso que lo oprimia. Mi conciencia me decia demasiado que yo era el autor de mi propia miseria: estaba como una persona que sale de un sueño espantoso y pesado, que no ha recobrado el uso de todos sus sentidos; y á medida que mis ideas de honor y de virtud venian á mi imaginacion, lloraba con la mayor amargura los estravíos que me habian alejado de ellos. En este estado, mi sola idea y mi solo deseo era reconciliarme con mi marido, y esta era la sola felicidad á que aspiraba en adelante. Me levanté, pues, con precipitacion; pero antes de llegar á la puerta, las lágrimas me sofocaron, cuando me vino al pensamiento que él sin duda estaba muy lejos de mí. Mis infames compañeros procuraron apaciguar mi dolor, y me hicieron ciertas proposiciones, por las cuales conocí que en efecto me miraban como una muger tan corrompida como el pobre de Marlowe suponía. Yo les escuchaba con el silencio del desprecio, y permanecí algun tiempo incapáz de levantarme y tomar algun partido, hasta que un criado vino á avisarme que me llamaban abajo. La idea de que este podia ser mi marido mismo se me presentó, y volé allá; pero no encontré mas que uno de sus íntimos amigos. A su aspecto mi dolor fué extremo. Le pregunté si sabia dónde estaba Marlowe, y me aseguró que lo ignoraba enteramente: me informó que habia recibido de él en la mañana una carta, en que le hacia saber nuestra separacion y los motivos que tenia para adoptar este partido. La carta contenia la donacion de unos cortos bienes que heredó de su padre, y un billete de banco de cien libras esterlinas. Tambien me dijo el amigo de mi marido, que tenia

en su casa todos mis vestidos, pues Marlowe habia des-
arrendado la casa que ocupábamos. Yo no tuve mucha
dificultad en convencer á este hombre honrado de mi ino-
cencia; y poniéndome bajo de su proteccion, obtuve de él
que me condujera á un barrio retirado, donde alquilé una
pequeña habitacion. El me prometió emplear todos sus
esfuerzos para descubrir la residencia de mi marido; pero
fueron inútiles. Haciéndome el tiempo perder la espe-
ranza de volverlo á hallar, sin disminuir el deseo ardien-
te que tenia de ello, mi salud se perdia rápidamente, y
me aconsejaron mudar de aires, y así fuí á Bristol. Tuve
allí la dicha de encontrarme en una misma casa con una
señora anciana irlandesa, cuyos modales dulces y benéfi-
cos ganaron mi confianza, y me sugirieron la idea de con-
tarle mi triste historia, con la esperanza de escitar su
compasion. Ella habia tenido tambien grandes disgustos;
pero como sus desgracias eran de aquellas que traen de
sí las vicisitudes de la fortuna y de la vida, y no conse-
cuencias de sus imprudencias y faltas, las sufría con áni-
mo, y sin las agonias que me causaban las mias. Acer-
cándose su marcha, preveía nuestra separacion con la ma-
yor pena. Ella dispó este pensamiento, proponiéndome
ir á vivir con ella. Ya habian pasado ocho años despues
que habia perdido á mi marido, y no tenia esperanza al-
guna razonable de encontrarlo, que pudiese hacermé des-
preciar las ventajas que se me ofrecian. Antes de mar-
char escribí á muchos de sus amigos, para instruirles del
partido que tomaba, y del lugar á donde me podrian diri-
jir las noticias de Marlowe que pudiesen tener. He pa-
sado cinco años al lado de esta respetable amiga, y he te-
nido el placer de pensar que he consolado sus últimos
dias. Esta casa y terreno contiguo, y cuatrocientas libras
esterlinas, eran toda su riqueza que ella me legó, no te-
niendo pariente alguno que tuviese derecho.

Los acaccimientos que acabo de contaros son una con-
firmacion de algunos principios de moral, que importa no
perder jamas de vista: el uno, que sin un respeto religio-
so, por la consecuencia moral de todas nuestras acciones,

nosotros no podemos tener la vida feliz; el otro, que es de nuestra conducta en la primera edad, la que prepara á la avanzada la dicha y el consuelo, ó la miseria y los remordimientos. Si yo hubiese escuchado estas lecciones que dictan la sabiduría y la experiencia, habria evitado las faltas que mi imprudencia me ha hecho cometer, y no habria sacrificado mi dicha á la vanidad. En lugar de quedar un ser aislado en el mundo, habria visto cercar mi hogar al esposo á quien habia dado mi corazon, y mis hijos, y puede ser los hijos de mis hijos, jugando al rededor de mí. Pero las privaciones y los dolores son una tasa que debemos á la locura. Vanamente se alega por excusa la debilidad humana, la fuerza del ejemplo, las seducciones del mundo; tentaciones, dirán, demasiado poderosas para la virtud que quiere y no puede resistirlas: insuficiente defensa. No hay tentacion alguna á la que nosotros no podamos escapar ó resistir: es, pues, siempre falta nuestra, si nosotros no encontramos ó tomamos los medios. Es falta nuestra, si nosotros no evitamos los lazos que el vicio y la locura tienden á nuestros pasos. Las penas del corazon y las esperanzas engañadas son los gages de la humanidad; y cuando no son efecto de nuestras imprudencias, es menester considerarlas como pruebas saludables, á las cuales nos espone el cielo para corregirnos y hacernos mejores, sufriendolas con paciencia y serenidad." Un profundo suspiro se escapó á Oscar, así como acabó de hablar Mistriss Marlowe, y algunas lágrimas mojaron las mejillas de Adela.—Yo os he contado, añadió, como una vieja que soy, una larga y enfadosa historia; pero cuento con la indulgencia de la amistad.

CAPITULO III.

Habiendo llegado la noche, Adela se levantó para partir, luego que su amiga hubo acabado su narracion. Mistriss Marlowe se guardó bien de detenerla, aunque las miradas de Oscar parecian suplicarle que emplease su amistad. El tiempo estaba sombrío y lluvioso, lo que impidió á Mistriss Marlowe que acompañase á Adela á su coche. Oscar tomó el paraguas de la mano del criado, y le envió para hacer acercar el coche, y tener la puerta abierta. Oscar, dijo Mistriss Marlowe no queriendo dejarle á solas con Adela aun este corto instante, Madama Belgrave os dispensa todo obsequio, vos no estais bastante bueno para esponeros al mal tiempo que hace. Adela esforzó sus representaciones con las de Mistriss Marlowe, pero con una voz débil, y en sonidos apenas articulados. Oscar le ofreció su brazo, sobre el cual se apoyó. El observó que ella temblaba, y otro tanto hacia él. Puede ser que jamas Adela ni él mismo habian experimentado una pena tan cruel. Pareciéndole á Adela que debia hablarle, para que su silencio no se atribuyese á efecto de demasiada turbacion, le dijo: yo temo que vuestra salud no permite los cuidados que me tributais. Oscar estuvo tentado de responderle, que su salud habia ya recibido un menoscabo mas funesto, pero él se detuvo, y se contentó con decirle, que seria muy mal soldado si no podia sufrir un poco de viento. A la luz de las linternas del coche, divisó que las megillas de Adela estaban mojadas de lágrimas. Turbada por el temor de dejar ver su conmocion, se apresuró á subir al coche, pero antes de dejar el brazo de Oscar, descansó en él su mano un momento, como si esta accion hubiese sido el *adios* que su boca no osaba pronunciar. El coche partió, y Oscar permaneció inmóvil en el lugar en que lo habia dejado, y en una inesplicable agonía, hasta

que fué sacado de esta situacion por la voz de Mistriss Marlowe, que alarmada por su ausencia, venia ella misma á buscarle. Calmado por sus tiernos cuidados, volvió á casa; pero su indignacion contra el pérfido Belgrave le agitó de nuevo. Le maldijo con mil imprecaciones, no solo como autor de su desgracia, sino como el de la de un ser que queria mas que á sí mismo, esto es, la amable Adela.

Mistriss Marlowe lo probó todo para endulzarle y consolarle, y llegó al fin á disminuir la violencia de sus sentimientos. Ella convino con él en la grande pérdida que habia sufrido; pero le representó que siendo esta pérdida irreparable, la razon y la virtud le imponian la ley de combatir su dolor, de ocultarlo, y de evitar en adelante ver á Adela. El reconoció la verdad de estas observaciones, y prometió solemnemente conformarse con ellas. La amistad de esta excelente muger fué un bálsamo derramado en las llagas de Oscar, y su sociedad el único placer que era capaz de distraerlo. El iba á su casa todas las veces que podia ausentarse de su cuartel, y á menudo pasaba allí tres ó cuatro dias seguidos. Cesando de frecuentar las casas vecinas á Wood-Lawn, evitó todas las ocasiones de ver á Adela. Sin embargo, en las mas crudas noches de invierno dejaba á menudo el buen fuego de Mistriss Marlowe para ir á recorrer las orillas del lago: y allí los asilos solitarios donde habia pasado horas tan dulces con Adela. Allí se abandonaba a todo el exceso de su dolor, y gustaba en la sensacion de una melancolía virtuosa, un placer que no habria cambiado por todas las delicias de la vida.

Tambien iba muchas veces hasta aquella parte del bosque desde donde se veia el aposento de Adela; y si por un dichoso acaso la veia, aun estando tan lejos experimentaba un placer delicioso. El dirijia al cielo los mas ardientes votos por la felicidad de este caro objeto de su ternura, y volvía á Mistriss Marlowe con el coraon aliviado. Esta tierna amiga se lisonjaba de que la juventud de Oscar y su alegre natural, debilitarian poco a poco una passion que no se alimentaba con la esperanza: pero este jó-

ven se consumia, y en lugar de la alegría le ocupaba la mas sombría desesperacion. El conocimiento que acababa de adquirir de las disposiciones en que estaban con respecto á él el general y Adela, hacian sus pesares insoportables. Al pensar que la generosidad del padre, y la ternura de la hija le habian preparado la mayor dicha á que podía aspirar, perdía el ánimo. Deteniéndose sin cesar en el pensamiento de los bienes que habia podido disfrutar, y perdiendo el gusto de todos los que le quedaban, lejos de disminuir su dolor con el tiempo, no hacia mas que aumentarse. Lo que le costaba mas que todo, era resistir al sentimiento de horror y de indignacion que experimentaba cuando encontraba á Belgrave. Sin embargo, lo conseguia, acordándose, no solamente de la promesa que habia hecho á Mistriss Marlowe, sino, lo que era mucho mas para él, la tranquilidad y honor de Adela. El se portaba con él en términos de la mas fria politica, sin darle la menor señal de estimacion ó respeto.

La desgraciada Adela, por su parte, estaba devorada por el disgusto que ocultaba: su entrevista con Oscar la habia acabado de hacer perder toda su tranquilidad. La figura pálida y flaca de ese jóven perseguia su imaginacion, y en vano buscaba en la carta dirigida á Belgrave razones para apartarle de su memoria. Su compasion por él, era mas fuerte que su resentimiento, y se decia á sí misma, que despues de todo, ella hubiera encontrado mas dulzura en la amistad simple de Oscar que en el amor de cualquiera otro. Creia ella que resolviéndose á la indiferencia, despues de la indignacion que le habia inspirado esta carta fatal, se habia condenado ella misma á una vida desgraciada. Belgrave era un hombre sobre quien su eleccion jamas era fruto de la reflexion, y de los sentimientos habituales. Ya no tenia en su modo de portarse con ella esta dulzura de que se habia valido, mientras le fué necesaria para llegar al fin que se proponia. Insensible y corrompido como era, las virtudes de Adela no le inspiraban estimacion alguna de ella, y el amor que habia sentido, si se puede llamar con este nombre el deseo de

gozar, se habia casi del todo estinguido despues del casamiento. Como el general se habia retenido en su poder y dominio la mayor parte de sus bienes, el coronel se contenia en su conducta con Adela; pero esclavo de sus pasiones, é incapaz de reprimirlas, Belgrave olvidaba algunas veces las reglas de la prudencia, que le eran prescritas, diciendo chanzas picantes sobre su aficion á Oscar. Aunque profundamente vulnerada, jamas se quejaba: ella misma habia forjado sus cadenas, y estaba resignada á llevarlas sin murmurar. El pobre general, que no penetraba, y la veia tranquila en apariencia, creia que su querida Adela era perfectamente feliz; pero no era esta la opinion de aquellos que la visitaban en Wood-Lawn. Las rosas de la salud no coloraban ya las mejillas de Adela, ni sus ojos brillaban con el mismo lustre.

El coronel no iba ya á Enniskiling sino por asuntos de su regimiento; pero hacia frecuentes correrías á la capital y á otras partes del reino para buscar el placer. Adela estaba un poco aliviada en su ausencia; y el general, contento con que no le quitasen la hija, no se quejaba. Se acercaba el tiempo de pasar el regimiento á otro cuartel. Adela no habia visto á Oscar despues de su encuentro en casa de Mistris Marlowe. Habia evitado asistir á las revistas que preceden á los cambios de guarnicion, y deseaba sinceramente que ningun acaso le proporcionase el ver á Oscar. Este no pudo sufrir la idea de alejarse sin haberla visto. Sabia él que ella no marchaba con el coronel. Los oficiales debian ir á hacer una visita de despedida á Wood-Lawn, y no pudo resistir á los deseos de ser uno de ellos. Fueron, pues, recibidos por el general y Adela en el salon. Adela se sobresaltó á la vista de Oscar, pero pronto se calmó y entró en conversacion. El general estrechó á los oficiales á que se quedasen á comer, pero ellos se escusaron con la multitud de visitas que tenian que hacer. Mi querido Fitzalan, dijo el general, cuya cólera ya hacia mucho tiempo que le habia pasado, os deseo toda suerte de felicidad y de suceso, y espero veros pronto á la cabeza de una compañía. Acordaos que yo

os lo he profetizado. Yo soy soldado viejo, y sentiria ir á subir la última trinchera sin hallarime asegurado de la felicidad de mis amigos. Vuestro padre era un hombre muy valiente, y vuestros adelantos es el precio debido á sus servicios. Oscar apretó las manos del general, puso sus ojos llenos de lágrimas sobre Adela, y esta bajó los suyos y suspiró. Estad seguro, señor, dijo Oscar, que el reconocimiento que me han inspirado vuestras bondades, es el mas vivo que puedo sentir, y que no hay votos mas ardientes que los que yo formo por la felicidad de los habitantes de Wood-Lawn.—Votos bien ineficaces, murmuró Adela, á lo menos para mí, de quien la dicha se ha alejado para siempre.

Los deseos del general con respecto á Oscar podrian tenerse y reputarse como un cumplimiento de estilo, si no fuesen acompañados de los mas reales ofrecimientos; pero este buen señor, bienhechor y caprichoso, despues del casamiento de su hija, habia dicho al coronel que su intencion era dar mil libras esterlinas á Oscar para ayudar á sus adelantos. No pudiendo sufrir Belgrave que el hombre á quien habia perjudicado tan cruelmente llegase algun dia á ser su igual, desvió á Honey-Wood de este generoso proyecto, diciéndole que Oscar estaba protegido por Lord Cherbury, y que las bondades del general podrian ser mejor empleadas en algun oficial de mérito que estuviese sin apoyo. El general desistió, declarando que él jamas habia encontrado un oficial valiente en necesidad sin venir á su socorro.

Oscar obtuvo de Mistriss Marlowe el permiso de escribirle, para saber, decia balbuciente, algunas nuevas de la salud de los habitantes de Wood-Lawn.

Establecido en Dublin, donde hemos visto que su padre y hermana lo habian encontrado, la situacion de su alma era la misma. Se consumia de pesar, y su salud cada dia se disminuía. El no podia darse el consuelo de confiarles sus penas, pues se hacia una violencia para no dejarlas conocer. Así juntaba en su corazon todos los dolores, del modo que un avaro acumula sus tesoros, temiendo y evi-

tando las observaciones de la sospecha. ¡Ah! si cuando apretaba á su amable hermana contra su seno, hubiese podido imaginar que habia sido para Belgrave el objeto de una pasion insultante, no habria podido contener su resentimiento en los límites que se habia prescrito, y habria perseguido al monstruo hasta el extremo del mundo para castigar este doble atentado.

Entretanto, dejaremos á Oscar, para seguir á Fitzalan y Amanda.

CAPITULO IV.

El castillo de Carberry, donde llegaron nuestros viajeros, era una grande masa gótica, construida en los tiempos groseros en que se buscaba en los edificios la fuerza y la solidez, y no la elegancia y buen gusto. Desde luego se reconocian en él los estragos de la guerra y del tiempo, por unas paredes arruinadas y unas torres cubiertas en su cima de moho y plantas agarradas. Estaba situado sobre una altura formada por algunas rocas que se adelantaban hácia el mar, teniendo una vista agradable por el lado de Esecia. Se podian observar restos de las antiguas fortificaciones, un foso, reliquias de un puente levadizo, y un pozo seco de mucho tiempo hecho en la roca. No lejos del castillo se elevaba una alta montaña cubierta de árboles hasta la cima, sobre la cual se veian los restos del templo de los Druidas. Del otro lado se estendia una grande y bella praderia circuida de bosque, y fertilizada por un hermoso riachuelo que descendia de la montaña, y serpenteaba murmulando sobre una cama de gujarros.

Despues de un viaje agradable, sobre la tarde del cuarto dia llegaron nuestros viajeros á Carberry. Un viejo y una vieja, que eran los conserges de él, estaban avisados de su llegada, y al acercarse el coche vinieron á abrir-

les y recibirlos. Era casi de noche, y los objetos apenas se distinguían. Amanda fué sorprendida, y quedó admirada á la vista de este grande edificio, en el cual las cercanías de la noche aumentaban su oscuridad natural. La soledad, el silencio, y el ruido sordo de las olas, que venían á deshacerse al pié de la roca, ayudaban á la melancolía; pero esta melancolía tenia algo de agradable. A esto se juntaba un poco de aquel entusiasmo que las almas noveleras y sensibles experimentan á la vista de los restos venerables y monumentos de la grandeza é historia de nuestros padres. Al entrar en una sala artesonada de un antiguo enmaderamiento de roble, donde se veían pendientes cotas de armas, picas, lanzas y todas las piezas de la antigua armadura, ella llevó sus pensamientos hasta aquellos antiguos tiempos, donde puede ser en esta misma sala los bardos cantaban las hazañas de los héroes, cuyas armas veía allí conservadas. En la novela que formaba en su imaginacion, hubiera querido tener á su lado algun antiguo bardo que le contase las proezas del tiempo antiguo, las grandes acciones de los reyes célebres de nuestro país, y de los gefes que ya no existen. En algunos nichos se veían tambien figuras de algunos gefes escoceses, esculpidos en la madera groseramente de cuerpo entero. Su semblante guerrero hizo miedo á Elena. ¡Buen Dios! dijo ella, qué diantre hacen allí aquellas villanas figuras, que no son buenas sino para espantar la gente, y parece que quieren sacarla de casa!

Entraron en seguida á una grande sala amueblada á lo antiguo, donde encontraron una cena bastante buena. Postrados de la fatiga, se retiraron cada uno á su cuarto, despues de haber comido un poco. Al dia siguiente, inmediatamente despues del desayuno, Amanda, ayudada de Elena y de la buena vieja, se ocupó en arreglar los aposentos. El interior de los apartamentos era tan gótico como lo de afuera: eran escaleras de caracol, galerías que daban vuelta á la casa, y viejos tapices representando las batallas en que los señores castellanos de Carberry se habian distinguido. Sus retratos y los de sus mugeres

llenaban una larga galería, cuyas ventanas en arco diagonal solo dejaban pasar una luz sombría que daba á las figuras un aire solemne. La galería remataba en un pequeño aposento, formado por una de las torres que flanqueaban el castillo. Era octógono, y tenia la vista del mar y de la campiña circunvecina. Sus muebles eran no solamente modernos, sino de muy buen gusto, lo que escitó la averiguacion de Amanda. La muger vieja le dijo que este aposento habia servido de gabinete y tocador á la difunta condesa de Cherbury ántes y despues de casarse. Era, añadió, la mejor y mas amable señora que he conocido. ¡Ah! el castillo quedó en un instante desierto despues de su muerte. Yo creí que mi corazon se quebrantaria al saber esta triste nueva. Me acuerdo que la noche anterior habia oido el *Banishé*, hiriendo el aire con lamentables gritos.—¿Qué es eso, interrumpió Amanda, qué es ese *Banishé*?

—¿Qué, Miss! dijo la vieja; ¿no sabeis que esta es una muger pequeña, que no tiene mas que un pié y medio de alto, que lleva un jubon azul y un pañuelo atado á la cabeza, y cuando el principal de una familia, y sobre todo si es numerosa, ha de morir, siempre la oye gritar y lamentarse alguno de los criados antiguos de la casa?—Dios nos asista, dijo Elena. Yo espero que Milord no imaginará morirse durante el tiempo que nosotros estemos aquí, pues preferiria encontrar una bruja de Peñascos de Petmaenmowr.—Proseguid, dijo Amanda á la vieja.—Y bien, señora, replicó ella, como yo os lo decia, oí gritar espantosamente. Jonathan, dije á mi marido, estoy segura que nosotros tendremos alguna mala noticia de Milord ó de Milady, y esto es lo que no faltó á llegar: despues de este tiempo no hemos visto aquí á nadie de la familia.—¿Habeis visto alguna vez al jóven Lord? preguntó Amanda, dejando escapar involuntariamente esta pregunta.—Sí, dijo ella; lo he visto cuando aun no tenia mas que ocho años: mirad su retrato encima de la chimenea; Milady lo habia mandado hacer por un pintor inglés muy hábil, y lo trajo aquí: se ha querido pintar su carácter tanto como su

figura. Los ojos de Amanda se dirigieron con diligencia sobre el retrato, y aun creyó discernir alguna semejanza. El pintor parecia haber querido espresar la tierna compasion en la figura del niño, que estaba representando dar asilo en su seno á una trémula paloma perseguida por un cruel gavilan.—Oh Mortimer, se dijo Amanda á sí misma; vuestro carácter benéfico y sensible está aquí copiado de la verdad, pues vos encontrais vuestra dicha en socorrer la debilidad y el infortunio, y salvarlos de la opresion. Su padre habia querido que eligiese el aposento mas agradable: ella se decidió al instante por aquel, al cual juntó el aposento contiguo, que habia sido tambien cuarto para dormir Lady Cherbury: allí se llevó su equipage; sus libros, sus obras y lapiz fueron colocados en mesitas y armarios embutidos de colores. Contenta del arreglo que habia hecho, condujo allí á su padre para hacérselo ver. Fitzalan encontró un placer sumo al verla distraerse y calmarse de este modo, y llamó al aposento la Torre de Amanda. Subieron despues juntos á los terrados del castillo, y quedaron enteramente contentos de la hermosa vista que tenian. Se veia á algunas millas de distancia un grande edificio apoyado contra un bosque de antiguos robles. Fitzalan hizo saber á su hija que aquel lugar era Ulster-Lodge, perteneciente al marques de Rosline, par de Escocia y de Irlanda, y que tenia grandes posesiones en este último reino; que cada tres ó cuatro años el marques venia á pasar algun tiempo; pero que jamas habia venido ni con la marquesa ni con Lady Eufrasia Sutherland, su única hija.

Fitzalan y Amanda prontamente trazaron el plan de su vida en Carberry-Castle. Tomaron dos criados, un jóven y una muchacha: á Jonathan y á su muger Kate no pudieron tenerlos sino como jubilados. Elena se dedicó al servicio de Amanda. Fitzalan empezó á gustar alguna felicidad en pensar que disfrutaba una especie de independencia, y que estaba en camino de hacer algunos ahorros para asegurar la suerte de sus hijos. Amanda, despues del primer dolor de su separacion de Mortimer, volvió á tomar

poco á poco alguna serenidad. Las quimeras de la esperanza se apoderaron de nuevo de su imaginacion: sentia un secreto placer de vivir en una casa en que Mortimer habia habitado: se lisonjeaba que en las relaciones que mediaban entre ambos padres, ella encontraria ocasiones de saber algunas noticias suyas: juzgaba por su constancia de la de Mortimer, y creia que este no la olvidaria jamas. Reconocia muy bien que los motivos de Fitzalan para separarla de Mortimer eran igualmente razonables y delicados; pero estaba al mismo tiempo persuadida que si Lord Mortimer declaraba al Lord su padre su pasion, lo que no dudaba que haria, la ternura del padre para con el hijo, la amistad que tenia á Fitzalan, y el conocimiento que tenia de la descendencia de su familia, le harian dar su aprobacion á una union que no tenia otro inconveniente que un defecto de fortuna, que no podia detener á una alma elevada como la de Lord Cherbury, cuando él y su hijo gozaban de unas rentas bastante considerables para tener aún una gran superfluidad.

Amanda ocupaba agradablemente el tiempo ejerciendo sus talentos. Su padre, cuya principal dicha era procurar-le algun placer, le habia comprado una escelente harpa en Dublin, y las hermosas piezas que ejecutaba, mincraban las penas de uno y otro, borrando sus tristes memorias. Amanda gustaba mucho de levantarse temprano, y disfrutaba de los primeros rayos del sol paseando en la pradería aun húmeda de rocío, mientras los rebaños mugiendo pacian la florida yerba, y las muchachas que los guardaban cantaban sus árias lánguidas y lastimeras.

Hacia tambien con su padre largos paseos por las cercanías. El habia de antemano tomado algun conocimiento del país, y le hacia notar todo lo que era digno de atencion; los lugares donde los héroes de los primeros siglos habian caido, ó donde se habia elevado una grande piedra como monumento de su fama, que manifestaban á los niños del Norte el lugar donde sus padres habian combatido. y hacian decir al fatigado cazador que se sentaba sobre su tumba cubierta de moho: "Aquí descansan nuestros antepasados héroes, y su fama no morirá jamas."

Muchas veces Amanda se paseaba sola y errante entre las rocas del borde del mar que forman grutas naturales. Allí gustaba de leer al ruido de las olas que venian á estrellarse contra la ribera. La vista de las montañas de Escocia sobre la ribera opuesta, se llevaba á menudo su atencion, y le hacia derramar lágrimas al acordarse en ella de las desgracias de su madre.

Por la mañana, cuando ella trabajaba en su aposento, Elena, á quien consideraba menos como criada que como amiga, estaba á su lado, y allí llevaban á menudo la conversacion sobre la casa de campo de Edwin, de donde Elena pasaba con la mayor sencillez á Tudor-Hall y á Lord Mortimer, y en fin, al pobre Chip, y acababa esclamando: “¡Qué lástima que el amor verdadero tenga siempre obstáculos!”

CAPITULO V.

Apenas habian pasado quince dias, cuando la soledad de Carberry-Castle fué interrumpida por las visitas y convites de las familias de la vecindad. La primera, á la cual Fitzalan se prestó, fué la de Mr. Kilcorban. Este hombre disfrutaba de grandes bienes, los que, segun la opinion de muchas gentes, podian compensar la grosería de sus modales y su profunda ignorancia; excusa muy insuficiente á los ojos de todos los hombres que piensan con alguna elevacion. Sus mismos defectos eran tanto mas sensibles, cuanto pretendia sobresalir en todo, y que se creia autorizado por sus riquezas y su importancia á decir y hacer cuanto le pasaba por la cabeza. Su muger, como él mismo, era un compuesto de ignorancia, vanidad y tontería. Ellos tenian muchos hijos: los tres primeros, que empezaban á presentarse en el mundo, los miraban sus padres (y se contemplaban ellos mismos) como verdaderos modelos de elegancia y perfeccion. El mayor habia sido enviado á la

universidad: entregado á sí mismo, habia aprovechado poco en ella; pero bastante á su parecer para un hombre llamado á una grande fortuna, que no tenia necesidad de saber tanto como un profesor. Sus modales eran groseros, toda su persona sin gracia, y su modo de presentarse era estremadamente ridículo. El no cesaba de estudiar la moda y su espejo; y tanto él como su familia, era lo único en que se ocupaban.

Se miraba á las señoritas no menos completas, atendiendo á que habian tenido maestros de toda especie; pero á la verdad, de todo lo que se les habia enseñado no habian retenido sino las palabras. La naturaleza no habia sido pródiga en comunicarles sus dones; pero ellas se creian bien satisfechas, y empleaban para adornarse, los lunares, el polvo, el blanco y encarnado, con toda la exageracion de la moda. Ellas pasaban casi todas las mañanas en correr con su madre de aquí allí en una carroza de seis caballos, en hacer visitas y recoger noticias. Sus veladas las pasaban constantemente en una sociedad numerosa, sin la cual decian que era imposible vivir. Afectaban algunas veces la languidez y la sensibilidad; hablaban de amistad, y la profesaban á un muy grande número de personas. Sin embargo, pretendian muchas miras aun de parte de las muchachas de su sociedad, y se complacian en enseñarles sus galas con ostentacion, formando el designio de mortificarlas haciéndolas apesadumbrar de no poder comprar unas iguales.

Mr. Kilcorban habia pasado un otoño en Bath con toda su familia, y este viage le habia proporcionado materia inagotable para la conversacion. Repetia sin cesar las cosas raras que habia visto, la admiracion que le habian causado, las agradables relaciones que habia formado, y los sumas exorbitantes que habia gastado: todo esto era descrito y exagerado.

Lady Greystock estaba entónces en casa de Kilcorban, á quien habia venido á hacer una visita: era una viuda vieja que habia conocido á Fitzalan siendo aún jóven, y renovó su conocimiento con él. Las noticias que ella dió

de la familia y relaciones del reciénvenido, previno á favor de Fitzalan toda la sociedad. Ella tenia talento y discernimiento, una dignidad que imponia respeto, pero un tono satírico que el retiro le inspiraba.

Una calesa vieja que estaba retirada mucho tiempo hacia en la cochera de Carberry-Castle, fué sacada para conducir á Fitzalan y su hija á comer en casa de Kilcorban, que vivia á unas dos millas de allí. Un numeroso concurso se habia juntado cuando llegaron: mientras que Amanda fué presentada á Mistriss Kilcorban y á Lady Greystock, un favorable y universal murmullo se levantó entre los jóvenes reunidos en grupo á alguna distancia del resto del concurso. El uno de ellos exclamó: “Dios me condene, si esta no es una agradable muchacha.” Este fué ayudado por otro que volvió á exclamar sobre la belleza de sus colores.—Vos sois muy simple, replicó una señorita joven que pasaba por tener mucho ingenio: yo estoy segura de encontrar en Dublin por medio duro tan bellos colores como los que vos admirais tanto. Sus compañeras rieron mucho del epigrama, y convinieron en que ella sola habia juzgado con acierto., Mr. Drian Kilcorban, apoyándose sobre el respaldo de la silla de la del bello ingenio, añadió que creia urgente proponer á la cámara un proyecto, estableciendo una tasa sobre todos los colores de esta especie, porque, decia, las mugeres tienen ya de la naturaleza unos encantos tan poderosos é irresistibles, que no es conciencia llamen aún en su socorro el arte. En seguida se dirigió á Amanda, que estaba sentada al lado de Lady Greystock, diciéndola que despues que habia tenido la fortuna de verla en su casa, habian encontrado el tiempo muy largo, y que bastaba haberla entrevisto, para suspirar por el momento de volverla á ver. El anuncio de hallarse dispuesta la comida, la libró de estos cumplimientos tontos. La comida fué suntuosa, y Amanda se fastidiaba de muerte. Habiendo las señoras dejado la mesa, se fueron al salon, y Miss Kilcorban y sus compañeras empezaron á examinar, y admirar la ropa y peinado de Amanda.—¡Qué brillante corte de vestido! dijo una.—¡Qué her-

moso gorro! exclamaba otra.—Ciértamente, querida mia, los tenderos de moda en Inglaterra, tienen un gusto prodigioso.—Mi querida, dijo Miss Kilcorban á Amanda, llevándosela á una ventana, yo tengo una súplica que haceros.—Disponed de mí, dijo Amanda, en cuanto pueda seros agradable, si la cosa está en mi poder.—¡Oh! dijo ella, lo que tengo que pedir os es muy fácil, y es que rehuséis prestar vuestro gorro, para hacer otro semejante á todas estas señoritas, que no faltarán á pedíroslo, y no lo presteis sino á mí y á mi hermana. Vos no podeis formar una idea del extremo deseo que tenemos de ser las primeras en sacar nuevas modas. ¡Es uno mirado con tanta atencion y envidia! Yo detesto todo lo que llega á ser comun. No os podeis imaginar, qué fastidioso es para nosotras todos los veranos, cuando volvemos á Dublin; nos fatigan con peticiones para dar patrones de nuestras modas: pero nos hemos hecho una ley de rehusarlas. ¡Ah! quiero contaros una pieza que jugué á una de mis amigas. Habia ella recibido en regalo, una pieza de muselina de Indias, que guardaba preciosamente hasta mi vuelta de Dublin, suponiendo que la prestaria alguno de mis nuevos vestidos para hacerse uno semejante, porque en efecto la quiero mucho. Yo la presté uno, cuya moda ya habia pasado asegurándola que no habia otra mas nueva: he aquí que corta su hermosa pieza de muselina, sobre el modelo que le habia proporcionado, de manera que no podia ya hacer otra cosa. Nos encontramos en un baile, donde se hallaba junto todo lo que habia de mas elegante en los alrededores. Yo no he visto jamas una persona mas desconcertada y que hiciese una figura mas ridícula que mi querida amiga, cuando se vió con su vestido antiguo sola en la concurrencia. Creo que iba á desmayarse de veras, ínterin que mi hermana y yo no podíamos contener la risa. La pobre muchacha, lloraba de todo su corazon. ¡No pensais que esta es una hermosa pieza?—Ciértamente, dijo Amanda, con una ironía que Miss Kilcorban no tuvo talento para discernir: ese fué un escelente chasco.—Y bien, querida, prosiguió Miss Kilcorban, si vos quereis, mi her-

mana y yo iremos mañana por la mañana á ver vuestros vestidos.—Esto será darse mucha pena, bien inútilmente, dijo Amanda, que no gustaba de sus indiscretas demandas; yo no tengo mas que las cosas mas sencillas del mundo, y yo misma hago todas mis modas.—¡Oh! verdaderamente os aseguro, dijo Miss Kilcorban, que teneis mucho gusto. Mi camarera, que es muy diestra, creo que seria capaz de trabajar tan bien, si fuéscis vos tan buena, que nos prestáseis vuestros patrones, y nos dareis mucho gusto si decís que estas son las últimas modas de Bath. ¡Habeis estado alguna vez en Bath?—No, dijo Amanda.—¡Oh! os aseguro que es un agradable placer, una estancia la mas encantadora del mundo, un paraíso verdadero: yo creí morirme cuando nos fué necesario partir. Papá estuvo inflexible, y jamas ha querido conducirnos allí segunda vez. Es verdad que es un gasto monstruoso. ¡Cuánto creereis que le costó nuestra estada?—Yo soy, dijo Amanda fatigada de tan impertinente charlatanería, la persona mas incapaz del mundo para juzgar estas cosas; y al mismo tiempo se retiró de la ventana. La tarde era hermosa; la parte del jardín, vecina á la casa, muy agradable: ella habló de ir á pasear. A esta proposición, las señoritas que habian quedado, cuchicheando entre ellas, se miraron, y callaron durante algunos minutos. En fin, Miss Kilcorban, que no tenia idea de manifestar la menor complacencia para con la estrangera, dijo: Hace mucho viento, y estaria al momento despeinada. Otra mirando sus zapatos de raso blanco, protestó que por nada de este mundo iria por el césped humedo: y otra manifestó que una vez compuesta, no podia sufrir ser deslucida. Amanda tenia demasiada política para insistir, y unánimemente convinieron todas las señoritas, en que se mantendrian en el salón hasta que toda la concurrencia se hubiese juntado.

Lady Greystock, hizo señal á Amanda para que viniese á sentarse á su lado.—Y bien, mi querida hija, le dijo, yo creo que estareis harta de todas estas señoritas de campaña, que creen tener el mejor aire, y el mejor tono. Amanda se sonrió, pareciendo convenir en lo que se le decia.

—¡Dios me preserve, continuó Lady Greystock, lo mismo que á todos los que yo amo, de charlatanería insoportable. Esta es una confusion de lenguas peor que la de Babel! Algunos tienen la tontería de mirar á estas señoritas como otras tantas maravillas. La pobre Mistriss Kilcorban me fastidiaba, alabándome las perfecciones de todas sus hijas. En consiguiendo que estas no se hayan casado, lo que ella cree que llegará pronto, nos darán una nueva nidada de gracias, que irán produciéndose. ¡Jesus! ¡Qué gatzapera de paisanas! Yo apostaría mi cabeza que al momento que hablen van corriendo como potros sueltos, fatigando y atormentando á una desgraciada aya francesa, ántes de ahora ama de llaves de una señora de calidad, y que aún no sabe la gramática de su propia lengua.—¡Ah! dijo Amanda, la prevencion de Mistriss Kilcorban por sus hijas es muy natural; es de una madre.—Sí, dijo Lady Greystock; pero por esto no es mas excusable: yo emprenderia desengañarla, si creyera que todos los que vienen aquí me perdonasen el haberles privado el placer de burlarse de ella y sus hijas.

Mr. Brian Kilcorban con algunos otros hombres entraron entonces en el salon.—Yo veo, dijo Brian á Amanda, que vos os habeis dejado gobernar por la viuda; pero sea yo ahorcado si no es verdad que dejaria crecer mi barba, si todas las mugeres se le pareciesen.—Vos fingís á maravilla, replicó Lady Greystock, siempre pronta á la respuesta. ¡Ah, pobre jóven! todo el cuidado que podeis tomar del exterior de vuestra persona, no es capaz de hacernos creer que en el fondo valgaís alguna cosa. En este momento Lady Greystock, fué á una partida de wisht, y Miss Kilcorban tomó al instante el lugar dejado por la vieja señora.—Querida mia, dijo, vos estareis muy incomodada con esta señora; es la mas estraordinaria del mundo. Apostaría que os ha pedido, como hace á todo el mundo, que le hagais algun delantal ó pañuelito. Ella nos atormenta sin cesar con peticiones de esta naturaleza, de las que no nos podemos excusar, respecto de que es rica y parienta de papá, y que no los tiene mas cercanos que nosotros.—Estos son,

dijo Amanda, motivos bastantes para tener alguna complacencia con ella; pero podríais, me parece, tener mas cuidado de ocultarlas.— ¡Oh! nada de eso, dijo Miss Kilcorban: todo el mundo lo sabe tanto como nosotras. El verano pasado, estaba ella aquí, y tuvo la fantasía de tener un delantal como el mio, y me rogó que yo misma se lo hiciese, queriendo, decia ella, impedirle estar ociosa. Yo se lo prometí, y escribí á la casa de Moraves en Dublin, donde habia comprado el mio, para que se me hiciese otro en todo semejante. Luego que lo recibí, se lo llevé, esperando que me daria en cambio algunas de sus agujas de diamantes, que tantas veces me ha oido admirar, y son las mas hermosas que conozco, y que le servian de muy poco. Ella tuvo la crueldad de no pensar en ello solamente. En verdad, dijo Mistriss Kilcorban, que estaba sentada al otro lado de Amanda, y habia escuchado con gusto particular, la charlatanería de su hija, Lady Greystock es una muger muy estravagante: yo no la he encontrado pareja en todos mis viajes á Inglaterra, Irlanda y al país de Gales; pero ella tiene la lengua bien colgada, y jamas se queda corta.

Sí, se decia Amanda á sí misma, y se puede decir otro tanto de vos y de vuestras hijas. Despues del té, se dejó conducir á jugar; pero prontamente se enfadó de la compañía y del juego, y pidió permiso para retirarse. Ella tenia esperanza de poder conversar aún con Lady Greystock; pero esta vieja señora amaba el juego con tanta pasion, que no lo habria dejado por disfrutar de la elocuencia de Ciceron. Kilcorban, viendo á Amanda desasida, la persiguió aún con sus ridículos cumplimientos, hasta que un desafio á las treinta ó cuarenta que se llevó á Kilcorban, la libró de esta persecucion. Ella dió vueltas al rededor de las mesas de juego hasta la hora de cenar.

Amanda tenia la costumbre de decir á su padre su parecer sobre las sociedades en que se encontraba, y sus sentimientos se hallaron perfectamente de acuerdo sobre la que acababan de dejar. Ella le divirtió mucho, contándole lo que las Kilcorbans le habian dicho de Lady Greys-

tock, pues él sabia con qué bajeza lisonjeaban á la vieja señora, con la esperanza de tener de ella alguna parte de su fortuna.

CAPITULO VI.

Fitzalan y Amanda habian prometido pasar la tarde siguiente en casa de un arrendador de la vecindad, que vivia cerca de una milla de Carberry-Castle. Era esta una casa cubierta de paja; pero por otra parte propia y fuerte. estaba situada en una bella praderia, separada del camino real por un cercado de zar as. Al otro lado del camino habia un grande pasto comun, al fin del cual se veian las respetables ruinas de un grande edificio, en otro tiempo abadía de Santa Catalina, que presentaba un triste ejemplo del poder destructor del tiempo, y llevando tras sí la atencion y la curiosidad, obtenia tambien el suspiro de la sensibilidad.

La familia del arrendador se componia de tres hijas y dos hijos. todos adornados de lo mejor que tenian. Ellos habian juntado un gran número de vecinos, entre los cuales habia un ministro gordo y pequeño llamado el padre O-Gollahgan, que pasaba por el alma de todas las partidas de diversion, y un ciego tocador de la cornamusa. El aposento era pequeño y embarazado de muebles tanto como de concurrentes. Este no estaba separado de la cocina sino por un pequeño pasadizo; y el vapor de la turba y el horno donde se cocian las tortas daban un calor intolerable. Por mas que Amanda se acercó á la ventana para tomar un poco de airé, se encontró algo incomodada. Como no estaba aún dispuesto el té, pidió á Miss O-Flanagan que la condujese á Santa Catalina, á lo que la muchacha consintió. El ministro, que la miraba de lado y de arriba á bajo desde que habia entrado en el aposento, tomó entonces su grande risa, y le dijo: Yo desearia mu-

cho veros religiosa de Santa Catalina, pues haria un grande bien á mi alma tener que confesar á una hermosa criatura como vós, aunque á fé mia'creo que seríais como Paddy M'Denough, que tenia por costumbre confesarse en las pascuas, y sin embargo, jamas tenia cosa que decirme. Yo entonces le decia: Mi querido Paddy, vos sois un gran santo; es preciso que os pongamos en algun nicho.—¡Oh, padre! decia él, no, aun no. Es menester que antes tenga con qué hacerme un hábito nuevo, que yo no puedo tener hasta S. Miguel. Amanda dejó la compañía, riéndose de este impropio cuento, mientras su padre estaba en conversacion con algunos arrendadores de la vecindad, que le pedian rebajase alguna cosa del precio de sus arrendamientos.

No distaba mas que un cuarto de milla la casa de la Abadía; pero el terreno era pantanoso y escabroso, y las raíces de los árboles manifestaban que en otro tiempo habia habido allí un gran bosque. Aun se veian algunos restos de él en los grandes arboles vecinos al edificio de la Abadía, que parecian ocultar con su sombra venerable las ruinas que habian visto sus progresos, y que Amanda encontró muy dignas de ser notadas. Ella se admiró de la elegancia y estension que debia haber habido en el antiguo edificio, y sus restos daban idea de ello. Recorrió con un santo respeto los espaciosos claustros, consagrados en otro tiempo á la meditacion; y los vestigios de las celdas antiguas, que aun se conocian entre las paredes y arcos arruinados y medio ocultos por las plantas agarradas y la yedra enredada. Miraba con interes las tumbas de los que habian habitado estos santos lugares, colocadas al rededor de la de su fundador que se distinguia entre ellas por una cruz. Era, segun tradicion comun que le contaba Miss O-Flannagan, un santo religioso, que dirigia la conciencia de una senora piadosa. Esta senora, próxima á morir, habia tenido un sueño particular. Un ángel, decia ella, se le habia aparecido, y le habia mandado legar todos sus bienes á su confesor, quien sin duda haria de ellos mejor uso que aquellos para quienes los habia destinado. Ella

obedeció esta órden, y este santo hombre empleó sus bienes en fundar esta Abadía, dedicada á Santa Catalina, patrona de la benefactora. El techo de la antigua iglesia se habia caído de vejez; pero aun se veían muchos monumentos de piedra, escapados de la destruccion de los tiempos; estatuas de santos mártires, altares, pilas de agua bendita, muchas tumbas con inscripciones curiosas, y las mas incapaces de entenderse. Sobre una piedra lisa, que parecia recientemente colocada, y que la yerba empezaba á cubrir en parte, vió esparcidas recientes flores, y poniendo la vista sobre su compañera, la advirtió algunas lágrimas: Amanda le preguntó la causa de su conmocion, y la jóven muchacha le dijo que era la tumba de un hermano querido que habia perdido. Amanda se detuvo conmovida de esta escena sensible. Todo á su rededor era triste, solitario y silencioso. El suelo del lado de la iglesia, cubierto de yerba y moho, parecia no haber sido pisado por hombre alguno despues de mucho tiempo. Las paredes desquiciadas amenazaban ruina, y el viento silbando en sus grietas, daba á la imaginacion la idea de los gemidos del dolor, llorando la destruccion de estos santos lugares. La amable y sensible Amanda, lleno el espíritu de ideas melancólicas y morales, inclinada sobre la tumba del hermano de su compañera, la humedecia con sus lágrimas, y levantando una de las flores ya marchitas.—¡Oh, decia, qué justo y verdadero es este emblema de nuestra vida, y qué bien representado está por estas palabras: “El hombre es como la flor de los campos, que brilla un momento, y luego pasa.”

Miss O-Flannagan la condujo entonces por algunos rodeos, al fin de los cuales se encontró con extrema sorpresa en un grande jardin cercado por todas partes de ruinas, en la mitad del cual se encontraba un largo casco de edificio que su compañera le dijo que era un convento: habia al fin una puerta de una capilla, donde entrando encontraron una religiosa en oracion (1).

(1) La abadía y las religiosas, que la autora describe aquí, las ha visto en otra parte de la Irlanda.

(Nota de la autora.)

Amanda se retiró por temor de incomodarla; pero Miss O-Flannagan se la acercó, y la religiosa la volvió el saludo con aire de cordialidad. Era muger de circuenta años, por lo que luego supo Amanda, pues parecia tener muchos ménos. Conservaba un hermoso cútis sin arruga alguna; y sus mejillas tenian aun mucha frescura. Aunque por su acento se vió que era estrangera, su voz era armoniosa y dulce, y la benevolencia que manifestaba en todos sus modales, compensaba con ventaja el defecto de las gracias que uno podia echar de menos. Su ropa, hecha de flanela blanca, era larga y sujeta al rededor de su cuerpo con un cinto del cual pendia un rosario y una cruz. Llevaba un velo de lo mismo, que la llegaba hasta el suelo, y una especie de capilla y una cinta escendian sus cabellos.

Miss O Flannagan presentó á Amanda como una estrangera que deseaba ver lo que hubiese de mas curioso en la capilla.—¡Ah! mi querida, dijo la religiosa, siento que haya venido en este momento, en que nos encuentra á todas con el mayor desconsuelo por la pérdida que acabamos de tener de nuestra priora, por la cual veis que el altar está cubierto de luto; pero si quereis venir el domingo prócsimo, dijo á Amanda, nos encontrareis en estado de recibiros mejor. Habiéndole respondido Amanda que no podria volver aquel dia, le dijo la religiosa: Yo lo siento, pues vos habeis ganado mi corazon, y cuando amo á alguno, le deseo la felicidad que yo disfruto. Amanda sonriéndose le dijo: Yo creo que en efecto vos sois aquí muy feliz. La religiosa le enseñó con todo agrado las reliquias y adornos de la capilla. En el número de aquellas se hallaba la cabeza de una de las once mil vírgenes, y un armario lleno de vestimentas sacerdotales de seda muy ricamente bordadas: tambien le enseñó en unas gavetas una porcion grande de flores artificiales, obra de las religiosas y des us educandas. Amanda creyó deber pagar la pena que la habia causado comprando algunas; y despues de haber dado una parte á Miss O-Flannagan, que le parece a tener envidia, dejó las restantes á la reli-

giosa, prometiendo venir á tomarlas al dia siguiente: venid, dijo la religiosa, y estad segura que sereis muy bien venida. Vereis aquí criaturas pobres muy felices. pero ninguna mas feliz que yo. Entré en esta casa de diez años: hice mis votos á los quince, y despues de esta época hasta el dia, que es un largo espacio de tiempo, he gozado una vida feliz, gracias á la Santísima Virgen, dijo levantando los ojos al cielo. En seguida hizo subir á las extranjeras al coro de las religiosas, separado del resto de la capilla por una ligera balaustrada. Allí habia un órgano, á la vista del cual la religiosa suspiró. ¡Ah! dijo ella, no encontraremos jamas una organista como la pobre Sor Agueda; era en efecto digna de entrar en el coro de los ángeles. ¡Ah! querida mia, dijo á Amanda, si vos la hubieseis conocido la habríais amado sin duda. Era nuestra priora, y habia sido nombrada para este empleo á la edad de veinte y nueve años; era ser muy jóven para un empleo que ecsije mucha capacidad. El domingo prócsimo se retiran las fúnebres colgaduras, como os he dicho; pero el luto quedará siempre en nuestros corazones. Miss O-Flannagan advirtió á Amanda que ya era tiempo de volverse, á lo que consintió Amanda á su pesar. La religiosa la instaba á que se quedase, y luego se limitó á recordarle la promesa de volver. Volviéndose hácia la casa, la compañera de Amanda la notició que la pequeña comunidad consistia solamente en doce religiosas: que sus cortos bienes puestos en comun no sufragaban á todas sus necesidades; que tenian una escuela donde las muchachas de la vecindad iban á aprender á leer, escribir, coser, bordar y hacer flores artificiales; y añadió que estas religiosas tenian la libertad de salir de su encierro, pero que pocas de ellas usaban de ella; y que á escepcion de las jóvenes, no practicaban ninguna de las austeridades de los conventos del continente.

Creyò Amanda que una institucion de esta especie convenia perfectamente á la situacion de las personas que la habian adoptado. Encontrando un asilo en el seno mismo de las ruinas de que estaban cercadas, viviendo en

medio de las tumbas, sus proyectos y sus deseos no se extendían mas allá del encierro de sus paredes arruinadas. Ningun otro objeto se presentaba á su vista que les tentase á traspasar este límite. El mundo que irían á buscar sería para estas criaturas de la naturaleza y de la pobreza, tan seco y falto de hospitalidad como la comun esterilidad que tenían á sus ojos.

El padre O-Gallaghan vino á la puerta delante de Amanda, y tomándole la mano con familiaridad, la dijo: ya habeis permanecido bastante tiempo allá para tomar el velo. Nosotros estamos todos esperándoos; las tortas tienen ya manteca, y el té está hecho. ¡Ah picarilla! por San Patricio que estos ojos brillantes no se os han dado para el bien de vuestra alma. Vos venís aquí á turbar los corazones pacíficos de nuestros jóvenes y sencillos irlandeses. Tonto sería quien dudase que pronto causareis entre ellos bastante desórden, del que respondereis delante de Dios, y entonces, supongo que os vendreis á confesar conmigo, y yo os daré la absolucion; pero entended, querida, que quiero se me pague por adelantado. Amanda retiró su mano, y se entró en la sala, en donde la concurrencia se disponía á tomar el té, y á merendar con todos los regalos de que estaba cubierta la mesa, y para cuyo acto cada muger estendió un pequeño pañuelo sobre sus rodillas. Las dos hermanas O-Flannagan se habían dado tanta prisa en hacer y servir el té, que estaban encarnadas como las cintas de que llevaban cargada la cabeza. Se quitó la mesa, se arreglaron las sillas, se colocaron los bancos hasta en el pasadizo, y la cornamusa tocando una giga irlandesa fué la señal dada para el baile. El hijo mayor del arrendador, con vestido azul celeste todo nuevo, sus cabellos lisos cayéndole sobre la frente, y la cara encarnada como fuego, se adelantó hácia Amanda, y le suplicó con mucho embarazo y multiplicadas cortesías que le hiciera el favor de bailar con él; ella titubeaba cuando el padre O-Gallaghan, dándole una manotada sobre la espalda, la hizo sobresaltar y levantarse de su sitio. El se puso á reir á careajadas diciendo, que de-

scaba mucho ver á una jóven alegre y animada; que como él no podia bailar, se consolaba llenando las funciones de maestro de ceremonias, é insistió en que Amanda abriese el baile bajo la direccion del ministro con botas. Ella no se hallaba dispuesta, pero estaba llena de aquella complacencia, que hace que uno sacrifique su gusto por el de los demas, para el recreo de la sociedad, y por lo mismo se dejó conducir por el ministro hasta la parte superior de la sala, y abrió el baile: pero no estando el suelo ni enladrillado ni entablado, y solo allanado de tierra, se cansó prontamente, y se escusó de continuar bailando. Ella y su padre de buena gana habrian dispensádoles la cena; pero vieron que casi era imposible sin mortificar á las buenas gentes que los recibian con tanta hospitalidad.

La mesa estaba cubierta con profusion, de buenas y grandes viandas de campaña. Nadie disfrutaba de los placeres de la fiesta como el ministro. Cuando cesaba de comer, atacaba á todo el mundo con sus chanzas y divertia á todos los convidados; y como Falstaff, no solamente estaba alegre él, sino que ponía en alegría á los demas. Os ruego, padre mio, me digais, le preguntó un jóven, ¿cómo pagareis el obsequio que se os hace aquí?—Dando á mis huéspedes mi bendicion; ¿qué puedo yo darles mejor?—Vos podeis pensar así, le dijo el jóven; pero nosotros no juzgamos del mismo modo, y á este propósito os contaré una pequeña historia. Un hombre pobre se dirigió un dia á un ministro que pasaba por muy rico, y al mismo tiempo muy caritativo. Pero todo lo que se cuenta no es el Evangelio, y mi hombre tenia algunas dudas sobre la grande caridad del ministro, y resolvió ponerla á prueba. Padre mio, le dijo, acabo de experimentar grandes pérdidas, mi choza se ha incendiado; me han robado mis lechoncillos, y mi vaca se ha caido en un foso y ha muerto, de manera que vengo á implorar vuestra caridad, y á suplicaros por amor de Dios, que me presteis una corona. —¡Una corona! replicó el ministro montado en cólera; ¿y en qué oficio crees tú, pícaro, que yo gane tanto dinero para poder prestar, á menos que robe como tú?—¡Ah! pa-

dre! vos sabeis que me he confesado con vos, y que de nada de esto me remuerde la conciencia. Decidme solamente si quereis prestarme tan solo media corona.—No, dijo el ministro, ni un farthing (1).—A lo menos me dareis vuestra bendicion, dijo el paisano.—¡Oh! esto con mucho gusto, replicó el ministro —Pues bien, dijo el paisano, yo no quiero vuestra bendicion; pues vos veis que si hubiese valido un farthing, no habríais querido dármela.

Fitzalan estaba un poco admirado de la libertad con que estas gentes trataban á su ministro; pero reia como los otros, y sabia bien que permitiéndoles chancearse con él, no tenian deseo alguno de sacudir su autoridad. Luego que le fué posible, se retiró con Amanda. Esta diversion no tuvo para ella otro agrado que el de la novedad. A la mañana del dia siguiente, Amanda volvió al convento, y preguntó por Sor María, aquella buena religiosa que habia visto el dia anterior. Esta compareció luego, y alegrándose mucho de volver á ver á Amanda, la condujo á la escuela, donde estaban las educandas, y todas las otras religiosas. Amanda estuvo encantada del aire de contento de estas mujeres, y del órden establecido en su escuela, como tambien del celo que le manifestaron en satisfacer á su curiosidad. Despues la condujeron al interior de la casa, recorrió todos sus departamentos, que consistian en una celda para cada religiosa, amueblada con una cama, una silla, una mesa y un crucifijo. En seguida la llevaron á una sala en la que encontró á la nueva priora. Era esta ya de edad; pero un pintor que quisiere retratar la benevolencia, hubiera podido tomarla por modelo. Su fisonomía y su aspecto respiraban dulzura y bondad. Se veian en algunos de sus rasgos, los vestigios de un profundo pesar; pero la dulce serenidad de su mirar anunciaba su perfecta resignacion. Ella recibió á Amanda con una verdadera política salida del corazon, y Amanda concibió hácia ella una estimacion respetuosa. Observando que la situacion de esta estimable muger era la mas feliz que podia tener, le pesaba á Amanda que el

(1) La mas pequeña moneda que se usa en Inglaterra.

mundo estuviese privado de una persona que habria sido su adorno y modelo.

Sor María habia desaparecido un momento, pero prontamente llego llevando unas tortas, de las que Amanda no pudo menos de gustar. La buena religiosa estaba encantada de la jóven extranjera, y no teniendo arte alguno para ocultar sus sentimientos, espresaba abiertamente su admiracion. Mi querida madre, decia á la priora, ¿no es esta una encantadora criatura? ¡Qué bellos ojos. qué hermosa mano! ¡Ah, si la Virgen santa quisiese tocar su corazon, y determinarla á venir á vivir con nosotras; qué feliz seria yo! La priora se sonrió; y no tomando parte en el celo de Sor María, seria grande pecado, decia, que una tan hermosa flor, se escondiese en las ruinas de Santa Catalina.

Amanda volvió á comprar algunas flores artificiales, y las religiosas le instaron que les hiciese frecuentes visitas. A su llegada á Carberry Castle, encontró á la puerta un coche, de donde vió salir á Lady Greystock, y las hijas de Kilcorban. Todas allí hablaban á una voz; de manera que Amanda no entendió la mitad de lo que decian. Visitas enfadosas, decian, les habian impedido desde la víspera por la mañana ver las cosas bonitas que Amanda les prometió enseñar. Amanda las satisfizo; y las permitió tomar todos los patrones que quisieron escoger. Lady Greystock se sonreía con malignidad á todas las indiscreciones de éstas jóvenes. Manifestaron deseo de ver el castillo, y Amanda las acompañó. Las contentó mucho el gabinete de tocador. Allí las señoritas jóvenes, curiosas hasta la indiscrecion, quisieron verlo todo y examinarlo todo; y Lady Greystock, tan curiosa como ellas, no les podia vituperar una libertad que ella misma se tomaba. Al observar una pieza bordada al tambor, encontró el dibujo muy hermoso, y sabiendo que era de la mano de Amanda, le hizo mil cumplimientos sobre su gusto, y manifestó que quisiera uno muy semejante á toda costa. Espresó ella tan claramente su deseo, que Amanda no pudo ignorarlo; y encontrando algun placer

en obligar á una persona de su edad, la prometió trabajar uno para ella en acabando el que tenia puesto. Lady Greystock se sonrió graciosamente á esta obsequiosa promesa, y la dijo muchas dulzuras. Las dos Miss Kilcorban se miraron malignamente, y tomando á su turno la mano de Amanda, le protestaron que habian concebido hácia ella una tierna amistad, y que esperaban disfrutar á menudo de su sociedad. Amanda respondió friamente á esta falsa política, y las señoras volvieron á partir.

CAPITULO VII.

La soledad hacia las delicias de Amanda, porque en ella podia abandonarse á sus queridos pensamientos. Esperaba siempre volver á ver á lord Mortimer, y se lisonjaba de que lord Cherbury daria á su union un consentimiento que disiparia todos los escrúpulos de la delicadeza de Fitzalan. Divirtiéndose á su padre, llenando ella misma agradablemente su tiempo, empleando sus talentos y entregándose á las ilusiones lisonjeras de la esperanza, gustaba unos placeres que preferia á las vanas diversiones que le ofrecian las concurrencias, á las que era á menudo convidada. Jamas le daba pena emplear el tiempo en Carberry-Castle y en toda la estension de su dominio; dirijia con preferencia sus cuidados al jardin, cuya situacion era del todo pintoresca, y cuya rusticidad natural estaba aumentada con el abandono en que habia estado despues de mucho tiempo. Amanda encontró aún en muchas partes, señales del gusto con que habia sido plantado, y se propuso volverlo á su primera belleza. Los árboles frutales no estaban podados, las calles estaban cubiertas de yerbas, y las flores sofocadas debajo de las zarzas. De un lado habia una parte del jardin todo agreste, cercando un templo gótico, del otro un terreno pendiente en diferentes caras, sembrado de piedras. Algunos senderos hechos en la roca viva, conducian á una gruta que se encontraba encima de una de las mas altas pe-

ñas. Una cruz groseramente esculpida y los restos de una tosca cama, anunciaban una antigua hermita. La gruta estaba en el borde de la mar; y á alguna elevacion debajo de ella estaban las rocas cortadas por el pié, contra las cuales las olas venian á batir con violencia. Sobre una puerta baja, y al centro de ella, habia una piedra pulida, sobre la cual se leian grabados unos versos de Dye, cuya sustancia es: “á menudo el peregrino, cuando la noche es mas profunda, y en mitad de sus oraciones, oye con espanto henderse las altas torres á la voz del tiempo, y caer con un ruido semejante al de un trueno, que se levanta hasta la region de la luna.”

Con los cuidados de Amanda el jardin tomó prontamente un aspecto mas risueño. Se renovó la cama de la hermita, su gruta adornada de muchas conchas y plantas marinas, vino á ser un delicioso retrete. Los árboles fueron podados; las calles limpias de las espinas que las embrazaban, fueron recompuestas de piedrecitas y arena, y hasta el altar del pequeño templo gótico fué adornado de flores que Amanda habia comprado en Santa Catalina, dispuestas en guirnaldas y festones.

Ella se enmarañaba á menudo en los senderos torcidos de la montaña, y los seguia hasta muy lejos del castillo. Desde esta altura gustaba de ver las ondas del mar brillar con el reflejo de los rayos del sol, de los cuales estaba defendida por espesas hojas; pero ni sus placeres hijos de su imaginacion, ni los deliciosos paseos, ni los cuidados domésticos, le hacian olvidar las necesidades de la doliente humanidad, á las cuales podia proporcionar algun alivio. Visitaba los asilos de la pobreza, y les llevaba todos los socorros que la medianía de su fortuna ponía en sus manos. La miseria tan comun y tan grande de la gente, la llenaba no solo de compasion, sino tambien de sorpresa: no podia comprender cómo la libertad y un suelo fértil no daban á todos los habitantes de un país la comodidad y la dicha. Su padre, á quien daba parte de su admiracion, le esplicaba cómo el no residir los propietarios en las heredades era causa de la pobreza de los pai-

sanos. Sus rentas, le decia, se gastan en una tierra lejana, en lugar de enriquecer el suelo que las ha ganado; su interes bien entendido deberia las mas de las veces emplearse en las mismas tierras. La renta de medio año empleada así, volveria al provecho de los pobres feudatarios, cuyos trabajos han servido para hacerlo nacer. Escitando su reconocimiento, animarian su industria, y aumentando sus productos, mejorarian aun la posesion para el mismo propietario.

Las nubes, continuaba Fitzalan, que se forman de las nieblas y vapores levantados de la tierra, vuelven á caer en lluvias y rocios para refrescar y fertilizar el suelo mismo que las ha formado. La mayor parte de los vegetales fecundan la tierra que los ha nutrido; y así la naturaleza en todas sus obras, da por todas partes al hombre ejemplos y lecciones; pero esclavo de la disipacion, no sabe ni estudiarla ni seguirla; agota así sus manantiales abundantes de placeres, tales como los de endulzar las penas del hombre laborioso, aliviar al pobre, y levantar el ánimo del mérito abatido. ¡Oh, y qué superiores son estos placeres á los que pueden dar el fausto y la disipacion!

Se abandona la felicidad real por un vano fantasma que se llama placer, que se desvanece en un momento, y que en este mismo momento penetra el seno con un envenenado dardo. El corazon que se complace en las funciones domésticas, que eleva hasta los cielos la voz de un piadoso reconocimiento, que se enternece al aspecto de la desgracia, este solo puede gustar los placeres durables y verdaderos. La resignacion con que las pobres gentes del campo soportan sus privaciones, es un ejemplo para nosotros mismos, que debe detener nuestras murmuraciones cuando nos acosa la adversidad. Ellos sufren sin quejarse; el que tiene un monton de *turbes* para el invierno, un pequeño cuadro de coles y patatas, una vaca, un cerdo y algunas gallinas, se encuentra feliz bajo el techo de paja que divide con los animales domésticos.

Un pensamiento delicioso ocupaba muchas veces á Amanda; se representaba á lord Mortimer viniendo á ha-

bitar en Carberry-Castle; haciendo desaparecer las chozas de los paisanos, para sustituirles casas sanas y acomodadas; recorriendo la campiña con proyectos de beneficencia realizados prontamente por las manos de la caridad; dando colores de salud á las mejillas ajadas por la miseria, y trayendo el contento y la alegría á los lugares que no la conocian de mucho tiempo á esta parte; en fin, acompañándole ella misma en estos paseos bienhechores, y testigos de los movimientos de una alma llena de sensibilidad.

Una mañana en que se hallaba ocupada en esta dulce imaginacion, fué sacada de ella por la llegada de las Kilcorban y de Lady Greystock en el gabinete tocador donde trabajaba. ¡Oh querida! exclamó al entrar la hermana mayor, tenemos muy buenas nuevas que contaros. Adivinad, ¿quién nos va á llegar luego? vuestro tío, vuestra tia y vuestra prima. Ha venido esta mañana un espreso de Dublin al conserje de Ulster-Lodge, con órden de tener las habitaciones prontas para la próxima semana.—Yo os envidio mucho, dijo la pequeña Miss Alicia, el placer que tendreis en verlos. Amanda se puso colorada, se sobrecogió, y dijo: yo no sé que razon podeis tener de pensar así, pues yo no les conozco.

—¡Ah, buen Dios! exclamó Mistriss Kilcorban; esto es verdaderamente cómico. ¡Qué! ¿no conoceis á vuestros parientes? pero puede ser que ellos hayan vivido en Escocia, y vos no os habeis atrevido á pasar el mar para hacerles una visita.—Si este solo obstáculo, dijo Lady Greystock sonriéndose malignamente de la ignorancia de Mistriss Kilcorban, hubiese impedido á Miss Amanda el pasar de Inglaterra á Escocia, se habria fácilmente asegurado poniendo los ojos sobre un mapa, donde habria visto que no tenia que pasar mar.—Sea en buena hora, dijo Mistriss Kilcorban; yo no he pensado en esto. Pero os suplico, Miss, ¿puedo yo preguntaros la causa de que no os conozcais por escrito?—Poco os importa saber la razon, dijo friamente Amanda.

Se dice que Lady Eufrasia Sutherland es una persona

perfecta, dijo Miss Kilcorban; y así, una correspondencia debería ser deliciosa. ¡Vos tambien escribís tan bien! Si dejais á Carberry-Castle, os pido la gracia de que me escribais; pues sobre todo, me gusta muchísimo el mantener una correspondencia sentimental. Yo no me admiro de ello, dijo Lady Greystock; vos teneis cuanto es menester para sostener semejante correspondencia.

Querida mia, replicó Miss Kilcorban, nosotros vamos á dar un baile el mas agradable del mundo. Papá nos ha dado toda la libertad para ello.—Yo creo, dijo Mistriss Kilcorban, que esto tendrá un terrible óbice; pero la hija, sin contar con la observacion de su madre continuó: Nos será preciso tener de Dublin confiteros, y cocineros franceses. Queremos que todo sea lo mejor, y dispuesto para el tercer dia de la llegada del marques y la marquesa. Así, querida, vos y vuestro papá estareis dispuestos. Mi hermana y yo nos mandamos venir de Dublin los vestidos de baile. Yo no quiero daros la idea de la forma que los hemos encargado, os sorprenderán y encantarán. Todos los personajes de tono del país se hallarán en nuestra fiesta; pero es menester que vos os deis alguna pena para prepararos á ella.

La naturaleza, dijo Lady Greystock, ha sido tan liberal con Miss Fitzalan, que no tiene necesidad de hacer tantos preparativos.—¡Ah buen Dios! exclamaron las señoritas meneando la cabeza, Miss Fitzalan no es seguramente tan loca para no ponerse como todo el mundo; y á mas de esto, dijeron levantándose con su madre y haciendo una reverencia de mas ceremonia y mas fria de lo ordinario, á ella toca juzgar sobre ello.

Fitzalan no habia visto á la marquesa despues de su casamiento, ni habia deseado verla. La inhumanidad con que habia tratado á su amable hermana, la malicia que habia mezclado para aumentar el resentimiento de su padre contra la pobre Malvina, le habia dado una idea tal del egoismo é insensibilidad de esta muger, que habia concebido contra ella una aversion insuperable. La miraba como la despojadora de sus hijos, como una de las

causas de la muerte de su tierna esposa, y de consiguiente como la autora de todo lo que habia él sufrido; y su indignacion contra ella no estaba aún amansada, ni por sus sentimientos religiosos, ni por el tiempo.

CAPITULO VIII.

El marques de Rosline y su familia llegaron á Ulster-Lodge con un gran tren, y recibieron las visitas de las personas mas considerables del país, y entre otras de las Kilcorban, á quienes su riqueza daba mucha importancia. Mr. Kilcorban fué mas diligente que otro en prestar sus deberes al marques, quien teniendo una villa entre sus intereses, podia hacerlo nombrar miembro de la cámara. Desechado ya, cuando se habia presentado como candidato en la última eleccion, este solo papel le quedaba que representar, lo que él deseaba vivamente. Convenia en que sus talentos oratorios no eran muy grandes, y decia muchas veces que no tenia la lengua tan bien colgada como muchos otros, pero sí el que mas podia patear, y buscar en los ojos de las damas de las tribunas el parecer que era preciso seguir (1), y en fin, lo que le parecia un título, su nombramiento aumentaria su consideracion en el país.

Las damas Kilcorban al salir de Ulster llegaron á Carberry-Castle, donde entraron con un aire de importancia, que no habian dado aún, y que se creian con derecho de tomar despues de la visita que acababan de hacer. En lugar de dirigirse solícitas hácia Amanda, como lo tenian de costumbre, se esparcieron por el aposento, despues de una reverencia ligera; y poniendo de manifesto toda su elegancia, al fin se dejaron caer sobre un canapé coloca-

(1) En Irlanda las mugeres se admiten á la galería de la cámara de los comunes.

do en frente de un espejo, en el cual no cesaron de mirarse, continuando las notas que habian hecho sobre los vestidos de Lady Eufrasia.—Ciertamente, Alicia, dijo Miss Kilcorban á su hermana, yo tendré un vestido de levantarme por la mañana como el de Milady. Aquella vuelta de finos encajes al rededor de su cuello es la cosa mas hermosa del mundo, y el forro de seda azul bajo, sienta perfectamente á un color delicado.—Yo pienso, Carlota, replicó la pequeña, que yo lo mandaré hacer de muselina bordada sobre el mismo modelo, pero pondré el forro color de clavel, para hacer resaltar mejor el bordado.

Vuestra tia, querida, dijo Mistriss á Amanda, parece verdaderamente una muger de mérito, y su hija una persona hermosa. ¡Oh, dijeron las hijas, estas son criaturas amables! ¡tan elegantes, tan seductoras!

Vuestras ideas y las mías, dijo Lady Greystock, no son las mismas sobre la elegancia y agrado de las damas de Ulster. Yo he creido, añadió, que Mr. Kilcorban temia que el marques se embarcase esta mañana misma para Inglaterra, tanto nos ha acosado al desayunarnos y entrar en el coche; aunque debió saber que nos haria llegar antes de la hora en que las personas de buen tono pueden estar visibles.

Los caballos nos han conducido vientre á tierra, como si se hubiese tratado de salvar la vida á alguno; y cuando llegamos, hicieron entrar á Mr. Kilcorban en el gabinete del marques, y á nosotras en un aposento sin muebles, donde pudimos divertirnos en considerar los retratos de la familia. Desde allí hemos oido todas las campanillas en movimiento; las criadas y criados bajar y subir; los gatos, los perros, las monas, los papagayos, que parecian haber estado de viage, miaulando, ladrando, refunfuñando, y gritando en el aposento vecino. En fin, pareció un pequeño lacayo muy empolvado; y despues de habernos dicho que las señoras estaban dispuestas á tener el honor de recibirnos, se fué saltando, subiendo las gradas de la escalera de cuatro en cuatro. La marquesa se adelantó á dos pasos de su canapé para recibirnos, y Lady Eufrasia

sólo se ha medio levantado de su silla poltrona, y despues de habernos examinado un momento, como por asegurarse si éramos criaturas humanas, ha tomado su primera actitud lánguida y afectada, y ha continuado su conversacion con un jóven de calidad que ha venido con ellas de Inglaterra.

Este jóven, á lo menos, exclamó Miss Kilcorban con tono de admiracion, convendreis en que es una amable criatura. ¡Oh! ¡qué ojos! qué sonido de voz tan encantador! yo no he visto jamas un jóven tan bello.

En efecto, dijo Lady Greystock, Lord Mortimer... A este nombre Amanda se sobresaltó, se puso colorada, luego pálida, pareció perder la respiracion, y volverse estúpida de pasmo. ¿Qué es esto, Miss Fitzalan, dijo Lady Greystock; os hallais mala?—No señora, dijo Amanda con una voz trémula; es solo una palpitacion de corazon á la que estoy sujeta. Yo os pido perdon de haberos interrumpido; continuad, os ruego.—Decia, pues, continuo Lady Greystock, que Lord Mortimer es un jóven de los mas agradables y seductores que yo haya visto jamas. Sus ojos llenos de espresion parecian desaprobar la conducta de Eufrasia, y nos ha redoblado sus obsequios, lo que manifiesta una alma noble.

El corazon de Amanda se agitó de placer á este elogio natural y reciente de Lord Mortimer. Una lágrima deliciosa, espresion de un amor delicado, mojó su párpado, y estuvo muy cerca de escaparse.

Miss Kilcorban, cuyo orgullo estaba mortificado, por la relacion que acababan de hacer á Amanda, del modo frio con que la familia habia sido recibida en Ulster-Logde, exclamando, dijo: Dios mio, señora, no se por qué encontrais que Lady Eufrasia haya faltado á la política y miramiento hácia nosotras. Me parece que no ha hecho mas que seguir la etiqueta que las gentes de cierta calidad no pueden dispensarse de observar.

Yo estoy muy contenta, querida mia, replicó Lady Greystock, de ver en esta ocasion, que os habeis aprovechado de las lecciones de humildad que os he dado tan-

tas veces.—Os aseguro, Miss, dijo Mistriss Kilcorban á Amanda, que yo no he olvidado el decir á la marquesa, que tiene una sobrina en la vecindad. Ella me ha respondido con un poco de frialdad. Supongo que habrá habido alguna querella entre las familias, que puede haber provenido de no haberle vos hecho visita; pero en nuestro baile todo se podrá arreglar. Amanda no replicó, y las damas partieron.

La noticia que acababa de saber de la llegada de Mortimer á la vecindad, le causó, como se puede muy bien imaginar, una grande agitacion; pero el placer que sentia se debilitaba poco á poco, cuando consideró que Mortimer era el familiar, y probablemente el amigo de una familia que habia contribuido á las desgracias de la suya, y que supuesto el carácter que representaban en el mundo, no les sabia mal que los hijos de la muger que habian perseguido, fuesen desgraciados como ella. Aun cuando hubiesen inspirado ya á Lord Mortimer algunas prevenciones contra ella, seria bastante para ellos saber que era hija de Malvina, para perseguirla con encarnizamiento; y aunque no la persiguiesen, Lady Eufrasia, dotada de todas las ventajas de gerarquía y fortuna, habia ganado sin duda, ó ganaria los afectos del hombre que habria conseguido toda la ternura de Amanda.

Sin embargo, prontamente se reprendia estos pensamientos como injuriosos á Lord Mortimer, cuyo carácter, se decia á sí misma, es demasiado noble para ser inconstante, mientras que yo no le dé motivos para mudarse.

Otras veces reanimaba su espíritu abatido, acordándose de sus ideas favoritas sobre la posibilidad de una aproximacion entre ella y Lord Mortimer. El lugar de su actual residencia era un misterio para la familia de Edwin, cuyas cartas para Amanda eran constantemente dirigidas á una poblacion distante de Carberry-Castle, desde donde eran traídas á Amanda; pero ella se lisonjaba de que el acaso habria instruido á Lord Mortimer del lugar en que se hallaba, y que para evitar las sospechas que podian originarse á Lord Cherbury en el viaje de su hijo á

Irlanda, este habia tomado el pretexto de acompañarálala familia del marques de Rosline: que venia á asegurarse si ella le conservaba su afecto, y pedir el consentimiento de Fitzalan antes de dar parte al conde de sus intenciones.

Mientras balanceaba así entre el temor y la esperanza, Elena, pálida y sin aliento, entró corriendo en su aposento gritando: él está aquí: Lord Mortimer está aquí.—¡Oh cielos! exclamó Amanda sentada sobre la silla, y dejando caer sus brazos. Elena, alarmada, y echándose en cara su precipitacion, corrió á un armario, y tomando de allí una botella de agua de alucema, le hizo sorber de ella, le frotó las sienes, y la ayudó á acercarse á la ventana. Yo estaba tal, dijo la buena muchacha viendo á su señora recobrar sus sentidos, que no he sabido lo que hacia. Dios me es testigo que la vuelta del pobre Chip no me habria dado mayor placer. Yo atravesaba la sala baja cuando he visto á Milord bajar del caballo: si hubiese visto uno de esos viejos guerreros, que me dan tanto temor que no me atrevo á atravesar la sala por la noche, descender de su nicho, no habria estado mas espantada. He huido á la pequeña sala, desde donde he oido á Milord preguntar por Mr. Fitzalan. El sonido de su voz me ha alegrado el corazon, pues es un antiguo amigo, y desde que entró en el gabinete de Mr. Fitzalan, he corrido, y creo que no es difícil pensar de qué hablan.

La conmocion de Amanda se acrecentó mas. Temblaba tan fuertemente, que no podia tenerse en pié. Veía su destino y la felicidad de toda su vida depender de este momento, y procuró calmarse, aunque inútilmente. Este estado de una esperanza la mas penosa que uno se puede figurar, le causaba una agitación imposible de reprimir.

Habria permanecido casi una hora en esta cruel situacion, cuando vino á sus oidos la voz de Mortimer. Sobre saltóse; y adelantándose un poco hácia la ventana, vió á Mortimer atravesar la pradería con su padre, hasta que al llegar á una barrera donde sus criados y caballos le esperaban, se despidió de Fitzalan. Viendo Amanda perdi-

da ya la esperanza de una entrevista con Lord Mortimer, experimentó una gran opresion de corazon, y sus lágrimas corrian en abundancia.

Elena en su aposento se aturdió tanto como su señora; murmuró alguna cosa de la inconstancia de los hombres, que, decia, se parecian todos, y como Chip eran todos engañosos en todas ocasiones. Avisando á Amanda la campana de comer, enjugó sus ojos, y se puso un gorro muy adelante para que no se notase que habia llorado. Su padre divisó su turbacion, y juzgó que no ignoraba la visita que acababa de recibir. Al ver á Lord Mortimer, ya no se admiró de la tierna inclinacion que Amanda habia concebido por él. El aire noble é ingenuo del jóven habia prevenido al instante á Fitzalan en su favor. Le vió dotado de todas las calidades propias á hacer una fuerte y durable impresion sobre una alma sensible. Suspiró solo de pensar que la cruel necesidad le obligaba á separar dos seres tan bien formados uno para otro: pero como este obstáculo ni podia ni debia quitarse, el padre se alegraba de que Lord Mortimer, en lugar de venir á Carberry-Castle para hablarle de su hija, no le habia hablado de otra cosa que de negocios, ni le habia preguntado noticias de Amanda, sino con la frialdad que podia ser consecuencia de un amor absolutamente domado, ni le habia hablado palabra de la carta en la que habia comunicado á Fitzalan sus miras acerca de Amanda; de todo lo cual concluia, que Lord Mortimer habia renunciado á una hija sin fortuna, y llevado sus afectos á algun otro objeto. Este objeto preferido le parecia ser Lady Eufrasia Sutherland, de quien le habia hablado Lord Cherbury como de un excelente partido para su hijo, y por la cual parecia que Mortimer habia hecho el viage á Irlanda.

Fitzalan no tenia ánimo de comunicar sus reflexiones á su hija; queria mas que ella las penetrase con sus propias observaciones. Esperaba que de este modo el amor propio de Amanda vendria á su socorro para ayudarle á triunfar de su pasion. La comida se pasó sin conversacion. Luego que se retiraron los criados, Fitzalan deter-

minó aliviarla de la inquietud en que la veía, y le habló de la visita de Lord Mortimer. Ha venido, dijo él, únicamente para reconocer el estado en que se hallaba el castillo. Es en efecto un jóven amable y razonable, y hará honor á su familia. Deseaba mucho tiempo ha, me dijo él, visitar una posesion querida, por la memoria de los primeros años que en ella ha pasado, y porque su madre nació allí, haciéndola su residencia favorita; y habiendo encontrado una ocasion de hacer este viage en buena compañía, no ha querido diferir mas tiempo el darse esta satisfaccion.

Lord Mortimer ha hablado de su madre, añadió Fitzalan, con un verdadero respeto, y una penetrante ternura. El tono de su voz y sus ojos húmedos de lágrimas, me han hecho ver un corazon lleno de sensibilidad. La memoria de la madre es tan honrada por las virtudes de su hijo, como por los elogios que le tributa. Se habia dicho á Mortimer que el castillo estaba muy decaido. Se ha sorprendido agradablemente de haberlo encontrado en un estado que no se podia esperar de un edificio tan antiguo. No espera encontrar allí vestigio alguno de los cuidados que habia tomado, y se ha encantado de haberse engañado. Cada situacion le recordaba felices memorias, y sobre todo se ha detenido en el pequeño templo gótico, y despues de haber guardado algun tiempo de silencio: ¡Oh! ha dicho, qué momentos tan felices he pasado aquí con la mejor de las mujeres! En verdad, mi querida Amanda que habeis adornado este lugar con mucho gusto. Yo creo realmente que Lord Mortimer hubiera de buena gana robado de vuestro altar alguna de las guirnaldas de rosas y lirios de que lo habeis adornado: tanto las ha mirado Amanda se puso colorada, y su padre, leyendo siempre en sus ojos la esperanza y la curiosidad, añadió: Lord Mortimer ha puesto tambien los ojos sobre algunas porciones de terreno; y como me ha explicado el modo con que queria que se trabajasen, yo no creo que vuelva al castillo, tampoco que permanezca aún mucho tiempo en este reino. Despues de esta conversacion, Fitzalan se retiró á su

gabinete, y Amanda pasó en seguida al jardin, y se apresuró á ir al pequeño templo. Jamas los habia encontrado tan pintorescos, jamas le habia parecido adornar tanto el paisaje. El silencio de Mortimer cuando entró, no le parecia, como á Fitzalan, causado únicamente por la memoria de la felicidad que habia gustado al lado de su madre. No, decia ella, en este sitio ha pensado tambien en mí.

Es verdad que Mortimer no habia hablado á Fitzalan de Amanda sino con indiferencia; pero esta indiferencia podia ser efecto del resentimiento. Ella habia huido precipitadamente del país de Gales para evitarlo, despues de haberlo acogido de un modo que le daba un cierto derecho á ser sabedor de sus acciones, lo que ella habia descuidado despues. Amanda se lisonjeaba que esta era la causa verdadera de la frialdad de Mortimer, y que una esplicacion que estaba en estado de darle á su primera entrevista, produciria al momento una reconciliacion. Su padre, lleno de ternura por ella, y no pudiendo ser feliz sino con ella, prevenido á favor de Mortimer, no se opondria por mas tiempo á su union: permitiria que Mortimer se abriese al conde Cherbury, y que este sin duda se conduciria en esta ocasion, como lo hacia siempre, como padre tierno y hombre desinteresado.

Así Amanda, alimentándose de ideas conformes á sus deseos, procuraba olvidar las contradicciones que habia experimentado por la mañana. Fitzalan, tomando el té con su hija, no le sorprendió que hubiese estado en el pequeño templo; pero se admiró de ver en ella un aire de alegría que no le era ordinario. Conocia bastante el corazon humano para comprender que ella no habia podido sacudir la tristeza de la mañana, sino con el favor de algunas lisonjeras ilusiones. Creyó, pues, que el mejor medio de disiparlas era dejarla ver á Lord Mortimer.

Reflecionando aún sobre el carácter de este jóven Lord, y sobre todo lo que habia sabido de Lord Cherbury, se persuadió mas fuertemente de que Lady Eufrasia era no solamente destinada á Lord Mortimer, sino tambien el objeto de sus afectos. Creyó tambien que la visita de Mor-

timer á Carberry-Castle habia tenido por objeto manifestar la mudanza de sus sentimientos con la frialdad de su conducta, y extinguir de este modo todas las esperanzas que su mansion en la vecindad habian podido hacer nacer y alimentar.

El habia vacilado en aceptar el convite de los Kilcorban; pero se determinó á ir y llevar á su hija, lleno de la idea de que se convenceria ella misma de la mudanza de Mortimer para con ella, conviccion que era necesario que tuviese.

Amanda esperó con grande impaciencia esta noche, en que debian realizarse sus esperanzas ó sus temores.

CAPITULO IX.

La noche tan deseada llegó al fin. Amanda se adornó con la mayor agitacion; sus espíritus se reanimaron cuando se miró en el espejo. La esperanza habia aumentado el brillo de sus ojos, y avivado los colores de su cara. Elena, que tenia un grande interes en que su jóven señora se presentase la mas hermosa del baile, declaró que Amanda iba á escitar los celos de todas las damas irlandesas, y al mirarla Fitzalan se sorprendió de verla tan hermosa. La miró con una alegría que atrajo algunas lágrimas á sus ojos, y sintió una secreta vanidad de manifestar á la marquesa, que este descuidado renuevo de su desgraciada hermana habia llegado á ser tan hermoso y florido, aunque lastimado del viento de la pobreza, y de la tempestad de la desgracia.

No, se decia á sí mismo, los encantos de Eufrasia no pueden disputar con los de Amanda, á lo menos no pueden escederlos. La dulzura y la inocencia se manifiestan en la frente de mi hija, y la marquesa habrá imbuido su carácter y sus miradas fieras á Lady Eufrasia.

Llegando Amanda á Grangeville, encontró todas las ave-

nidas llenas de carrozas. La casa estaba perfectamente iluminada, y se daba á conocer como la mansion de la magnificencia y del placer. Temblaba al subir la escalera, queria detenerse un momento para repararse; pero la puerta se abrió, y Mistriss Kilcorban vino delante de ella para recibirla. Aunque la sala era muy grande, habia un concurso numeroso; estaba adornada de festones de flores, é iluminada de gran cantidad de luces. A la entrada estaba la orquesta, y al fin de ella y enfrente la marquesa y toda su sociedad. Latia el corazon de Amanda cuando se dirigió á Mistriss Kilcorban, y su conmocion estingua su voz. Sin embargo, acordándose de que Mortimer la observaba, y de que las miradas malévolas de sus orgullosas parientas estaban fijas sobre ella, volvió á tomar su resolucion, y atravesó la sala con gracia y con dignidad. Muchas personas de la concurrencia no la conocian, y se oyó un general murmullo: ¿quién es esta jóven tan hermosa? y otras muchas espresiones de admiracion de la mayor parte de los hombres, entre los cuales se hallaban muchos oficiales de la guarnicion de la vecina ciudad. Confusa de la atencion que se atraia, se apresuró á tomar el primer puesto vacante, que se encontraba al lado del de la marquesa. Ella verdaderamente habia escitado la admiracion universal, sobre todo entre los hombres, por su belleza, sus gracias naturales y la sencillez de su vestido.

Era de tafetan blanco liso, con un gorro de crespon en forma de turbante, adornado de plumas caidas. No llevaba otro adorno que un collar de perlas del cual colgaba un retrato de su madre, y al borde de su basquiña un ligero bordado representando hojas de laurel, y flores de plata. Sus cabellos abundantes y rizados, brillantes por su color natural, ondeaban sobre sus espaldas, y acompañaban á unas mejillas, cuya blancura se confundia con los dulces matices de la rosa; cuando se hubo sentado, su turbacion se disminuyó, levantó los ojos, y se encontró con los de Mortimer, el cual se hallaba apoyado sobre el respaldo de la silla de Lady Eufrasia. Mortimer la miraba fijo con una estrema atencion, pareciendo querer penetrar

en los rincones de su corazon, y buscar allí si tenia guardado algun lugar. Ella se puso colorada, y desviando sus miradas, conoció que era el objeto de la crítica de la marquesa y de Lady Eufrasia. Tenian ellas un aire de malignidad que la sobresaltó. No pudo ver sin horror á la que habia tan fuertemente contribuido á las desgracias de Malvina. Es verdad, decia Lady Eufrasia, con un tono afectado y una sonrisa desdeñosa, á un oficial jóven que estaba á su lado, ¿es verdad que la encontrais hermosa? —¡Hermosa! replicó el jóven con calor; ¡ah! la encuentro atractiva, encantadora.

La marquesa arqueó las cejas con soberbia; Lady Eufrasia se sonrió con desden, meneó la cabeza, y enredó con su abanico. La envidia y mal natural, que la marquesa habia manifestado en su juventud, eran los mismos que en su edad madura; pero en lugar de ser envidiosa y perversa, por respecto á sí, lo era por respecto á su hija. Para concentrar á Eufrasia todos los elogios y toda la admiracion de la sociedad, habria visto con placer una buena cara desfigurada, y las buenas calidades de una persona hermosa menospreciadas, y no dejaba jamas escapar ocasion alguna de denigrar la figura, y calumniar el carácter de todas las que pudiesen ser rivales de Eufrasia.

Tenia estos mismos sentimientos, con respecto á Amanda; y á pesar de su ceguedad por su hija, no podia disimular la superioridad de Amanda, á lo menos en su figura. Lady Eufrasia heredaba unos grandes bienes, lo que le aseguraba siempre mucho miramiento; pero esta consideracion estaba destituida de estimacion é inclinacion, dictada solo de la lisonja. ¡Qué diferencia entre los homenajes de esta especie, y los que una espontánea admiracion tributada á Amanda, que sin titulos y sin fortuna, estaba perseguida de los elogios, y habria atraído á su alrededor una multitud de adoradores, si esto hubiese sido compatible con su modestia, y con su vida retirada!

El carácter de Lady Eufrasia, era el mismo que el de su madre; pero en su figura se parecia á su padre. Su talle era pequeño, y sus facciones recojidas y groseras; lo que

le daba un aire de edad mayor que Amanda, aunque las dos tenían una misma. Con una grande fortuna, era desgraciada al instante que veía á una persona con quien podía creer que la naturaleza había sido mas liberal que con ella. En su interior, como objeto de una continua lisonja, era de bastante buen humor; pero por el exterior, experimentaba el mayor pesar siempre que encontraba alguna muger superior en rango y fortuna, y á quien se hiciese mejor acogida que á ella misma.

Había contado parecer en este baile como una divinidad. Todo el arte imaginable, y todas las invenciones de la moda habían concurrido á su adorno, y había hecho su entrada en el salon, con toda la insolencia que podían inspirar el orgullo de su carácter y la pretension á la belleza. Caminaba como si tuviese dificultad de mover y sostener sus miembros delicados, y sus ojos lánguidos estaban medio cerrados. Viendo en una concurrencia buen número de hermosas, tomaba mal humor; pero los respetos que se tributaban á su calidad, la tranquilizaban un poco. Había encontrado el medio de tener á su lado á Lord Mortimer y á Sir Carlos Bingley, el jóven oficial de que hemos hablado poco ha, coronel del regimiento que se hallaba de guarnicion en la vecina ciudad. Su alegría estaba sostenida por las atenciones de los dos mas amables hombres de la sociedad, y como una orgullosa sultana en medio de sus esclavas, se saboreaba con las alabanzas que arrancaba de su política, en los discursos falsamente modestos que les tenía. Pero cuando la puerta se abrió, Amanda, pareciendo como un ángel de luz, disipó en un momento los vapores de la vanidad, y las ilusiones del egoismo que se da importancia. Lord Mortimer no abrió su boca; pero sus miradas espresaban todos sus sentimientos; y Sir Carlos Bingley, que no tenía motivo alguno secreto para ocultar los suyos, declaró abiertamente su admiracion, en los términos arriba descritos, y á los cuales Lady Eufasia respondió como hemos dicho.

Todo el alborozo que manifestaba Sir Carlos, lo sentía Mortimer. Su alma parecía querer escaparse hacia Aman-

da, para llevarle sus sentimientos, asegurarse de los que habia conservado hácia él, y quejarse del tratamiento que habia recibido de ella; pero este primer movimiento de ternura decaia, cuando se acordaba de la conducta que habia tenido con él; con qué crueldad é ingratitud habia huido en el momento mismo en que le habia dejado concebir las mas dulces esperanzas; con qué dureza lo habia abandonado á la desconfianza, á las inquietudes y á los pesares, dejándole con el temor de alguna inclinacion injuriosa para él, que ni ella ni su padre querian confesar. El estaba infinitamente distante de pensar que la escrupulosa delicadeza de Fitzalan fuese la causa sola de la huida de Amanda. El la adoraba siempre, y no podia ni queria desterrarla de su pensamiento, sino despues de estar bien asegurado de que ya no era digna de su aficion, y estaba en una mortal impaciencia por tener una explicacion de su conducta misteriosa. Desde Tudor-Hall habia marchado á Lóndres agitado y desgraciado. Poco tiempo despues de su llegada, el marques de Rosline le habia propuesto acompañarle á Irlanda; lo que él habia rehusado, teniendo motivos para creer que Lord Cherbury tenia el proyecto de casarlo con la hija del marques. El conde manifestó alguna desazon á su hijo por esta denegacion. Le dijo que habia deseado que hiciese el viaje de Irlanda para saber su opinion sobre el estado de Carberry-Castle, donde habia enviado á residir á un hombre de toda su confianza, sobre quien se podria descansar para mandar hacer con economía é inteligencia, todos los reparos y mejoras que se creyeran necesarias y útiles, y le nombró á Fitzalan. La agitacion y sorpresa de Mortimer fueron grandes, pero las ocultó, y con un aire de indiferencia, hizo á su padre algunas preguntas sobre este hombre, y reconoció ser el padre de Amanda. No hizo mencion alguna de ella; pero le dijo que pues que Lord Cherbury lo deseaba tanto, él acompañaria al marques. Este estuvo muy satisfecho, pues habian convenido con el conde Cherbury, en unir las familias casando á Lord Mortimer con Lady Eufrasia. Mortimer sospechaba alguna cosa del proyecto,

y Lady Eufrasia estaba enteramente en sus miras, pues no tenia el alma hecha para la sensibilidad.

En cuanto á Mortimer, se resistia á dar esperanzas que no tenia intencion de realizar jamas. Trataba á Lady Eufrasia con política, y parecia preferir constantemente la conversacion de la madre á la hija, queriendo sofocar este proyecto ántes de que naciese, y ahorrarse la pena de rehusarlo formalmente. Aun cuando su corazon hubiese estado libre, jamas Lady Eufrasia habria sido objeto de su eleccion. Si reconocia que Amanda era tal como como la habia juzgado desde el principio, se miraba como empeñado por todos los lazos del amor y del honor á no tener otra esposa que ella; pero al mismo tiempo estaba resuelto á no escuchar la voz de su ternura á favor de Amanda, sino cuando estuviese perfectamente convencido de que ella no habia merecido perderla. Habia venido á Carberry-Castle, con el designio formado de hacer creer su indiferencia, y quitar á Amanda toda la idea de que hubiese venido por ella á Irlanda. No se hacia escrúpulo de afligir su ternura, si ella aun conservaba alguna hácia él, por una frialdad aparente que no seria mas que una pequeña venganza, de la pena que ella le habia causado huyendo con tanta crueldad; pero él estaba resuelto á llegar á una esplicacion, despues de la cual arreglaria su conducta en lo sucesivo.

El se habia propuesto permanecer toda la noche del todo indiferente con Amanda; pero ella se manifestó tan amable, y Sir Cárlos Bingley tan obsequioso con ella, que estuvo cien veces tentado de desnudarse del carácter de que se habia revestido, y libertarse de la sujecion que se habia impuesto.

La marquesa y Lady Eufrasia no fueron las solas personas á quienes atormentaron los sucesos de Amanda. Las dos Miss Kilcorban llegaron por ello á la desesperacion. Se habian lisonjeado de atraerse sobre ellas solas todas las admiraciones; y se habian tanto mas cruelmente engañado en sus esperanzas, cuanta mayor pena se habian tomado y mayores gastos habian hecho para adornarse. A

las sugerencias de su vanidad se habian juntado durante el tiempo del tocador los elogios de su madre, que á cada momento esclamaba: Vamos, vamos; los hombres no tendrán con qué defenderse, pues he aquí dos formidables enemigos contra ellos.

Vestidas de gasa de color, y arrastrando las colas de mas de seis palmos de largo, atravesaron la sala con estrépito para presentarse á Amanda: la aseguraron que tenian el mayor contento en verla; pero que temian se hallase indispuesta, pues tenia mal color. Amanda les respondió que no sentia indisposicion alguna. Miss Kilcorban le dijo al oido: la marquesa no se ha sonreido desde el momento en que habeis entrado; yo temo que mamá haya cometido una grande falta convidándoos juntas. La grosería de esta observacion chocó á Amanda, é iba á replicar, cuando Miss Alicia dijo que creia que Lord Mortimer estaba locamente enamorado de Lady Eufrosia. Amanda levantó involuntariamente los ojos buscando á Mortimer, y vió cerca de ella á Sir Carlos Bingley.—¿Se me perdonará, dijo él, turbar un trio tan amable? pero un soldado debe agarrar la ocasion por los cabellos, y esta es tan favorable á los deseos de mi corazon, que puedo temer no encontrar otra semejante. Miss Kilcorban se enderezó á este discurso, se dió aire con el abanico, y se sonrió graciosamente con Sir Carlos, no dudando que venia á empeñarse para ser su pareja en la primera contradanza; pero escurriéndose por entre las dos hermanas, saludó agradablemente á Amanda, y la suplicó quisiese honrarlo con su mano. Ella le manifestó su consentimiento con una dulce sonrisa, y se sentó á su lado, esperando que empezase el baile. Las dos Kilcorban arrojaron sobre ellos una mirada malévola, y se separaron con un aire de indiferencia y de desprecio.

Lady Eufrosia habia esperado que Sir Carlos y Lord Mortimer se disputarian su mano; pero la mortificó infinitamente la desercion del primero, y aun mas la preferencia que daba á su prima. Sir Carlos era un jóven á la moda y lleno de vivacidad: ella lo habia honrado á menudo

con una acogida favorable en Inglaterra, y habia deseado ponerlo en la lista de sus adoradores, ó de aquellos que ella tomaba por tales. Solo le faltaba el ofrecimiento de Lord Mortimer para ponerla de buen humor. Así como este acababa de comprometerse con ella, llegó el jóven Kilcorban, y Lord Mortimer sintió sinceramente que no le hubiese ganado por mano. El jóven se desesperó de haber encontrado empeñada ya á la dama; pero le suplicó que le permitiese tener el supremo honor y la agradable dicha de recibir su mano para la contradanza siguiente, lo que le prometió con un tono tan afectado como impertinente, si estaba (decia) en estado de soportar una segunda contradanza.

Amanda y Sir Cárlos, Lady Eufrasia y Lord Mortimer eran en la contradanza las parejas vecinas. Amanda escuchaba á Sir Cárlos, cuya conversacion era viva y agradable. Lord Mortimer les miraba con una atencion inquieta. Lady Eufrasia observaba á Mortimer, y su aire y algunas indirectas que soltaba, manifestaban bastante su descontento. Mortimer se esforzaba por dominarse y ser político; pero Eufrasia, no contenta con verle volverse á ella, procuraba tambien atraer la atencion de Sir Cárlos. Ella le dirigia la palabra por delante de Amanda; pero todos sus esfuerzos eran vanos. Decia de paso una palabra á Eufrasia, y sus ojos no podian desviarse de la encantadora figura de su pareja. La mano de Amanda temblaba cuando tenia que darla á Lord Mortimer; pero este, estendiendo la suya, evitaba tocar la de Amanda, que tenia el corazon penetrado de este desden. Ella suspiró sin advertirlo, y Sir Cárlos le preguntó sonriéndose á quién se dirigia este suspiro.

Esta observacion puso á Amanda sobre sí misma, y tomó un aire animado, que sostuvo durante el resto del baile. Acabada la contradanza, Sir Cárlos la condujo á un asiento vecino al que Lord Mortimer acababa de tomar; y reparando que Mortimer fijaba á menudo sus ojos sobre ella, esperó que la suplicaria bailase con él. Sir Cárlos sentia que la costumbre antigua de no cambiar de pareja

estuviese abolida, y protestó que no la dejaria nasta que no le hubiese prometido una tercera contradanza: ella no pudo rehusarla. En este mismo momento, habiendo dejado Mortimer el lado de Eufrasia, el seno de Amanda palpitó al ver acercársele. El se detuvo; ella sintió desfallecer su corazon; él le arrojó una mirada, y pasó adelante á otra: Amanda le siguió con los ojos, y vió que se comprometió con Miss Kilcorban.

Este fué para Amanda un golpe terrible. La cortesía, se decia á sí misma, exigia en efecto que bailase al principio con Lady Eufrasia; pero á menos que yo no le sea absolutamente indiferente, no debia descuidarse de proponerme la segunda. Yo no soy nada para él, y ya no está ocupado sino de Eufrasia, y de mugeres que pueden ser agradables á este único objeto de sus atenciones. Muchos hombres vinieron para sacarla á bailar: ella alegó su cansancio, y fué á sentarse sola cerca de una ventana, teniendo el aire de estar ocupada mirando el baile; pero á la verdad absorta en sus tristes pensamientos. Los bosques vecinos, alumbrados por la luna, presentaban á su memoria los de Tudor-Hall, donde tantas veces habia ido errante con esta dulce luz, y donde habia recibido promesas de una eterna fidelidad; promesas que tenia muy grabadas en su corazon, pero que no tenia esperanza alguna de ver realizadas.

Habiéndose suspendido el baile, la concurrencia pasó á otra sala para tomar algun refresco. Entregada Amanda á sus pensamientos, no habia advertido este movimiento, cuando el jóven Kilcorban corrió saltando á decirle que estaba tan sola como un ermitaño, y riendo hasta las narices, le volvió la espalda con una impertinencia sin igual. El no la habia mirado en toda la noche. Era este uno de aquellos insectos importunos que no se manifiestan sino al sol de la fortuna. Orgulloso de sus relaciones con la marquesa y Lady Eufrasia, se habia descuidado de Amanda, no solo como poco digna de su atencion, sino porque esta negligencia le parecia que era para él un medio para ganar el favor de las mugeres. Advertida Amanda con este avi-

so, reparó que habia quedado casi sola, y quiso pasar al otro aposento; pero encontró en él todos los asientos ocupados: cerca de la puerta estaban Lady Eufrasia y las dos Miss Kilcorban. Lord Mortimer estaba apoyado sobre el respaldo del asiento de Milady, y el jóven Kilcorban, sentado al lado de ella, no imaginó ofrecer su asiento á Amanda. Esta estaba en pié y en una situacion muy desagradable, y ademas tenia el disgusto de oir á muchas personas, notar cuán extraño era que no hubiese sido recibida con aprecio por una parienta tan próxima como la marquesa de Rosline. Ella se vió el objeto del cuchicheo universal entre los que circuian á Lady Eufrasia, escepto Mortimer.—Sobre mi palabra, dijo el jóven Kilcorban, que hay ciertas mugeres que estudian en tomar actitudes á las cuales seria mejor que renunciassen.—Sí, y sobre todo para observar la decencia, dijo Eufrasia con su ordinaria altanería. Podria, añadió, servir de modelo para una figura de Esperanza.—Sí, respondió Kilcorban, dándole una áncora para apoyarse.—Perfectamente, respondió Eufrasia balanceando su cabeza y los rizos de sus cabellos, y haciendo mover sus ojos moribundos.—Tambien podria representar la Melancolía en un monumento, añadió Kilcorban.—Pero ¿tiene algun dolor que acariciar? dijo Eufrasia.—Sí, Milady, replicó él; tiene uno, pero no que pueda complacerle, y es ver sus encantos enteramente eclipsados por los vuestros.

Lord Mortimer, cuyos ojos centellaban de indignacion durante este diálogo, tomó la palabra diciendo:—Señoras, la pintaríais de otra manera si lo hiciérais bajo la figura de la Sabiduría, mirando con compasion las locuras humanas; y sonrióse de ver los tiros de la maledicencia, dirigidos contra el seno de la inocencia y de la modestia, volverse contra aquellos que los despedian.

Amanda no oyó palabra alguna de estas, que Mortimer habia pronunciado á media voz. Las impertinencias de que era objeto, escitaron la indignacion de su corazon: ella habria dejado el aposento si el paso no hubiese estado embarazado por mucha gente. Ocupado Sir Cárlos Bin-

gley con la jóven con quien habia bailado, habia perdido de vista á Amanda hasta este momento. Corrió hácia ella. —¡Sola, le dijo, y en pié! Yo no lo habia advertido hasta ahora: parece que estais fatigada. Ella en efecto estaba muy pálida.—Kilcorban, dijo Sir Cárlos dirigiendo la palabra á este jóven, seguramente no habíais visto que Miss Fitzalan estaba en pié; de otra manera le habríais ofrecido vuestro lugar: y tomándole por el brazo, y haciéndole levantar, llevó la silla á Amanda; y despues de haberle procurado algunos refrescos, se sentó á sus piés, diciendo: —Aquí está el trono, donde los reyes vienen á postrarse.

Las gracias amables y naturales de Amanda habian encantado á Sir Cárlos; y la negligencia con que la veia tratada, daba á sus atenciones con ella una dulzura y una ternura que no habia manifestado aún. Su sensibilidad se mortificaba; y aun cuando hubiese sido una muger ordinaria, en esta situacion, habria llegado á ser el objeto particular de sus atenciones. Tomó en aborrecimiento á la marquesa y su hija por su envidia, y en menosprecio á las Kilcorban por su vil insolencia. La marquesa le habia contado largamente la conducta chocante que habian tenido los padres de Amanda, cuyas malas calidades, decia ella, se manifestaban en su hija: en fin, habia hecho todos sus esfuerzos para desacreditarla á sus ojos, lo que era bien imposible.

¡Dios mio! dijo Lady Eufrasia levantándose, dejadme salir de aquí. Esta escena verdaderamente es desagradable. Lord Mortimer la dejó ir sola, y se puso á pasear la sala, trayendo sus miradas sobre Amanda, cuyas esperanzas se reanimaron en este momento. Sus ojos volvieron á tomar su brillo, un ligero encarnado tiñó de nuevo sus mejillas: aunque comprometida con Sir Cárlos para la contradanza, hubiera descado que Lord Mortimer se la propusiese. El concurso habia vuelto á la sala de baile, y Sir Cárlos le presentó la mano para conducirla á ella. En este mismo momento, Mortimer se acercó, y Amanda se detuvo como para volverse á arreglar alguna cosa de su adorno. El se dirigió á una señorita muy hermosa, á

quien le ofreció ser pareja suya. Amanda le siguió con los ojos, quedándose en el mismo lugar, hasta que Sir Carlos, tomándola por la mano, la sacó del pensamiento que la ocupaba.

Después de la contradanza con Sir Carlos, Amanda habría partido si hubiese tenido á su criado; pero después de haber quitado los caballos del coche, se había vuelto á Carberry-Castle, y no podía tenerlo sino muy tarde. Ella declaró su resolución de no bailar mas; y Sir Carlos, renunciando también á ello, pasaron á una pieza donde se jugaba y había menos gente que en otras. Lady Greystock estaba en una mesa con el marques y la marquesa. Hizo señal á Amanda para que se le acercase, y le manifestó el placer que encontraba en verla. El marques se puso sus anteojos para mirarla. La marquesa mostró mucho disgusto, y manifestó que tendría cuidado en lo sucesivo de no aceptar funciones de placer donde pudiesen concurrir personas que no debían estar. Este discurso era demasiado directo para no ser entendido. Amanda hubiera querido ocultar su conmoción; pero como sentía que no sería señora de sí misma, se alejó de la mesa. Sir Carlos la siguió, procurando retirarla de las observaciones y ocultar las lágrimas que derramaba.—¡Detestable malignidad! dijo él; mi querida Miss Amanda, vos no sois el objeto de ella, sino porque vuestro mérito y vuestra belleza brillan con demasiado esplendor. Es vicio de pequeñas almas aborrecer la superioridad á que ellas no pueden llegar.—¿Es cosa cruel, es horrible, dijo Amanda, hacer sobrevivir la enemistad al objeto que han perseguido hasta el sepulcro, y aborrecer á la hija porque detestaron á la madre. ¡Y qué madre, decia, poniendo los ojos sobre la miniatura que llevaba, y qué poco merecia estos crueles tratamientos! Sir Carlos arrojó una mirada sobre el retrato, y vió que estaba todo bañado de lagrimas de Amanda: las enjugó con su pañuelo, que al instante después llevó á sus labios, y puso en seguida en su seno.

En este momento vió ella á Lord Mortimer, que estaba observando esto á solas sin ser visto: desde que se atrajo

sus miradas, se alejó Lord Mortimer, y dijo Sir Cárlos: este es como un duende; no hace mas que ir y venir, y creo que las cosas no van muy bien entre él y Lady Eufrasia.—¡Qué! dijo Amanda, ¿hay alguna cosa entre ellos? —Se dice, respondió Sir Cárlos; pero yo no siempre creo lo que murmura el público. Conozco á Lord Mortimer hace mucho tiempo, y despues de la idea que tengo de él, no creeré jamas que Lady Eufrasia pueda agradarle: aun apostaré, por el contrario, que él no tiene el menor gusto por ella. Yo no diré otro tanto de las mugeres que están aquí. Me ha venido muchas veces la idea esta noche, de que despues de las frecuentes miradas que os ha dirigido, está en el punto de ofreceros sus homenajes; lo que os confieso no me daria placer alguno. Mortimer tiene aun mas mérito y gracias que su exterior anuncia, y es un rival enfadoso de encontrar.

Amanda, embarazada de esta conversacion, procuró desviarla, y lo consiguió al fin. Hablaron agradablemente sobre diferentes objetos hasta la cena, durante la cual Sir Cárlos tuvo las mismas atenciones para con Amanda. Lord Mortimer estaba ó parecia estar todo entero para Lady Eufrasia, la cual de tiempo en tiempo cuchicheaba con las dos Miss Kilcorban, y arrojaban miradas satíricas á Amanda. Al dejar el comedor Amanda, encontró á su criado, y le dijo hiciese adelantar el coche. Sir Cárlos, que le daba la mano, la rogó que permaneciese aún; pero le confesó que era por él mismo el hacerle esta súplica, pues convenia con ella en que no encontraria placer alguno en quedarse por mas tiempo. Conduciéndola á su coche, le dijo que iba á seguir su ejemplo retirándose, pues que dejando ella esta escena, perdia para él todos sus atractivos. El la suplicó, y obtuvo el permiso de ir á hacerle una visita á la mañana siguiente.

Llegó, pues, á Carberry-Castle en un estado muy diferente del que se hallaba cuando marchó por la mañana. Su padre la recibió en sus brazos pálida, temblando, débil, pues él no habia querido acostarse antes de su llegada. El adivinó en seguida la causa de su abatimiento, y su corazon sufrió los golpes que llevaba el de su hija.

Al ver á su padre arrojarle una mirada de dolor y de ternura, procuró reanimar su espíritu; y despues de haberle hecho algunos detalles de la fiesta, respondió á todas las preguntas que le hizo sobre la conducta de la marquesa y Lady Eufrasia con ella. El se afligió mucho de esta relacion.—¡Gran Dios, dijo él, qué caracteres! Pero, mi querida Amanda, vos sois demasiado amable, y os pareceis muchísimo á vuestra madre en vuestras escelentes calidades, para no ser como ella el blanco de la malicia. ¡Oh! ¡Quiera el cielo que no os llegue para haceros desgraciada! ¡Quiera la Providencia, á quien imploro todos los dias, proteger á la hija de mi amor, hacer ilusorios todos los lazos tramados contra ella, y que mis ojos disfruten algun dia del espectáculo de su dicha!

Amanda se retiró á su aposento, penetrada á lo sumo de las espresiones que acababa de oir.—Sí, decia ella, con el corazon lleno de compasion y de reconocimiento por su padre, yo le ocultaré en adelante mis penas, para ahorrarle el sentimiento de ellas. Sí, Mortimer, el dolor que me causa vuestra inconstancia permanecerá sepultado en el fondo de mi corazon; y jamas la felicidad de mi padre será turbada con la certidumbre de que yo he perdido para siempre la mia.

El dia empezaba á apuntar, y Amanda no tenia gana alguna de dormir. Estaba á la ventana; el silencio de la noche solo era interrumpido por los coches que volvian á conducir á sus casas los actores fatigados de una escena de placer y de disipacion.—Pocas horas ha, se decia á sí misma, que estaba alegre, animada y feliz, y ahora estoy triste y abatida. ¡Oh Mortimer, á quien debo esta mudanza! Pocas horas ha que me creia amada de vos, y ahora la ilusion está ya disipada: ya no puedo esperar mas, ni vos engañarme mas. En fin despues de haberse desnudado, se arrojó sobre la cama, y consumida de fatiga se durmió.

CAPITULO X.

Al dia siguiente por la mañana, Sir Carlos Bingley fué á Carberry-Castle. Fitzalan habia salido, y Amanda lo recibió en su gabinete-tocador. El la dijo con un conocido disgusto que estaba próximo á partir á Dublin y de allí á Inglaterra, donde le llamaban las cartas que acababa de recibir; que sentia infinito que su conocimiento, ó mas bien su amistad, término que le suplicaba le permitiese usar, fuese así interrumpido desde su nacimiento: le aseguró que esta contradiccion era mas dolorosa para él de lo que ella podia imaginarse ni él mismo explicar; que él se apresuraria á volver á Irlanda para estar cerca de ella, y que le conjuraba de tenerle en la memoria. Amanda, suponiendo que la simple política le habia sugerido hacer esta peticion, le dijo: mi padre será muy feliz en conoceros, si volveis á nuestra vecindad. Al entrar, habia dicho que no podia estar mas que pocos minutos, y pasó al lado de Amanda cerca de dos horas. Al tiempo de marcharse, protestó que creia que el castillo estaba encantado, pues era tan difícil salir de él; y sin embargo, añadió, á diferencia de los antiguos caballeros andantes, yo no quisiera quebrantar el encanto que me detiene en él.

Los dias se pasaban, y Lord Mortimer no parecia. Amanda oia hablar de él á menudo, y siempre como de uno de los adoradores de Lady Eufrasia. Estaba instruida de las fiestas que se daban en Ulster-Lodge y sus cercanías. Las Kilcorban parecian haberle dejado. Solo Lady Greystock era de aquella familia la que habia continuado teniendo con ella algunas atenciones. Habia venido dos ó tres veces á Carberry-Castle á ver si su delantal estaba concluido, y contar á Amanda las noticias que habia podido recojer. Amanda sostenia bastante bien la resolucion que habia formado de ocultar su tristeza á su pa-

dre; pero se abandonaba á ella cuando se hallaba sola. La idea de la union de Lord Mortimer con Lady Eufrasia poseia su imaginacion, y esparcia la amargura en todos sus movimientos. Sí, esclamaba paseándose en los jardines, que su cuidado habia vuelto á su primitiva belleza; yo he plantado estas flores, y su fragancia servirá para otra: estas rosas que mis manos han cultivado, Mortimer las esparcirá bajo las pisadas de Eufrasia, y ella disfrutará de las bellezas de este paisage que yo he adornado.

Cerca de tres semanas despues del baile, una mañana, hallándose en el gabinete engañando su displicencia con un canto lastimero y tierno, oyó detras de ella abrir la puerta: creyó que era Elena; pero no adelantándose nadie, volvió la cabeza, y vió, no á Elena, sino al mismo Lord Mortimer. Se levantó con sorpresa de la silla; la obra que tenia se le cayó de sus manos, y no pudo hablar ni moverse.—Yo os pido perdon de haberme introducido así; pero me habian dicho que encontraria aquí á Mr. Fitzalan.—Está en su gabinete, Milord, dijo friamente Amanda. Voy á decirle que Milord desea verlo.—No, dijo él, yo no sufriré que os deis esta pena: no tengo cosa muy precisa que decirle. Obligó á Amanda á volverse á sentar, y tomó una silla á su lado.

Ella se puso á trabajar mientras que Lord Mortimer, mirando al rededor del aposento, parecia reconocer en él unos objetos que le eran familiares, y que veia con un placer mezclado de pena, como recordándole la memoria de unos dias felices que ya no existian.—Este aposento, dijo él, era el retrete favorito de una de las mas amables y mas estimables mugeres.

Esto es lo que muchas veces he oido decir, replicó Amanda; aun se recuerdan con reconocimiento en todos estos alrededores las virtudes de Lady Cherbury. Yo creo, dijo Mortimer, arrojando á Amanda una mirada llena de ternura, que deben tener la misma opinion de la que habita en el dia en su aposento. Amanda bajó los ojos y suspiró; pero este suspiro era mas de sentimiento que de placer. Ella pensó en este momento que Mortimer sole

venia para asegurarse de si le conservaba alguna inclinacion. ¡No la habia tratado con la mayor indiferencia? ¡No era el admirador declarado de Eufrasia? Luego no venia por ella, sino por Fitzalan. Todas estas ideas se presentaron á su imaginacion, y se determinó á no quedarse por mas tiempo con él. Su delicadeza y su orgullo le daban este consejo, pues temia, si escuchaba mas su lenguaje seductor, hacer traicion á los sentimientos de su corazon. Ella se levantó diciendo que iba á avisar á su padre que Milord queria verle.

¡Fria é insensible Amanda! exclamó Lord Mortimer agarrando una de sus manos, y deteniéndola, ¡así huís de mí? Cuando yo me separé en el país de Gales, creyendo no dejaros mas que por pocos dias, ¿podria yo creer que experimentaria jamas un recibimiento semejante? En efecto, puede ser que no, replicó ella con algun imperio; pero despues de esta época, ambos hemos escuchado mejor los consejos de la prudencia. ¡Qué, dijo él, de la prudencia, que os habria hecho evitar una accion que debia darme sospechas! ¡Sospechas! Milord, replicó Amanda con una especie de horror que manifestaban sus miradas. Perdonad, dijo él, la palabra es dura; pero, Miss Fitzalan, cuando vos reflexioneis sobre vuestra conducta conmigo, sobre vuestra marcha precipitada y clandestina en el momento mismo en que el consentimiento recíproco de nuestros sentimientos parecia debia ser seguido de la mas entera confianza entre nosotros, no os podreis admirar de que las conjeturas tan afligidas se hayan presentado á mi imaginacion.

¡Es posible, Milord, que no hayais jamas concebido la razon de mi partida? ¡Y es posible que la reflexion no os haya conducido á adivinarla? No, jamas he podido, contestó Mortimer; os lo protesto solemnemente, y jamas recobraré el reposo mientras no tenga esta explicacion. El se detuvo como esperando esta satisfaccion; pero Amanda, agitada por lo que acababa de decirle, no estaba en estado de responderle. Mientras ella aun guardaba silencio temblando y pareciendo turbada, oyó la voz de su padre

en la escalera.—Es preciso que me vaya, dijo á Mortimer; mi padre está aquí. Prometedme, pues, hallaros en Santa Catalina esta tarde sobre las siete de ella, pues sin esto yo no os dejo. Estaré en suplicio hasta que me espliquesi vuestra conducta.—Os lo prometo, dijo Amanda. Lord Mortimer la dejó, y ella se retiró á su aposento con tiempo suficiente para no ser vista de su padre.

Sus esperanzas empezaron á renacer; y volvió á persuadirse que lord Mortimer habia hecho el viaje á Irlanda por ella. El rumor que corria de que estaba enamorado de Eufrasia, no estaba fundado sino en que él vivia en la casa del marques y en su sociedad.—Si él hubiera estado indiferente para conmigo, decia, no habria manifestado en diferentes circunstancias su conmocion. Las miradas y el language de lord Mortimer espresaban constantemente los sentimientos de un corazon desgraciado y aficionado tiernamente. En fin, á menos de que alguna circunstancia imprevista no impidiese renovar esta aficion, ella tenia tanta impaciencia en darle la explicacion de su conducta, como él la tenia de obtenerla.

Apenas habia salido lord Mortimer, cuando se presentó lady Greystock. Amanda creyó que segun su costumbre, venia á hacerle una visita de poco tiempo. Su pena y su sorpresa fueron extremas cuando le oyó decir que venia á pasar con ella todo el dia en familiaridad, porque las señoras de Grangeville estaban tan atareadas con los preparativos de una fiesta que daban al dia siguiente, que habian cerrado la puerta á todo el mundo, y en la casa no se podia estar sin incomodidad.

Amanda se esforzó á disimular su pesar; pues juzgó que le seria imposible sostener la conversacion hallándose sus pensamientos ocupados sobre un objeto ausente. Por fortuna suya, lady Greystock hablaba mucho y necesitaba mas de oyentes que de interlocutores; ella, pues, no estaba descontenta de la taciturnidad de su hermosa compañera. Amanda procuró tranquilizarse con la esperanza de que la vieja señora se iria temprano para encontrar en Grangeville su ordinaria partida de *Wisk*; pero ha-

bían ya dado las seis, y ella no hacia semblante de marcharse. Amanda estaba como en un suplicio, y el color de sus mejillas manifestaba su agitacion: ya se levantaba, ya caminaba en el aposento, ya iba á la ventana para ocultar su turbacion, mientras que su padre y lady Gerystock conversaban. Fitzalan, en fin, dijo que tenia algunas cartas que escribir, y suplicó á lady Greystock que lo escusase si se ausentaba por algunos momentos. La señora entonces sacó de su bolsa su labor, y rogó á Amanda que le hiciese alguna lectura hasta la hora del té. Amanda tomó un libro; pero estaba tan turbada, que apenas sabia lo que leía, y lo hacia muy mal.

Poco á poco, poco á poco, querida hija, dijo lady Greystock, cuya atencion no podia seguir una lectura tan rápida; vos correis la posta. Amanda se puso colorada, y leyó con mas lentitud; pero cuando el reloj del castillo tocó las siete, no fué ya señora de contener su impaciencia. Dios mío, le dijo, dejando caer el libro de sus manos, y dejándose caer de la silla, yo no puedo tenerme.—¿Qué es esto, pues, querida mia? dijo lady Greystock admirada, ¿qué teneis?—Un dolor de cabeza terrible, señora, dijo Amanda, continuando en caminar hácia su aposento.

Su imaginacion, fuertemente penetrada, le representaba en este momento á lord Mortimer esperándola en la cita: oía el ruido de sus pasos, y el eco de sus pisadas en medio de las ruinas de Santa Catalina. Una entera reconciliacion entre ellos no estaba retardada sino por una duda que estaba segura de disipar. ¿Qué iba á concluir de no encontrarla en una entrevista tan ardientemente deseada, tan solemnemente prometida, sino que se hallaba en la imposibilidad de poderle dar una explicacion que le satisfaciese? Puede ser que él no quisiera creer los motivos que le habian impedido ir á la cita; puede ser que no le diese tiempo para decirlos, ni aun para explicar la marcha precipitada del país de Gales; y si Mortimer conservaba estas dudas, perderia toda su ternura hácia Amanda, y la desterraria para siempre de su corazon.

Atormentada de estas desconsoladoras reflexiones, estu-

vo un momento pensando si enviaria á Elena á Santa Catalina, para esplicar á Mortimer la causa que le impedia ir ella misma; pero prontamente renunció á este proyecto, no pudiendo resolverse á dar conocimiento á nadie de una cita que ocultaba á su mismo padre; semejante modo de obrar le parecia contrario á su deber y á su delicadeza. No, decia ella, yo no me dejaré llevar de la inconsideracion que hace traspasar á tantas personas de mi sexo los límites de la decencia y del decoro, y por restablecerme en la estimacion de uno solo no quiero perder la de todos los demas, y sobre todo mi propia estimacion. Si lord Mortimer rehusa oir mi justificacion, hollará las leyes de la justicia y el respeto que debe á mi sinceridad, y entonces mi vanidad me ayudará á triunfar de mis pesares.

Me parece estais en un estado muy extraño, querida mia, dijo lady Greystock, que la habia observado atentamente mientras que estas ideas daban vueltas en su imaginacion. Reconociendo Amanda que en efecto se podia encontrar su semblante un poco extraordinario, se sentó y procuró volver á tomar un poco de tranquilidad. Habiendo vuelto Fitzalan, y tomando el té, lady Greystock observó que eran precisamente bastantes para hacer un wisk á tres. Amanda lo habria rehusado con mucho gusto; pero la política le impedia hacer conocer su repugnancia. Su padre y lady Greystock veian claramente que estaba en un extremo abatimiento. Esta última creyó adivinar la causa en haber rehusado su padre un convite de baile para su hija al dia siguiente.

Mi querida hija, dijo ella á Amanda sentándose y bailando las cartas, no os afijais de no ir á esta diversion; no es en los bailes y en los lugares públicos donde las jóvenes encuentran mas fácilmente su establecimiento. Yo he sido tres veces casada, y no he hecho la conquista de ninguno de mis maridos en las concurrencias, no, solo en la sociedad privada los he aficionado. Fitzalan y Amanda se sonrieron, y ésta le dijo: yo no estoy jamas descontenta de quedarme en casa, aunque no deseo ni espero de mi retiro las mismas ventajas que vos.

¿Vos no queríais sino un marido? dijo Fitzalan á lady Greystock.—Sí: y á propósito de marido, he aquí á lady Eufrasia Sutherland muy feliz, pues creo que no se podia dar un jóven mas cumplido que Mortimer.—¿Vos creéis, pues, dijo Fitzalan, que hay algun fundamento en los rumores que corren de él y de lady Eufrasia?—Seguramente, dijo ella, es un casamiento muy proporcionado; el nacimiento y la fortuna son iguales por ambas partes. Sí, pensaba Amanda, pero ¿qué diferencia en sus caracteres? Estoy persuadida, continuó lady Greystock, de que Eufrasia antes de un año será lady Mortimer.

Fitzalan puso sus ojos sobre Amanda. Estaba esta pálida como la muerte, y jugaba todo al contrario. Al fin llegó el coche de lady Greystock, y rompió la partida de juego, que Amanda no habria podido continuar por mas tiempo. Su padre habia reparado los esfuerzos penosos que habia hecho para ocultar su turbacion. El aparentó creer que se hallaba indispuesta, y la instó á que se retirase. Amanda le tomó la palabra, y empezó á reflexionar profundamente sobre lo que acababa de oir á lady Greystock. ¿No es esto muy verosímil? se preguntaba á sí misma. ¿No ha manifestado lord Mortimer su indiferencia conmigo desde su llegada aquí? ¿El modo tierno con que me ha hablado esta mañana, no le ha sido sugerido únicamente por el deseo de saber las razones de mi súbita partida del país de Gales, ó por la necesidad de contentar su vanidad, obteniendo aún de mí alguna prueba de mi inclinacion hácia él? En seguida se abandonaba á esta idea. Lady Greystock podia muy bien engañarse. ¿Hay tantos casamientos de que se habla, y en los cuales las mismas partes no han soñado! No podia creer á lord Mortimer tan vano ni tan falso para servirse de la ternura con ella, con el único proyecto de satisfacer su curiosidad y su vanidad. Pero estas reflexiones la dejaban siempre desgraciada, y su único consuelo era la esperanza de ver pronto acabar esta cruel incertidumbre.

No pudo cerrar los ojos en toda la noche, y toda la mañana pasó con la misma agitacion. Ninguna de sus ocu-

paciones ordinarias podia proseguir; y no oia paso alguno en toda la casa, que no creyese ser de lord Mortimer. Despues de comer, salió sola, y tomó el camino de Santa Catalina. Llegando al medio de sus ruinas, se sintió fatigada, y se sentó sobre una tumba de la capilla, apoyando la cabeza en su mano. Aquí, decia ella, puede ser que Mortimer me haya esperado con una tierna impaciencia, y puede ser tambien acusándome de indiferencia para con él y de haberlo engañado. Con esto oyó ruido, y vió á Sor María.

Seais bien venida, querida mia, le dijo la buena religiosa abrazándola tiernamente; pero ¿por qué no habeis venido á casa? Amanda le dijo que esta era su intencion; pero que se hallaba indispuesta, y que se habia quedado al aire con la esperanza de encontrarse mejor.—¡Jesus! dijo Sor María, vos teneis en efecto mala cara: voy á pedir algun cordial á nuestra priora para vos, que os aseguro sabe tanto como un doctor. Amanda la detuvo por la ropa así como queria partir, y le aseguró que se encontraba mucho mejor.

Bien, pues, dijo ella sentándose, os contaré una aventura rara que me sucedió ayer al anocheecer. Yo me paseaba entre estas ruinas entre perro y lobo, como se acostumbra decir; respecto de que el aire era algo frio, me habia cubierto con el velo: estaba en uno de los rincones del claustro, cuando oí pasos de alguno que me seguia, y caminaba con bastante presteza. Yo me detuve creyendo que era alguna de nuestras hermanas que queria juntarse conmigo. Vos podeis juzgar de mi sorpresa, cuando me ví alcanzado por un jóven el mas agradable y el mas bello del mundo. ¡Jesus, y cómo se sobrecogió al verme! Estoy segura que me tomó por una alma del otro mundo. Sus miradas se volvieron como despavoridas, y se apartó hablando entre dientes. Yo encontraba su aparicion muy estraña, y me apresuraba á volver al convento, cuando saliendo de repente de debajo de este arco arruinado que veis allí, se llegó á mí con el sombrero en la mano, me saludó con una dulce sonrisa, me pidió perdon

del espanto que temia haberme causado, y en seguida, poniéndose colorado y ocultando su confusion con el pañuelo, me preguntó si acaso habia visto una señorita jóven en las cercanías la tarde misma, pues que él habia sabido por uno de sus amigos que debia venir, y que él se proponia acompañarla á su casa.

Mi querido señor, le dije, yo me he paseado por aquí toda la tarde y no he encontrado mas hombre, muger ni niño, que nosotros dos, de manera que, añadí, es preciso que la jóven señorita haya mudado de parecer, y hecho otro paseo.—Es preciso que sea así, me dijo él, y se volvió tan pálido y tan triste, que yo no pude menos de pensar que estaba allí en busca de su amor. Yo quise darle algun consuelo, y le dije: Si vos quereis darme alguna señal por la cual pueda yo conocer á la jóven que buscais, me quedará aquí un poco de tiempo para esperarla; y si ella viene, le diré cuán afligido habeis estado de no encontrarla, y no faltaré á enviarla á vuestro lado. No, me dijo él dándome las gracias, me importa poco no haberla encontrado ahora, y aun de no haberla encontrado, y diciendo estas palabras se marchó.

¡El os ha dicho esto! exclamó Amanda. ¡Ay mi Dios, dijo la religiosa, vos estais aun mas mala que á vuestra llegada! Amanda convino en ello, pero le suplicó que la excusase si no entraba al convento. La hermana la instó inútilmente á tomar el té, ó á lo menos algun cordial. Ella lo rehusó todo, y se puso en marcha con gran sentimiento de la buena religiosa.

Apenas habia vuelto al camino real, una carroza con sus caballos, acompañada con otras gentes á caballo, pasó con tanta prontitud, que solo tuvo tiempo de apartarse para evitarla. Vió en ella á lord Mortimer y Lady Eufrasia, en frente uno de otro. Notó que la habian visto, y que Lady Eufrasia habia mirado con una sonrisa maligna. Le pesó mucho á Amanda este encuentro, pues habia algo de humillante en el contraste de su situacion, con la de Eufrasia. Se veia solitaria, abandonada y abatida, cuando esta disfrutaba de todas las ventajas de la fortuna. Sin embar-

go, decia ella, un corazon generoso como el de Mortimer no puedo tomarme en menos por esta diferencia. ¡Ah! si piensa y siente como yo, debe preferir un paseo solitario como el que vengo de hacer en medio de estas ruinas, á todas las magnificencias de que va á ser testigo. Retirada á su casa, encontró la noche muy larga. La idea de Mortimer prodigando sus atenciones á Lady Eufrasia, no salió un momento de su imaginacion.

A la mañana siguiente, el primer objeto que vió desde su ventana fué una fragata anclada á poca distancia del castillo. Elena entró en su aposento, dando un gran suspiro, como hacia todas las veces que veia nn navío, y dijo que desearia con el mayor gusto que aquel trajese á bordo su querido Chip. Amanda conservaba aún la esperanza de ver á lord Mortimer en el discurso del dia: su esperanza fué engañada. Despues del té, se retiró á su gabinete, y poniéndose á la ventana, disfrutó de una escena interesante, en medio de la calma de la noche. El azul sombrío del cielo no estaba manchado de nube alguna; la luna esparcia rayos de su luz plateada sobre las ondas que venian á deshacerse á la ribera, con un ruido sordo y melancólico, el solo que con las voces de los marineros disminuidas por la distancia, turbaba el silencio de la noche. Entre tanto, Amanda oyó un ruido de remos y divisó una grande chalupa, viniendo de la fragata, dirigida por marineros vestidos de chaqueta y calzon blanco. Éste espectáculo, era verdaderamente pintoresco. Amanda les siguió con la vista hasta que la chalupa desapareció bajo las rocas elevadas, que circuyen la costa. La campana de la cena la sacó de la ventana; mas apenas habia vuelto á subir, entró Elena temblando, y pareciendo embriagada de alegría.

Yo lo he visto, señora, yo lo he visto al pobre Chip, y su buen corazon es siempre el mismo para mí. Yo habia ido esta tarde al pueblo á ver la vieja Norach, á quien enviásteis unas camisas, que verdaderamente es una buena muger, pues no se burla de mí como hacen las otras cuando hablo en mi lengua del país de Gales. Así como me

volvía, ví venir hácia á mí, un gran número de hombres todos vestidos de blanco. Venían riendo, y mas alegres de lo que podían estarlo. Al momento me detuvieron, me circuyeron y se me acercaron. Yo dí grandes gritos, y al instante una voz que me sobresaltó gritó: es Elena, y me ví en los brazos de Chip. Eran estos los marineros de la fragata, que iban á comprar provisiones al pueblo; de manera que me volví con ellos, hemos bebido un gran bol de ponch, y comido muchas tortas, y Chip me ha contado sus aventuras: él está muy contento de saber que estoy con vos, porque dice que sois una buena señora, que está muy seguro que hablareis muchas veces de él, y que espera tener su licencia, y entonces . . . Y entonces os casareis, dijo Amanda esplicando su perplejidad, y los colores de Elena.

Sí señora; y os aseguro que Chip no ha mudado nada, por haber estado en la mar. Su voz es un poco mas áspera; pero me ha dicho que era efecto de haber aprendido á mandar la maniobra. El pobre muchacho vuelve á marchar mañana; pues el bajel estará parado en Irlanda, y él va á Dublin. Feliz Elena, decia Amanda, retirándose á su aposento: tus inquietudes se han disipado, asegurada como estás, de la afición de Chip: la paz y la alegría van á ser vuestro patrimonio.

Al día siguiente, por la tarde, al anochecer, Amanda bajó á la orilla del mar con su padre, para ver cómo los pescadores tiraban sus redes. Mientras Fitzalan conversaba con ellos, Amanda se sentó sobre una roca, para disfrutar de este espectáculo. El regular y melancólico ruido de las ondas, estaba unísono con sus tristes pensamientos. Concentrada consigo misma, habia perdido poco á poco toda la atención á la escena que tenia delante de sus ojos, cuando el acento de una voz, detras de ella á alguna distancia, la sacó de sus imaginaciones. Creyó oír la voz de Mortimer, y no se engañó. Bajaba este por un sendero vecino, acompañado de un oficial de marina. El no podia pasar sin verla: se detuvo á algunos pasos, con el aire de titubear si le hablaria ó no; despues de algunos momen-

tos, su incertidumbre pareció cesar. Tenia su pañuelo en la mano, y lo agitó como para hacerle un saludo de despedida, y se adelantó hácia un pequeño barco que estaba en un ancon entre las rocas, y llevó hácia la fragata, á él y á su compañero. El corazon de Amanda latió con violencia. Elena le habia dicho que la fragata se hacia á la vela aquella misma noche, y nada podia llevar á Mortimer á ir á una tal hora, sino el proyecto de marcharse con ella.

No hay tormento cruel, como la incertidumbre, y Amanda era víctima de ella. Volvió, pues, al castillo antes que su padre, y se retiró á su aposento, donde al instante hizo venir á Elena, y le preguntó si las noticias que Chip le habia dado de la marcha de la fragata, eran positivas.— ¡Ah! Sí señora, respondió Elena suspirando, ya veo la razon por qué me lo preguntais. Vos habeis visto á lord Mortimer embarcarse. Yo lo he visto tambien en la playa hablando con Chip, que era uno de los marineros del barco que llevaban á Mylord y al capitan; y ciertamente yo he estado fuera de mí, cuando he visto embarcarse á Mylord, pues sabia bien que iba resentido por el tratamiento que ha recibido de vos.— ¡De mí! exclamó Amanda.

¡Oh mi querida señora! exclamó Elena siempre llorando, vos no me perdonareis jamas lo que yo he hecho; pero en verdad, volviendo á ver á mi pobre Chip, yo no he pensado sino en él, y he olvidado lo demas. Ayer por la tarde, como iba á la casa de la muger Norach, encontré á Mylord en el camino paseándose muy tristemente, segun me pareció. Yo no pude menos de hacerle una cortesía al pasar, y él vino hácia mí, con la mas dulce sonrisa, y la mas graciosa mirada, puso mis manos entre las suyas, que os aseguro que son como terciopelo, y me dijo: os ruego, mi querida Elena, me digais si Miss Fitzalan está en el castillo, y está sola. Sí, Mylord, le dije, está, y Dios sabe cuán triste. Yo la he dejado á la ventana de su gabinete, mirando al mar, y escuchando el ruido del viento. Muy bien, querida muchacha, me dijo, id, os ruego, á decirle que le estaré infinitamente obligado, si en seguida quiere ir hácia

las rocas, que están mas allá del castillo. Yo le prometí ir, y me puso en la mano, y me obligó á guardar cinco guineas, y tomó otro camino, recomendándome que evacuase al momento mi comision; pero como estaba muy cerca de Norach, fuí allí antes, y casi como salia encontré al pobre Chip que, Dios me lo perdone, me habria hecho olvidar padre y madre.

¡Oh Elena! exclamó Amanda: ¿es esto lo que debia esperar de vos? ¡Ah! mi querida señora, dijo redoblando sus lloros y suspiros, ciertamente soy una de las mas desgraciadas criaturas del universo. Pero, ¿por qué estais tan afligida? Mylord os ama demasiado para conservaros resentimiento alguno. El pobre Chip, que creia que amaba al ministro Howell, no me ha olvidado presto, y ha vuelto á mí.

Los esfuerzos de Elena para consolar á Amanda eran sin efecto. Amanda la despidió, para entregarse enteramente y sin testigos, al pensamiento amargo de una larga, y acaso eterna separacion de lord Mortimer, teniendo justas razones de creerlo ofendido. Mylord verosímilmente la habria desterrado de su memoria, ó si conservaba algun recuerdo, seria sin sentimiento alguno de ternura ó estimacion, y estaria en adelante dispuesto á otra eleccion. Ella veia desde la ventana levar las áncoras de la fragata y tender sus velas.—!Oh Mortimer! se decia á sí misma, es así como nosotros nos separamos? Es así como se han engañado las esperanzas que habeis hecho nacer en mi corazon? Vos partís y no habeis juzgado á Amanda digna de un adios; vos poneis los ojos tal vez en este mismo momento sobre Carberry--Castle, sin daros pena alguna por la que lo habita. ¡Ah! si hubieséis amado verdaderamente, jamas el resentimiento habria triunfado de vuestra ternura. Vos me habeis engañado, diciéndome que os soy tan apreciable, y puede ser que os hayais engañado vos mismo. A hallarme en vuestro lugar, mi conducta no habria sido como la vuestra. Abandonándose á estas tristes refleciones, siguió con los ojos al bajel, hasta que desapareció sobre el horizonte. He aquí que ya ha mar-

chado, dijo ella retirándose de la ventana anegada en lágrimas; y si jamas vuelvo á verle, no será sino como esposo de Lady Eufrasia.

CAPITULO XI.

Lord Mortimer habia partido en efecto, con sentimientos muy poco favorables hácia Amanda. El habia esperado en Santa Catalina, con la dulce esperanza que le disiparia todas las dudas sobre los motivos de su precipitada fuga del país de Gales, con una esplicacion que le satisficiese. Suspiraba por una reconciliacion. Su ternura, cuyo desahogo se habia detenido por tantos obstáculos, era aun mas viva. El disfrutaba con delicia de la idea de apretar de nuevo contra su seno á su querida Amanda, y oir de ella misma que aun merecia sus tiernas caricias. Pero cuando la hora de la cita habia pasado, y que no pudo esperar ver llegar á Amanda, el dolor que esperimentó no puede pintarse. El se aventuró, como hemos visto mas arriba, á hacer algunas preguntas á Sor María, y continuó vagando por las ruinas largo tiempo, aun despues que la buena religiosa se habia retirado al convento, y hasta que la noche no le permitió ya distinguir los objetos.—Ella teme, decia al dejar este triste lugar, con el corazon oprimido de una agonía mortal, ella teme venir aquí, porque no puede aclarar mis dudas. Yo he notado esta mañana su agitacion y su embarazo, cuando se las he indicado. No, el misterio de su partida que nos ha separado, ya no será aclarado; y yo me lisongearia vanamente con la esperanza de volverla á ver para obtener de ella esta esplicacion.

Desde este momento perdió toda esperanza. Su dolor y turbacion, señalados en todas sus acciones, no se escaparon á las observaciones y chuladas de la marquesa y Lady Eufrasia; pero hizo poco caso de sus chanzas, y no respondió á ellas. Estaba tan absorto en sus tristes reflexiones, que no pudieron sacarlo de ellas.

Con todo esto, y á pesar suyo, las habia acompañado á una grande concurrencia en casa de uno de sus vecinos. El inesperado encuentro de Amanda, cuando esta le vió pasar en la carroza así como venia de Santa Catalina, le habia causado una grande conmocion. Los mas poderosos medios de la elocuencia no habrian defendido la causa de Amanda con tanta fuerza y éxito como su presencia en momento semejante. La languidez esparcida en su semblante, la dulce espresion de todos sus rasgos, su actitud pensativa, la tímida modestia con la cual procuraba ocultarse de la observacion; todo esto removi6 la sensibilidad de lord Mortimer, revivi6 su ternura, reanim6 sus esperanzas, y determin6 insistir aún, para obtener de ella la esplicacion que tan vivamente habia deseado. Esta mudanza fué notada por las damas con quienes estaba: ellas se sonreian una á otra con malignidad. Lady Eufrasia no tuvo vergüenza en decir: Esta muchacha sin duda no estará allá en emboscada sino para recibir el tributo de su admiracion, que su viejo padre ha dicho que tiene derecho á exigir, para encontrar alguna buena ventura. Lord Mortimer recogió esta proposicion; jamas le habia parecido tan enérgico el contraste entre Lady Eufrasia y Amanda, por la ventaja que esta tenia en ganar su estimacion, tanto como la primera la perdia.

En la tarde del dia siguiente, anduvo errando largo tiempo al rededor del castillo, con la esperanza de volver á encontrar á Amanda. Esper6, despues de haber hablado á Elena y haberle encargado su comision. Con esta confianza se fué á las rocas, esperando á cada momento ver comparecer á Amanda á la cita. Una hora habia pasado esperando, y el resentimiento prevaleci6 de nuevo sobre la ternura. El no puso en duda la esactitud de Elena, sino solamente la disposicion de Amanda. Recorrió largo tiempo la orilla con una inquietud y una impaciencia mortales. Al fin oyó la campana de la cena, de Ulster-Lodge, que jamas tocaba sino muy tarde. Desde entonces perdi6 toda esperanza de ver á Amanda, y aun renunci6 á la idea de buscar en adelante ocasiones de composicion. Estaba

tentado á no agradecerse á sí mismo haber manifestado tanto deseo de volverla á ver, y su orgullo humillado se indignaba á la idea sola de buscar otra entrevista. No, Amanda, se decia á sí mismo despues de haber pasado del castillo, no, vos no teneis derecho alguno á mi ternura. El misterio de vuestra huida ha levantado dudas y sospechas en mi imaginacion. Proporcionándoos ocasiones de disiparlas por una esplicacion, he hecho todo lo que el candor, la ternura y el honor exijian. En adelante, lejos de hacer esfuerzo alguno para sincerarme con vos, procuraré olvidaros, y espero conseguirlo.

Al dia siguiente por la mañana, acompañó al marques á la fragata, en donde se sorprendió agradablemente de encontrar por capitan de ella á uno de sus antiguos amigos, Sir Somerville, que volvió con él á Ulster-Lodge. Allí, medio serio, medio alegre, habiéndole propuesto el capitan de acompañarle en un crucero que iba á hacer, Mortimer aceptó desde luego esta proposicion. El estaba muy fastidiado de la familia Rosline, y muy contento de probar á Amanda, dejando el país aun antes que sus huéspedes, que él no estaba tan ciegamente prendado de ella como podria creerse. El encuentro de Amanda antes de embarcarse, alteró su resolucion; parecia que se ponía en su camino para darle sentimiento. Estuvo tentado violentamente de acercarse á ella; pero se contuvo acordándose del cuidado y constancia con que hasta entonces lo habia evitado. Su arrogancia le hizo pasar adelante; mas alejándose el barco de la ribera, sus ojos permanecieron fijos hácia el lugar donde acababa de verla, y cuando perdió del todo la vista de su vestido blanco, fluctuando á voluntad del viento, dió un suspiro á la memoria de los felices dias que habia pasado con ella en Tudor-Hall, y otro al pensamiento que estos dulces momentos no volverian mas.

Las damas de Ulster-Lodge, estuvieron muy mortificadas y desconcertadas por su partida. Inútilmente se esforzó para endulzar su descontento, prometiéndoles esperar su llegada en Dublin, para volver con ellas á Inglaterra. Su marcha les daba bastante prueba de que su inclinacion.

por lady Eufrasia no era tanta como deseaban: ellas tuvieron alguna razon de creer, despues de la grande mudanza que le observaron, inmediatamente despues de su arribo á Ulster-Lodge, que la rival de Eufrasia habitaba en la vecindad. Con la esperanza de descubrirla, no perdian de vista á lord Mortimer con el mayor cuidado en todas las concurrencias en que estaban con él; pero prontamente reconocieron que sus conmociones las causaba un objeto ausente. Al nombre de Amanda ó de Fitzalan, notaban ellas alguna alteracion manifestarse sobre su cara, y le veian á menudo dirigir la vista á Carberry-Castle. Ellas imaginaron en fin que era Amanda la que él amaba, y que esta pasion habia tenido su origen en el baile de Kilcorban, donde habian cojido algunas de las miradas que lord Mortimer dirigió á esta parienta, objeto de un doio tanto mas violento de su parte, cuanto mas amable era. La rabia se apoderó de su corazon: estuvieron desesperadas de haber hecho el viaje á Irlanda, que habia dado á Mortimer, (á lo que ellas creian) la ocasion de conocer á Amanda, habiéndoles dicho muchas veces lord Cherbury, que ni él ni su hijo conocian los hijos de Fitzalan. Ellas sabian tambien que las pasiones de lord Cherbury eran impetuosas, y que la ambicion era su principal móvil: se creian aseguradas de que lord Cherbury, deseando vivamente una esplicacion entre las dos familias, no se detendria por obstáculo alguno para llegar á este fin, y tomaron la resolucion de si lord Mortimer á su vuelta á Inglaterra se manifestaba lo menos distante del mundo llenar las intenciones de su padre, instruir al conde de los motivos de la resistencia de su hijo, y representarle á Fitzalan y á su hija, como autores de los lazos tendidos á lord Mortimer para atraérselo y conducirlo á una union no adecuada. Esta calumnia encontraria fácilmente crédito en un hombre de mundo, que conocia los hombres, lord como Cherbury. La estimacion que hasta entónces habia tenido á Fitzalan, se cambiaria en odio y menosprecio; y perdiendo el apoyo del conde y el empleo que habia confiado á Fitzalan, el padre y la hija volverian á caer en la indigencia y en

la oscuridad. Pensar que la miseria pondria á Amanda en la necesidad de servir; que la belleza de su figura se ocultaria bajo los groseros hábitos de la pobreza, y los encantos de su cara marchitados por la miseria, eran ideas tan agradables y tan dulces para ellas, que por verlas realizadas, se encontraron dispuestas á consolarse de la ausencia de lord Mortimer con la esperanza de perder al desgraciado Fitzalan. Sin estar bien aseguradas de la verdad de sus sospechas, ya no habrian vacilado en comunicarlas á lord Cherbury; pero para su propia satisfaccion, resolvieron investigar con cuidado los medios de verificarlas. Lady Greystock era la sola persona que podia servirles en esto, con motivo de su amistad con Amanda. Empezaron, pues, á descender de su natural orgullo para unirse mas con ella; le hicieron confianzas, que fueron recibidas con alegría, y la hicieron olvidar sus pasadas negligencias. Aviniéndose mas con la vieja señora, disfrutaron mejor del talento que tenia de hacer cuentos burlescos, donde ponía con toda claridad los vicios de la gente de su sociedad, y sobre todo de aquellos á quienes no amaba. Lady Greystock poseia en grado supremo este arte: conocia á los hombres, y sabia tergiversar sus defectos conforme á su ventaja. La escesiva vanidad de la marquesa y su hija, no se habian escapado de su observacion, y derramándoles en su copa la lisonja abundantemente, lo que Sterne llama el bálsamo del alma, ganó del todo su corazon. La marquesa, despues de haberle encargado el secreto, comunicó á Lady Greystock sus temores relativamente á lord Mortimer y Amanda; temores, decia ella, que los escitaban los respetos que debia al uno, y la piedad que tenia por la otra: ella sabia que lord Cherbury jamas perdonaria á su hijo una inclinacion hácia esta muchacha, de cualquier naturaleza que fuese. Importaba, pues, saber hasta qué término habian llegado las cosas entre ambos, para prevenir las consecuencias. Lady Greystock no fué engañada en estos pretendidos motivos: ella reconoció que no era la compasion por Amanda, sino la envidia é interes, las que incitaban á la marquesa: creyó tambien que si lord Mortimer se

habia aficionado á Amanda, despues del carácter que le conocia, no tenia en su inclinacion sino honradez. Con todo, ocultó su modo de pensar, y afectó entrar en todas las inquietudes de la marquesa, y le prometió hacer todos sus esfuerzos para descubrir qué especie de inclinacion subsistia entre Mortimer y Miss Fitzalan. Para ejecutar este proyecto, hizo visitas mas continuas á Carberry-Castle, pasando allí dias enteros en intimidad, y tentando todos los medios de sorprender los secretos del corazon de Amanda. Unas veces se chanceaba de su melancolía; otras le manifestaba el mas tierno interes en los términos mas seductores. Ella le contaba anécdotas falsas ó verdaderas de su juventud, en cuyo tiempo, decia, habia sido bien desgraciada por una tierna aficion: de aquí pasaba á lord Mortimer, y admiraba que se hubiese marchado con tanta precipitacion: hacia de él un elogio el mas lisonjero, y declaraba que si Lady Eufrasia podia atraerlo, de lo que dudaba mucho, seria una de las mugeres mas felices del mundo.

Amanda tenia demasiada delicadeza para confesar sus sentimientos: por otra parte, se creia sin esperanza en su pasion, y se humillaria recibiendo consuelo sobre este asunto; pero aunque la reserva cerraba sus labios, su semblante le hacia traicion; se ponía colorada al nombre de Mortimer, parecia sufrir cuando se hablaba de una union entre él y Eufrasia; se sonreía si oía algun obstáculo que podia estorbarlo. En fin, Lady Greystock, sin poder sacar de Amanda la confesion de sus sentimientos, no dudó mas de ellos, y se creyó autorizada á decir á la marquesa que estaba segura de que habia pasado alguna cosa, de que habia habido alguna relacion entre Mortimer y Miss Fitzalan, que no habia podido descubrir por la gran reserva de Amanda; pero que sin embargo no podia dudarlo. Encolerizada la marquesa, se determinó mas que nunca á perder á Amanda, si Lord Mortimer vacilaba un momento en obedecer á su padre dando su mano á Lady Eufrasia.

CAPITULO XII.

Un mes despues de la partida de lord Mortimer, la familia Rosline dejó á Ulster-Lodge. Amanda suspiró al verla partir, penetrada de la idea que iba á encontrarse con lord Mortimer, y que esta reunion no le dejaria de Mortimer mas que una dolorosa memoria, que no deberia conservar. Los propietarios de las tierras vecinas á Carberry-Castle, se habian ido casi todos, á pasar el invierno en la ciudad. Los que habian quedado en la campaña despues de navidad, se habian descuidado tanto de Amanda, despues de la llegada de la marquesa, que no se atrevian á volver al castillo, persuadidos de que serian recibidos con frialdad por Fitzalan y su hija, que tenian demasiada dignidad para no resentirse de su proceder.

La estacion era tan rigurosa, que Amanda no podia hacer ya sus ordinarios paseos. La tristeza de este castillo, se aumentaba con la melancolía de Amanda: el poder mágico de la esperanza no hermoseaba ya con sus brillantes colores las escenas que estaban á su vista. Su corazon era una region desierta y desolada como la que veia desde sus ventanas. Sus ocupaciones ordinarias no tenian ya para ella nada de agradable: no ponia interes alguno en ellas, disgustada con la idea de que ella y sus talentos habian llegado á ser indiferentes á lord Mortimer. Su salud declinaba, y Fitzalan tenia nuevamente el dolor de ver á esta amable flor mordida por el gusano del disgusto. Las rosas habian abandonado sus mejillas, y la delicadeza de sus facciones pasaban á una debilidad que amenazaba una cercana destruccion. No ignoraba él la causa del mal; pero no queria herir á su hija tocando á la llaga de su corazon. Hacia esfuerzos para volverle alguna serenidad, pero todos inútiles. La sonrisa que nacia en los labios de Amanda, era pasagera como los rayos del sol de invierno.

y no hacia mas que hacer mas sensible la tristeza melancólica y sombría que la seguia.

En estas circunstancias, Lady Greystock, que continuaba siempre sus visitas á Carberry-Castle, hizo á Fitzalan una proposicion que él abrazó con calor. Este ofrecimiento era llevarse á Amanda con ella á Lóndres, donde le era preciso ir por un pleito entre ella y el sobrino de su último marido.

Fitzalan esperó que la mudanza de escena sacaria á Amanda del abatimiento de espíritu en que se hallaba, y contribuiria á restablecer su salud. Ya no tenia temor de que Lord Mortimer la buscase de nuevo despues de haberse descuidado de aprovecharse para esto de su mansion en la vecindad de Carberry-Castle. Creia que esta indiferencia era efecto de la inclinacion que habia tomado por Lady Eufrasia. El no estaba instruido de la intimidad que recientemente se habia formado entre Lady Greystock y la familia Rosline, ni veia en sus conexiones motivos para temer que Amanda se encontrase á menudo con Lord Mortimer. Si ella lo veia, imaginaba que solo seria como marido ó como amante preferido de Lady Eufrasia; y en ambas proposiciones, conocia bastante la elevacion y pureza de los principios de su hija para estar seguro que ella haria los mayores esfuerzos para domar su inclinacion; esfuerzos en los cuales seria ayudada poderosamente con la disipacion y placeres de la sociedad que le procuraria Lady Greystock, que tenia numerosos y brillantes conocimientos en Lóndres.

El miraba, como otros muchos, á esta señora, como una muger agradable y razonable al mismo tiempo, á la que con seguridad podia confiar su mas precioso tesoro. Esta proteccion podia ser útil á su hija no solo al presente, sino en lo sucesivo. Ella tenia poca salud, y se lisonjeaba de que Lady Greystock, habiendo una vez tomado á su hija, se aficionaria á ella lo bastante para guardarla á su lado, y tomar cuidado de su fortuna, si acaso fuese arrebatado de sus hijos ántes de haberlos podido colocar. No entraban en las esperanzas de Fitzalan ni personalidad ni el

vil interes. Lady Greystock le habia asegurado muchas veces que no tenia parientes sino muy remotos, y que era muy rica, de suerte que si Amanda recibia de ella algunos testimonios de amistad, no usurparia los derechos de nadie.

El estado de sus cosas no estaba así, aunque ignoradas de Fitzalan y de todo el mundo, por el estremo cuidado que Lady Greystock tomaba en ocultarlo. Su educacion habia hecho nacer en ella ó perfeccionado el arte de un profundo disimulo. Era de una familia del Sur de Irlanda, numerosa y poco rica. Su madre, escelente muger de gobierno, viendo que su marido era incapaz de dotar á sus hijas, las educó de un modo que las pusiese en estado de hacerse á sí mismas la fortuna.

A la edad de diez y nueve años, Miss Bridget, por su reputacion de economía é inteligente en el gobierno de una casa, se llevó la atencion de un caballero vecino que tenia alguna fortuna. Era este, como Nembrod, un poderoso cazador delante del Señor, y tenia necesidad de una muger que tomase á su cargo el gobierno de la casa, de lo que él descuidaba por sus caballos y sus perros; y esto era de lo que Miss Bridget era muy capaz. Su pasion por la caza y su vida tuvieron fin al segundo año del casamiento, porque se mató queriendo saltar una barrera. Su rauger habia tenido buena viudedad. Ella se consoló de esta pérdida con el rector de la parroquia, hombre pequeño y gordo, un verdadero bonifacio, que vino á persuadirla, y la salió tan bien, que tuvo la felicidad de recibir su mano luego que se acabó el luto. Ellos pasaron felizmente juntos cuatro años; pero un uso poco moderado de los bienes de la vida, consumió el temperamento del pobre rector, de modo que estuvo obligado á recurrir á las aguas de Bath, donde terminó su carrera mortal, y toda su fortuna pasó á manos de la viuda.

En la casa donde estaba alojada, habitaba un viejo Baronet, que nunca se habia casado. Sus bienes eran considerables; pero su carácter era raro y sus modales estraños. Sin embargo, á sus rarezas se juntaba un buen natural.

Como la hermosa viuda habia quedado sola y sin amigos á su alrededor, él fué á verla y ofrecerle los consuelos y servicios de que podia tener necesidad. Esta atencion sugirió á la viuda el pensamiento de inspirar á su cortes vecino otros sentimientos que los de la compasion. Los títulos y bienes tenian tanto atractivo con ella, que ni el humor caprichoso del Baronet, ni su edad avanzada, que era de sesenta años, mientras que ella solo tenia veinte y ocho, no le desviaron del proyecto de casarse con él. Sus esfuerzos fueron sin suceso por mucho tiempo; pero la perseverancia obra milagros. Su continua alegría á su lado, los incesantes cuidados que tomaba de su salud en el estado de enfermedad en que se hallaba, ablandaron en fin este corazon de piedra, y por un entusiasmo de gratitud le ofreció su mano, que ella aceptó sin titubear.

El heredero presuntivo de los grandes bienes del Baronet era el hijo único de una de sus hermanas, muerta ántes que él. A la época de este inesperado casamiento, su sobrino tenia casi veinte años, agradable en su persona, de costumbres dulces y amables, y tiernamente amado de su tio. Esta amistad del tio era un obstáculo al deseo que alimentaba Lady Greystock, de llegar á la posesion de todos los bienes del Baronet. Formó diferentes proyectos para llegar á arruinar á Rusbrook antes de detenerse en alguno. En fin, la casualidad le proporcionó un medio de lograrlo.

En la vecindad donde el Baronet tenia su residencia, Rusbrook habia tomado inclinacion á la hija de un hombre á quien su tio tenia un odio inveterado. Lady Greystock vió que una union del jóven Rusbrook con esta hija, le perderia infaliblemente en el concepto de su tio. Ella le dió á entender que se hallaba instruida de su pasion, y que compadecia sinceramente su situacion. Alentó su amor con los elogios mas lisongeros de su adorable Emilia; gimió por la separacion de dos corazones tan bien hechos el uno para el otro, y al fin le dijo que si se casaba con esta amable muchacha, se lisongeaba que obtendria su gracia de Sir Geoffroy. Sus pérfidas insinuaciones hicieron caer

á esta desgraciada y confiada pareja en el lazo que ella les habia tendido, y su proceder fué prontamente seguido de las funestas consecuencias que ya habia ella previsto, incitándoles á ello.

La cólera de Sir Geoffroy fué implacable, y juró no volver á ver á su sobrino. Lady Greystock procuró salvar las apariencias á los ojos del mundo; obtuvo de su marido quinientas libras esterlinas para Rusbrook, y añadió otras tantas de sus propios bienes. Ella misma le remitió este socorro, asegurándole que patrocinaria su causa con su tío siempre que encontrara ocasiones favorables.

El compró una bandera en un regimiento que partia para América, en donde queria mas bien dejar ver sus apuros, que entre aquellos que en otro tiempo lo habian visto con comodidades.

Lady Greystock redobló su atencion y sus cuidados por su marido, y le persuadió de tal manera que tenia una tierna aficion por él, que hizo un testamento, en el cual le dejaba todos sus bienes, de los cuales se lisonjeaba que disfrutaria prontamente. Pero la constitucion de Sir Geoffroy era mas fuerte de lo que habia imaginado, y así se vió obligada á sostener mucho mas tiempo de lo que contaba la conducta obsequiosa con la cual le habia ganado, sabiendo que el menor decaimiento con un hombre de este carácter echaria á rodar todas sus esperanzas.

Habia pasado quince años de este modo, cuando Rusbrook fué avisado por un amigo de que no se fiasse mas tiempo de las promesas que Lady Greystock continuaba haciéndole: le ofreció interceder por él con su tío; pero empeñándole al mismo tiempo á que él mismo escribiese á Sir Geoffroy para obtener su perdon. Rusbrook siguió este consejo, y escribió á su tío una carta muy patética, que su amigo se encargó de remitir. La carta y solicitud del amigo produjeron una grande mudanza en los sentimientos del Baronet. Su ternura hácia un sobrino que habia mirado desde su infancia como su heredero, revivió. Creyó él que iba á enriquecer una familia que le era extraña, y dejaba en la miseria los restos de la suya. Su al-

tanería se indignó á esta idea, é hizo entrever á su solicitador que no estaba ageno de una reconciliacion con su sobrino.

Lady Greystock, oculta en el gabinete inmediato, habia oido toda esta conversacion que la llenó de espanto, y prontamente se apoderó de ella la desesperacion cuando vió llegar á un notario, á quien vió que su marido dictaba un testamento á favor de Rusbrook.

Luego despues el tio consintió en volver á ver á su sobrino. No quiso recibir á su muger é hijos; pero les dió socorros abundantes, con los cuales toda la familia se puso en estado de pasar á América con el regimiento.

Poco tiempo despues de su partida, Sir Geoffroy tuvo un ataque de apoplejía, del cual se podia poco lisonjear que se levantaria. Su estado favoreció los designios de Lady Greystock. Nadie entraba al aposento de su marido, sino ella ó gentes de quienes estaba segura. Envió á buscar un notario, de quien se habia ya servido para sus negocios de Irlanda, y habiéndole ganado con una buena suma de dinero, le hizo estender un testamento semejante al que el Baronet habia hecho ya en su favor. Ella sostuvo á su marido en sus brazos mientras que el notario, conduciendo la mano del moribundo, le hizo firmar el acto, en el cual pusieron tambien su firma dos hombres como testigos. Sir Geoffroy espiró pocas horas despues.

El amigo de Rusbrook, que tenia poder suyo, se apresuró á comparecer para hacer valer los derechos de su sobrino. Se leyó el testamento encontrado en la secretaría del difunto, por el cual Rusbrook era nombrado único heredero. Mas la alegría de su amigo fué corta. Habiendo comparecido los procuradores de la viuda, y producido un acto de última voluntad de Sir Geoffroy, que hacia nulo al primero, la consternacion y sorpresa del amigo de Rusbrook fué extrema; pero el acto que se le oponia estaba revestido de todas las formas legales, de modo que no se podia disputar: por lo mismo sospechó una picardía, y no perdió tiempo en comunicar sus sospechas á Rusbrook.

La viuda se apresuró á arreglar todos sus negocios, y se

volvió con gran diligencia á su país, del cual se hallaba ausente desde mucho tiempo. La mayor parte de sus parientes mas próximos eran muertos. Solo le quedaban algunos muy lejanos, los cuales atraídos por el cebo de su grande fortuna, vinieron á recordarle su parentesco, y hacerle la corte á porfía unos de otros. La dama ponía su celo en provecho, y vivía y se alegraba á espensas suyas. Era en extremo económica de bienes. Convidada en muchas casas, rara vez estaba en la suya. Juzgando de los otros por ella, atribuía las atenciones que le tenían á su verdadera causa, esto es, al interes, y reía á costa de aquellos que ella contaba darles chasco.

Sobre todo, tenía la costumbre que Miss Kilcorban habia dicho á Amanda, de pedir á las jóvenes que le hiciesen pequeñas labores de moda, como encajes, vueltas, delantales y pañuelitos.

La tranquilidad de que habia disfrutado durante los dos años que siguieron á la muerte de Sir Geoffroy, se turbaron un poco con la llegada de su sobrino de América, y quien por consejo de algunos jurisconsultos hábiles entabló un pleito contra ella para romper el testamento que producía en su favor, como hecho por Sir Geoffroy en un estado de imbecilidad.

Sin embargo, no se inquietó mucho por este acaecimiento: sabia que Rusbrook no tenía dinero para seguir este pleito, y que los abogados se lo abandonarían pronto cuando vieran que nada tenían que ganar en ello. Con todo, obligada á ir á Lóndres por su litigio, creyó que Amanda le seria agradable, no solo para hacerle compañía cuando estaria en casa, sino para hacerle muchas pequeñas labores de moda, y ahorrarle así un grande gasto.

Amanda se resistió con todas sus fuerzas á este proyecto que la alejaba de su padre: ella aseguró á Fitzalan que una mudanza de escena no le seria necesaria para recobrar su tranquilidad y su ordinaria serenidad, y que iba á hacer todos sus esfuerzos para probarlo. Fitzalan no dudaba de su sinceridad en la promesa que le hacia; pero conocia tambien la imposibilidad en que se hallaba de

cumplirla. El dijo que esta separacion era necesaria; que el tambien restableceria su salud, prestándose á distracciones, las cuales rehusaba por su causa. En fin, él la convenció é hizo sus preparativos para el viage. Como ella debia entrar á Inglaterra por Holdy-Head, Fitzalan resolvió volver á enviar á Elena á sus parientes, hasta la vuelta de su hija á Irlanda, lo que agradaba mucho á Elena, que deseaba volver á ver á su familia y hablarles de Chip. A las inmediaciones de la partida, el dolor de Amanda por dejar á su padre fué extremo: ella no podia ocultarlo, y el de Fitzalan no era menos vivo. En fin, al momento de la separacion, despues del postrer abrazo, creyeron al dejarse uno y otro abandonar la vida. El mismo Fitzalan formaba tristes presentimientos, y se arrepentia de haber obligado á su hija á partir, y poco faltó para que no le propusiese quedarse con él.

Lady Greystock, que en todas las situaciones y escenas del mundo permanecia siempre señora de sí misma, advirtió á Fitzalan el mal que hacia á su hija entregándose á tales conmociones, y recordó á los dos que su separacion seria corta, y que Amanda sacaria ventajas de ella que no debian ser despreciadas.

Estas consideraciones calmaron al padre. El condujo á las dos á su coche, al que le siguió una silla de alquiler que conducia á Elena y á la camarera de Lady Greystock. Despues de un último adios, Fitzalan volvió á entrar en su casa, y á despecho de su razon, lloró de verse separado de su hija.

Las lágrimas corrian de los ojos de Amanda sobre sus pálidas y flacas mejillas, y se redoblaron, cuando bajando el coche de una altura, arrojó la última mirada sobre Carberry-Castle.

Sin embargo, conociendo luego que Lady Greystock no gustaria de una compañera de viage siempre triste, procuró recobrar alguna calma, y entrar en conversacion.

Lady Greystock tenia un gran número de amigos en esta parte de Irlanda que ella recorria, y jamas se detenia en ninguna casa de posada.—Querida mia, dijo Amanda,

yo he aprovechado siempre la amistad que me han manifestado, y esta práctica me ha hecho pasar una vida agradable.

Llegaron al tercer día á Dublin en la calle de Sackeville, en donde Lady Greystock tenia una casa, y dos días despues se embarcaron para Inglaterra. A su llegada á Anglesey hicieron noche en Holy-Head, y continuaron su viage al día siguiente.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

OSCAR Y AMANDA,
Ó LOS DESCENDIENTES
DE LA ABADIA.

TOMO III.

OSCAR Y AMANDA,

Ó LOS DESCENDIENTES

DE LA ABADIA.

OBRA ESCRITA EN INGLES

POR MISS REGINA MARIA ROCHE.

PUESTA EN CASTELLANO

POR D. CARLOS JOSE MELCIOR.

ADORNADA CON SEIS
ESTAMPAS LITOGRAFICAS, Y PUBLICADA POR

SIMON BLANQUEL.

— 3 TOMO III. —

MEXICO.—1854.

*Se vende en la librería del editor, calle del Teatro
Principal número 1.*

Imprenta de ANDRES BOIX,
Bajos de S. Agustin nº 6.

OSCAR Y AMANDA,

Ó LOS DESCENDIENTES

DE LA ABADIA.

CAPITULO I.

AMANDA se repuso poco á poco de su abatimiento, con la esperanza de volver á ver á lord Mortimer; pero esto no era sin ocasionarle algunos temores, y grandes agitaciones. Unas veces se imaginaba que lo encontraria apasionado de Lady Eufrasia; y otras se decia á sí misma que él tenia un carácter demasiado noble y sincero, para variar con tanta facilidad súbitamente, y que la indiferencia que le habia manifestado, escitada por el resentimiento, se desvanecería, si tenia una sola ocasion de explicarse con él; explicacion que seguramente no rehusaria oir. En fin,

ella calmó un poco la agitacion que le causaban estas reflexiones, pensando que su incertidumbre se disiparía prontamente.

A las cinco de la tarde, llegaron á una posada, donde debian pasar la noche, distante una milla de Tudor-Hall. Despues de comer, Amanda dijo á Lady Greystock, que se proponia acompañar á Elena á casa de sus padres. Lady Greystock no se opuso á esto, no teniendo Amanda necesidad de carruage para tan corto camino: solamente le encomendó no se olvidase de la hora del té, en la cual, despues de haberse reparado con un corto sueño, se encontraría en estado de hacer su piquet acostumbrado.

Amanda y Elena partieron solas, habiendo esta última rehusado que les siguiese un hombre que le trajese su balija, la que decia que enviaria á buscar al dia siguiente. Amanda tomó esta disposicion como hecha á medida suya, pues queria dar, sin otra compañía que la de Elena, un paseo en el que se abandonaria á su melancolía, y en donde volveria á ver unos lugares que le recordarian tier-
nas memorias.

Este sentimiento es muy natural: en efecto, son un espectáculo triste, pero acompañado de alguna dulzura, los lugares en que otro tiempo hemos sido felices. Al acordarnos de una pasada felicidad, sentimos revivir por un momento en nuestros corazones alguna cosa de las impresiones que en otro tiempo recibimos, y dulcifica nuestro pesar de haberla perdido.

Tales eran los sentimientos que ocupaban á Amanda, mientras que Elena, á quien lo pasado no le dejaba recuerdos tristes, veía con placer, y enseñaba á su señora las habitaciones de sus padres y amigos. Sin embargo, la vista de la choza abandonada por el pobre Chip, arrancó algunas lágrimas de sus ojos; pero estas lágrimas fueron acompañadas de una sonrisa, por la cual parecia decir á la humilde mansion de su amigo: Aunque al presente te halles solitaria y desierta, el momento se acerca en que la alegría y la dicha volverán á tu seno, en que tu fuego y tu luz alegrarán á tus huéspedes, y llamarán al extraviado bajo tu caritativo techo.

Habiendo Amanda dejado el brazo de Elena, marchaba lentamente. La tarde era deliciosa; la bóveda del cielo estaba brillante de estrellas; el aire, sin ser estremadamente frio, era puro y fresco, y el camino estaba resguardado de él por un lado con los bosques de Tudor-Hall. Amanda los veia conmovida; pero llegada á la reja que le habia abierto Lord Mortimer, cuando huia de él á su primera vista, su corazon enternecido no pudo resistir á este recuerdo. Ella se detuvo pensativa, y dió curso á sus lágrimas. Las siempre verdes madreselvas, de que se hallaba lleno este bosque, le impedian tener aspecto triste y desnudo aun en esta estacion del invierno: ella hubiera deseado internarse en su oscuridad la mas retirada; pero no tenia tiempo, ni hubiera podido llevarse consigo á Elena, que no estaba esenta de temores supersticiosos. ¡Ah! se decia á sí mismo, cuando las plantas se reanimarán, cuando las hojas y las flores vegetarán de nuevo con los rayos del sol, y que estos bosques resonarán con la dulce melodía de las aves, ¿en qué sitio estaré yo? y ¡cuán lejos de estas escenas deliciosas, descuidadas, puede ser, y olvidadas del dueño de estos hermosos lugares!

El ruido de los vientos en las cimas de los árboles, y el del agua que caia á corta distancia, empezaron á despertar los temores de Elena, la cual asíó con trémula mano á Amanda, y la suplicó por el amor de Dios acelerasen su llegada al pueblo. El camino daba algunas vueltas aún por el bosque, y las luces de las casas á corta distancia de él, alumbraban sus márgenes, mientras que el viento llevaba el sonido de las voces de los labradores reunidos al rededor de su hogar, descansando de las fatigas del dia.

Hombres pacíficos, decia Amanda: cuando habeis satisfecho las necesidades de la naturaleza, ningun cuidado ni inquietud turba vuestras almas. Fatigados, pero no consumidos de los trabajos del dia, con los cuales preparais el seno de la tierra para recibir las fecundas influencias de la primavera, buscais y encontrais el dulce reposo.

Ella se detuvo un momento en la pradería vecina á la casa de su nodriza. En esta pradería le habia seguido

una vez Mortimer, y veía desde allí á Tudor-Hall. También procuró divisar las ventanas de la biblioteca; pero la noche era demasiado oscura, y no pudo distinguir otra cosa que el sitio donde estaban los criados, que se hallaba alumbrado con algunas luces. Llegadas á las casas de Edwin, vieron por la ventana á toda la familia al rededor de un buen fuego, conversando y riendo. La diligencia de Elena no le dió lugar á tomar precaucion alguna: esta abrió la puerta de repente, y fué á arrojarle á los brazos de su madre. La sorpresa de esta buena gente fué extrema, y su alegría sin límites. Ellos recibieron á Amanda con tanto amor y ternura, como si hubiese sido su propia hija, sin preguntarle los motivos que la conducian. La primera pregunta fué si venia á pasar algun tiempo con ellos, y su respuesta les afligió mucho. Como la instasen ofreciéndole algunos refrescos, ella les dijo que le era imposible detenerse; que habiendo pasado ya el tiempo que se le habia dado, temia que Lady Greystock se enfadase por haberla dejado sola tanto tiempo: les dió precipitadamente algunos pequeños regalos que les habia traido, é iba á dejarlas, cuando la pobre Elena, que despues de haber vivido tanto tiempo al lado de Amanda, la amaba hasta adorarla, voló á los brazos de la señora, y la estrechó entre los suyos como para resistir á una separacion, cuya idea no podía sufrir.

¡Oh mi querida señora! le decia, ¡qué! ¿es preciso que os deje! Mi corazon se parte á este pensamiento; la misma presencia de Chip no me consolaria. Yo sé que vos no sois feliz, y esto redobra mi pena al dejaros: vuestras mejillas han perdido su color; yo os he visto llorar muchas veces cuando creíais no ser vista de nadie. Si vos, que sois tan buena, no sois feliz, ¿cómo una pobre muchacha como yo puede esperar serlo? ¡Oh! ¡Pudiera yo veros pronto en Tudor-Hall como dueña del castillo, y casada con el mejor y mas amable de todos los hombres, que, os lo juro, os ama de todo su corazon. Entonces Chip y yo seremos felices, pues estoy segura de que vos y Milord nos protejereis.

Amanda apretó á la buena muchacha contra su seno, y mezcló sus lágrimas con las suyas, diciéndole al oído: Querida Elena, no habéis de esto; vuestra dicha me será siempre cara: yo haré cuanto pueda para apresurar vuestro casamiento con Chip, y espero que pronto os reunireis.

¡Ah! dijo la buena nodriza: vos os vais cuando me lisongeaba de que veníais á pasar algun tiempo con nosotros, y que puede ser que Milord vendria y habriais sido tan felices uno y otro de volveros á ver. Yo creí que perdía el entendimiento cuando no os halló aquí. Me causó lástima, y no habria hecho escrúpulo en decirle dónde estábais, si lo hubiese sabido como él se lo creia, pues me ofreció mucho para que se lo dijese. Nosotros tenemos aún aquí al pobre M. Howell, que está como un desterrado despues de vuestra partida, y suspira sin cesar. El viene casi todos los dias á preguntarme si sé alguna cosa de vos, y si Lord Mortimer está en vuestra compañía. ¡Oh! él no se consolará si sabe que habéis venido aquí, sin que os haya visto.—Y bien, mi querida nodriza, le dijo Amanda esforzándose á parecer alegre, es preciso esperar que algun dia nos encontraremos reunidos.

Ella se despidió, y apoyándose sobre el brazo de Edwin, volvió á la posada, en la que encontró á Lady Greystock despertándose. Ambas tomaron el té, y despues de haber jugado casi una hora á los cientos, se retiraron para irse á acostar. Amanda, que habia dormido poco, se levantó temprano, y viendo que Lady Greystock no se hallaba aún despierta, bajó al patio para pasearse en él. El primer objeto que allí divisó con gran sorpresa suya, fué el ministro Howell, apoyado sobre una barrera á la puerta, pareciendo triste y pensativo. El corrió hácia ella, y tomando su mano, la dijo: Vos os admirais de verme; pero yo me lisongo de que no os enfadareis de ello. No he podido resistir al deseo de veros, despues de todas las penas que he sufrido por vuestra marcha precipitada; y desesperando de volveros á ver, estoy aquí desde la salida del dia, esperando este momento feliz.

Siento mucho, le dijo Amanda con gravedad, que vuestro tiempo sea tan mal empleado.—¡Con qué frialdad me hablais! la dijo él. ¡Ah! si pudiéseis leer mi corazón, y ver cuán lejos estoy de toda pretension, os aseguro, que sin querer aliviar mis penas, tendríais alguna piedad de mí. Yo no he cesado despues de vuestra partida de recorrer los lugares que gustábais frecuentar; me he detenido muchas veces en la tumba de vuestra madre, pensando en vos, he llevado allí mi ofrenda en la primavera, y he colgado en ella guirnaldas de las flores mas bellas de mi jardín en memoria de su celestial hija.

La voz dulce y lastimosa de Howell, y su semblante abatido, escitaron en su favor toda la sensibilidad de Amanda; pero confusa con las tiernas espresiones del ministro, le dijo con un tono afectuoso, que ella tenia á gran dicha volverle á ver, y procuró retirar su mano.—Ciertamente, dijo él, podeis permitirme deteneros aún un momento, pues vais á volver al seno de los placeres y de la dicha, y á juntaros con el hombre mas feliz de todos.

El se detuvo; y Amanda, procurando aún desasir su mano, y mirando si alguno la observaba, vió á Lady Greystock á la ventana, que se sonrió con finura. Viendo que el carruaje estaba dispuesto, la dijo que iba á bajar. Howell dejó entonces la mano á Amanda; esta pareció enfadada, y él manifestó un disgusto tal, y se excusó de un modo tan humilde y tan sumiso, que no pudo rehusarle su perdon. Les ayudó á subir al coche, y les dió un triste adios.

He aquí verdaderamente, dijo Lady Greystock, un jóven muy amable. Aunque estrechada á partir, no he querido interrumpir vuestra interesante conversacion. Vos habeis sin duda pasado algun tiempo aquí, pues que conocéis tan bien á este hermoso mozo. Amanda hubiera deseado no convenir en la verdad de esta conjetura que podia conducir á Lady Greystock á descubrir, ó á lo menos sospechar su intimidad con Lord Mortimer.—Sabeis ya, señora, respondió ella, que la madre de Elena ha sido mi nodriza. —Sí. querida mia, replicó Lady Greystock con alguna ma-

lignidad; pero si vuestro conocimiento con este jóven ha empezado desde vuestra infancia, imagino que lo habreis renovado despues. Amanda se puso colorada, y para ocultar su turbacion aparentó mirar al país con atencion. Lady Greystock la observaba, y la oyó suspirar al pasar á la vista de Tudor-Hall.— He aquí, dijo ella á Amanda, una casa muy hermosa; presumo que la conoceis, como igualmente al dueño á quien pertenece.

Amanda no podia decir una falsedad, ni escapar de las preguntas de Lady Greystock, y así la confesó no solamente que Tudor-Hall pertenecia á Lord Mortimer, sino que le habia visto allí el verano pasado. Lady Greystock sacó prontamente la consecuencia que allí habia principiado la recíproca inclinacion entre ella y Lord Mortimer, y la turbacion de Amanda en confesar que habia estado ya en el país de Gales, confirmaron esta conjetura. Sin embargo, procuró introducirse en la confianza de Amanda, manifestándola mucha amistad y estimacion, y sobre todo haciéndole entender que despues del conocimiento que tenia de las disposiciones de Lord Mortimer, no creia que hubiese pensado ni pensase jamas sériamente en Lady Eufrasia. Esperaba que esto empeñaria á Amanda á abrirle su corazon; pero se engañó en sus esperanzas. Con todo, ella se lisonjeó de que habia sabido bastante para que la marquesa la perdonase el haber conducido á Amanda á Lóndres, si desaprobaba este paso, como habia motivos de temerlo, resuelta por otra parte á decirle que Fitzalan la habia obligado á ello.

Llegaron á Pall-Mall la tarde del tercer dia, en el alojamiento que los procuradores de Lady Greystock habian ajustado. Lady Greystock, aunque tenia muchos negocios, y en vísperas de ver comenzar su proceso, no descuidaba las ocasiones de divertirse: al dia siguiente de su llegada, envió á saber noticias de la familia Rosline, y al otro dia por la mañana, como lo esperaba, la marquesa y su hija vinieron á hacerla una visita. Amanda se hallaba en la ventana cuando el coche se acercó á la puerta. Se metió al momento, y se retiró á su aposento, no queriendo ni es-

ponerse á su impertinencia, ni parecer solícita de presentarse á ellas. Lady Greystock las hizo saber que Amanda la habia seguido á Lóndres; lo que las sorprendió y desagradó. Ella entonces las dijo, como lo habia proyectado, que no habia podido resistir á las importunas instancias de Fitzalan, que la habia obligado á tomar su hija, teniendo, segun decia, razones para estrecharla así. Entonces las notició todo lo que habia descubierto de la inclinacion de Lord Mortimer hácia Amanda, que habia tenido origen en Gales, donde se habian encontrado el verano anterior.

La marquesa y su hija sacaron al momento la consecuencia de que Amanda habia sido enviada á Lóndres con la mira de un casamiento que ellas resolvieron impedir por todos los medios. La marquesa la aborrecia de tal manera, que nada habia que no estuviese dispuesta á hacer para estorbarla, no solo que fuese preferida á Lady Eufrasia por Lord Mortimer, sino aun impedirle el logro de cualquier otro establecimiento. Ella superó la repugnancia que tenia de volverla á ver, con la esperanza de que estaria mas en estado de verla y dañarla. Comunicó, pues, esta idea á su hija, quien habiéndola tomado y adoptado, dijo á Lady Greystock, que ya que ella habia traído á Miss Fitzalan, deseaba que la hiciese venir. Enviaron á buscar á Amanda, y tomándola Lady Greystock por la mano, la presentó á las dos señoras. La marquesa, levantándose con una frialdad que no pudo disimular, la dijo, que puesto que Lady Greystock la honraria con su visita, ella estaria muy contenta de recibir á Miss Fitzalan. Lady Eufrasia se contentó con hacerle una corta reverencia, y cuando Amanda hubo acercado una silla por sí misma al sofá donde Eufrasia estaba echada mas que sentada, esta continuó en mirarla fijamente, cantando entre dientes una aria italiana, y acariciando un pequeño perro que habia traído. El aire desembarazado, y los nobles modales de Amanda, la sorprendieron y mortificaron mucho. Ellas se habian prometido disfrutar de su embarazo. Para su alma altanera, nada habia mas

agradable que inspirar á aquellos que se les acercaban este temor y esta humilde deferencia que las almas vulgares y sin elevacion están dispuestas á manifestar á la gerarquía y á la fortuna; pero se picaron de ver por el contrario en Amanda el sentimiento de su dignidad en lugar de una tímida desconfianza. Al verla la marquesa al lado de Eufrasia, no pudo menos de confesar que era para su hija una rival poderosa; pues nunca sus rasgos y su semblante se presentaron con mayor ventaja en contraste con los de Eufrasia. La marquesa abrevió su visita, no pudiendo sufrir mas tiempo el tormento que le causaba la envidia de que se hallaba devorada.

Ella y su hija se persuadieron que ya no debian, como lo habian proyectado, comunicar á Lord Cherbury las sospechas que tenian de la inclinacion de Lord Mortimer. Reconocieron que de nada serviria inspirar al padre la separacion de Amanda, si la pasion de su hijo se sostenia. Sabian que Lord Mortimer era de un carácter independiente, y que los bienes de sus antepasados le habian asegurado el poderse casar á gusto suyo. El medio que les pareció mejor para salir con la suya, fué perder á Amanda en el concepto de Lord Mortimer, y se lisongearon del écsito de esta empresa.

Al mismo tiempo se propusieron derribar las esperanzas de Amanda y de su padre, alejándole la proteccion de Lord Cherbury. De este modo triunfarian completamente, sumergiendo en la miseria á dos seres que detestaban ardientemente entre las dos familias.

La constante indiferencia de Mortimer hácia Lady Eufrasia no les permitia ignorar por mas tiempo que era preciso tuviese otra inclinacion anterior al conocimiento que habia hecho con Eufrasia, sin lo cual no habria sido insensible á sus atractivos. No les quedó, pues, otro medio mejor que hacer despreciable á los ojos de Mortimer el objeto de su inclinacion, de cuya medida podria resultar que volviese su afecto á Lady Eufrasia. El orgullo de esta la habria impedido aceptar la mano de Lord Mortimer despues de haber conocido que tenia una rival pre-

ferida; pero el placer de triunfar de Amanda le hizo abrazar con ardor todos los planes de su madre.

Lord Cherbury no se habia explicado jamas positivamente con su hijo sobre el proyecto que habia formado de su casamiento, y solo se habia contentado con decirse-lo. Lord Mortimer no habia hecho reparo; pero el padre conocia bien que su hijo no estaba dispuesto á entrar en sus miras. Sabia que Mortimer tenia ideas muy fijas sobre la independenciam que debe guardar toda alma sensible en un negocio de tan alta importancia como la union conyugal, que declaraba abiertamente deber ser eximido de la opinion de otro, y no poderse determinar por las ventajas de la fortuna.

Para evitar una explicacion desagradable con un hijo á quien tenia mucha ternura y estimacion, el conde Cherbury procuró entre su hijo y la familia Rosline una connexion que pudiese conducirlo á una especie de obligacion recíproca. Para esto imaginó juntar á menudo las dos familias en lugares de públicas diversiones, donde Lord Mortimer, viéndose frecuentemente con Lady Eufrasia, diese lugar al rumor de un cercano casamiento entre ellos. El mismo Lord Cherbury contribuia á esparcirlo oculta-mente entre sus amigos. Esperaba que estas noticias, viniendo á los oidos de Mortimer, conducirian á su hijo á una explicacion con él, en la cual se proponia decirle que despues de haber dado lugar por sus obsequios continuos á Lady Eufrasia á los rumores que corrian, no podia, por su honor, dispensarse de realizarlos. Temia, á la verdad, que el sano juicio y penetracion de Lord Mortimer no fueran obstáculo al éxito de este proyecto; pero á mas tenia, para desear la ejecucion, un motivo poderoso que no se atrevia á dar á conocer.

Lord Mortimer conoció prontamente cuáles eran las miras de su padre impeliéndole á la sociedad de la familia Rosline. El se escusaba cuanto le era posible, y sin faltar á las leyes de la cortesía, desmentia sin cesar los rumores que se esparcian de su proyectado casamiento con Lady Eufrasia. El jamas la habia amado; pero su indife-

rencia se habia cambiado en odio: sentia en su interior que aun cuando su corazon fuese enteramente libre, jamas lo ofreceria, ni daria su mano á una persona que no tuviese su estimacion. Deseaba evitar el tener con su padre una esplicacion, que no podia menos de ser desagradable, y se lisonjeaba que la indiferencia que siempre habia manifestado á Eufrasia, convenceria á Lord Cherbury de la imposibilidad de ejecutar su proyecto, sin que le obligasen á rehusarlo formalmente.

Por la tarde, Lady Greystock y Amanda recibieron un recado de ir á comer al dia siguiente en casa de la marquesa de Rosline. Amanda no puso dificultad alguna en aceptarlo: una negacion de su parte habria incomodado mucho á Lady Greystock, ó la habria reducido á quedarse sola. En fin, pensó que así tendria una ocasion de ver á Lord Mortimer, que suponía frecuentaba la casa del marques. Su corazon palpitaba á esta idea, y esta esperanza animó de tal modo su fisonomía, que Lady Greystock conoció la mudanza: la felicitó por haberse reparado de sus fatigas, y tomó este pretesto para pedirle le hiciese un pequeño adorno para el dia siguiente. Amanda se ocupó inmediatamente en ello, y como trabajaba con tanta celeridad como gusto, prontamente adelantó la obra; la que dió mucho gusto á Lady Greystock, que durante esta labor le contaba anécdotas mordaces, de las que tenia su cabeza llena.

Adornándose Amanda para la visita á casa de Rosline, se rizó sus hermosos cabellos, pero no se dispensó de la elegante sencillez con la que se vestia siempre. Sus sencillos adornos fueron arreglados con mucho gusto, y nada olvidó de cuanto podia contribuir á su ventaja. Estaba tan hermosa, que Lady Greystock empezó á temer seriamente que la marquesa y Eufrasia no le perdonarian jamas el haberla introducido en su sociedad.

Llegaron cerca de las seis á Portman-Square, donde encontraron un numeroso concurso. Despues de las primeras ceremonias, y de presentar á Amanda al marques, no como una cercana parienta, sino como que le era del

todo estraña, habiéndose adelantado un hombre hácia la marquesa de Rosline, y díchole algunas palabras al oído, ella se levantó y presentó á Amanda al conde Cherbury.

—Mi querida jóven, le dijo él, permitidme que os pinte al vivo el placer que tengo de ver á la hija de mi digno amigo Mr. Fitzalan, y que junte á esta satisfaccion, añadió tomándole la mano y conduciéndola hácia una persona muy hermosa, la de presentaros á mi hija Araminta Dormer, y pidiros vuestra amistad para ella.

Sorprendido y encantado el corazon de Amanda, experimentó una grande conmocion: ella se consternó; pero no fué tal su embarazo que la privase de hacer conocer con mucha gracia su sensibilidad á la obsequiosa atencion de Lord Cherbury. Le aseguró que ya le habían inspirado desde sus principios sentimientos de reconocimiento y de respeto por él. El la saludó, y se apartó para ocultarse á las nuevas gracias, y la dejó sentada al lado de su hija, quien le manifestó el placer que tenia de hacer conocimiento con ella, no con el aire y tono orgulloso de Lady Eufrasia, sino con el acento de la afabilidad y bondad.

La accion de Lord Cherbury habia llamado la atencion de la concurrencia hácia Amanda. La marquesa y Lady Eufrasia manifestaron su disgusto con miradas llenas de malignidad; mas se consolaron con la confianza en que estaban de que podrian perderla á su voluntad en el concepto del conde Cherbury.

—Yo os ruego me digais, dijo á Lady Eufrasia Miss Malcolm, parienta de la marquesa, que siendo fea, rica y maligna era muy amada de Eufrasia, ¿quién es aquella criatura, que se parece á una aldeanilla, que por primera vez se encuentra en nuestra concurrencia, y que se turba y tiembla cada vez que observa que la miran?—Es, le respondió Lady Eufrasia, una parienta muy lejana de mi madre, que esta vieja viuda Lady Greystock ha recojido en Irlanda, y nos ha obligado á recibir. Nosotros desde mucho tiempo la habriamos protegido por compasion, á no ser por la conducta impertinente de toda su familia con mi madre, y si ella misma no manifestase ya las mismas disposicio-

nes: es verdaderamente ridículo que la hayan enviado á Londres, y estoy segura de que su viejo y loco padre ha hecho un esfuerzo extraordinario para ponerla en estado de presentarse con alguna decencia, sin duda con la esperanza de que ella hará caer en sus redes á algun tonto y rico que proveerá á las necesidades del padre y al mismo tiempo á las de la hija.

—Apostaria, exclamó el jóven Free-Love, presumidillo, que se hallaba apoyado en el respaldo de la silla de Lady Eufrasia, que toda la renta del año la han empleado en adornarla así.

Este jóven estaba bajo la tutela de Lord Cherbury. Sus bienes eran considerables; pero la naturaleza no habia sido muy liberal con él: sus inclinaciones y su persona eran afeminadas hasta el extremo; toda su ambicion era ser un hombre á la moda, en sus costumbres y en sus vestidos, como en sus palabras. El no aprobaba ni las personas ni las cosas hasta que no estuviese bien asegurado de que unas y otras fuesen del buen tono. Habia sido uno de los perseguidores de Lady Eufrasia durante algun tiempo, y ella habia animado sus obsequios con la mira de darle algunos celos con Mortimer; pero un rival de esta naturaleza era poco de temer. Continuando en observar á Amanda con un lente pendiente de los botones de la casaca, dijo:—Yo declaro que si su padre ha puesto toda su esperanza en las conquistas que debe hacer su hija, tendrán mal éxito sus proyectos, pues por mi vida que no veo nada en esta muchacha que pueda seducir, sino la novedad, atractivo que se debilita todos los dias: todo cuanto puede ella esperar, es un establecimiento de algunos meses con algun hombre sin gusto, que ame la sencillez de una lugareña.—Y esto seria aun mas de lo que merece, dijo Miss Malcolm: no, yo no puedo sufrir estas criaturas que se meten así á pesar nuestro en una sociedad para la cual no han nacido.—Os admiraríais, añadió Lady Eufrasia, de la vanidad y buena opinion que tiene de sí misma: ella se contempla un modelo de belleza, y ya veis lo que es; ha hecho creer á algunas personas, seguramente de un gusto

muy extraño, que es perfecta, aunque me atrevo á decir que si puede leer pasablemente y garabatear una esquila, es seguramente todo lo que puede hacer.—Si quereis, dijo Free-Love, despues de comer pondremos sus talentos á prueba, y nos divertiremos un poco á su costa.—Muy bien. dijo Miss Malcolm; la haremos tocar y cantar: ella pretende sobresalir en ambas habilidades; pero seguramente la pobreza de su padre no le ha permitido cultivar esta especie de talento: nosotros la confundiremos, y disfrutaremos de su confusion cuando su ignorancia sea conocida.

Durante esta conversacion, Amanda gustaba un placer muy puro y muy dulce entreteniéndose con Lady Araminta. Esta jóven era el retrato dulce y hermoso de su hermano: el tono de su voz tenia la misma suavidad y el mismo carácter, y se la escuchaba y miraba con un placer igual. Amanda, confiada, buscaba con los ojos á Lord Mortimer por toda la concurrencia; pero inútilmente: cada vez que la puerta se abria, esperaba verle entrar; su corazon palpitaba, y esta idea no la dejó hasta la hora de comer. Felizmente consiguió colocarse en la mesa al lado de Araminta, que le impidió encontrar largo el tiempo de la comida. Despues de comer, las salas se llenaron de una brillante concurrencia, sin que pareciese Mortimer. Amanda sufria con algun contento su ausencia, viendo en ella una razon de pensar que no era tan solícito en ver á Lady Eufrasia: algun negocio ó promesa anterior podian detenerlo á la verdad; pero ella preferia la primera de estas interpretaciones, que la lisonjeaba mas.

Lady Eufrasia, para ejecutar su maligno complot contra Amanda, condujo la mayor parte de la sociedad al salon de música: Free-Love habia dicho á algunos que iban á divertirse con la irlandesa. Lady Eufrasia se puso al piano para tener el derecho de hacer tocar á Amanda. Free-Love se sentó al lado de esta, y entabló una conversacion que tenia por objeto llenarla de confusion; pero produjo un efecto enteramente contrario, haciéndose á sí mismo muy ridículo.

Amanda conoció su intencion, y sobre todo, cojió algunas

miradas de inteligencia entre él, Eufrasia y Miss Malcolm. Aunque modesta en extremo, tenia talento y elevacion de alma para no sacar ventaja en un combate semejante, y dejar de responder á sus chuscadas impertinentes y poco delicadas.

—¿Habeis visto ya alguas curiosidades de Lóndres? preguntó Free-Love á Amanda, meneándose en su silla y admirando la brillantez de sus hebillas de diamantes.—Sí, dijo Amanda, mirándole con algun orgullo; he visto ya algunas cosas curiosas. Su vista y tono de la respuesta empezaron á levantar algunas carcajadas á espensas del preguntador.—Yo pienso, continuó él, que no dejareis de ir á ver el monumento, y sobre todo, la torre, en donde vereis grandes rarezas; si quereis permitírmelo, yo os acompañaré á ella.—¡Oh! no, dijo ella; yo no tengo deseo de ir á buscar allí animales salvages; se ven todos los dias mas estraños y menos nocivos, á pesar de toda su ansia por dañar.

Free-Love conoció bien que él mismo se habia hecho el objeto de la risa de los concurrentes, y se retiró conviniendo en lo mismo. Lady Eufrasia, dejando el piano, vino á rogar á Amanda que tomase su lugar, diciéndole con una falsa modestia:—Mi poco talento va á hacer sobresalir la superioridad del vuestro. Amanda se escusó mucho tiempo; pero en fin, Miss Malcolm, juntando sus solícitas instancias hasta la importunidad á las de Eufrasia, la hizo ceder.

—Yo supongo, le dijo Lady Eufrasia, siguiéndola al piano, que preferireis estas pequeñas arias á la música mas difícil. Amanda no contestó nada, y abrió un libro de sonatas de una ejecucion mucho mas difícil que todo lo que habia tocado Eufrasia. Al principio se turbó un poco; pero despues de haberse asegurado, su ejecucion fué tan brillante y desembarazada, que escitó la admiracion universal, escepto la de aquellos que se habian propuesto hacer reir á sus espensas, y fueron cojidos en su propio lazo.

Despues que hubo tocado algunas piezas, algunos músicos, ó que se preciaban de tales, la rogaron que cantase, y

cantó una ária italiana patética y tierna, en la cual desplegó una voz dulce y sensible y un excelente gusto. Todo el auditorio quedó admirado y arrebatado, no solamente de su talento, sino de la conformidad encantadora de su fisonomía y toda su persona con los armoniosos sonidos que hacía oír. La alabaron con entusiasmo, y ella se levantó del piano sonrosada y confusa de los aplausos de toda la concurrencia. Los hombres se reunieron al rededor de Lady Eufrosia para saber quién era esta bella estrangera, y ella les dió, con poca diferencia, la misma respuesta que habia dado á Miss Malcolm. Tanto ella como su madre tuvieron mucho que hacer para ocultar la rabia del éxito de Amanda.

Es una cosa muy absurda, dijo Lady Eufrosia á algunos de los que la cercaban, dar talentos de esta especie á una jóven que por el estado de su fortuna no puede emplearlos sino haciendo de aya de niñas ó cantora de ópera.—Yo antes bien creo, añadió Miss Malcolm, que la haremos trinar en alguno de nuestros teatros, pues no creo que haya nadie entre las gentes de tono que quiera confiar sus hijas á una criatura de esta naturaleza.

Habiendo pasado Amanda al aposento inmediato con Araminta Dormer, fué seguida de muchos hombres, que la cercaron y prodigaron los lisongeros cumplimientos que la belleza recibe comunmente con tanto gusto; pero que fatigaron á Amanda, no solo por la exageracion que veía en ellos, sino porque la impedían entretenerse con Araminta. La marquesa, que no la perdía de vista, alejó prontamente de ella á todos los cortesanos, colocándoles en mesas de juego, no pudiendo sufrir que Amanda recibiese tantos homenajes, y lisongeándose de causarle algun disgusto privándola de ellos.

En el discurso de la conversacion, Lady Araminta hizo mencion de Irlanda, y dijo que no habia conservado sino una débil memoria de Carberry-Castle; que ella habia tenido alguna inclinacion á acompañar al marques y su familia en su último viage á aquel país, y que les habia prometido ir el verano siguiente. Seguramente, continuó ella,

habreis visto allí á Lord Mortimer.—Sí señora, dijo Amanda balbuciendo y poniéndose colorada hasta los ojos. Araminta, que tenia penetracion, observó que esta turbacion indicaba entre Amanda y su hermano algo mas que un simple y ligero conocimiento. Ella se habia chanceado algunas veces con Amanda sobre el sentimiento que manifestaba de haber dejado la Irlanda, y conoció que esta materia despertaba en ella profundos pesares. Sabia el proyecto que habia formado su padre de una alianza con la familia de Rosline; pero jamas lo habia aprobado. Lady Eufrasia le era del todo desagradable: estaba persuadida de que una alma como la de Mortimer, noble, tierna y sincera, no encontraria jamas la felicidad con un ser tan diferente de él, como lo era por todos respectos Lady Eufrasia. Amaba tiernamente á su hermano; creia, sin haber comunicado jamas esta idea á nadie, que Mortimer habia tomado alguna aficion en Irlanda, y hubiera deseado que la hubiese hecho su confidente; pero no queria solicitar esta confianza, sabiendo que no estaba en estado de poderle servir. Estaba tambien convencida de que ella no tenia ascendiente alguno sobre su padre, para hacerle abandonar el proyecto de casar á su hijo con Eufrasia. La figura, las gracias y modales de Amanda la habian encantado; pero entreteniéndose con ella, le habia conocido unas calidades que la hicieron añadir á su admiracion su estimacion. Juzgaba muy bien que Mortimer no habria dejado de hablarle de la amable Miss Fitzalan, si no hubiese temido que su conmocion le hubiese hecho traicion hablando de ella. Amanda parecia ser precisamente en el concepto de Araminta la especie de muger que Mortimer podia amar, y que se parecia al ser fantástico del que se habia hecho un modelo en sus noveleras ideas, como la sola capaz de cautivar su corazon. Lady Araminta encontraba en las miradas de Amanda una expresion de ternura, y en la dulzura de su voz un encanto, al cual era imposible resistir. Era de parecer que si su corazon estuviese oprimido de tristeza, Amanda seria de todos los seres, aquel á cuyo lado creeria encontrar mas

consuelo. La turbacion de Amanda á la menor mencion de Mortimer, indicaba bastante las relaciones que podia haber entre los dos. Araminta tenia involuntariamente fijos los ojos en Amanda, como para penetrar los ocultos rincones de su corazon; pero con una benevolencia que parecia decir que no haria traicion al secreto que ella quisiera descubrirle.

Lord Cherbury vino en este momento, y dijo á Amanda que acababa de presentar á Lady Greystock una petition y una apología, y que venia á dirigirla tambien á ella. Por una parte la rogaba que con Lady Greystock fuese á comer á su casa al dia siguiente con la familia del marques, y por otra se escusaba de hacerle este convite tan precipitadamente y sin las formalidades ordinarias, por la necesidad en que se hallaba su hija de dejar á Lóndres de allí á dos dias; lo que no dejaba tiempo á Lady Araminta de hacerle una visita.

Amanda le dió gracias por este convite, el cual era tanto mas agradable por haber sido hecho sin etiqueta, por manifestar de parte de Lord Cherbury un deseo de ver consolidada la intimidad entre ella y Araminta, y por darle tambien alguna esperanza de ver á Lord Mortimer. Todas estas ideas dieron á su espíritu una actividad poco comun, y se entabló una conversacion muy interesada entre ella y Lord Cherbury, que era tambien hombre de gran vivacidad. Lady Araminta vió con placer las atenciones de su padre hácia Amanda, y se lisongeó de que la buena opinion que empezaba á concebir de ella, tendria tarde ó temprano consecuencias ventajosas.

Lady Greystock se levantó al fin para marchar. Lady Araminta se despidió tiernamente de Amanda, y Lord Cherbury condujo á las dos damas á su coche. Por el camino, Lady Greystock alabó la extrema cortesía del Lord, é hizo de él un elogio tan lisongero, que Amanda pensó que la viuda podria proponerse muy bien hacer de Lord Cherbury su cuarto esposo.

Retirada Amanda á su aposento, gustó mas felicidad que no habia disfrutado de mucho tiempo á esta parte;

pero era una felicidad agitada, y que no daba sensaciones muy dulces á un corazon susceptible de todas las impresiones.

Su felicidad era hija de la esperanza, y por consiguiente capaz de desvanecerse con ella de un momento á otro. Esta esperanza estaba fundada en las atenciones de Lord Cherbury, en la amistad de Lady Araminta, y en lo que le habia dicho sobre la tristeza de Lord Mortimer, y sobre no haber este comparecido á la concurrencia de la familia de Rosline; dos circunstancias en las que veia aún la inclinacion que la conservaba Mortimer. Amanda se ocupó esta misma noche en instruir á su padre de lo que habia pasado durante el dia, pues su principal consuelo cuando se hallaba separada de él, era escribirle largamente, y recibir á menudo cartas suyas. Habiendo acabado su carta, se sentó cerca del fuego, meditando sobre la conferencia que esperaba tener al dia siguiente, hasta que los serenos, anunciando las tres, la sacaron de sus devaneos. Se sonreia consigo misma de verse así suspensa y absorta en sus pensamientos; pero al fin se fué á acostar para ser feliz aun durmiendo.

Su sueño fué tranquilo, y agradables las imágenes que le presentó; despertó tarde, conservando su serenidad y la vivacidad del dia anterior. Despues de haberse desayunado con Lady Greystock, salieron ambas en cohe para ir á diferentes partes de la ciudad. Todo era nuevo para Amanda, que en su primera mansion en Lóndres habia vivido reclusa en un cuartel retirado: todo la divertia y todo la admiraba. A cosa de las cuatro de la tarde, volvieron á su casa. Amanda hizo su tocador con una agitacion que se aumentó cuando subió á la carroza, y llegaron á casa de Lord Cherbury á Saint Jame's-Square. Ella seguia á Lady Greystock con paso mal asegurado, y el primer objeto que al entrar en el salon se presentó á sus ojos, fué Lord Mortimer en pié cerca de la puerta.

CAPITULO II.

Lady Greystock y Amanda encontraron reunidos en el salon al marques y á la marquesa de Rosline, Lady Eufasia, Miss Malcolm y Free-Love. Lady Araminta descubrió en la voz de Amanda la turbacion que la agitaba, y no se disminuyó nada cuando Lord Cherbury, tomándola por la mano, dijo á su hijo: Mortimer, creo que debeis haber visto ya á Miss Fitzalan en Irlanda.—Sí, Milord, respondió Mortimer acercándose para saludar á Amanda. Todos los ojos, escepto los de Lord Cherbury y de Free-Love, se volvieron entónces hácia Amanda y Lord Mortimer, y conocieron en la espresion de su fisonomía motivos de confirmar sus sospechas sobre la recíproca aficion que se suponía entre los dos.

Amanda, sentada ya, se esforzó á vencer su turbacion. Habia un sitio vacante al lado de ella, y viendo Miss Malcolm á Lord Mortimer dispuesto á ocuparlo, se apoderó de él. Ella le atrajo en seguida á su lado, y le empenó en una conversacion insignificante hasta la hora de comer. No habiéndose podido dispensar Mortimer de darle la mano para conducirla al comedor, arrojó una mirada desdeñosa sobre Amanda. Viendo Lady Araminta á todos los hombres ocupados, ofreció chanceando su brazo á Amanda, de quien seria, segun decia, el caballero. Habiendo conducido Lord Mortimer á Miss Malcolm á su puesto, y disimulando la instancia que le hizo de colocarse entre ella y Lady Eufasia, pasó al otro lado de la mesa, y se sentó al lado de Amanda. Las dos damas abandonadas estuvieron desesperadas, y Amanda encantada y por lo tanto confusa. Pero reparando en las miradas observadoras de la marquesa y Eufasia fijas sobre ella, se animó á sí misma, y prontamente estuvo en estado de mezclarse en la conversacion general entablada por Lord Mortimer.

Este habia experimentado tan grande sorpresa como placer con la llegada de Amanda á Lóndres, á pesar de su resentimiento contra ella. Lady Araminta, estando sola con él aquella mañana, le habia hablado de la jóven estrangera con los mayores elogios. El la habia oido con una satisfaccion que le convenció de que estaba mas que nunca apasionado de Amanda. Despues de su retorno de Irlanda, habia sido víctima de la incertidumbre y de la afliccion. La inocencia, la pureza y la ternura que habia visto en ella cuando las traia á la memoria, no podia creer que todo esto lo fingiese, y empezó á reflexionar que el misterio de su conducta seria aclarado algun dia de un modo satisfactorio; que él reconoceria que ella no se habia apartado voluntariamente, y que si él no se hubiese dejado conducir por su violencia, precipitando su marcha, habria recibido una explicacion que hubiera disipado todas sus dudas. Aflijido de haber dejado la Irlanda, habria vuelto allá al instante, si no hubiera temido las preguntas que su padre le haria, á las cuales no hubiera podido satisfacer. Ya proyectaba ir el verano siguiente con Lady Araminta, no pudiendo sufrir por mas tiempo una incertidumbre tan penosa. Bendecia el destino que conduciendo á Amanda á Lóndres, le proporcionaba una nueva ocasion de aclarar sus dudas, y aun de apartar mas fácilmente los obstáculos que se oponian á su dicha, y como él tambien se lo prometia, á la felicidad de Amanda. El se creia en adelante tambien mas en estado de vencer la oposicion de su padre: sin embargo, no queria hacer entera confianza de su hermana, temiendo se indispusiese con su padre por sostener con demasiado ardor su causa, y defender los intereses de un hermano que amaba tiernamente.

Le pareció que Amanda tenia los colores menos vivos que en Irlanda, y que estaba un poco mas delgada; pero estaba para él aun mas interesante, persuadido por una mirada que le dió al entrar, que era por su separacion por lo que habia perdido la frescura de sus hermosas mejillas. Apénas podia disimular su alegría, de verla aproximarse

por unas relaciones necesarias, y su corazon suspiraba por una esplicacion, que seria tambien la época de una perfecta reconciliacion.

Los hombres se juntaron con las señoras á tomar el té. Lady Eufrasia propuso ir al Panteon, lo que fué aceptado. Amanda sobre todo, quedó muy contenta de ello, tanto porque no conocia este espectáculo, como porque Mortimer podria encontrar alguna ocasion de hablarle, lo cual habia conocido que deseaba, sin haberlo podido verificar en casa. El marques y Lord Cherbury, se escusaron de ir: Lady Greystock, que no habia pedido su carroza, sino para muy tarde, aceptó un asiento en la de la marquesa.

Ni Lady Eufrasia, ni Miss Malcolm, podian sufrir la idea de ver á Amanda y Mortimer en un mismo coche, persuadidas como lo estaban, de que la presencia de Lady Araminta, no les impediria una comunicacion que les disgustaba en extremo. Lady Eufrasia se determinó al momento, y manifestó que ella y Miss Malcolm cederian sus asientos en la carroza de la marquesa á Amanda y Free-Love, para tener el gusto de ir en compañía de Lady Araminta. La marquesa, que adivinó los motivos de su hija, apoyó esta proposicion con mucho disgusto de Amanda, y gran enfado de Mortimer, que se dejaba ver. Sin embargo, Amanda se conso'ó con el pensamiento del placer que tendria luego que cesaria de ser el objeto de la malévola atencion de la marquesa, y de su hija.

Durante el camino, sus reflexiones no fueron turbadas, pues nadie la dirigió la palabra. La marquesa, y Lady Greystock cuchicheaban juntas, y Free-Love cantó una aria entre dientes, como si su designio hubiese sido mortificarla, no teniendo atencion alguna con ella. Cuando la carroza se detuvo, dió la mano á las dos damas; y como si se hubiese olvidado del todo, que hubiese ser alguno en este mundo que se llamase Amanda, se fué tras ellas. Amanda bajaba sola, cuando lord Mortimer apresurándose hácia ella, le dió la mano, y apretándola con la suya, le dijo en voz baja: Hétenos aquí ya reunidos de nuevo: la envidia y el odio no nos separarán mas. Un amable en-

carnado, pintó las mejillas de Amanda; su mano temblaba dentro de la de Mortimer, y con esto se halló indemnizada de la contradiccion que acababa de experimentar, y aun mas de la impertinencia de Free-Love. Lord Mortimer la condujo con Araminta que la esperaba, y entraron juntas en la sala. Lady Eufrasia, no estaba dispuesta á disfrutar el placer del espectáculo; por lo demas, se hallaba convencida de que lord Mortimer estaba apasionado de Amanda, y esta conviccion la ponía en un desconsuelo. Desde el momento que habia entrado en la carroza con ella, habia guardado un silencio obstinado, á pesar de los esfuerzos que Miss Malcolm, y aun ella misma, habian hecho para hacerle entrar en alguna conversacion. El las habia dejado, al llegar al panteon para encontrarse, á la llegada de la carroza de la marquesa, y despues de haberse juntado con Amanda, se habia dedicado enteramente á ella, sin recatarse de ello, haciéndoles sus sentimientos olvidar las precauciones de la prudencia. La novedad y lo brillante de la escena, causaban á Amanda una sorpresa y un placer grande, y Mortimer se contemplaba feliz, viéndola disfrutar de esta diversion, y estaba gozoso con la descripcion enérgica y animada, que le hacia la misma Amanda de la sensacion que experimentaba. En cuanto observaba, veía unidos á una imaginacion viva, mucho talento y un escelente gusto. Se olvidaba de que los ojos de la malevolencia y de los celos, estaban fijos sobre los dos, y lo olvidaba todo, para no pensar sino en ella.

Pero la pobre Amanda estaba destinada á experimentar esta tarde todas las contradicciones. Lady Greystock, consecuente á un consejo que le habia dado Eufrasia, despues de haber dado algunas vueltas en la sala, vino á Amanda, y le pidió que viniese á sentarse á su lado, pretestando la salud de Amanda, que no le permitia sostener una tal fatiga. Inútilmente la protestó Amanda, que no estaba fatigada, y que ella preferiria pasearse, y en fin, que habia prometido á lord Mortimer, bailar con él. Lady Greystock se negó á todo, y particularmente á esta última proposicion, á pesar de las instancias de Araminta, que

patrocinaba la causa de su amiga, asegurándola que tendría cuidado de impedir que Amanda se fatigase demasiado.

¡Ah! dijo Lady Greystock, vosotras jóvenes, os dejais llevar así de vuestro ardor, sin prever las circunstancias; pero declaro que como Amanda está confiada á mis cuidados, me creería culpable, si la dejase correr especie algun peligro.

Araminta hizo nuevas instancias, á las cuales Amanda habria aún juntado las suyas, si no hubiese tenido temor de hacer sospechar el verdadero motivo. Ella observó que este pequeño debate detenía á toda la sociedad; ofreció su brazo á Lady Greystock, y fué á sentarse con ella y la marquesa. Lady Eufrasia, apoderándose del brazo de Araminta, se la llevó á la multitud, y Miss Malcolm agarrándose de Mortimer le obligó á seguirla. Mortimer en el discurso del paseo, buscaba las ocasiones de desasirse; pero Miss Malcolm tuvo una alegría estremada de verle renunciar á este proyecto, cuando hubo reconocido que Amanda estaba colocada de modo que le seria imposible acercarse á ella. En efecto, la marquesa la había colocado entre ella y Lady Greystock; y bajo el pretexto de conversar con esta, estaba continuamente delante de Amanda, impidiéndola ver y ser vista, lo que independientemente del pesar de estar separada de Mortimer y Araminta, la tenía en una situación muy desagradable. La marquesa se complacía malignamente del penoso estado de Amanda, que le parecia una venganza muy ligera, de los celos que daba á Eufrasia, y de los homenajes que le robaba.

Es verdad que Amanda recorriendo la sala y observando con sorpresa y con placer la escena brillante que tenía á sus ojos, había sido el objeto de la atención y curiosidad general; que ella había sido seguida y admirada, y que estaban convencidos de que era la mas hermosa que hubiese concurrido allí, después de mucho tiempo.

El retiro de Amanda puso á Eufrasia de mejor humor. Se reía maliciosamente con Miss Malcolm del desconcierto de Mortimer y Amanda. Después de algunas vueltas,

Sir Carlos Bingley pasó por su lado. Este había gustado mucho á Miss Malcolm, y lo habia tentado todo para que se aficionase á ella. Las atenciones que la simple política le hacia tener para con ella, y los usuales cumplimientos, que casi por fuerza exijia de él, manifestaban, á lo que ella creia, que lo tenia subyugado. Lady Eufrasia, á pesar de la amistad que profesaba á Miss Malcolm, y sus miras hácia lord Mortimer, tenia un grande deseo de poner á Sir Carlos Bingley en el número de sus admiradores; y estas dos damas estaban determinadas á no dejarle pasar cerca de ellas sin detenerlo. Ellas ejecutaron su proyecto; y le dijeron las cosas mas lisongeras para un hombre, que hubiese hecho algun caso de sus elogios; mas el jóven baronet, á quien en ninguna manera le agradaban, despues de haber respondido política y vagamente, iba á dejarlas, cuando su compañero le tiró de la manga, y le enseñó una hermosa jóven, sentada en frente de ellos. Esta era Amanda, colocada entre la marquesa y Lady Greystock.

¡Buen Dios! dijo él todo conmovido, y poniéndose colorado de placer, ¿es posible, es verdad que está allí Miss Fitzalan? Sí, es ella misma, dijo acercándose, y saludándola con gracia: este es un encuentro tan feliz, como inesperado, y yo no os disimularé que por disfrutar de la dicha que el acaso me proporciona aquí, estaba resuelto á partir para Irlanda dentro de dos ó tres dias.

Amanda se puso colorada á esta declaracion pública de Sir Carlos, blasonando el imperio que ella tenia sobre él. Su turbacion dió tiempo á este de conocer que en medio de su sorpresa, se habia olvidado de la marquesa y Lady Greystock. El se esforzó á reparar este olvido. La primera le saludó con altanería y sin hablarle una palabra, y Lady Greystock le dijo, sonriéndose maliciosamente, que ella veia muy bien, que su admiracion por Miss Fitzalan le habia hecho olvidar á los demas. Sir Carlos estaba desesperado de no poder acercarse á Amanda, y entretenerse con ella: apénas podia verla, pues continuando la marquesa y Lady Greystock su conversacion, se la quitaban sin cesar de la vista. Como conocia mucho el carácter y

disposiciones de la marquesa, conjeturó prontamente los motivos de esta conducta.

Señoras, dijo él á la marquesa y Lady Greystock, vosotras estais verdaderamente llenas de bondad, ocultando así á Miss Fitzalan, pues sabeis que presentándola daríais mucho disgusto á las otras hermosas de la concurrencia; pero vos, dijo á Amanda, ¿por qué permanecéis así sentada en lugar de pasearos? Amanda no dió respuesta alguna; pero una espresiva mirada echada sobre él, y sobre las dos señoras que la guardaban, le hizo conocer que no podia esplicarse de otra manera.

Lady Eufrasia y Miss Malcolm, ofendidos de la precipitada marcha de Sir Cárlos, habian continuado su pasco, cuando la envidia y la curiosidad las volvió á traer allí. Lady Araminta conoció su disgusto, y se complació en él. Sir Cárlos, que esperaba con impaciencia que se acercasen, no las vió antes que él instase á juntarse con ellas.—Permitid, le dijo él presentando una mano á Amanda, que sea vuestro caballero, y que os libre de la que podemos llamar verdadera esclavitud.

Ella no vaciló en aceptar este ofrecimiento. El ruido de la sala, y el movimiento continuo de los que iban y venian, la habia aturdido: ella no creyó deber escusarse con las señoras, con quienes estaba para reunirse al resto de la compañía, y salió de su puesto para juntarse con Lady Araminta, que se habia detenido para esperarla. La multitud impidió que se adelantasen un momento, y Sir Cárlos aprovechó este instante favorable, para apretar su mano, y manifestarle el placer que sentia por haberla encontrado.—¡Qué lejos estaba, le dijo, de creer que esta tarde me proporcionaria una tan grande dicha!—Sir Cárlos, le dijo Amanda, procurando desasirse: despues de vuestra vuelta á Inglaterra habeis aprendido el arte de adular.—Yo hubiera querido, replicó él, aprender aquí solamente à espresar cómo en mí se hallan los sentimientos que esperimento.

Lord Mortimer compareció en este momento. El se habia hecho abrir paso en medio de la multitud. Pareció

quererse retirar viendo á Amanda, detenida por Sir Carlos, cuyo color anunciaba los lisongeros cumplimientos de que ella era el objeto.

Reuniéndose Amanda con las jóvenes, esperaba ver llegar pronto á lord Mortimer; pero aun cuando hubiese tenido este proyecto, la continua asistencia de Sir Carlos se lo habria impedido. El no perdió de vista á Amanda, y se resintió verdaderamente de que hubiese dejado su puesto por Sir Carlos, complacencia que habria podido tener por él antes. Sir Carlos y otros muchos, le ofrecieron ser sus parejas para hacerla bailar: ella se escusó, y Lady Araminta siguió su ejemplo. Lady Eufrasia y Miss Malcolm, estaban demasiado turbadas para entregarse á ningun género de diversion.

Engañada Amanda en su esperanza, de volverse á juntar con lord Mortimer, se esforzaba á reprimir aun mas fuertemente los obsequios de Sir Carlos, quien le protestaba que habia precipitado todos los negocios que lo habian atraído á Inglaterra, únicamente para volver con mas prontitud á Irlanda, y que los dias le habian parecido siglos hasta el momento feliz en que la habia encontrado.

Ella se alegró al oir á Lady Araminta, que propuso volver á casa. Lady Eufrasia y Miss Malcolm no insistieron en el proyecto de irse con Araminta como habian venido, persuadidas de que lord Mortimer estaba ya fuera, y así Araminta y Amanda marcharon solas. La primera convidó á Sir Carlos á cenar, y este aceptó con el mayor gusto el convite, y prometió concurrir luego que lo hubiese prevenido, á la compañía con quien habia venido.

Lady Araminta y Amanda llegaron un poco antes que el resto de la compañía. Araminta le decia que se veia obligada á dejar la ciudad para ir á las bodas de una íntima amiga, pero que esperaba á su vuelta estrechar aun mas la amistad de Amanda: Mortimer entró de improviso. Este pareció sorprendido y satisfecho de encontrar á ambas juntas y solas, y sentándose á su lado, dijo con el acento de la mas tierna sensibilidad:—Este momento vale mas que las horas que acabamos de pasar. ¿Puedo pensar que se-

rá tan feliz para mí, como acaba de serlo para Sir Cárlos Bingley? Decidme, por vida vuestra, ¿no os habeis agradablemente sorprendido esta tarde?—Seguramente, dijo Amanda.—¿Por la vista del panteon y por la de Sir Cárlos? replicó Mortimer.—No, respondió Amanda sin titubear; yo no le conozco bastante para que su presencia pueda darme contento ni disgusto.

Esto cabalmente era lo que Lord Mortimer tenia necesidad de oir. Las miradas de Amanda, y el modo con que recibia los obsequios de Mortimer, no dejaban ya á éste duda alguna. Todos los celos se le disiparon, y recobró toda la vivacidad de su espíritu. Jamas se siente el alma tan feliz como en el momento en que acaba de aliviarse de una penosa incertidumbre.

Lady Araminta, cojiendo el hilo de lo que Mortimer acababa de decir á Amanda acerca de Sir Cárlos, dijo á su hermano:—Miss Fitzalan no puede encontrar muchas personas que, como ella, se grangeen la admiracion y estimacion á primera vista; yo no puedo persuadirme que ella sea para mí un conocimiento de dos dias: tan grande es el interes que me inspira, que la miro como á hermana. Aquí se detuvo, echó una mirada espresiva á su hermano, y sus bellos ojos se animaron de placer.—¡Ah mi querida Araminta! exclamó Mortimer, tened por ella esta ternura de hermana: ¿quién la merece tanto como Miss Fitzalan? ¿Y quién otra sino Miss Fitzalan, dijo al oido de Amanda, tiene derecho á pretenderla?

En este momento se oyó el ruido de un coche, y la compañía entró, terminando una escena que si se hubiese prolongado mas tiempo, hubiera dejado señales visibles en los ojos de estos. Las damas iban acompañadas de Sir Cárlos y Free-Love; Lord Cherbury y el marques habian salido, pero entraron casi al mismo tiempo. Despues de la cena se separaron, y Lady Araminta se despidió tiernamente de Amanda.

Las inquietudes que tanto tiempo habian destruido el corazon de Amanda, se habian disipado ya. La palabra que Lord Mortimer le habia dicho al oido, le probaba no

solo que ella era en su concepto el objeto de su tierna afición, sino tambien de una prometida eleccion, y estaba li-sonjeada por la decision que manifestaba Araminta en apoyar los sentimientos de su hermano.

Al dia siguiente por la mañana despues del desayuno, Lady Greystock salió para ir á casa del abogado; y habiéndose sentado Amanda á su labor en el gabinete, recibió un recado de Sir Cárlos Bingley. Este le manifestó con la misma energía que el dia anterior el gusto que tenia de verla, se felicitó de encontrarla sola, y la repitió muchas veces que desde el momento de su primera vista habia tenido su imágen siempre presente. Amanda no tenia la ridícula vanidad de hacer alarde de recibir testimonios de un sentimiento que no podia corresponder; antes bien las atenciones de Sir Cárlos le disgustaban porque podian inquietar á Lord Mortimer. No respondió, pues, á Sir Cárlos, sino con una frialdad y reserva insoportables á un hombre de un carácter tan impetuoso como el suyo. Entre resentido y medio chaceándose, le dijo que él no podia dejarse tratar así, y se apoderó de su mano á pesar de la resistencia que ella pudo hacer. En este momento abrieron la puerta, y compareció Lord Mortimer. Aun cuando Amanda hubiese aprobado y animado las intenciones de Sir Cárlos, no habria manifestado mayor confusion. Lord Mortimer se retiró algunos pasos pareciendo turbado; pero en seguida se acercó con un aire frio, y tomó asiento. Sir Cárlos se levantó precipitadamente, manifestando en su aire el descontento de haber sido interrumpido, y dando algunos pasos en el aposento. Amanda fué la primera que rompió el silencio, preguntando si Araminta habia partido.—No, respondió friamente Lord Mortimer; pero va á partir luego, y cuento acompañarla una parte del camino.—De suerte, replicó Sir Cárlos, que aguardando que Lady Araminta esté pronta, para no perder momento, habeis venido á ver á Miss Fitzalan.

Lord Mortimer nada contestó, y despues de alguna conversacion la mas indiferente, permaneció muy sério, y al cabo de pocos minutos, saludó á Amanda y salió.

Convencida Amanda de que Lord Mortimer venia á hacerle esta visita con el designio de esplicarse con ella mas claramente de lo que lo habia hecho hasta entonces, no pudo disimular enteramente su disgusto, ni ver á Sir Carlos sino con mucho descontento. Este no abrevió por esto su visita; permaneció con Amanda hasta la vuelta de Lady Greystock, á quien propuso conducirla á la ópera por la noche, y de quien obtuvo el permiso de volver á la hora del té para traerle unos billetes de entrada, á pesar de haber declarado Amanda su poca aficion á este espectáculo. Quería evitar las observaciones del público, como igualmente las atenciones de Sir Carlos; pero ni uno ni otro pudo conseguir. La impresion que sus encantos habian hecho en el corazon del baronet, era demasiado profunda y demasiado viva para poderse borrar por una fria acogida. Noble y generoso, poseedor de grandes bienes, era independiente, y podia solo dar oidos á la voz de sus inclinaciones. Verdaderamente él se proponia casarse con Amanda; y aunque ofendido de su indiferencia, no estaba desanimado, y esperaba triunfar. Acostumbrado á conseguir sus caprichos, no podia sufrir la idea de que se le frustrase un proyecto al que creia ligada su felicidad. Si el corazon de Amanda hubiese estado libre, verosíblemente habria salido con su intento, pues era hombre agradable y al mismo tiempo de mérito. Amanda le profesaba estimacion, y sentia sinceramente que este sentimiento para con ella pasase ya á ser una pasion.

Lady Greystock tenia en Lóndres muchos y brillantes conocimientos, que frecuentaba sin cesar. Estos cabalmente eran los mismos que tenia Sir Carlos, quien se encontraba en casi todos los parages á que Amanda concurría. Su asistencia continua á su lado y sus atenciones fueron notadas de todo el mundo, y le hicieron mirar universalmente como el adorador declarado de la hermosa compañera de Lady Greystock. Esto es lo que decian todos los hombres, mientras las mugeres, sin esceptuar la misma Lady Greystock, estrañaban que Sir Carlos se aficionase á una muchacha cuya situacion era miserable, y que á mas

de esto nada tenia de extraordinario. Lady Greystock la pintaba á todos como reducida á una estrema miseria, y se jactaba de haberla tomado en su casa por compasion. Miss Malcolm se tomaba las mayores libertades contra ella, y decia todo lo que la malicia y la envidia le podian sugerir. La marquesa y Lady Eufrasia, juzgando á Amanda segun lo que sentian ellas mismas, pensaban que pues no estaba asegurada de obtener la mano de Mortimer, aceptaria la de Sir Cárlos; y aunque esto las hubiera desembarazado de una rival con Lord Mortimer, con todo, la idea de la fortuna é importancia que adquiria con semejante union, las afligia, pues la envidia es el mayor suplicio del que la posee.

Lord Mortimer volvió á tomar su aire de reserva hácia Amanda: encontrándose con ella, como sucedia muchas veces, no le manifestaba atencion alguna particular. Tenia á menudo fijas sobre ella sus miradas, y las retiraba siempre que ella le sorprendia con las suyas; pero aquellas parecian decirle que la mudanza ocurrida en sus procedimientos, no era efecto de ninguna disminucion de su ternura: él estaba determinado á reglar su conducta por la que Amanda observara con Sir Cárlos. Aunque ofendido de las atenciones de este rival, tenia demasiada altivez para aprovecharse de su anterior conexion con Amanda: una muger que podia balancear entre dos objetos, le parecia indigna de ambos; y así, estaba resuelto á dejar á Amanda abandonada á sí misma, y enteramente libre de obrar como quisiese; especie de prueba á la que sujetaba la aficion que la habia manifestado. Sin embargo, á pesar de todo su orgullo, creemos que no habria arriesgado esta prueba si no hubiese estado persuadido que saldria victorioso de ella. Habia llegado el tiempo de la vuelta de Lady Araminta, y Amanda la esperaba con impaciencia; pero supo por Lady Eufrasia que habia caido enferma, y que su vuelta se retardaria. Este fué un contratiempo sensible para Amanda, que esperaba por la mediacion de Araminta ver un poco menos á Sir Cárlos, y con mas frecuencia á Lord Mortimer.

CAPITULO III.

Amanda se encontraba sola una mañana en el salon de tertulia de Lady Greystock, cuando vió entrar á un hombre que preguntaba por dicha señora, y á quien habian dicho que la esperase. Este extranjero tendria la edad de cuarenta y cinco á cincuenta años. Su vestido era de militar, y bastante roto para manifestar que la guerra no le habia enriquecido. Su talle era alto y su fisonomía interesante; pero su cuerpo parecia agobiado de las enfermedades: en su semblante estaba pintada la tristeza, conservando con todo una espresion que indicaba la jovialidad de que lo habia dotado la naturaleza. Sus sienes hundidas, su color amarillo y su figura, inspiraron á Amanda respeto é intereses. La sensibilidad y las lecciones que habia recibido en su juventud, le habian enseñado á respetar al desgraciado, y consecuente á estos principios, se conmovió toda al ver en el viejo militar todas las señales de la desgracia.

La estacion era muy rigurosa, y el extranjero parecia sufrir y temblar de frio. Habiéndole Amanda acercado una silla al lado del fuego, él la dió gracias, y la dijo:— Amable jóven, yo puedo aseguraros que jamas he temblado delante del enemigo tanto como tiemblo ahora; nosotros los oficiales subalternos debemos igualmente despreciar el frio y el fuego.

Amanda se sonrió, y volvió á tomar su labor. Estaba ocupada en hacer una guarnicion de flores artificiales, que Lady Greystock queria regalar á una jóven cuya familia le habia hecho algunos servicios. Este era un medio de recompensarlos, que le costaba poco.

—Este trabajo, dijo el extranjero, es divertido, y vuestras rosas son materialmente sin espinas, como las que cojereis en el camino de la vida.—¡Ah! respondió Amanda, yo no me lisonjeo de esta esperanza.—Hay pocas jóvenes como vos, dijo el extranjero, y que dotadas de vuestras

prendas piensen así.—Y esto es, sin embargo, lo que deben pensar todas aquellas que son capaces de reflexion, contestó Amanda.—Sin duda, replicó el extranjero; pero ¡cuán pocas merecen este elogio! La reflexion á los ojos de las jóvenes es un tirano que les arranca de las manos el placer hácia el cual corren; placer que rechazan en una edad adelantada como memorias molestas, enemigas de nuestra tranquilidad.—Yo imagino, dijo Amanda, que vos hareis en vuestra censura algunas escepciones.—Hay algunas tal vez, contestó el extranjero; pero muchas veces, cuando la conciencia nada tiene que temer de la reflexion, la sensibilidad la teme, porque no solo recuerda la memoria de las horas felices, sino que nos da pesares tan amargos, que pone al alma en un estado incapaz de hacer esfuerzo alguno para combatir la desgracia.

Amanda, que observaba al extranjero con la mayor atencion, creyó notar que se aplicaba á sí mismo las reflexiones que acababa de producir, pues su fisonomía habia tomado una espresion mas fuerte de tristeza.

—Mi querida joven, continuó él sonriéndose, yo os agradezco la complacencia que habeis tenido de prestaros á la conversacion de un viejo militar; pero así os habré proporcionado un medio de comparar los viejos con los jóvenes: en estos encontrareis mas calor, pero no mas discernimiento para apreciar lo que valeis: ellos alabarán el brillo de vuestros ojos, la dulzura y bondad que templan su lustre, admirarán los colores de vuestra tez; pero yo adoraré la sensibilidad de vuestra alma, que sucesivamente tiene poder de hacerlos mas vivos ó de hacerles perder su vigor. . . .

En este momento entró Lady Greystock con aire de importancia y de desden, que se echaba de ver en toda su fisonomía. Levantóse el extranjero, y se aumentó su palidez.—¡Ah! ¿sois vos, Mr. Rusbrook? dijo ella al fin; sentaos, haciéndole seña con la mano. Retiróse Amanda, que se habia quedado un momento bajo pretesto de arreglar su bastidor con la esperanza de saber quién era este extranjero.

Habia siempre oido hablar de Rusbrook á Lady Greys-

tock, como de un hombre falso y despreciable. Su fisonomía refutaba esta calumnia, y Amanda comenzó á pensar que Lady Greystock podia solo divulgarla con el designio de desacreditar á su adversario en el proceso que contra él tenia que sostener. Desde que vivia con esta señora, habia reconocido en ella muchas disposiciones poco loables, y habia con esto confirmado la verdad de que el carácter de las personas no puede conocerse sino con el trato íntimo y duradero.

Desde entonces tomó mucho interes en favor de Rusbrook. Habia oido decir que estaba cargado de una familia numerosa, la que conjeturó que se hallaba en una suma miseria. Habia observado en él una especie de tristeza tan particular, que le habia interesado mas de lo que habria hecho un total abatimiento, pues era el resultado de los esfuerzos de una alma elevada para triunfar de sus desgracias, y no hay espectáculo mas admirable y al mismo tiempo mas penetrante que el de la virtud animosa combatiendo contra la adversidad.

Pensativa quedaba Amanda en la ventana, reflexionando sobre esta desigualdad de fortunas, que en el orden natural establecido por la Providencia es como las montañas y los valles en el orden físico, cuando vió á Rusbrook atravesar la calle con paso lento y con todas las señales de un estremado abatimiento. Llevaba sus manos delante de los ojos como para enjugar sus lágrimas, y á este solo pensamiento corrian tambien las de Amanda. El frio aumentaba, la nieve caia á grandes copos, y Rusbrook solo tenia para guarecerse de ella un miserable vestido. Amanda se conmovió profundamente á este espectáculo, y cuando hubo perdido enteramente de vista á Rusbrook, se abandonó á un soliloquio sentimental al estilo de Yorik.

Viendo pasar un hermoso coche, se dijo á sí misma: Si esta carroza fuese mia, ciertamente que un pobre militar como Rusbrook no quedaria espuesto á los rigores de la estacion; tendria un vestido mejor, y su corazon no seria víctima de las agonías que lleva consigo la necesidad. Si veia correr una lágrima en sus mejillas, diria á esta lágri-

ma: Desaparece, pues traigo el consuelo. Hablando ella así, la idea de Mortimer, que podia ponerla en estado de realizar estas fantasmas bienhechoras, se presentó á su imaginacion: sus lágrimas se detuvieron, y sus mejillas recobraron el primitivo color.

Sí, pobre Rusbrook, añadió ella, acaso no está lejos el momento en que la Providencia bienhechora proveerá á tus necesidades por las manos de Amanda, y en que el mismo Mortimer se reunirá á ella para socorrerte.

La camarera de Lady Greystock vino á llamar á Amanda para que bajase. Esta se dió prisa, curiosa de saber alguna cosa de la conversacion que se habia tenido, y encontró á Lady Greystock triunfante de alegría.—Querida mia, la dijo, tengo buenas noticias que daros: Rusbrook ha perdido el amigo que le ayudaba con su bolsillo á sostener el pleito, y los letrados, viendo que ha perdido la principal áncora, han tomado las de villadiego, y le han dejado el pleito para que lo siga del modo que pueda. El pobre diablo y su familia no saben en qué irán á parar. Pero no os imaginareis hasta dónde llega su descaro: ha venido á decirme que haria con gusto una composicion.

¡Y bien, señora! dijo Amanda.—¡Y bien, señora! repitió Lady Greystock remedándola: yo le he respondido que seria menester que estuviera loca para prestarme á semejante propuesta, despues de la audacia que ha tenido de disputar la legalidad del testamento de mi querido esposo difunto Sir Geoffroy, hácia quien se ha portado tan mal. No, no, le he dicho, vos podeis proseguir: mis agentes de negocios están dispuestos; y despues de haberse dado tantos afanes las dos partes, seria lástima que con todo lo que se ha hecho no se terminase nada.

Sin embargo, señora, replicó Amanda, como vos conoceis la miseria á que está reducido, le habreis dado sin duda algun socorro. ¡Qué, pues! respondió agriamente Lady Greystock, ¡creeis que él tenga derecho á exigir cosa alguna de mí?—Si no de vuestra justicia, dijo Amanda, de vuestra humanidad.—Es decir, replicó Lady Greystock, que me aconsejais que arroje mi dinero por las ventanas

para que él lo recoja.—Sí, dijo Amanda sonriéndose, y tirarle mucho.—Muy bien, dijo Lady Greystock: cuando vos seais de mi edad, conocereis mejor el valor del dinero.

Yo me lisongo, señora, replicó vivamente Amanda, que lo conozco ya; solamente lo estimamos diferentemente.—Os ruego, dijo Lady Greystock con una sonrisa desdenosa, me digais qué es el dinero segun vuestro parecer.—Señora, respondió Amanda, es el medio de esparcir la felicidad al rededor de nosotros, de aliviar la miseria y de alegrar un corazon afligido. Es un depósito que Dios nos confia para emplearlo así. Este uso de las riquezas es para nosotros un manantial abundante de sentimientos pacíficos y deliciosos, que á manera de amigos tiernos andan solícitos al rededor de la cama del dolor y de la muerte, para endulzar las penas del uno y disipar los terrores de la otra.

He aquí, á fé mia, dijo Lady Greystock, un hermoso discurso muy propio para insertarse en una novela sentimental ó en un tratado moral, para la instruccion de la juventud. Pero os aconsejo, querida mia, que guardéis para vos misma en lo sucesivo vuestras singulares y noveleras máximas, en que hareis creer que no os habeis instruido sino en quimeras; pues las palabras que acabais de decir son precisamente las que usan las heroínas de las novelas.

Amanda nada replicó: sin embargo, viendo á esta muger sentada en una gran silla poltrona cerca de un buen fuego, y teniendo delante de ella una escelente sopa, como la tomaba todas las mañanas, no pudo menos de decirse á sí misma: ¡Muger dura y sin piedad, ocupada en vos sola, ningun sentimiento de compasion os conmueve por la miseria de los otros: tranquila al abrigo de la desgracia, la veis descargar sobre la cabeza de vuestros semejantes, y mientras que os entregais al goce del lujo, permanecéis insensible á los dolores de aquellos que no pueden satisfacer las primeras y mas urgentes necesidades de la vida!

La noche se pasó en casa de la marquesa en una concurrencia numerosa: en aquella escena brillante y alegre, Amanda no pudo disipar las ideas tristes que desde la mañana ocupaban su imaginacion. La figura pálida y flaca de Rusbrook volviendo á su afligida familia, la perseguía. Observando la magnificencia de las salas y los adornos de aquellos que las llenaban, pensaba que una corta porcion de tantos gastos de vanidad, aliviaría las necesidades de una multitud de pobres, y se decia á sí misma: Estos ricos orgullosos, entregados á una diversion licenciosa, que el placer y la abundancia embriaga en las horas de su loca alegría, no piensan en otra cosa que en el momento en que se abandonan á ella, mientras que hay criaturas humanas que experimentan los terrores de la muerte y los dolores que la acompañan; que millares de sus semejantes beben en la copa del dolor, y comen el pan amargo y negro de la miseria, sin vestido en los rigores del frio, tiritando bajo el techo de paja que oculta su triste pobreza.

Sacóla de estas reflexiones la llegada de Sir Cárlos Bingley, el cual vino como de ordinario á sentarse á su lado. Pocos minutos despues compareció Lord Mortimer. Se propuso una partida á las veinte y una, en la que quiso Amanda entrar para desembarazarse de los obsequios de Sir Cárlos; pero no pudo impedir se colocase aún al lado de ella: Lord Mortimer se puso en frente.

Bingley, dijo uno de los jugadores en el discurso de la partida, ciertamente que sois el hombre mas mudable que conozco. Cerca de tres semanas ha que estábais muy afanado para hacer un viage á Irlanda, y segun la prisa que os dábais, parecia que os iba la vida en diferirle un momento, y os encuentro aún en Lóndres, divirtiéndoos y recorriendo las concurrencias como antes.

Es verdad, respondió Bingley, que no he marchado; pero no por esto merezco la tacha de inconstante en mis proyectos, pues mis acciones son siempre dirigidas á un mismo fin, y conducidas por los mismos motivos; y diciendo estas palabras, tenia los ojos fijos en Amanda.

Amanda se sonrió, y recogió al mismo tiempo una penetrante mirada que Mortimer arrojó sobre ella. Su situación era muy desagradable: temía que las atenciones de Sir Carlos no manifestasen que eran correspondidas. Ya habia procurado desviarlas; y en fin, tomó la resolución de hacer el último esfuerzo para librarse enteramente de él.

Sir Carlos vino á verla al dia siguiente al momento en que Lady Greystock subia al coche para ir á casa de los abogados. Lady Greystock le dijo que encontraria á Miss Fitzalan en el salon de tertulia.—Vos oísteis ayer por la noche, dijo á Amanda al entrar, que mi conducta relativa á mi viage á Irlanda ha causado alguna sorpresa á mis amigos. Ellos me creen loco, viéndome renunciar tan precipitadamente un proyecto que ardia en la impaciencia de ejecutar. Permitidme, añadió tomándola de la mano, que os explique el verdadero motivo de esta mudanza aparente en mis resoluciones.

—Sir Carlos, le dijo Amanda, ya es tiempo de terminar esta chanza.—Sí, sí, respondió él; de todo mi corazon, si quereis terminarla consintiendo en mi felicidad, y aceptando con mi mano la ofrenda que os hago de un corazon el mas tierno. Se produjo despues con una delicadeza estremada y una ternura patética, conjurándola, con el desinterés que la generosidad mas noble podia exigir, á aceptar la oferta de su mano.

Amanda esperimentó un verdadero disgusto á estas proposiciones de Bingley: su sensibilidad y su reconocimiento la hacian sentir la pena que iba á darle.—Creedme, Sir Carlos, le dijo, que verdaderamente soy sensible al honor que me haceis; pero me creeria indigna de la opinion favorable que os debo, si tardase un momento en haceros conocer que la amistad es el solo pago con que puedo satisfacer vuestras obsequiosas disposiciones.

Las pasiones impetuosas de Sir Carlos se pusieron entonces todas en movimiento. Se levantó, y corrió por el salon con una estremada agitacion; al cabo de algunos momentos se volvió á sentar.—Yo no puedo creer, Miss Fit-

zalan, dijo, que permanezcáis siempre inflexible; ni vos misma creáis que pueda abandonar con facilidad una esperanza que he alimentado por tanto tiempo, y en la cual he fijado toda la felicidad de mi vida.—Ciertamente, Sir Cárlos, replicó Amanda un poco sobrecojida, no podeis echarme en cara el haber alentado esta esperanza.—¡Ah, no! dijo él con un acento apasionado, me habeis manifestado siempre una frialdad igual.—¡Cómo, pues, la habeis concebido? le respondió ella.—Yo he sido conducido, dijo él, por la natural inclinacion que tenemos á engañarnos á nosotros mismos, pintándonos el suceso á medida de lo que deseamos. ¡Ah, Miss Fitzalan, no me quiteis tan dulce error! Yo no os instaré ahora á accion alguna por la cual sintais la menor repugnancia; os ruego solamente me permitais esperar que el tiempo, la perseverancia y las atenciones, que jamas decaerán, harán sobre vos alguna impresion, y producirán en mi favor alguna mudanza.—Sir Cárlos, replicó Amanda, escuchadme: yo no alimentaré una esperanza que no creo poder realizar jamas; un poco de reflexion debe haceros conocer que debeis agradecerme una explicacion tan sincera. En este momento estamos los dos acaso demasiado turbados para poder sostener esta conversacion por mas tiempo; perdonadme si la termino en este mismo momento, asegurándoos que conservaré toda mi vida una memoria reconocida de vuestras intenciones acerca de mí, y que en adelante profesaré una constante amistad á Sir Cárlos Bingley. Dicho esto, se retiró sin que él la detuviese.

El dolor de ver frustradas sus esperanzas, habia, por decirlo así, suspendido todas las facultades de Bingley; pero vuelto despues en sí, se retiró. Su orgullo lo llevó al principio á renunciar á Amanda; pero la pasion que sentia por ella, combatia esta resolucion. El tenia una inclinacion á creer que todo cuanto deseaba era posible y fácil; disposicion fomentada hasta entonces por el éxito de todo cuanto habia emprendido. Como se lisonjeaba que la frialdad de Amanda era efecto de una reserva natural mas que de desvío alguno por él, esperaba aún estrecharla con su

constancia. La miraba como tan superior á todas las mujeres que habia conocido, y tan propia para hacerlo feliz, que despues de haberse repuesto del golpe que recibió su amor propio, resolvió hacer nuevos esfuerzos para vencer la resistencia de Amanda. Habia oido hablar de la amistad que unia á Lord Cherbury y Fitzalan: imaginó que este Lord seria el mejor intercesor que podia tener en tal circunstancia. Se fué, pues, á su casa, y lo encontró con Lord Mortimer. Despues de los usuales cumplimientos, le dijo:—Yo he venido, Milord, á suplicaros que os intereseis por mí en un negocio del que depende la felicidad de mi vida, y me lisonjeo que me perdonareis este paso cuando os diga que es relativo á Miss Fitzalan.

El conde, con su ordinaria política, le respondió que seria feliz en servirle, que él mismo se interesaria con Miss Fitzalan, no solo por ser hija de su antiguo amigo, sino por el mérito personal de esta amable jóven. Sir Cárlos entonces instruyó á Lord Cherbury de las proposiciones que acababa de hacer á Miss Fitzalan, y de la absoluta denegacion que habia sufrido, suplicándole que emplease su crédito en su favor para con Mr. Fitzalan y para con la misma Amanda.

—Es verdaderamente una cosa extraordinaria, exclamó Lord Cherbury, que Miss Fitzalan deseche un ofrecimiento tan ventajoso. ¿Estais seguro, Sir Cárlos, que ella no tiene otra pasion anterior?—Yo jamas lo he oido decir, replicó Sir Cárlos, ni lo creo. A estas palabras Lord Mortimer se puso colorado; mas por fortuna nadie lo observó. —Yo escribiré hoy, dijo el conde, á Mr. Fitzalan, y le hablaré de vuestras proposiciones como debo; pero á menos que él me autorice al objeto, me escusareis, Sir Cárlos, si no me mezclo en el asunto: si él aprueba vuestras miras, como no dudo, podeis contar con que os ayudaré con todo mi poder.

Esta promesa satisfizo á Sir Cárlos, el cual se retiró. Lord Mortimer, á quien no quedó entonces duda alguna sobre las disposiciones de Amanda, no tardó en trasladarse á Pall-Mall; y habiéndose asegurado de que Lady Greys-

tock estaba ausente, subió al salon, al cual Amanda habia vuelto.

CAPITULO IV.

Sorprendida de una visita tan inesperada, Amanda dejó caer de las manos el libro en que leía, y se levantó de su asiento muy agitada.—Temo, dijo Lord Mortimer, haberme presentado con demasiada precipitacion; pero me escusará el ardiente deseo y estrecha necesidad de aprovechar esta oportunidad, que tal vez no se volverá á presentar, para tener con vos una esplicacion.

Entonces, tomando la mano de Amanda y conduciéndola á un canapé, se sentó á su lado. Comenzó por pintarle todo lo que habia sufrido á su vuelta á Tudor-Hall no encontrándola allí, ni pudiendo imaginar qué razon la obligaba á una marcha tan precipitada; que cuanto mas habia reflexionado, tanto mas desgraciado era, y que durante su permanencia en Irlanda, habia fluctuado entre el temor y la esperanza; que esta cruel incertidumbre lo habia tenido en un suplicio: la confesó la resolucion que habia tomado, viendo á Sir Carlos Bingley aficionado á ella, y concluyó asegurándola que no obstante todas las inquietudes que habia experimentado, su ternura hácia ella era siempre la misma.

Alentada Amanda con esta seguridad, y mas tranquila, le instruyó de los motivos que habian precipitado su marcha del país de Gales, los incidentes que últimamente la habian impedido en Irlanda tener con él una conferencia que habia deseado; y aunque su decencia y su delicadeza no le permitiesen manifestar, como Mortimer lo habia hecho, lo que habia sufrido por su separacion, bastante se esplicó para convencerle de que tambien habia sufrido.

Habiendo Mortimer recobrado toda su confianza, Amanda le fué mas amable que nunca. La apretaba contra su

seno; el placer brillaba en sus ojos, y exclamaba:—¡Amanda, vos sois, pues, mia! ¡Puedo yo aún hacer planes de felicidad, y realizarlos en vuestra compañía! Sin embargo, en medio de estos trasportes, su frente se oscureció en un momento, y mirándola con ternura y con un aire pensativo, exclamó:—¡Quiera el cielo que en este momento de reconciliacion pueda decir que todos los obstáculos de nuestra union están superados! Amanda se estremeció á esta reflexion, y permaneció en silencio.

—Yo no puedo disimularos, mi querida Amanda, añadió él, que mi padre se opondrá á mi felicidad; aunque noble y generoso por naturaleza, algunas veces, como los demas hombres, se deja llevar del interes: este es el motivo por el cual mucho tiempo ha tiene proyectado el unirme con la familia del marques de Rosline. Aunque determinado absolutamente á no someterme á este plan, he evitado hasta ahora declararle mi resolucion, con la esperanza de que algun feliz acaso me será favorable, y me ahorrará el disgusto de ver perturbada la buena inteligencia que reina entre mi padre y yo.

—¡Milord! dijo Miss Fitzalan pálida y retirándose de él, yo no quiero ser la causa desgraciada de una division en vuestra familia; ceded á los deseos de Lord Cherbury, casaos con Lady Eufrasia, y olvidadme.

—Amanda, replicó Lord Mortimer, no os acuseis á vos misma injustamente de ser la causa de mi oposicion á los deseos de mi padre; aun cuando no os hubiese visto jamas, me hubiera sido imposible ser esposo de Lady Eufrasia: su carácter y su figura me disgustan igualmente. Estoy convencido de que la riqueza no basta para la felicidad, y siempre he creido que el hombre que sacrifica los sentimientos de su corazon al interes ó á la ambicion, se degrada de su carácter racional; que el casarse así es una de las mas culpables y despreciables acciones que pueden cometerse. En fin, para contraer semejante union, seria menester que las delicias que se pueden disfrutar con las riquezas, tuviesen á mis ojos algun atractivo, de lo que estoy muy lejos: jóven aún y dueño de mis acciones, he eb-

bido en la copa del placer; pero muy pronto me he disgustado de una bebida que nada tiene de aquel sabor delicado que acompaña las delicias del espíritu y del sentimiento. Convencido, como lo estoy, de que una union sin amor está igualmente proscrita por la sensibilidad y la probidad, y de que una vida disipada es no solamente funesta, sino empalagosa, deseo asegurarme una felicidad doméstica, la cual no puedo encontrar sino en una muger cuya eleccion mi corazon apruebe, que posea mi entera confianza y mi ternura, que sea no solamente el manantial de todos mis placeres, sino el consuelo de todas mis penas: en vos he encontrado esta muger, este ser que desesperaba encontrar.

Esperimento al mismo tiempo un sentimiento mas fuerte por vos, si es posible, que el del amor: el honor, el reconocimiento por la bondad con que me habeis perdonado el error que me hizo culpable, es lo que mas me aficiona á vos. Pero me prometo, mi querida Amanda, que no pensareis que este error haya sido en mí efecto de la depravacion. Hecho, como lo he dicho, dueño de mis acciones desde mi juventud, la inconsideracion natural á esta edad me ha hecho cometer faltas, por las que me he castigado despues á mí mismo muy severamente. Así, he encontrado mugeres cuyos modales, en lugar de poner un freno á la libertad, á cuyo abuso son los hombres demasiado propensos, la alimentan, y que al mismo tiempo juntando un entendimiento cultivado á unos sentimientos delicados, eran mas que peligrosas. De mi roce con ellas me ha quedado una prevencion general contra su sexo, y he vacilado en dar crédito á la inocencia, de la que vos llevais todos los caracteres.

Yo he sido, en fin, muy feliz y completamente desengañado; mis prevenciones se han desvanecido como las tinieblas al salir el sol, y como las ilusiones delante de la verdad. Si las mugeres que como vos, mi querida Amanda, están dotadas de encantos poderosos é irresistibles, los empleasen segun las miras de una Providencia bienhechora en hacer triunfar la virtud, el vicio desaparecería de la tierra.

Es imposible espresar con palabras el poder de la belleza sobre el alma humana, y este poder puede ser dirigido hácia los fines mas nobles. Los preceptos de la virtud saliendo de una boca que inspira amor, como la voz del ángel guia de nuestro primer padre, penetran dulcemente en nuestros oidos hasta llegar al profundo del corazon. El hombre que no está del todo endurecido en el vicio no puede resistirla, y en lugar de procurar corromper la virtud de vuestro sexo, la adora enternecido y humillado.

Pero volviendo á mi objeto principal: siendo del todo diferentes de las mias las opiniones é intentos de mi padre, no creo deberle dar á conocer un proyecto que estoy determinado á llevar al cabo si vos no poneis en él obstáculo alguno. Yo no quiero mortificarlo, obrando contra su formal prohibicion. Aunque me glorío de mi eleccion, las circunstancias deben empeñar á Amanda en convenir en que ocultemos nuestras mutuas promesas, hasta que no esté en el poder de los hombres el romperlas. Nuestra situacion, y la necesidad de asegurar nuestra dicha, exigen que contratemos al momento una union secreta. Yo temeria, mientras no pudiese llamaros mi esposa: la vida es demasiado corta para perder los momentos preciosos, dejándose llevar de escrúpulos y de ceremonias insignificantes; el ojo de la sospecha está fijo mucho tiempo ha sobre nosotros, y pronto llegarán sin duda á descubrir nuestro secreto antes de tiempo si no lo prevenimos de antemano.

No me tacheis de precipitado, mi querida Amanda, añadió él pasando su brazo al rededor de ella, si yo exijo de vos como una dulce y última prueba de la confianza que merezco, me permitais que mañana sea vuestro protector y vuestro conductor: un viage á Escocia nos será necesario. En el arreglo que yo tomaré para la ejecucion de esta medida, se observarán todas las conveniencias debidas á vuestra delicadeza.

—Milord, le dijo Amanda con una voz tremula, si estos son los medios, no hablemos mas; no nos alucinemos con la esperanza de unirnos.

Amanda se habia lisonjeado hasta este momento de que

Lord Cherbury no rehusaria ceder á los deseos de su hijo luego que estuviera convencido de que Mortimer fijaba su dicha en esta union. Ella juzgaba del padre de Mortimer por el suyo, el cual, si las situaciones respectivas hubiesen cambiado, rico, la hubiese dado á Mortimer sin fortuna. Esta idea habia alimentado su inclinacion; pero su dicha se desvaneci6 como un sueño cuando oyó decir á Mortimer que él no podia pedir á su padre su consentimiento por el temor de que se lo rehusase. Era verdaderamente desgraciada en perder á Mortimer; pero seria desgraciada y culpable al mismo tiempo si se casaba con él contra la voluntad conocida de su padre; y no pudiendo sostener este choque, su corazon se oprimió como con un peso insoportable: un temblor nervioso se apoderó de ella, é incapaz de sostenerse, dejó caer la cabeza sobre los hombros de Mortimer, y su dolor se manifestó con un torrente de lágrimas. Sorprendido Mortimer de su situacion, le preguntó la causa y la esplicacion de lo que acababa de decirle.

Entonces ella le dijo:—Milord, mi respuesta á vuestras proposiciones, es que no puedo consentir á medida alguna clandestina, ni sufrir que vos incurrais por mí en la desgracia de vuestro padre; si Lady Eufrosia no os es agradable, muchas mugeres hay iguales en rango y fortuna que poseen las cualidades que os convienen. Buscad una de esta especie; podeis escojer entre las jóvenes que reunen las mayores prendas; olvidad á Amanda, que no tiene títulos ni fortuna, y que no puede ser agradable á vuestro padre; dejadme volver al asilo oscuro que el mio debe á sus bondades.—¿Y es vuestro corazon, Amanda, quien me da este consejo? respondió él.—No, dijo ella, dejando escapar una sonrisa en medio de sus lágrimas, no es mi corazon, es mi razon.

¿Y qué! dijo Mortimer, ¿no es obedecer á la voz de la razon el unir mi destino con el vuestro? ¿La razon no nos enseña á buscar la felicidad por el camino de la virtud? ¿Y esto no se encuentra todo en una muger amable y virtuosa? No, Amanda, ninguna señorita de título ni de riquezas puede reemplazaros en mi corazon. La imagina-

cion podria presentarme una figura que me gustase tanto como la vuestra; pero aun cuando vuestros encantos visibles no me hubiesen inclinado hácia vuestra persona para siempre, encontrándose ellos unidos á un carácter y un alma tan amable, bastarian estas calidades para cautivar-me. Elijiéndoos por la compañera de mi vida, no violo los derechos del deber de un hijo hácia su padre; pues si por un lado no es necesaria la débil indulgencia de un padre, por otro no se puede exigir de un hijo una obediencia ciega, que le haga sacrificar su dicha y su razon. Nada me ha hecho proponeros una union clandestina, sino la esperanza de evitar por este medio graves inconvenientes. Si vos insistís en rehusarlo, no ocultaré mas mis intenciones, pues me es imposible soportar por mas tiempo este estado de incertidumbre y perplejidad.

¿Pensais vos, pues, Milord, dijo Amanda, que yo quiero entrar en vuestra familia llevando á ella la disension y la division? No, no daré este paso ni abierta ni clandestinamente á disgusto de vuestro padre.

¿Y es esto, exclamó Lord Mortimer, lo que yo me habia prometido de nuestra reconciliacion? ¿Una adhesion obstinada á una vana formalidad, es el pago que debia esperar de Amanda? ¿No puede ella hacer un ligero sacrificio á un hombre que la adora, y hácia quien manifiesta alguna correspondencia?

Sí, Milord, dijo ella; yo os haré de muy buena gana todos los sacrificios compatibles con la virtud y el deber filial; pero no puedo pasar estos límites. Si uniéndome á vos creyese violar estas sagradas leyes, la mano que recibiríais seria fria, insensible, é indigna de vos. ¡Desdichada de mí, si tuviese que sonrojarme jamas, volviendo á mi padre, y pudiese echarme en cara el no haber conservado sin tacha el honor de mi familia, y el haber traspasado el corazon del que tiene derecho á esperar de mí su felicidad!

No seais inflexible, mi querida Amanda, dijo aún Lord Mortimer; no permitais que un esceso de escrúpulo os haga sumergir en la desgracia. No se puede ser feliz sin

vencer algunos obstáculos. Un poco de resolucion de vuestra parte triunfará de aquellos que nos estorban. Cuando la cosa esté hecha, el resentimiento de mi padre se calmará naturalmente. El conocerá la inutilidad, y la concordia y la paz se restablecerán entre nosotros. Araminta os ama: ¡con qué ternura estrechará contra su seno una tan querida y tan amable hermana! Vuestro padre, feliz en vuestra dicha, se convencerá de que sus máximas eran demasiado rigurosas, y de que cediendo á mis instancias, no habeis hollado ni vuestra propia delicadeza ni su honor.

Milord, replicó Amanda, vuestros argumentos no me convencen. Yo no puedo deslumbrarme hasta ver las cosas como vos las veis. Unirme con vos con un casamiento clandestino, seria atacar de frente la autoridad paterna: pedir á Lord Cherbury un consentimiento, que seguramente rehusará, seria esponerme á un insulto, y disolver la amistad que ha subsistido hasta ahora entre Lord Cherbury y mi padre. En semejante situacion es preciso separarnos; seria fuera de razon seguir un proyecto, contra el cual se levantan tales obstáculos. Puede ser que os sea menos difícil de lo que imaginais olvidar á la desgraciada Amanda. Vuestra situacion en el mundo es muy propia para debilitaros los recuerdos penosos; y en el retiro á que el destino me condena, espero que mis esfuerzos conseguirán el mismo resultado.

Las lágrimas corrian sobre las mejillas de Amanda; ella veia que era preciso separarse, y este pensamiento le causaba una inesplicable agonía. Penetrado Lord Mortimer á un mismo tiempo de dolor, y agradablemente conmovido de su sensibilidad, se acercó á ella, y mirándola de hito, le dijo: ¡Creeis, pues, que estas lágrimas tan preciosas para mí, sean un medio de hacerme adoptar el triste espediente que me proponeis? ¡Olvidaros, mi querida Amanda! la dijo estrechándola en sus brazos, es imposible; ni aun sabria probarlo. La vida ya no tiene aliciente para mí, si no la paso á vuestro lado, y no puedo abandonar un solo instante la deliciosa esperanza de unir mi destino

con el vuestro. En este momento me ocurre un pensamiento: tengo una tia hermana de mi padre, muger sensible, generosa y de sentimientos elevados. Me ama mucho, y estoy seguro de que mi Amanda seria la muger que escojeria para mí. Ahora está en su casa de campo: voy á escribirle, haciéndole saber nuestra situacion, y rogándole que venga á la ciudad, y emplee en nuestro favor el crédito que tiene sobre mi padre. Sus bienes han llegado á ser considerables por el legado que ha recibido de un pariente muy rico; y atendida la generosidad que le adorna, no dudo se encargará de indemnizar á mi padre de la pérdida de los bienes de Eufrasia. Este es el solo espediente que imagino para vencer los obstáculos que se oponen á nuestra felicidad sin repugnar á vuestros principios, y espero que vos dareis vuestra aprobacion.

Este plan pareció en efecto ejecutable á Amanda, y consintió en probarlo, no viendo nada en él que pudiese disgustar á su padre. Su corazon se alivió de un peso enorme, á medida que la esperanza se reanimaba. Sus lágrimas se enjugaron, y habiéndose disipado la sombría nube que les circuia á ambos, se entretuvieron con placer con la idea de los dias felices que se prometian.

Lord Mortimer trazaba el plan de su vida. Amanda se sonreia de la fecundidad de su imaginacion, y deseaba que pudiese ejecutarlo con la misma facilidad con que lo proyectaba.

Aunque el retiro, decia él, pueda ser mas agradable para nosotros que una vida disipada, es preciso hacer algun sacrificio á la sociedad de que somos parte. En una esfera elevada, y con una grande fortuna, uno tiene obligaciones que llenar hácia los hombres de clases inferiores, de que no puede dispensarse sin hacerles mucho agravio. Yo no quisiera tener oculta en la oscuridad la piedra preciosa que poseo; pero despues de haber pasado el invierno en la ciudad en una distraccion que jamas será excesiva, nos daremos prisa á volvernos á las tranquilas sombras de Tudor-Hall.

El se detenia arrebatado, describiendo la felicidad que

disfrutarían. No olvidaba la época en que su ternura sería, si era posible, reanimada á la vista de los nuevos testimonios que le daría el cielo en los hermosos hijos, jugando á su vista, y arrojando rosas á sus piés. Mortimer expresaba también su deseo de reunir á Fitzalan con su hija, y hablaba de algunas mudanzas que para esto debían hacerse en los aposentos de Tudor-Hall, cuando la vuelta de Lady Greystock hizo cesar esta agradable conversacion.

Antes de entrar Lady Greystock en el salon, Mortimer tuvo aún tiempo de asegurar á Amanda que esperaba que todo esto tendría efecto segun el plan que acababa de trazarle, y que en adelante aprovecharia todos los momentos de la ausencia de Lady Greystock para verla.

Muy bien, dijo Lady Greystock al entrar: ahora, Amanda, que os encuentro con tan agradable compañía, ya no me dará cuidado el dejaros en casa. Amanda se puso colorada, y Mortimer creyó distinguir en las palabras de Lady Greystock una disposicion malévola hácia Amanda, y estuvo mas que nunca impaciente de libertarla de esta esclavitud. Poco despues partió.

Los sucesos de este dia, tan interesantes para Amanda, la habian agitado mucho, y sentia un gran abatimiento de cuerpo y espíritu. Sus esperanzas no eran tan confiadas como las de Lord Mortimer. Ella las habia ya visto frustradas, y temia abandonarse á ellas. Veia la felicidad en perspectiva; pero dudaba poderla conseguir: sin embargo, la pena que le causaba esta incertidumbre, estaba endulzada por el pensamiento de que todos los acaecimientos están bajo la direccion del Ser Supremo.

Lady Greystock habia sabido por su doncella que la visita de Lord Mortimer habia sido muy larga; y en vista de esta circunstancia y del estado en que habia encontrado á Amanda, sacó por consecuencia que habia pasado algo de interesante en aquella visita. Estaban comprometidas para una funcion aquella tarde; y despues de comer antes de separarse para ir al tocador, Amanda vió llegar una muger plebeya, á quien conoció, por haber vivido en la

casa á donde fué á hospedarse con su padre, despues de haber dejado á Devonshire para ocultarse á las persecuciones del coronel Belgrave. Esta muger, ganada por aquel, habia remitido muchas veces cartas del coronel á Amanda, y esta no podia verla sino con horror, como cómplice en los proyectos infames tramados contra ella. Cuando esta muger manifestó su sorpresa y su placer de volver á ver á Amanda, esta no le respondió sino con una fria reverencia, y se retiró del aposento, pues la incomodaba la presencia de esta despreciable criatura: hasta entonces habia ocultado por delicadeza la conducta de Belgrave á Lady Greystock, ni temia que Mistris Jenings la instruyese de ello, porque pensaba que ella misma estaba interesada en tener esta aventura secreta.

Mistriss Jenings habia sido ama de llaves de Lady Greystock durante su mansion en Inglaterra, y habia ganado tan bien su confianza, que la poseia aun despues de haber dejado su casa. Lady Greystock se admiró de ver que conocia á Amanda, y quiso saber los pormenores de este conocimiento. El modo indiferente con que Lady Greystock habia hablado de Amanda á Mistriss Jennings, habia persuadido á esta que su antigua señora no tenia una gran consideracion por aquella jóven; y consecuente á este pensamiento, juzgó que podria decir de ella todas las mentiras que quisiese. Como conocia á Lady Greystock, por lo mismo sabia que jamas combatia una calumnia contra una persona á quien no amaba, y que todo cuanto dijese contra Amanda seria creido, á mas de que encontraba tambien algun placer en vengarse del frio recibimiento que le habia hecho Miss Fitzalan.

Contó, pues, á Lady Greystock que habia cerca de un año que Miss Fitzalan se habia hospedado en su casa con un viejo oficial, á quien ella llamaba su padre; pero que si hubiese conocido antes á ambos, jamas los habria recibido. Que Miss estaba de tal modo rodeada de galanes, que temia no padeciese por ello la reputacion de su casa: que entre sus perseguidores habia un cierto coronel Belgrave, libertino decidido, que era su favorito. En fin, aña-

dió ella, yo estaba resuelta á sacarlos á la calle, cuando Miss Fitzalan desapareció al momento sin decir adónde iba. Pero puede fácilmente adivinarse: ella no viajó sola, pues el coronel desapareció al mismo tiempo.

Lady Greystock conocia demasiado el carácter de Fitzalan y la decente conducta de Amanda para dar crédito á las imposturas de Mistriss Jennings: conoció bien la malicia y la falsedad, que supuso tendrían por motivo, ó la vanidad agraviada, ó la codicia descontenta. Con todo, resolvió contar á la marquesa todo lo que esta muger le habia dicho, sin añadir que ella misma nada creia de ello.

Es bien de estrañar que Lady Greystock, habiendo tomado á Amanda bajo su proteccion, procurase dañarla y tratarla como enemiga, sin haber recibido de ella injuria alguna. Pero esta muger no tenia principio alguno moral. Habia encontrado algunas ventajas en llevar á Amanda consigo, y encontraba otras en sacrificarla. Se habia casado dos veces muy ventajosamente por sus bienes, estaba dispuesta á un tercer himeneo, y Lord Cherbury era el objeto que tenia en acecho. La marquesa le habia hecho entender muy claramente que si podia frustrar el plan de Mortimer relativo á Amanda, en reconocimiento favorecería su proyecto sobre Lord Cherbury. Lady Greystock pensó que los hechos alegados por Mistriss Jennings podrían servir de algun chisme contra Amanda, y que esta misma muger llamada para testigo lo sostendría. A la mañana siguiente se trasladó á Portman-Square, y dió parte á la marquesa y á Lady Eufrasia de todo lo que habia sabido.

A estas interesantes noticias, la alegría brilló en el semblante de estas damas, y concibieron la agradable esperanza de hacer que deshonorando á Amanda, Mortimer la abandonase. Les pareció, con todo, necesario ocultar esta satisfaccion durante algun tiempo: creyeron que el suceso de sus medidas estaria mas asegurado, si lo llevaban con alguna lentitud, y determinaron minar desde luego sordamente la reputacion de Amanda antes de atacarla de frente.

No creyeron mas cierto que Lady Greystock lo contado, por Mistriss Jenings; pero igualmente que aquella, ocultaron cuidadosamente su incredulidad. Habia en efecto en los modales de Amanda tanta sencillez y dulzura, que manifestaba en su alma una especie de inocencia y pureza, incompatibles con las pasiones viles y groseras. Habian sabido tambien por un caballero de Devonshire la miseria á que el coronel Belgrave habia reducido á Fitzalan para castigar en él la virtuosa denegacion de su hija; pero este testigo habia pasado al continente, y no temian que sus calumnias contra Amanda fuesen desmentidas, ni sus planes desconcertados.

Despues de haberlo consultado bien, dispusieron para asegurar la ejecucion de su enredo, que Lady Greystock y Amanda fueran desde luego á vivir en casa de la marquesa. Esta mudanza de habitacion tenia la ventaja de impedir á Mortimer el tomar medida alguna importante y decisiva con respecto á Amanda, hasta la época en que le hubiesen hecho perder el concepto que tenia de su querida.

Lady Greystock, de vuelta á Pall-Mall, muy satisfecha de la amistad de la marquesa, comunicó á Amanda el ofrecimiento que acababa de recibir de ir á vivir á la casa de Rosline, declarando que no habia podido negarse á un ofrecimiento, que tenia por objeto de parte de la marquesa el deseo de disfrutar mas de la sociedad de Amanda y de la suya, durante el poco tiempo que habian de pasar en Lóndres. Tambien dijo á Amanda que la marquesa y Eufrasia le habian manifestado el deseo de probar al mundo que la indiferencia que habia podido separar á las dos familias, habia cesado desde que Amanda habia venido á vivir con ellas bajo un mismo techo.

Esta mudanza de domicilio fué sumamente desagradable á Amanda, pues era un obstáculo á las visitas que habria por las mañanas recibido de Mortimer, durante la ausencia de Lady Greystock, y la amenazaba de estar en adelante con la mayor opresion por la continua vigilancia de Lady Eufrasia, la cual no dejaria escapar una mirada

ni una accion. Con todo, no tenia otro partido que tomar sino someterse. Se desocupó la habitacion, y desde la mañana siguiente tomaron posesion de la nueva, con grande disgusto de Mortimer, el cual, como Amanda, temia algunas funestas consecuencias de esta traslacion.

Sorprendió á Amanda la mudanza que observó en el trato de la marquesa y Eufrasia: ambas la recibieron no solo con cortesía, sino tambien con apariencia de verdadero afecto. La repitieron lo que Lady Greystock le habia contado relativamente á sus disposiciones, la suplicaron que mirase su casa como propia, y la dieron una muchacha dedicada únicamente á su servicio.

No obstante la conducta anterior, fria y despreciable que habia tenido que sufrir, Amanda, con su inocencia y sencillez, no pudo creer que esta benevolencia fuese fingida; antes bien imaginó que su paciencia y su dulzura las habian vencido. Esta idea la recreaba, y se apresuró á comunicarla á su padre, como lo hacia en todo aquello que podia darle alguna satisfaccion.

En cuanto á lo que habia temido, se sorprendió agradablemente de verse dueña absoluta de su tiempo y de sus acciones. Cuando se encontraba con Mortimer, no se la observaba con miradas malignas, no se procuraba turbar ya su conversacion, ni impedirla como lo habian hecho hasta entonces. La marquesa le hizo muchos y hermosos regalos, y Lady Eufrasia dejó muchas veces el uso de llamarla con el cumplimiento de Miss Fitzalan, para nombrarla con el nombre mas familiar de Amanda.

Sir Cárlos Bingley, conforme á la resolucion que habia tomado de no renunciar á Amanda, antes de haber sabido el efecto de la mediacion de Lord Cherbury, continuó sus obsequios cuando estuvo en la casa del marques.

Hacia cerca de quince dias que Amanda habitaba en Portman-Square, cuando las damas la condujeron al panteon. Lord Mortimer le habia dicho que si podia desasirse de otra diversion ya proyectada, no faltaria allí, rogándola procurase estar libre. Pero al momento mismo que entraba, se llegó á ella Sir Cárlos Bingley, con quien

se vió obligada á bailar para ceder á sus instancias, si no queria entrar en conversacion con él. Ella prefirió el primero de estos dos partidos, que manifestaba menos connexion. Acabada la contradanza, Sir Cárlos la condujo á una mesa para hacerle tomar algun refresco, cuando un caballero que le aguardaba, llamó á Bingley por su nombre. Amanda, haciéndole impresion el sonido de esta voz, y volviéndose, vió con tanto horror como sorpresa al coronel Belgrave.

A su vista volvió el rostro pálido y trémulo, y exclamó involuntariamente: ¡Ay Dios! Estremeciése, como si un mal espíritu se hubiese arrojado delante de ella, cerrándole el camino de la felicidad. Conmovida hasta el punto de desfallecer, se agarró del brazo de Sir Cárlos para prevenir su caída.

Bingley se sorprendió de su palidez y su agitacion, y le preguntó la causa, pues se hallaba poco dispuesto á creer, á pesar de lo que habia visto, que fuese efecto de la venida del coronel Belgrave.—¡Oh! sacadme, dijo ella con voz trémula, sacadme de aquí. El coronel Belgrave preguntó con aire de interes qué podria hacer para servirla, procurando al mismo tiempo tomarle la mano. Ella la retiró con una mirada en que estaba pintado el horror, y suplicó de nuevo á Sir Cárlos que la condujese fuera de la sala, y le procurase una silla de manos para volverse á casa. Su agitacion llegó á ser entonces contagiosa. Sir Cárlos no pudo dejar de conocer que Belgrave era la causa, y temblaba él mismo sosteniendo á la trémula Amanda. Belgrave ofreció de nuevo su brazo para conducirla fuera de la sala; mas ella manifestó rehusarlo por una seña con la mano.

Amanda encontró á Lord Mortimer á la puerta: espantado este del estado en que la veia, olvidó toda precaucion y toda reserva. Sus preguntas rápidas y apasionadas hicieron traicion al tierno interes que le movia. Como ella no estaba en estado de responder, Sir Cárlos respondió por ella, que se sentia mala despues de haber bailado, y añadió que él la dejaba á su cuidado para ir á buscarla

una silla de manos. Lord Mortimer sostuvo á la pobre Amanda en sus brazos, hablándola con ternura.

A sus dulces palabras empezó á recobrase, y se calmó un poco; pero levantando su cabeza, apoyada sobre la espalda de Mortimer, vió cerca de sí al coronel Belgrave mirándola con ojos malignos. Desvió los suyos, y dijo á Lord Mortimer que el aire le convendría tal vez. Ella condujo fuera, y aprovechó este momento para espresarle el ardiente deseo que tenia de que llegase el tiempo de ser su único guarda, el apoyo de su debilidad, y el consuelo de sus penas.

Algunos minutos despues, volvió Sir Cárlos á decirle que le habia procurado una silla de manos. Ella le dió gracias con la mayor sensibilidad por sus cuidados, y suplicó á Lord Mortimer que instruyese á las damas de las razones de su partida precipitada. El se ofreció á acompañarla hasta Portman-Square; pero ella lo rehusó, por temor de que esta atencion no fuese demasiado notada. Se retiró al llegar á su aposento, y procuró, aunque en vano, calmar su estremada agitacion.

Lo que habia sufrido por la insolencia de Belgrave, habia dejado en su alma vestigios indelebles. La vista de este hombre la penetraba de un terror que no podia vencer, y la hacia concebir los mas funestos presentimientos, pues le creia capaz de todo. Habia visto en sus miradas los deseos impuros que conservaba aún; se estremecía con la sola idea de que podia emplear nuevas estratagemas, y sus temores eran al doble dolorosos, pues se hallaba obligada á disimular, temiendo hacer correr peligro á las personas que le eran tan queridas. Imploró la proteccion del cielo, y sus terrores se calmaron con la confianza del Poder Supremo, protector de la inocencia, que desvaneceria los intentos de Belgrave contra su felicidad.

Despues de la partida de Amanda, Sir Cárlos volvió á entrar en la sala, llevando por el brazo á Belgrave. Despues de algunos momentos de una conversacion indiferente, le dijo: Belgrave, ¿conoceis á Miss Fitzalan? Belgrave titubeó un poco antes de responder.—Sí, respondió:

su padre tenia una quinta mia en Devonshire: es una de las mas hermosas muchachas que he conocido.

Es amable en efecto, continuó Sir Cárlos con un suspiro: pero he encontrado muy extraordinario que en lugar de acogeros como una persona conocida, haya parecido sorprendida y agitada, como con la vista de un enemigo. —Mi querido Bingley, respondió Belgrave, en el siglo en que estamos, vos sin duda no extrañareis los inexplicables caprichos del bello sexo. —Sí, no los extraño; sin embargo, estoy admirado, os lo confieso, dijo Bingley, de la conducta de Miss Fitzalan. ¿Habeis tenido con ella alguna correspondencia seguida? Una maligna sonrisa se manifestó en toda la fisonomía de Belgrave.

Belgrave, continuó Sir Cárlos con calor, vuestro modo misterioso me turba el espíritu; si la amistad no es bastante para empeñaros á una esplicacion mas clara, mis proyectos sobre esta señorita me obligan á insistir sobre esto. Enhorabuena, replicó el coronel, este lugar no es propio para una confesion; pero independientemente de la amistad que nos une, podeis contar sobre mi honor que no os ocultaré nada de lo que os pueda interesar. Hablando así, se desembarazó de Bingley, y se perdió en la multitud.

Esta seguridad no calmó las inquietudes de Sir Cárlos. Impaciente como estaba de tener la esplicacion del misterio que la agitacion de Amanda y las evasivas respuestas de Belgrave le parecian ocultar, buscó á Belgrave en la sala, hasta que estuvo asegurado de que habia salido de ella, y resolvió ir á la mañana siguiente para estrecharle á hablar francamente.

A la mañana siguiente, despues de su desayuno, mientras se disponia á esta visita, recibió el siguiente billete.

“Si Sir Cárlos estima su honor y su tranquilidad, renunciará al momento á las miras que pueda tener sobre Miss Fitzalan. Este aviso es de un sincero amigo, á quien su delicadeza ha sugerido este modo de hacérselo llegar.”

Sir Cárlos leyó y releyó este billete. Apenas creia á

sus propios ojos. Despues de algunos momentos, le arrojó lejos de sí, y juntando las manos: esto es, dijo, una horrible esplicacion. Vuelve á tomar el billete detestable, examina el carácter de letra, y cree reconocer la mano de Belgrave. Toma su sombrero, y vuela á casa del coronel.

Belgrave, le dijo al entrar no respirando apenas, ¿este billete es vuestro? Belgrave tomó el billete, lo leyó, y continuó guardando silencio.—¡Oh Belgrave! exclamó Sir Cárlos con una voz trémula y ahogada, por piedad sacadme de esta cruel incertidumbre.—Sí, dijo el, con una especie de énfasis, este billete es mio. Miss Fitzalan y yo hemos sido tiernamente aficionados en otro tiempo. Yo no soy libertino determinado; pero cuando una hermosa seductora se acoge á mi proteccion.....

Eso es bastante, dijo Sir Cárlos: no teneis necesidad de buscar excusa alguna. Miss Fitzalan y yo quedamos separados para siempre. No pudo sostener su conmocion, se apoyó sobre una mesa, y se cubrió la cara con su pañuelo.

El golpe que recibo, dijo él, me pone fuera de mí. Amanda, debo decirlo, era para mí mas querida de lo que se puede espresar. Yo la creia la muger mas amable y mas digna de aprecio, y el dolor que experimento en este momento es aun mas por ella que por mí. Yo no puedo sufrir la idea de la infamia que va á caer sobre ella. ¡Oh Belgrave! ¡Qué doloroso espectáculo es ver á una criatura humana dotada por la naturaleza de tantas prendas y encantos, indigna de sus dones, y desconociendo lo que valen! Sin embargo, añadió, no puedo acusar á Amanda de haber querido engañarme, pues jamas ha alentado mi pretension.

—No os ha animado jamas, dijo Belgrave, porque tiene miras mas elevadas. Amanda, bajo un exterior especioso de sencillez é inocencia, tiene una grande ambicion; aspira á la mano de Lord Mortimer, y verosímilmente la obtendrá, pues, como lo pudisteis ochar de ver, las atenciones de Mortimer por ella ayer en la tarde eran de un hombre tiernamente enamorado.

—Yo me vuelvo al momento á Irlanda, dijo Sir Cárlos, para procurar olvidar que la he conocido jamas. Ella me ha hecho probar todo el ardor de una pasion tierna, y toda la amargura de una esperanza engañada: creo que lo que he sentido por ella, no lo sentiré por otra muger. Cierro para en adelante mi alma á todo tierno sentimiento, y mis ojos no verán en las bellezas de una muger sino medios de engaño; no, ya no volverán á tener ningun encanto sobre mí.

Sir Cárlos Bingley y el coronel Belgrave habian contraido en su juventud una estrecha amistad, que el tiempo habia fortificado entonces, y despues reducido á vanas apariencias. Al encontrar al coronel en Lóndres, Sir Cárlos le habia instruido de sus intenciones respecto á Amanda: Belgrave se sobresaltó á este nombre. Este habia hecho esfuerzos inútiles para descubrirla: el orgullo, el amor y la venganza le impelian á volver á emprender sus proyectos, que estaba decidido á seguir por habérsele frustrado sus primeras tentativas. Era uno de aquellos caractéres determinados, que no abandonan jamas una empresa aun cuando hallen á los cielos y á la tierra armados contra ellos. En vista de la confianza que Sir Cárlos tenia en él, y el carácter ardiente y confiado que le conocia, no dudó que su amigo daria crédito á todas las calumnias que deramara contra Amanda, y no perdió tiempo en poner en ejecucion su infame proyecto, sin hacer el menor escrúpulo de arruinar la reputacion de una amable é inocente jóven, y labrar la desgracia de un hombre de bien é interesante.

Se persuadió que su víctima no podia escapársele, hallando á Amanda lejos de su padre; y para desviar á otro defensor que podia tener en Sir Cárlos, so color del interes que tomaba por él, le instó para que se volviese á Irlanda.

No puede menos de admirarse la confianza tan pronta con que Sir Cárlos declaró sus amores á Belgrave; pero si se considera su larga intimidad y el poco conocimiento que tenia Bingley del carácter de su antiguo amigo, no parecerá tan singular.

Le habia conocido hombre sensible á los placeres, pero no un endurecido libertino, y no podia imaginarse que hubiese hombre en el mundo bastante osado y malvado para levantar contra Amanda tan horribles imputaciones; sin tener de ello pruebas evidentes.

Sir Cárlos, que condenaba á su amigo por las faltas de su juventud, le creia mas bien arrastrado por la violencia de sus pasiones, que corrompido.

La impresion que Amanda habia hecho en el corazon de Sir Cárlos era demasiado profunda para que se borrara fácilmente creyéndola culpable: muchas veces habia intentado, como el ángel que tiene cuenta de nuestras acciones, reparar con una de sus lágrimas la falta de Amanda; pero en seguida se reprendia su debilidad, y al fin hizo sus preparativos para una pronta vuelta á Irlanda.

CAPITULO V.

Lord Mortimer, inquieto por la indisposicion de Amanda, salió de su casa mas de mañana de lo acostumbrado para ir á Portman-Square, y fué recibido en el gabinete tocador de Lady Eufrasia. Esta se desayunaba á solas con Miss Malcolm; pero el verdadero objeto de su visita no estuvo mucho tiempo oculto, pues apenas se habia sentado, cuando preguntó por Miss Fitzalan.

—Se halla indispuesta; aun no ha dejado su aposento, dijo Lady Eufrasia.—Aun no ha vuelto de la sorpresa de ayer por la tarde, añadió Miss Malcolm con una sonrisa desdeñosa.—¿Qué sorpresa? dijo Lord Mortimer.—¡Eh! querido, replicó Miss Malcolm, ¿no estábais con ella cuando encontró al coronel Belgrave?—No, dijo Mortimer mudando de color, yo no estaba entonces; pero ¿qué relacion hay entre el coronel Belgrave y Miss Fitzalan?—Esta es una pregunta que Milord puede hacer á la misma Miss Fitzalan.—Pero tengo dificultad en creer, dijo Lady Eu-

frasia dirigiéndose á su compañera, que se encuentre mala por haber encontrado al coronel Belgrave: vos sabeis que jamas nos ha dicho que lo conociese, aunque su padre haya sido arrendador de Belgrave en Devonshire.

La turbacion de Mortimer se acrecentó, y se levantó precipitadamente. Lady Eufrasia le hizo saber el proyecto que tenia de ir por la noche á la comedia, y le convidó á esta diversion: él prometió que no haria falta. La turbacion que habia manifestado, prestó á estas jóvenes materia para muchos chistes: la marquesa fué quien les habia noticiado la aventura del panteon, pues con Lady Greystock se habia hallado cerca de Amanda en el momento que esta habia encontrado á Belgrave.

La situacion de Lord Mortimer era harto desgraciada. Cuando la sospecha entra una vez en el alma, este incómodo huésped vuelve á ella con el mas ligero pretesto, y á la verdad, no era del todo indiferente la circunstancia que inquietaba al sensible Mortimer. La subitánea indisposicion de Amanda, su estraordinaria agitacion, y su prisa para salir de la sala, la obstinacion de Belgrave en seguirla y callar, todo reunido daba verosimilitud á la insinuacion significada antes por Miss Malcolm, de que el estado en que se encontraba Miss Fitzalan era efecto del encuentro acaecido con el coronel Belgrave. Residiendo Mortimer en Lóndres mas constantemente que Sir Carlos Bingley, habia tenido mas ocasion que este de conocer el verdadero carácter del coronel, y sabia que era un libertino de profesion. Era estraño que Amanda, comunicando á Mortimer que habia habitado en Devonshire, le hubiese ocultado la circunstancia de que su padre habia sido arrendador del coronel Belgrave. De aquí comenzó á pensar que la resistencia de Amanda á un casamiento clandestino podia provenir de alguna secreta pasion, mas bien que de la sumision escrupulosa á los deberes de la piedad filial, por la que hubiera aún merecido mas su aprecio.

Sin embargo, apenas habia concebido esta idea, la desechaba como despertándose de un pesado sueño, cuyas tristes imágenes se procuran alejar. El mismo se admiraba

de haberla concebido; se reprendia de haber dejado debilitar por un momento en su razon la estimacion que la tenia. Su ternura, se decia á sí mismo, su pudor, su virtud, no pueden ser mera apariencia. Amanda se le presentaba siempre como el tesoro mas precioso que podia poseerse; ¡y seria bastante insensato para desechar la dicha que habia anhelado tanto tiempo?

La calma que adquiria con la ayuda de sus reflexiones no era sino pasajera, pues renacian siempre las dudas que se habian levantado en su imaginacion. Se inclinaba á creerlas injustas; pero no tenia vigor para desviarlas. Vanamente recurria á los pensamientos que antes le consolaban, tales como la esperanza de que su padre, á instancias de su tia, consentiria en su union con Amanda, y el colmo de la felicidad que esperaba: un peso insoportable oprimia su corazon, y una nube de sospechas daba un color sombrío á todos los objetos de sus pensamientos. Volvió triste y abatido á su casa, á la puerta de la cual encontró á Sir Cárlos Bingley, quien le dijo que acababa de recibir un billete de Lord Cherbury, que deseaba hablarle.

Lord Mortimer entró en casa de su padre con Sir Cárlos. Lord Cherbury dijo á este que acababa de recibir una carta de Mr. Fitzalan, en la que espresaba en los términos mas enérgicos cuán sensible era al honor que Sir Cárlos hacia á su familia, en solicitar la mano de Miss Fitzalan, persuadido de que dando su hija á un hombre apreciable, haria la felicidad de uno y otro. Ha escrito al mismo tiempo á su hija (continuó Lord Cherbury) para darle parte de sus disposiciones, y así no dudo que este negocio se manejará á medida de vuestros deseos.

—Siento mucho, Milord, respondió Sir Cárlos con una voz turbada, descubriendo su conmocion en su semblante, el haberos dado la incomodidad que por mí os habeis tomado, pues he abandonado para siempre toda idea de unirme con Miss Fitzalan.

Esta resolucion, replicó el conde, es verdaderamente extraordinaria, y muy repentina despues de la conversacion que hemos tenido los dos sobre este asunto.—Convengo,

Milord, en que mi resolucion debe pareceros estraña; pero sin embargo, está fundada en una entera conviccion de que no encontraria la felicidad en mi union con Miss Fitzalan. La ternura de Sir Cárlos por Amanda, siendo siempre la misma, no queria que sufriese por su parte su reputacion, y continuó así.

Vos convendreis, Milord, en que no puedo lisonjearme de ser feliz con una muger que constantemente me ha manifestado una perfecta indiferencia. Mi razon estaba perturbada con mi pasion, cuando os supliqué interpusiérais en mi favor vuestro ascendiente con Mr. Fitzalan; pero ahora que la razon ha recobrado en mí sus derechos, la reflexion me hace abandonar un proyecto, cuya ejecucion no me proporcionaria las ventajas que me prometí al principio.

Vos sois ciertamente, dijo Lord Cherbury á Sir Cárlos, el mejor juez de lo que á vos toca. Yo no me he mezclado en este negocio sino por serviros, y por la amistad que profeso al capitan Fitzalan. Supongo que vuestra conducta es honrada, y que no quedará mancha alguna en el honor de Miss Fitzalan.

De esto puede Milord estar perfectamente asegurado, replicó Sir Cárlos con algun calor: hasta aquí todas mis acciones y mi objeto han podido sufrir sin temor el mas riguroso exámen. Yo quedo muy reconocido al interes que Milord ha manifestado por mí. Si las cosas hubiesen mudado, como yo lo habia esperado, no puedo negar que habria sido mas feliz de lo que soy. Y dicho esto, saludó á Milord, y salió.

Lord Mortimer habia oido con la mayor sorpresa á Sir Cárlos renunciar á Amanda; y pensó, como su padre, que una resolucion tan repentina era muy extraordinaria. Antes temia perder el amor de Amanda: ahora el honor de la que amaba. La agitacion de Sir Cárlos declarando que no pretendia ya á Miss Fitzalan, manifestaba en él algun motivo algo mas poderoso que la frialdad con que ella lo habia recibido. El Baronet y el coronel Belgrave eran íntimos amigos, y este pensamiento le dió temores y sospe-

chas. Salió, pues, de casa, y apresurándose á alcanzar á Sir Cárlos, se juntó con él antes de salir de la plaza.

Bingley, le dijo acercándosele con una alegría afectada, vos sois demasiado buen caballero para dejaros abatir con facilidad por la desesperacion en una empresa amorosa; y yo no creeré que hayais renunciado á una hermosa jóven que habia ganado vuestro corazon, sin haber hecho los últimos esfuerzos para vencer su resistencia.

Nada de eso, respondió Sir Cárlos; yo dejo las proezas de esta especie á vos, Milord, y á aquellos que tienen tanta paciencia como vos.

Pero sériamente, Bingley, continuó Lord Mortimer, yo no puedo esplicar esta resignacion tan precipitada con que renunciáis á Miss Fitzalan, despues de haberos oido jurarle ayer por la tarde que estábais tan prendado de ella como siempre. La amistad de mi padre con el capitan Fitzalan pone á su hija, por decirlo así, bajo la proteccion de Lord Cherbury y mia: y como las consecuentes y particulares atenciones que habeis tenido hácia ella, han atraido las miradas del público, creo que retirándoos de ella tan precipitadamente, debeis á sus amigos alguna esplicacion de vuestro proceder.

A esto respondió Sir Cárlos: como Lord Cherbury es la sola persona á quien me he dirigido para los pasos que he querido hacer relativos á Miss Fitzalan, y él se ha contentado de la esplicacion que le he dado de mi conducta, creed, Milord, que no os daré otra.

Vuestras espresiones, dijo Mortimer con cierto calor, dan á entender que teneis algun otro motivo á mas del que habeis dicho á Lord Cherbury; y ¡qué consecuencias tan sensibles se pueden sacar de tal insinuacion! ¡Ah! Sir Cárlos, la reputacion es una flor delicada, que un ligero soplo puede marchitar. Milord, replicó Bingley, si la reputacion de Miss Fitzalan no se oscurece sino por mi boca, quedará sin tacha.

Yo á la verdad, continuó Mortimer, no tengo derecho á constituirme su defensor; pero me considero como su amigo, y es a amistad me inspira un tierno interes por su fe-

licidad; y me hace sentir vivamente todo lo que podria esponderla á la censura de parte de cualquiera.

Permitidme, Milord, dijo Bingley, haceros una pregunta, y prometedme bajo palabra de honor de responder á ella con claridad. Os lo prometo, respondió Mortimer. Y bien, Milord, ¿habeis realmente deseado jamas que mis miras por Miss Fitzalan tuviesen efecto? Lord Mortimer se sonrosó. Yo os lo confieso, Sir Cárlos: no, jamas lo he deseado.

Vuestras pasiones y las mias, dijo Sir Cárlos, son impetuosas. Uno y otro habriamos obrado mejor deteniéndolas con tiempo, para no dejarnos llevar de ellas mas allá de los límites. . . . Pero estad seguro que nadie es mas celoso que yo del honor de Miss Fitzalan. La amo, y aceptando mi ofrecimiento habria asegurado mi felicidad; por mas repentina que sea mi retirada, no puede hacer agravio alguno á su opinion, cuando manifiesto que el único motivo es su indiferencia hácia mí. Lord Cherbury ha quedado satisfecho de esta razon: él sabe bien que un hombre sensible no puede ser feliz en su union con una muger que no le dedica enteramente su corazon: y supongo este modo de pensar muy conforme con el vuestro.

Ciertamente, respondió Mortimer. Y bien, Milord, dijo Sir Cárlos, una reflexion me admira; es vuestra conducta y no la mia la que perjudica á la reputacion de Miss Fitzalan. Son vuestras palabras y no las mias las que llevan en sí una insinuacion contra ella; sois vos quien manifestais creer que á mas del motivo que confieso me hace apartar de ella, hay algun otro que callo.

Lord Mortimer sintió luego la verdad de la observacion de Sir Cárlos. Empezó á temer que su calor por la defensa de Amanda no produjese un efecto todo contrario, descubriese las dudas que habia concebido, y las comunicase á personas que por su pasion á Amanda ó su delicadeza, no dejarian de esparcir.

Teneis razon, Sir Cárlos, dijo él, en todo cuanto habeis dicho. La pasion es como un mal abogado, que echa muchas veces á perder la causa que quiere defender. El co-

nocimiento que tengo de vuestro carácter debería haber bastado para convencerme de que vos os conduciríais como caballero y hombre de honor. Se dice que volvereis á Irlanda; permitidme aseguraros que no hay paso alguno que no haga por vuestra felicidad.

Sir Cárlos estrechó la mano que le presentaba Lord Mortimer, á quien respetaba y estimaba. Se hicieron al separarse mútuos cumplimientos, no esperando volver á verse en mucho tiempo.

La indisposicion de Amanda era mas moral que corporal; á la primera proposicion que se le hizo de ir á la comedia, se determinó á ello, esperando que esta diversion la sacaria de su abatimiento. La carta de su padre en favor de Sir Cárlos la habia turbado un poco; pero como la habia dejado dueña de la decision, se contentó su corazon con la firme resolucion, que tomó y le manifestó, de no aceptar jamas ofrecimientos de esta naturaleza sin consentimiento suyo.

Lord Mortimer y Free-Love siguieron á las damas á la comedia. Mortimer encontró ocasion de preguntar á Amanda noticias de su salud. Cuando estuvieron colocados, vió en otro palco á una señora á quien queria hablar, y por esto dejó su compañía. La dama le ofreció lugar á su lado, lo que él aceptó. Amanda no la conocia, pero era una jóven muy hermosa. No tenia la ridícula debilidad de temer una rival en cada muger, y de inquietarse si Mortimer saludaba á otra; asegurada de que su pasion por ella estaba fundada sobre la estimacion, y que él conservaria este sentimiento mientras continuase en merecerlo, pudo dedicar toda su atencion á la pieza que se representaba, sin que la distrajese del espectáculo la agradable conversacion de que Mortimer disfrutaba; de modo que no llegó á divisar las frecuentes miradas que Mortimer la dirigia; pero notó que la jóven la miraba á menudo con grande atencion, y que hablando á Mortimer, se detuvo de repente y mudó de color. El tambien se puso pálido, y con una voz turbada la preguntó si conocia á la dama que miraba con tanto interes. Sí, la conozco, respondió ella, ¡oh cielos! la conozco demasiado.

Lord Mortimer, herido como de un rayo, tuvo que recurrir á su pañuelo para ocultar su conmocion. La jóven con quien hablaba, era la amable Adela, esposa descuidada de Belgrave. Habia pasado algun tiempo en Lóndres, y su conocimiento con Lord Mortimer habia principiado en una diversion en que habia bailado con él. Mortimer no era de aquellos hombres que no tienen ojos sino para mirar la muger que aman; podia admirar la belleza en las otras. Reparaba que Adela conocia á Amanda, y que viéndola experimentaba una grande pena. El libertinage de su marido vino á la memoria de Mortimer, y se estremeció.

La curiosidad habia atraido los ojos de Adela sobre Amanda; pero la admiracion y la memoria de haber visto ya esta figura habian fijado sus miradas. Al fin se acordó que era el original de la miniatura que le habia hecho ver Oscar; turbada á la vista de una persona que miraba como la causa inocente de su desgracia, y á la memoria de las escenas pasadas, rogó á Lord Mortimer que le diese la mano para volver á su casa.

El obedeció; pero antes de dejar la sala le suplicó le dijese en qué paraje habia visto á la señorita que miraba tan atentamente. Adela se turbó, y hubiera querido eludir la pregunta; pero la seriedad con que insistió Mortimer la obligó á responder. Le dijo que jamas la habia visto en persona hasta entonces; pero que habia visto su retrato en las manos de un conocido suyo. Y ¿quién es ese hombre? preguntó él, con una sonrisa forzada y una voz trémula. ¡Oh! esto, dijo Adela con viveza, yo no lo diré. Yo os debo pedir perdon, continuó Lord Mortimer volviendo en sí, por una curiosidad que puede pareceros indiscreta. La condujo á su silla, y deliberó consigo mismo si seguiria su ejemplo dejando la sala.

Miss Malcolm le habia dado las primeras inquietudes, y Sir Cárlos Bingley habia fortificado las dudas que madama Belgrave acababa de acrecentar sin medida. Temia verlas confirmadas enteramente. El retrato, semejante al pañuelo de Otelo, le causaba agonías mortales.

La turbacion que madama Belgrave habia manifestado hablándole, y el no querer nombrar el hombre en cuyas manos habia visto el retrato, le inducian fuertemente á creer que este hombre no era otro que Belgrave.

Sin embargo, para que no se le pudiese acusar de haber dado oídos á unos celos infundados, resolvió encerrar así sus sospechas como sus disgustos en su seno, hasta que estuviesen bien fundados. Poco tiempo le bastaria para fijar su opinion sobre Amanda. Si notaba que daba fomento á Belgrave, estaba determinado á dejarla sin ninguna otra explicacion. Si por el contrario, veia que evitaba al coronel, se proponia referirle la anécdota del retrato de manera que no la ofendiese, y arreglar sobre su respuesta la conducta que deberia guardar en adelante. Volvió al palco de Amanda, y se sentó detras de ella. Apenas estaba en esta situacion, cuando vió al coronel Belgrave venir de otra parte de la sala en que estaba con otras mugeres, entrar en el palco vecino, y acercarse á la pilastra contra la cual se habia apoyado Amanda. Allí procuró atraerse las miradas de Amanda; pero despues de haberle visto, ella estaba sobre sí, y se habia vuelto de espaldas. Su embarazo era visible, y todo el palco se divertia con ello, escepto Mortimer, quien apenas podia contenerse en pedir á Belgrave razon de la insolencia con que perseguia á Amanda con sus miradas; solo le detuvo el temor de que una accion tal escitaria la risa de todos.

El fin del espectáculo sacó por último á Amanda de su penosa situacion. Como lord Mortimer estaba cerca de la marquesa, no pudo dispensarse de darle la mano. Free-Love condujo á Lady Eufrasia; Lady Greystock y Miss Malcolm las siguieron, y Amanda salió la última del palco. La multitud los detuvo un poco en la salida. Amanda seguia inmediatamente despues de la marquesa. Belgrave se abrió paso hasta ella, y queriendo darle la mano, Lord Mortimer se volvió, y oyó que Belgrave le decia: Querida y cruel Amanda, ¿por qué esta mudanza en vuestra conducta?

Los ojos de Mortimer eran todos fuego: Miss Fitzalan,

dijo con una voz alterada, si quereis aceptar mi brazo, yo os haré hacer lugar, ó á lo menos os pondré al abrigo de los insultos. Amanda no vaciló en aceptar su ofrecimiento. Belgrave bien vió que las palabras de Lord Mortimer eran por él; pero disimuló por el temor de que saliese fallida la ejecucion de un proyecto formado ya contra Amanda. Desde este momento, la pasion que sentia por ella no era tan poderosa para animarle á seguir su proyecto, como lo era el deseo de vengarse de Mortimer. Conoció que este estaba tiernamente prendado de esta jóven, y creyó que no podia causar á este rival un dolor mas cruel que conseguir separarlos para siempre.

Lord Mortimer condujo á Amanda hasta el coche. Le instaron á venir á cenar con la marquesa; pero él lo rehusó. A la vuelta encontraron las damas al marques y Lord Cherbury juntos. Despues de la cena se retiró Amanda: el encuentro de Belgrave habia aumentado su abatimiento, al cual habia creido que el espectáculo pondria remedio. Deseaba con impaciencia ver el momento en que pudiese tener derechos á ser protegida de Mortimer, despues de lo cual no tendria ya que temer las asechanzas del audaz Belgrave. Al ir á retirarse, Lord Cherbury le espresó su pesar por la frialdad que habia manifestado á Sir Cárlos, que le habia hecho perder un honroso y ventajoso establecimiento.

Las palabras de Lord Cherbury fueron una señal para la marquesa de empezar las operaciones proyectadas contra Miss Fitzalan. Lady Greystock fué la primera. Sin duda, dijo ella, el desden de Miss Fitzalan debe parecer extravagante á los que no conocen sus verdaderos motivos; pero su ambicion no se contenta fácilmente: y no vitupero tanto á esta muchacha por las locas esperanzas que alimenta, como detesto á los que se las han inspirado. Lord Cherbury se admiró de lo que oia, y pidió la explicacion.

Milord, continuó Lady Greystock, yo creo servir mejor á la amistad diciendo claramente mi pensamiento, que disimulándolo. Cuando conozcais las miras de Miss Fit

zalan, estareis mas en estado de hacerle sentir su estravagancia, y de persuadirla á no perder un establecimiento por perseguir una quimera. En fin, Milord, pues es preciso que os lo diga, Miss Fitzalan á instancias de su padre ha puesto los ojos en Lord Mortimer. Mr. Fitzalan se ha lisonjeado por la amistad que le profesais, de que no os opondreis á su union. Yo no creo que Lord Mortimer haya entrado en sus proyectos; pero encontrándose esta muchacha continuamente con él, era imposible que no lo notase. Yo no aprobé su viaje á Lóndres, sospechando algo de las miras que se proponia su padre; pero él me persiguió de tal modo, que no pude rehusar tomarla conmigo.

A fé mia, exclamó el marques, que no estaba incluido en la liga de las damas, y que si lo hubiesen llamado, no habria hecho escrúpulo alguno de hacer en ella su papel; es preciso que el capitan Fitzalan haya tenido algun motivo semejante al que dice Lady Greystock para enviar á su hija á Lóndres; pues de otra manera no habria sido tan loco en hacer los gastos que eran necesarios para ponerla en estado de presentarse en una sociedad para la cual no habia nacido.

Jamas habia creído, exclamó Lord Cherbury irritado violentamente contra su amigo, que el capitan Fitzalan pudiese conducirse con tal doblez. El sabe las miras que tengo sobre mi hijo, y de su parte es una infame traicion el trastornarlas.

¡Ah Milord! dijo Lady Greystock con una falsa indulgencia, vos sois padre, y es menester perdonar alguna cosa á la inquietud paternal ocupada en el establecimiento de un hijo.

No señora, replicó él, yo no perdono la falsedad, ni el sacrificio del honor y del reconocimiento al interes; lo que acabo de saber me causa una pena extrema, y pido á Milady el permiso de retirarme. Nada hay mas cruel que ser engañado por aquel en quien se ha puesto toda la confianza.

Muy satisfechas quedaron las damas del suceso de su

plan. Lord Cherbury apenas pudo contenerse en su presencia. La tempestad iba á descargar sobre la cabeza de Fitzalan. No hicieron mencion alguna de Belgrave, determinadas á aparentar una profunda ignorancia relativamente á este particular.

Las pasiones de Lord Cherbury eran impetuosas. Hemos dicho ya que tenia motivos secretos de desear la union de su hijo con Lady Eufrasia, y la idea de que su plan seria trastornado lo ponia fuera de sí. Sabia que las pasiones de su hijo, aunque menos fáciles de irritar, eran tan indomables como las suyas. Hacerle amonestaciones seria tiempo perdido. Al fin se determinó á hacer salir de Lóndres á Miss Fitzalan, antes que Mortimer supiese que estaba instruido de su mutua pasion.

El conde no tenia duda alguna de la veracidad de Lady Greystock. Bien convencido por el conocimiento que tenia de los hombres, de que el interes personal era el grande móvil de las acciones humanas, se persuadió que Fitzalan se habia dejado llevar de él. Como le era preciso aliviar su indignacion, antes de acostarse escribió á Fitzalan una carta llena de amargura y de reconvenciones, terminada por decirle, ó mas bien ordenarle que enviase por su hija sin tardanza.

Este golpe era terrible para el desgraciado Fitzalan, el cual, despues de tantas vicisitudes de la fortuna, se lisonjeaba de haber encontrado al fin un asilo donde acabar sus dias en paz.

Al dia siguiente, la inocente Amanda fué recibida con una graciosa sonrisa por las mismas personas que tramaban su ruina. Mientras se desayunaban, un criado vino á decir á Lady Greystock que una jóven deseaba hablarle.—¿Quién es? preguntó Lady Greystock; ¿ha dicho su nombre? No señora, solo ha dicho que deseaba hablaros en particular. La marquesa dijo que podia hacerla subir, y el criado introdujo una muchacha de unos diez y siete años. Su figura era agradable, y su fisonomía interesante, no solo por un aire de inocencia, sino por una espresion de melancolía en todas sus facciones. Entró turbada y temblando y sus vestidos manifestaban pobreza.

—¿Y bien? hija mia, le dijo Lad y Greystock mirándola de piés á cabeza, ¿teneis alguna cosa que decirme? Sí señora, respondió la jóven, tan bajo que apenas la podia entender; mi padre el capitan Rusbrook me ha enviado para entregaros una carta: la presentó y procuró ocultarse de las miradas despreciadoras y curiosas de Lady Eufrasia, adelantando su sombrero á los ojos.

Yo no concibo, le dijo Lady Greystock, que vuestro padre tenga nada que decirme, pues sin duda me hace la misma proposicion que me ha hecho últimamente. ¡Cómo! dijo ella despues de haber leído, yo creo que él me tiene por una tonta. Estoy muy admirada de que se atreva á pedirme ausilios, despues de la conducta insolente que ha tenido conmigo. No, hija mia, él ha dejado escapar la ocasion de interesarme en su favor; seria indiscrecion proporcionar medios de mantener una familia en holgazanería. No, no; vos y las otras muchachas que tiene, debeis aprender á ganar vuestra vida.

La pobre muchacha se puso colorada: las lágrimas se le asomaron á los ojos. Procuraba detenerlas; pero no pudo conseguirlo, y corrieron hasta su seno. Indignada Amanda, no pudo soportar por mas tiempo este espectáculo salió precipitadamente, y se fué á una sala baja. La compasion la hizo partícipe de todos los sentimientos dolorosos que penetraban á la pobre muchacha. Ella misma habia experimentado cuán duro es aguantar la insolencia de la prosperidad, el desprecio del orgullo, y los insultos que el mérito paciente recibe de los hombres sin virtud.

Miss Rusbrook se retiró y se detuvo un momento en lo bajo de la escalera para enjugar sus lágrimas. Amanda la tomó de la mano, y conduciéndola al recibidor, procuró con una dulzura angélica calmar su conmocion. Sorprendida de esta atencion, y no pudiendo resistir mas tiempo á su sentimiento, descansó su cabeza en el seno de Amanda y le mojó con sus lágrimas: ¡Ah pobres padres! ¡Cómo podré volver á ellos para ser testigo de su miseria? El sepulcro es el solo asilo que les queda, como igualmente á sus desgraciados hijos.

Querida mia, le dijo Amanda, no os abandoneis á la desesperacion; la Providencia benéfica y Todopoderosa, puede hacer suceder en un momento el bien al mal, y los consuelos al dolor: decidme, ¿dónde vivís?—En Kensington.

¿En Kensington! Seguramente en el estado de debilidad en que os hallais, no podreis hacer un tal viage. Sin embargo, es preciso que lo haga, dijo Miss Rusbrook. Amanda dió algunos pasos hácia la ventana, meditando un plan que acababa de formar. ¿Conoceis, le dijo Amanda, alguna casa á poca distancia de aquí, donde podais esperarme algun tiempo? Yo iré en coche, y os conduciré á vuestra casa.

Este ofrecimiento era muy agradable á la pobre, débil y trémula muchacha; pero lo rehusaba modestamente, por el temor de causarle incomodidad. Amanda le rogó no perdiese el tiempo en vanos escrúpulos, y le indicase una casa donde pudiese encontrarla. Miss Rusbrook la dió la seña en Bondstreet, en casa de un sombrerero de quien ella le dió el nombre, y le dijo que iria á esperarla allí. Arreglado este punto, Amanda, que temia ser sorprendida, la condujo poco á poco á la puerta, y volvió á subir al salon, donde encontró á Lady Eufrasia, que iba á leer á la marquesa la carta de Rusbrook para divertirla.

En ella se veian pintados los combates penosos del orgullo y de la necesidad, el primero sojuzgado por la segunda, y el honor de una alma noble que busca algun alivio á sus males, en quien es la causa misma de ellos. El desgraciado Rusbrook se habia visto obligado á este paso humillante que por sí solo no habria dado jamas, por el espectáculo penetrante de una esposa tierna y amada, enferma y rodeada de una numerosa familia falta de todo. Decia en esta carta que él y su familia habian bebido hasta el fondo la copa de la desgracia. Ya no daba importancia á los motivos de justicia contra Milady, solo imploraba su humanidad, cuya voz se lisonjeaba que escucharía. Para interceder en su favor le enviaba una jóven suplicante, cuyos ojos llenos de lágrimas, y megillas marchitadas, serian testigos de la miseria que le describia.

La marquesa, despues de la lectura, declaró que estaba maravillada de la insolencia de tal demanda, y Lady Eufasia protestó que la carta era la mas ridícula que jamas hubiese leído. Pero Amanda, en esta, como en otras muchas cosas, era de un parecer bien diferente; mas lo ocultó cuidadosamente, así como un pequeño proyecto que habia concebido en favor del pobre Rusbrook.

Del dinero que su padre le habia dado para sus gastos, le quedaban diez guineas, las que habia destinado para comprar algunos adornos para un baile que la duquesa B.... daba la siguiente semana, y para el cual Lord Mortimer le habia pedido fuese su pareja. Renunciar á este baile y consagrar á un acto de beneficencia el dinero destinado á la vanidad, tal era su proyecto; y se tuvo por muy feliz de que Rusbrook hubiese dado este paso antes de hacer su compra, despues de la cual se hubiera hallado imposibilitada de poderle dar un shelling. Su alma estaba indignada de la inhumanidad de Lady Greystock, y de la de la marquesa y su hija. Al abrigo de todas las necesidades, no sentian piedad alguna de las mas estrechas penurias de los demas. Si esta frialdad, esta dureza de corazon, se decia á sí misma, son los efectos de la prosperidad, ¡ah! que jamas se me acerque, pues los fastuosos placeres que ella da, no tendrán jamas para mí tanto valor, como el dulce sentimiento de la sensibilidad y compasion.

Las damas habian hablado de ir á una feria pública, en la que, hablando al estilo de Eufasia, debia encontrarse todo el universo. Amanda se escusó de ir á la funcion, pues tenia alguna compra que hacer en la ciudad. Se contentaron de su excusa, y cuando las damas se retiraron para componerse, Amanda envió á buscar un coche, y se fué al instante á Bondstreet, donde encontró á Miss Rusbrook, que la esperaba con inquietud.

En el camino hácia Kensington, la afabilidad de Amanda ganó del todo el afecto y entera confianza de su jóven compañera. Esta le contó la historia de las desgracias de sus padres. Su padre, á su vuelta de América con su mu-

ger y seis hijos, habia sido aconsejado por Mr. Heathfield, el amigo que habia reconciliado al tio y al sobrino, de entablar un pleito contra Lady Greystock, sobre la presuncion de que el testamento en virtud del cual Lady Greystock se habia puesto en posesion de los bienes de Sir Geofroy, no era legítimo. Le habia abierto su bolsillo para los gastos, y su casa por asilo: Rusbrook habia aceptado sus ofrecimientos, y habiendo vendido su empleo de capitán, para satisfacer algunas deudas que habia contraido en la manutencion de su familia, habia hecho su residencia bajo la hospitalidad de su amigo. En medio de la felicidad que disfrutaba en este asilo, y en el seno de las esperanzas lisonjeras que alimentaba, y que sus abogados le fomentaban, una fiebre violenta se llevó á Heathfield sin dejarle ni tiempo de hacer testamento, en el cual hubiera dejado á Rusbrook un legado considerable. El heredero del difunto, hombre avaro y sin nobleza, habiendo temido mucho tiempo que la amistad de su pariente hácia Rusbrook perjudicase á sus intereses, para vengarse de la inquietud que le habia causado, no lo dejó por mas tiempo en posesion de la casa que ocupaba Heathfield, y la devolvió á su propietario, vendiendo al instante todos sus muebles. Todo el favor que hizo á Rusbrook, fué dejarle habitar la casa desmueblada durante algunos meses que quedaban del arriendo. Los procuradores, conociendo la imposibilidad en que Rusbrook iba á verse, de pagarles salario alguno, le declararon que ya no debia contar con su socorro, y en un momento toda la perspectiva de su dicha desapareció de su vista como un edificio sin fundamento levantado en un ensueño engañoso, y que despues de él no deja ni aun rastro de haber existido en nuestra fantasía.

Habia hecho con Lady Greystock una tentativa que debia á su familia, proponiéndole una composicion entre la justicia y la avaricia, la que le habria proporcionado algun medio de subsistir. La insolencia é inhumanidad de esta muger le hirió profundamente, y resolvió no presentarse mas á sus ojos: pero estando en el cúmulo de su mi-

seria, y amenazando aún la existencia de su familia, y sobre todo la de su muger postrada de enfermedad, habia creido que la juventud y la inocencia ablandarian el corazon de piedra de Lady Greystock, que asegurada para en adelante por la miseria de Rusbrook, de que habia abandonado toda pretension á sus bienes, se determinaria con mas facilidad á darle algun socorro.

Nosotros hemos probado este último recurso, continuó Miss Rusbrook acabando su ingenua relacion, y no nos ha salido bien. Mucho tiempo ha que estamos privados de todas las comodidades de la vida; pero ahora nos faltarán aun las cosas mas necesarias. El socorro, dijo Amanda, muchas veces viene de donde uno menos lo espera; y dejarse llevar de la desesperacion, es poner en duda la bondad del ser Todopoderoso, que ha prometido proteger á todas las criaturas.

El coche habia llegado á Kensington, y á algunos pasos de la habitacion de Rusbrook. Amanda hizo detener el coche, y apretó la mano á Miss Rusbrook, poniéndole al mismo tiempo un billete de banco de diez libras esterlinas, diciéndole: Yo me lisonjeo de que no está lejos el tiempo en que el conocimiento que acabamos de formar, será cultivado bajo los mas felices auspicios. Miss Rusbrook abrió el papel, que estaba doblado, y sus mejillas se sonrosaron. ¡Oh señora! exclamó, ¡qué bondad! Sus lágrimas le impidieron decir otra cosa.

Me haríais un agravio, le dijo Amanda tomándola de la mano, hablando mas de esta bagatela; si mis medios correspondiesen á mi inclinacion, habria tenido vergüenza de ofrecéroslo; pero tal como es, os suplico que lo acepteis como una porcion muy módica de los bienes que el cielo ha reservado para vos. Dijo á Miss Rusbrook que no queria detenerla mas. La jóven le besó la mano con el mayor trasporte, y le dijo: Vuestra figura es la de un ángel, y vuestra bondad corresponde á vuestra belleza. Yo no rehusaré vuestros beneficios, señora, los acepto con reconocimiento, por unas personas que amo mas que á mí misma. Pero, ¿no puedo esperar volveros á ver? Vos sois

tan buena señora, que uno olvida todos sus pesares hablando con vos. Yo os prometo, dijo Amanda, que volveré á veros tan pronto como sea posible.

Habiendo Miss Rusbrook salido del coche, Amanda ordenó al cochero que la volviese á conducir á la ciudad lo mas pronto que le fuese posible. Habia andado aún poco camino, cuando uno de los caballos, habiéndose desherrado, obligó al cochero á bajarse y detenerse á reparar el mal. Esta tardanza dió mucha pena á Amanda, porque hubiera querido estar de vuelta antes que las damas, de miedo que si entraba despues de ellas, Lady Greystock la estrecharia á manifestar la razon de su ausencia; y en cuanto á decirle la verdad, no podia resolverse á ello, persuadida de que si Lady Greystock sabia que habia socorrido á Rusbrook, naceria de esto una disputa que no le permitiria habitar mas tiempo con ella bajo un mismo techo. Por otro lado, no podia pensar sin un gran disgusto en dejar á Lóndres, en el momento en que iba á terminarse su negocio con Lord Mortimer.

En fin, vuelto á subir el cochero á su sitio, y caminando el coche con presteza, Amanda se lisonjeó que llegaria á tiempo, y se puso á pensar con delicia en el socorro que su pequeño regalo iba á ser para la desgraciada familia de Rusbrook. Este pensamiento tenia para ella tanta dulzura y un encanto tan superior al de los placeres de un baile, que apenas soñaba en el disgusto que Lord Mortimer tendria de no verla allí. Estaba convencida de que él no dejaria de preguntarle el motivo de no haber venido, y estaba resuelta á ocultarle por un momento la razon, pues habria mirado como una ostentacion despreciable, hacer saber que habia empleado en un acto de beneficencia el dinero que le era necesario para un vestido de baile. Por otra parte, temia que una tal narracion escitase la generosidad de Lord Mortimer hácia la familia Rusbrook, lo que su delicadeza le aconsejaba evitar.

Al llegar, preguntó á un criado que le abrió la puerta si las damas habian llegado, le dijeron que sí, y que iban á comer. Apresuróse, y la muchacha que la servia le dijo

que Lady Greystock habia preguntado por ella desde su llegada. Amanda se aderezó con la mayor prontitud y se fue al salon de tertulia, donde encontró juntos, á mas de la familia, á Lord Mortimer, Miss Malcolm y otras muchas personas, tanto hombres como mugeres.

¡Dios mio! dijo Lady Greystock al momento que entró Amanda: ¿dónde habeis estado, hija mia, toda la mañana? Yo sospecho, exclamó Lady Eufrasia, que nos habeis ocultado vuestros pasos esta mañana. ¡Y bien! dijo Miss Malcolm riendo, las gentes que ocultan sus pasos tienen para ello razones que no quieren decir á todo el mundo.

Amanda nada respondió á esta maliciosa insinuacion, sino con el silencio del desprecio; pero á las preguntas repetidas de Lady Greystock, dijo vacilando y á media voz, que habia estado en la ciudad. ¡En la ciudad! repitió Lord Mortimer. Esta exclamacion hizo sobresaltar á Amanda, quien volvió los ojos á Mortimer, y vió que la miraba con una curiosidad penetrante y seria. Entonces los colores le salieron al rostro, como si acabase de ser sorprendida en una mentira, y bajó los ojos.

La conversacion se distrajo; pero fué menester mucho tiempo para que Amanda se repusiera de su turbacion. Su respuesta habia sorprendido á Lord Mortimer, por una razon que ella poco sospechaba. El se encontraba en la feria con la marquesa y las otras señoras; pero prontamente se fastidió no viendo á Amanda. Con esto, pretestó un negocio y volvió á su casa; hizo poner los caballos á una silla, y tomó la ruta de Kensington, y pasando al lado del coche de Amanda, detenida como hemos dicho, la conoció. Lady Eufrasia le habia dicho que Amanda no habia venido á la feria por tener algun negocio en la ciudad. El nunca habia oido hablar que tuviese conocimiento alguno en Kensington, y se alarmó al verla. Con esto siguió de lejos el coche, y dando á guardar su silla al lacayo, hizo lo restante del camino á pié, hasta que la hubo visto apearse á la puerta de la casa de Rosline. Amanda no lo habia visto, ocupada como estaba en sus pensamientos, y por estar en el fondo del coche y á uno de sus

lados. Lord Mortimer volvió entonces á su silla, y cuando estuvo cerca de ella, vió al coronel Belgrave á caballo mirando con atencion los caballos, que en efecto eran muy hermosos, y preguntando de quién eran. Hasta èste momento, su recíproco conocimiento estaba limitado á saludarse pasando; pero entonces, impelido por un motivo que él mismo no podia esplicar, le hizo un saludo mas obsequioso, y le preguntó si se habia divertido en el paseo, y si habia estado muy lejos. No mas que en Kensington, respondió el coronel.

Esta respuesta confirmó los primeros temores de Lord Mortimer. Se puso pálido, dejó caer las riendas que habia tomado con intencion de volver á subir á su carruaje, y llegó á su casa todo trastornado. Habia prometido ir á comer en casa del marques. En los primeros momentos de su turbacion, estaba determinado á enviar sus excusas; pero á la llegada del criado á quien iba á mandar con esta comision, mudó de parecer. Yo iré, dijo él; aunque las apariencias sean contra ella, tal vez me dará una explicacion que me satisfaga de su ida á Kensington. Atormentado de sus sospechas, y víctima alternativamente de las dudas y de la esperanza, llegó á Portman-Square.

Lady Greystock y Lady Eufrasia habian hablado mucho tiempo sobre la larga ausencia de Amanda en la mañana. Cuando entró en el salon, les pareció confusa, y creyeron ver su embarazo aumentado por las preguntas de Lady Greystock. Pero cuando hubo respondido que habia ido por la ciudad, su falsedad le chocó de tal modo, que Mortimer no pudo menos de repetir su respuesta con admiracion. En su indignacion, poco faltó para que no se hiciese una escena de sangrientas reconvenciones. El color que cubria las mejillas de Amanda, no le pareció ser el de la inocencia ingenua y modesta, sino el de la vergüenza y remordimiento; le pareció evidente que habia visto á Belgrave por la mañana; que el misterio ocultaba la cita, y que el conocimiento de esta conexion con este hombre habia determinado á Sir Cárlos Bingley á renunciar á Amanda tan repentinamente.

¡Gran Dios! se decia á sí mismo, ¿quién, conociendo á Amanda, hubiera podido creer que su seno encerrase un corazon tan falso? y sin embargo, tengo motivos harto poderosos para juzgarla así. Con todo, quiero aún sufrir esta horrible incertidumbre, y disimular mis sospechas, hasta que esté enteramente convencido. En la mesa se colocó en frente de Amanda, y sus ojos sin cesar se volvian hácia ella con la melancolía tierna que se experimenta á la vista de un objeto amado, que se está en vísperas de perder para siempre.

Su tristeza fué prontamente notada por la marquesa y Lady Eufrasia. Estas vieron con la mayor satisfaccion, que el veneno de la sospecha que habian hecho pasar á su alma, empezaba á obrar. Ya disfrutaban de antemano del éxito de su artificio. Lady Eufrasia en particular estaba alborozada de vengarse del sensible corazon de Mortimer: de volverle todo lo que este la habia hecho sufrir, y añadir todo lo que dependiese de ella, á las desgracias que prontamente iban á descargar sobre Amanda.

Tambien Amanda notó el abatimiento de Mortimer: se conmovió, y concibió algunos temores de su causa. La tia de Mortimer habia rehusado interceder con su padre, ó acaso estaba mas fuertemente estrechado á unirse luego con Eufrasia; acaso vacilaba entre el amor y el deber. Esta idea helaba su corazon. Pero no, decia ella, esto no puede ser. Si lord Mortimer pudiera mudarse, no me dejaria ignorar su mudanza.

Al anoecer, la concurrencia llegó á ser mucho mas numerosa. Pero lord Mortimer se mantuvo largo tiempo solo y pensativo. Amanda por casualidad se encontró sentada á su lado. Estaba sobresaltada de verle tan pálido y tan abatido, y le manifestó sus inquietudes sobre su salud. En efecto, respondió Mortimer con un suspiro, no estoy muy bueno.

Al mismo tiempo observó que Amanda le miraba con suma ternura; pero le habia ya pasado el tiempo en que una mirada semejante le habria trasportado: ahora le manifestaba un sentimiento que tenia en el dia suficientes

motivos para mirar como fingido y representado. Sus pasiones, aniquiladas por su propia violencia, lo dejaban en una especie de calma, y la tristeza era su sentimiento dominante. Aunque llorando amargamente la perfidia de Amanda, no estaba en estado de echársela en cara. La miraba con una ternura taciturna, y cuando ella le manifestó su pesar de verlo indispuerto, se contentó con replicar: ¡Ah Amanda! el hombre por quien vos realmente sentís un tierno interes, debe ser feliz.

Amanda, no sospechando un siniestro sentido oculto bajo estas palabras, las recibió mas bien como una espresion que empleaba lord Mortimer para pintar su propia dicha; no dudó que él mismo se creyese el objeto de todo el interes que ella podia manifestar, y esta idea la disipó sus inquietudes.

Su conversacion fué entónces interrumpida por Miss Malcolm, que vino riendo á colocarse al lado de Mortimer, para levantar, segun decia, sus espíritus abatidos.

CAPITULO VI.

Desde esta noche al dia del baile, nada aconteció interesante. La mañana de este dia, estando Amanda en el salon con las damas, entró Lord Mortimer. Lady Eufrasia no supo hablar de otra cosa mas que de la fiesta á que iba á asistir, que seria la mas bella que se habia visto en todo el invierno.

Yo espero, le dijo Amanda, que mañana por la mañana podreis darme una fiel descripcion de ella. ¿Por qué, pues? dijo Eufrasia. ¿Tendreis necesidad de mis descripciones, despues de haberlo visto y oido todo vos misma?—Sin duda que no, si yo fuese; pero esto no será. ¿Cómo que no! ¿vos no ireis al baile esta noche? exclamó Lady Eufrasia. ¡Ay mi Dios! hija mia, añadió Lady Greystock, ¿qué fantasía rara os ha venido? Mi querida Lady Greystock, dijo

Eufrasia con un tono de buen humor que no le era ordinario, inspirado por la misma resolucion de Amanda, no contradigais á Miss Fitzalan.

¡Qué! realmente no ireis al baile? exclamó Mortimer con una sorpresa y un disgusto conocidos. No, Milord, dijo ella. Yo aseguro, dijo la marquesa, aun mas contenta que su hija de la resolucion de Amanda, y que favorecia una liga que habia formado despues de mucho tiempo, que desearia que mi hija fuese tan razonable como Miss Fitzalan. Se queja desde esta mañana de hallarse indispuesta, y esto no puede inducir la á renunciar á este baile.

Lady Eufrasia, que jamas habia estado mejor de salud que en el momento en que su madre la hacia pasar por enferma, se disponia á contradecir lo que la marquesa habia dicho, cuando la detuvo una ojeada que le hizo entender que tenia motivos para hablar así.

¡No podemos esperar, Miss Fitzalan, dijo Mortimer, que una resolucion tomada tan de repente podrá ser abandonada con la misma prontitud?—No, Milord, no ha sido tomada con la precipitacion que suponeis. Lord Mortimer, procurando adivinar esta resolucion, iba y venia manifestando la mayor agitacion. Amanda, dijo él, ¿habeis olvidado vuestra promesa conmigo? No, dijo ella.—¿Pues me explicareis lo que os impide ó aparta de cumplirla?—Con mucho gusto, Milord.—¿Cuándo, pues? preguntó Lord Mortimer con todas las señales de impaciencia, pues no podia soportar el tormento de la incertidumbre; pero deseaba mas obtener una explicacion relativa á Belgrave, que sobre el baile.

Mañana, Milord, dijo Amanda, pues vos lo exijís, os explicaré el por qué no cumplo la promesa que os he hecho, y me lisonjeo, añadió con un modesto rubor, que aprobaréis mis motivos. Lord Mortimer no dudó que la seriedad que habia usado pidiéndole esta explicacion, hubiese hecho comprender á Amanda su verdadero y principal objeto. ¡Hasta mañana, pues, es preciso que yo sufra mi inquietud!

Entre tanto, Amanda suponía que el pesar de Mortimer

no tenía otra causa que el no verla en el baile. Lisonjeada de esta idea, estaba determinada á decirle el verdadero motivo que se lo habia impedido, segura de que obtendria su aprobacion, y de que abriria al pobre Rusbrook un manantial de nuevos socorros en la generosidad de Mortimer, á quien se hallaba obligada á confesar lo que habia hecho por aquel padre de familia desgraciado.

Por la tarde, Amanda asistió al tocador de Eufrasia, quien le habia pedido espresamente que la ayudase á vestir. Serian cerca de las seis cuando vió marchar la compañía sin el menor pesar de no seguirla. Feliz por la satisfaccion que tenia de sí misma, disfrutaba de una calma deliciosa esparcida en el alma; calma á la verdad engañosa, que adormeciéndola en una confiada seguridad, iba á descargar con mayor violencia sobre su cabeza la tempestad que se le acercaba: calma semejante á la que describe Shakespeare en estos hermosos versos:

Cuando los cielos serenos
manifiestan mas bonanza,
viene el furor de los vientos
á arrebatarnos su calma.

Amanda se habia quedado en el gabinete tocador de Lady Eufrasia, y leia la historia sentimental de Pablo María. Su lectura la ocupaba enteramente, y lloraba el destino de la amable María, cuando un ruido repentino la hizo volver la cabeza, y vió con tanto horror como sorpresa, al coronel Belgrave que se acercaba. Levantóse despavorida, y corrió hácia la puerta; pero él se puso delante, la tomó en sus brazos, y la derribó sobre el sofá, cerrándola ásperamente su boca, para impedirle gritar.

Ni vuestros gritos, ni vuestra resistencia, le dijo él, os pueden servir. Podeis creer muy bien que no me he podido introducir aquí, sin el socorro de un amigo que vigila, y podeis estar segura de que nuestra conferencia no será interrumpida. Amanda se estremeció, á la noticia de semejante traicion, y convencida por lo que Belgrave le

decia, que no debia esperar ningun socorro, procuró reanimar su espíritu, y emplear todo su valor.

Vuestro proyecto, coronel Belgrave, le dijo ella, es igualmente vil é insensato. Aunque introducido aquí por la traicion de algun criado, debeis estar muy seguro de que el marques de Rosline, que habiéndome dado hospitalidad me debe su proteccion, no dejará sin venganza el insulto que me haceis en su casa. El marques va á volver al momento: si vos no quereis ser deshonorado, retiraos sin tardar.

¡Oh! no, replico Belgrave, no es para retirarme tan fácilmente el haber tomado tanto trabajo en acechar con tanta inquietud el momento de tener con vos esta conferencia. No temais ningun insulto; pero no os dejaré hasta que os haya esplicado claramente mis intenciones. Mi amor, ó mas bien mi adoracion, no ha sufrido mengua alguna por nuestra separacion; y siempre que un feliz acaso os acerque á mí, no descuidaré de aprovechar la ocasion.

¡Gran Dios! dijo Amanda trasportada de indignacion. ¡Cómo teneis la audacia de confesar vuestros insolentes proyectos, que sabeis ya de mucho tiempo que no podeis conseguir?

¡Y por qué? mi querida Amanda, dijo él procurando tenerla apretada contra su seno, mientras que ella lo rechazaba con todas sus fuerzas; ¡por qué no tendrán efecto mis proyectos? ¡Por qué os obstinais en rehusar la riqueza y la dicha? ¡Por qué desechais el ardiente y sincero amor de un hombre que creyó, haciendo vuestra felicidad, apoyar en ella la suya? Mi vida y mis bienes están á vuestras órdenes; mi reconocimiento eterno os pagará el ligero sacrificio que me habreis hecho. No vacileis en procuraros el contento, que una alma generosa como la vuestra, encuentra en la fruicion de tan dulces placeres; no vacileis en asegurar la independenciam de vuestro padre, y los adelantos de vuestro hermano, y estad segura de que si la union que he formado bajo tristes auspicios, engañado por las apariencias de perfeccion, se puede romper, mi mano y mi corazon todo será vuestro.

¡Monstruo! exclamó Amanda; aun cuando vuestra mano

fuese libre, yo la rechazaria con horror, como el resto de vuestros ofrecimientos. Cesad de atormentarme con vuestra presencia; si no, llamaré á mi justa defensa á aquellos que tendrán el poder y la voluntad de castigar vuestra insolencia. Con esta consideracion, y con la certeza de la inutilidad de vuestros esfuerzos, abandonad vuestros criminales deseos; pues estad seguro de que sois un objeto horroroso para mí.

Acabando de hablar, y llamando á su socorro todas sus fuerzas, se desasíó de él, y procuró ganar la puerta. El se puso aún delante de ella inflamado de cólera, y arrojándole una mirada horrorosa. Amanda queria evitarle, pero él la agarró de nuevo en sus brazos: ella dió dos grandes gritos, y no pareciendo nadie, su terror se aumentó.

¡Oh Belgrave! le dijo temblando, si teneis algun sentimiento de honor, si os queda alguna humanidad, retiraos; yo os perdonaré y callaré todo lo que ha pasado, si me concedéis lo que os pido.

Yo os incomodo, Amanda, dijo él con un tono mas suavizado; pero creedme: aunque en vuestra crueldad é inflexibilidad no os haceis cargo del mal que me causais, mi alma sufre cruelmente por el que yo os causo: escuchadme con calma, no me permitiré ningun acto que pueda ofenderos. El la volvió á conducir sobre el sofá y continuó.

Alucinada por falsas ideas, huís y detestais al solo hombre que ha tenido la franqueza de haceros conocer sus verdaderas intenciones. Vuestra credulidad é inesperienza os han chasqueado ya: habeis creído que Sir Carlos Bingley era uno de vuestros apasionados adoradores, mientras que yo puedo responderos de que aficionándose por vos, solo escuchaba la vanidad que le lisonjeaba, y la esperanza de obtener de vos alguna preferencia que le distinguiese. El no ha tenido otro objeto, como él mismo me lo ha confesado, y si vos hubiéseis aceptado sus fingidos ofrecimientos, habria encontrado algun pretexto para burlaros. Las atenciones de lord Mortimer tienen un motivo, mucho mas peligroso para vos. El os admira, y quisiera que creyéseis que sus miras son honradas; mas desconfiad

de sus artificios: él procura sacar ventajas de la demasiada confianza que pondriais en él. Una vez conseguido su fin, os sacrificará á Lady Eufrasia, cuyas malévolas disposiciones conozco bastante, para estar convencido de que gozaria del sacrificio que se le habria hecho de una víctima tan preciosa. ¡Ah mi querida Amanda! no creais que toda vuestra belleza, y todas vuestras gracias puedan hacer olvidar á la mayor parte de los hombres, las ventajas adherentes á las riquezas. Lord Mortimer en particular es mas inclinado á ellas que otro alguno; es tan ambicioso y tan avaro como su padre; y aunque tenga una verdadera aversion á Lady Eufrasia, se casará con ella por su caudal. Como el mío es sabido, todas las promesas que os hago las sostendré fielmente: no dadeis mas tiempo, mi querida Amanda, sobre el partido que os propongo.

¡Oh! no, yo no lo dudo, dijo ella, y se levantó. Belgrave agarró su mano. En este momento llamaron á la puerta de la casa con grandes golpes. Amanda se estremeció, y Belgrave se detuvo en el razonamiento comenzado. Amanda creyó que era el marques que volvía á casa. No era natural que entrase en el aposento en que se encontraba; pero ¡cuál fué su turbacion cuando en lugar de su voz oyó la de la marquesa y toda la sociedad, que volvian del baile antes de tiempo! En este momento, todas las horribles consecuencias de su situacion se presentaron á su imaginacion. Ella habia sido burlada mucho tiempo, por la forzada política de la marquesa y Lady Eufrasia, y tenia motivos de creer despues de su odio inveterado, que se alegrarian de ver perdida su reputacion. Veia con horror que á los ojos de la imparcialidad, las apariencias estaban contra ella: habia rehusado ir al baile, contra lo que todos esperaban: habia manifestado que se quedaría en casa con gusto. Todas estas circunstancias se repasarían: ¡qué ideas iban á nacer en el espíritu de lord Mortimer, demasiado propenso ya á las sospechas celosas!

Alucinada con estos horribles pensamientos, juntó sus manos y exclamó: ¡oh cielos! soy perdida para siempre. No, no, exclamó Belgrave arrojándose á sus piés; perdonadme,

yo no turbaré mas vuestro reposo. Veo que vuestros principios son inalterables: admiro y respeto vuestra virtud, y ya no quiero combatirla mas. Estaba en el punto de haceros esta misma declaracion, cuando herios oido estos desgraciados golpes. Reponeos, y considerad lo que debéis hacer en tal circunstancia. Si me ven aquí sois perdida. Las criaturas diabólicas con quienes vivís, jamas creerán á dos testimonios reunidos para atestiguar vuestra inocencia. Ocultadme si os es posible, hasta que cada uno se retire á su aposento: la que me ha introducido aquí me hará salir, y os juro que no os importunaré mas.

Amanda titubeaba entre el partido de confiarse á su inocencia, y el temor de que todo cuanto dijera fuese inútil para su justificacion, si la encontraban con Belgrave. Ella vió subir la compañía. En la turbacion de su espíritu, el temor se llevó tras sí la repugnancia que tenia en ocultar á Belgrave, y le hizo señal de retirarse en un gabinete contiguo al del tocador. El obedció, y cerró tras si la puerta poco á poco.

Amanda, tomando con precipitacion un libro, procuró componerse; pero sus esfuerzos fueron vanos, y estaba toda temblando. Su agitacion se aumentó, cuando Lady Eufrasia la llamó desde afuera para que le abriese: corrió á la puerta, y pensó desmayarse al encontrarla cerrada, ignorando que lo estuviese; le costó algun trabajo abrirla, y entró toda la compañía seguida del marques.

Por vida mia, dijo la marquesa, que Miss Fitzalan no quiere ser turbada en sus meditaciones. Vos sin duda estareis admirada de vernos volver tan prontamente; pero la pobre Eufrasia se hallaba mala en el baile, y nos hemos vuelto con ella.

Miss Fitzalan, á lo que pienso, no está mejor que yo, dijo Lady Eufrasia mirando atentamente á Amanda. ¡Buen Dios! dijo lady Greystock, ¿qué teneis, hija mia? teneis el semblante de un muerto. Miss Fitzalan ama la soledad, dijo el marques, previniendo la respuesta de Amanda á Lady Greystock; cuando he vuelto á casa, habrá cerca de una hora, la he hecho suplicar que me honrase con su

compañía en el salon, y os aseguro que se me ha negado clarito.

En efecto, el marques habia pedido verla; pero nada de esto se habia dicho á Amanda. Os protesto, Milord, dijo Amanda, que nadie me ha pedido tal cosa de vuestra parte. Y bien, hija mia, preguntó Lady Greystock, ¿cómo habeis empleado vuestro tiempo? He leído, señora, dijo Amanda balbuciendo y poniéndose pálida.

Vos ciertamente no estais buena, dijo Lord Mortimer, que estaba sentado á su lado; temo que no os hayais abandonado á ideas melancólicas; y tomándole la mano tiernamente, continuó, pues seguramente esta noche teneis algo de extraordinario. Amanda queria responder, pero su grande conmocion le cortaba la palabra, y algunas lágrimas corrian sobre sus mejillas. Lord Mortimer conoció que deseaba no se ocupasen de ella.

En este momento, Lady Eufrosia se quejaba de un violento dolor de cabeza; La marquesa hizo como que queria tocar la campana. pero Lady Eufrosia se opuso á ello; y en seguida, como si en aquel instante se acordase, dijo que se encontraria en el gabinete una botella de agua de alucema que la aliviaria ciertamente.

Al nombre de gabinete, la sangre de Amanda se heló en sus venas: pero cuando vió á la misma Lady Eufrosia levantarse para entrar en él, si la muerte se hubiese presentado bajo las formas mas espantosas, no le habria inspirado mas horror. Síguela con los ojos, y con un semblante en que se pintaban el desacuerdo y el espanto reunidos, como el de Macbeth cuando veia el espectro de Banco. Lord Mortimer, observando el desórden de toda su fisonomía, comenzó á espantarse, la tomó la mano temblando, y exclamó: Amanda, ¿qué significa esta agitacion? Pero toda la atencion de la compañía fué atraida por un grande grito de Eufrosia, que salia del gabinete seguida del coronel Belgrave.

¡Gran Dios! exclamó Mortimer dejando la mano de Amanda y levantándose con precipitacion. Amanda arrojó una mirada sobre todos los que la circuian, y vió todos los ojos

fijos sobre ella con la espresion de la admiracion y del desprecio. Este choque era demasiado violento para poderlo soportar. Su imaginacion se penetró de la idea confusa de que habian armado un lazo para perderla: exclamó con una voz moribunda: *¡Yo soy perdida!* y cayó trastornada sobre el sofá.

Lord Mortimer á su exclamacion se estremeció. ¡Oh cielos! exclamó poniendo los ojos sobre ella: pero luego, incapaz de aguantar la escena que iba conduciendo al descubrimiento que acababan de hacer, dándose un golpe con la mano en la frente, salió del aposento.

En la antesala fué detenido por Mistriss Jánés, la muchacha que dieron á Amanda para servirla. ¡Ah Milord! le dijo ella, temo que no haya sobrevenido alguna desgracia arriba. ¡Oh mi querido señor! ¡cuánto cuesta algunas veces ser demasiado buena! Si hubiese creído que pudiese originarse algun mal de mi indulgencia, por ceder á los deseos que tenia Miss Fitzalan de ver al coronel Belgrave, habria podido rogarme é instarme mucho tiempo, pero sin efecto. ¡Cómo! dijo Mortimer, ¿es ella quien os ha pedido que introdujáseis al coronel Belgrave en esta casa?

Ciertamente, Milord, ella me lo ha pedido; pues es una cosa que jamas la habria hecho sin esta circunstancia. Me ha rogado é instado mucho tiempo á que buscasse algun medio para hacerle entrar; me ha contado una larga patética historia capaz de enternecer un corazon de piedra de sus amores con Belgrave antes de su casamiento.

¡Justo cielo! exclamó Mortimer, ¡cómo me ha engañado! é iba á salir, cuando Mistriss Janes le detuvo por el vestido.

Yo seguramente perderé mi colocacion, dijo fingiendo llorar, pues Milord y Milady jamas me perdonarán haber introducido de este modo un hombre en su casa; con todo, yo no he creído que hubiese un grande mal en ello, y no me he dejado llevar sino por la demasiada bondad de mi corazon; pues ¿cómo resistir á una pobre y querida jóven que se lamenta y dice que solo quiere despedirse de su querido Belgrave? Lord Mortimer no pudo oir mas, se desasíó de Mistriss Janes y salió de la casa.

Todas las facultades de Amanda habian quedado estinguídas por algun tiempo. Cuando abrió los ojos y volvió en sí, llamó á su favor toda su presencia de espíritu. Milord, dijo al marques levantándose y acercándose á él, vos sin duda os indignareis de saber que solo la traicion de uno de vuestros criados me ha arrojado en la situacion penosa en que me veis. Para mi justificacion debo decir que he sido mucho tiempo por parte del coronel Belgrave el objeto de una persecucion tan degradante por su carácter, como insultante por el mio. Cuando con la mayor sorpresa mia ha entrado esta noche en este aposento, me ha declarado que tenia un amigo en esta casa, que le habia introducido. Los derechos de la hospitalidad, Milord, me constituyen bajo vuestra proteccion. Yo exijo que se sepa al momento quién en vuestra casa ha favorecido el insulto tramado contra mí, persuadida que averiguado este odioso misterio, mi conducta será justificada, y mi reputacion puesta al abrigo de la calumnia.

Lo que vos exigís, señora, dijo el marques con una maliciosa sonrisa, no es tan fácil como suponeis. Ni el mundo ni yo somos tan crédulos como imagináis. Vuestra esplikacion no tiene verosimilitud; nadie en mi casa se habria atrevido á cometer la accion de que es quejais, sabiendo todos mis criados que la consecuencia para ellos seria ser despedidos al momento. Y despues, señora, si no hubiéseis recibido al coronel con mucho gusto, no habríais consentido en que se escondiese en el gabinete; os habríais valido de la ocasion de nuestra vuelta, que proporcionaba el medio de castigar su temeridad. La inocencia es valiente, la culpa sola es la tímida.

Una parte de este discurso era de grande fuerza contra Amanda. Porque ¿cómo esplicar su conducta? Ella no podia confesar que solo el temor de la malignidad de la marquesa y Eufrasia la habia determinado á dejar ocultar á Belgrave en el gabinete. En mi vida he visto semejante descaro, dijo la marquesa; aun quiere hacer de Milord su campeón.

Sin embargo, dijo Lady Greystock, como ella ha sido

confiada á mi cuidado, creo que es necesario aclarar este asunto. Os suplico me digais, dijo ella al coronel, ¿por qué medio habeis sido introducido aquí? En cuanto á esto, señora, respondió el coronel, escusareis mi silencio. Yo os aseguraré solamente, dijo arrojando una mirada sobre Amanda, que cuando me he ocultado, no ha sido por amor de mí; con todo, estaré siempre pronto á defender las circunstancias de mi conducta, que no creo deber revelar. Señor, dijo el marques con altanería, aquí no se trata de explicar ni de defender vuestra conducta; yo no tengo ni derecho ni voluntad de mezclarme en los asuntos de Miss Fitzalan.

El coronel, habiendo saludado á la compañía, se retiraba, cuando Amanda corrió hácia él, y le tomó por el brazo. Ciertamente, exclamó ella pudiendo apenas respirar, vos no podreis ser tan inhumano para retiraros sin haber explicado todo lo que ha pasado. ¡Oh Belgrave! no me dejéis presa de la calumnia; si conservais alguna esperanza de perdon del que nos ha de juzgar á todos, salvadme del deshonor, manifestando lo que ha pasado entre nosotros.

Mi querida niña, dijo él á media voz, pero bastante alto para ser oído, todo cuanto yo diria seria inútil. Vos veis que todos cuantos nos cercan, están decididos á ver las cosas bajo otro aspecto del que nosotros lo presentariamos. Calmaos, yo os lo suplico, y estad segura de que mientras viva, nada os faltará, nada. Hablando así, se desembarazó de ella y salió del aposento, dejándola, por decirlo así, clavada en el suelo, sorprendida de una insolencia y perfidia semejantes.

Yo sentiré toda mi vida, dijo Lady Greystock, haberla tomado conmigo. Despues de algunos indicios que he tenido á mi llegada á Lóndres, no es la primera vez que me he visto tentada de volverla á enviar á su padre; pero una necia compasion me ha detenido. Yo esperaba que frecuentando buenas compañías se corregiria, y tendria el dulce consuelo de salvar una criatura de su ruina. Ciertamente, dijo la marquesa, despues de los disgustos que

he sufrido de su familia, solo la amistad de Lady Greystock pudo determinarme á recibirla en mi casa.

Tiempo ha, añadió el marques, que yo habria tomado un partido con respecto á ella si me hubiese pertenecido como á vos; y á vos sola, Milady, toca decidir. Yo creo absolutamente necesario que Lady Eufrasia se ausente, mientras que Miss Fitzalan quede en casa. Voy á dar órdenes para que podamos mañana partir á la campaña. Seguramente, Milord, os seguiré allá, dijo la marquesa. Yo no puedo sufrir mas su vista; ni tampoco quiero que se diga que ha sido arrojada de nuestra casa, aun cuando merezca este tratamiento. El solo partido que hay que tomar, es que parta lo mas pronto posible para Irlanda. Cuando vuelva á su primitiva oscuridad, este acaecimiento morirá por sí mismo.

No, dijo Amanda, no morirá; será conocido para confusion eterna de los autores y cómplices de tan infame proyecto. Yo espero que el cielo vengará mi inocencia; su justicia es segura, aunque algunas veces tarda, y su hora llega en el momento en que menos se espera. Yo he sufrido mucho, y sin duda aun tengo que sufrir; pero aun creo mi situacion preferible á la de los malvados que me han cercado con sus lazos; ellos deben experimentar agonías mas crueles que las mias, las del remordimiento. Yo volveré á mi oscuridad, feliz por el testimonio de mi conciencia; esta me dice que no voy á ocultar allí la vergüenza del crimen, sí solo á buscar un asilo contra la crueldad de mis perseguidores; crueldad que habria debido esperar de aquellos que despues de mucho tiempo han cesado de escuchar la voz de la sangre, y de aquellos, añadió mirando á Lady Greystock, cuyo corazon está cerrado á la justicia y humanidad. Acabando estas palabras, salió del aposento, dejando á la marquesa y á Lady Greystock temblando de rabia y esclamando: ¡qué desvergüenza! ¡qué insolencia!

Retirada Amanda á su cuarto, Mistriss Janes, á quien la curiosidad habia atraido con los otros criados cerca de la puerta de la pieza que Amanda dejaba, la sigue.

Las conmociones que acababa de experimentar, y que habia contenido cuanto le habia sido posible, reventaron entonces con toda su violencia; las lágrimas y los suspiros le cortaron la respiracion. La ama de llaves y Mistriss Janes la desnudaron, y ayudaron á ponerse en la cama. Cuando ella pudo hablar, pidió que se le procurase un carruage para marchar al dia siguiente temprano á Irlanda: se lo prometieron, y á sus ruegos la dejaron sola.

La marquesa habia logrado un éxito completo en la ejecucion de su plan contra Amanda; pero no era por esto mas feliz. Triunfaba en la desgracia de Amanda; pero temia que este triunfo solo fuese pasagero. La habia hecho caer en el lazo, pero no estaba segura de retenerla en él. No tenia confianza en los que le habian servido en sus designios, pues los malvados desconfian siempre unos de otros. Ellos podian venderla; Belgrave podia arrepentirse. Sin embargo, estos peligros, si eran reales, estaban aún lejos, y en tanto que tardaban en verificarse, podria conseguir el objeto principal que se habia propuesto, que era el casamiento de su hija con Mortimer. Mucho tiempo hacia que buscaba un medio de perder á Amanda, no solo en el concepto de Mortimer, sino tambien en la opinion pública. Conocia el libertinage é inmoralidad de Belgrave, y habia juzgado que no rehusaria la ejecucion de un plan que podia conducirle á la posesion de Amanda. Belgrave, habiendo descubierto la residencia de Amanda, habia encargado á su criado, digno confidente y cooperador de todas sus infamias, el descubrir algun medio de introducirse con Amanda. Este hombre, para conseguirlo, se habia dedicado á obsequiar á Mistriss Janes, á quien la marquesa habia colocado con Miss Fitzalan; conociéndola capaz de practicar todos sus planes. El criado hizo conocer á Belgrave Mistriss Janes, el cual le hizo un hermoso regalo para hacerla entrar en sus malvados planes.

Mistriss Janes habia dado parte á la marquesa y á su hija de los proyectos del coronel Belgrave, y desde entonces habian buscado medios para conducirla á una escena

semejante á la que acabamos de ver. Pero la conducta de Amanda habia hasta entonces desconcertado sus miras. En fin, el haber rehusado Amanda ir al baile, les proporcionó esta ocasion. Lady Eufrasia habia sido instruida del estratagema, y desde la mañana habia hablado de su indisposicion, á fin de prevenir una esplicacion natural de la vuelta precipitada que se preparaba.

Mistriss Janes habia introducido al coronel en el gabinete por una puerta que daba á un corredor, y mientras que Amanda estaba ocupada en su lectura, habia salido poco á poco y cerrado la puerta que daba entrada al gabinete tocador, como hemos dicho ya.

Cuando Lady Eufrasia manifestó que estaba indispuesta, y que no podia quedarse en el baile, Mortimer le ofreció acompañarla á su casa, y si él no lo hubiese propuesto, la marquesa se lo habria rogado. El marques veia en Amanda una rival diestra y peligrosa de su hija, y por esto la aborrecia. Las leyes de la hospitalidad le obligaban á tratarla con cortesía; pero abrazó con alegría la primera ocasion que se presentaba de manifestarla su aversion.

Lady Greystock comprendia perfectamente que habia una trama; pero estaba enteramente dispuesta á encontrar y declarar culpable á Amanda, lo que era suficiente para la marquesa. El marques dejó á las damas juntas, y se fué á dar órdenes para el viage del dia siguiente.

Un momento despues de haberse separado, se oyó llamar á la puerta fuertemente. Conjeturaron que en aquella hora solo podia ser Mortimer, y no se engañaron. Despues de haber divagado mucho tiempo por las calles sufriendo imponderables agonías, volvió á Portman-Square. Su imaginacion le presentaba á Amanda oprimida de vergüenza y sufriendo crueles reconvenciones. La idea de sus tormentos hacia olvidar á Mortimer todos sus supuestos deslices y la perfidia de que era culpable. El hombre está sujeto á cometer una falta, decia, y el mas noble esfuerzo es el perdonar. Diciendo algunas palabras de consuelo á esta jóven infeliz, aliviaria su corazon. Afligido

y todo en desórden entró en su aposento y encontró aún en él á las damas, las que al verle tomaron un semblante muy triste.

Milord, dijo la marquesa, estoy muy contenta de veros aún. Como amigo de la familia, esperamos que nos dareis vuestros consejos en estas circunstancias. Yo creo, dijo Lady Greystock, que Milord debe estar tan embarazado como nosotros para saber lo que es necesario hacer. Aun ¡si él se hallase en situacion de repararlo! pero un hombre casado ¡es una cosa horrible!

¡Monstruo execrable! exclamó Lord Mortimer levantándose de su asiento y dando vueltas por el aposento; seria hacer un grande servicio al género humano purgar la tierra de él. Pero ¿dónde está la desgraciada? dijo con una voz interrumpida, y sin pronunciar el nombre de Amanda. En su cuarto, respondió la marquesa, y os aseguro, continuó, que ha manifestado mucha insolencia cuando Lady Greystock le ha hablado de volver á Irlanda. En cuanto á mí, yo la dejaré hacer lo que guste. En seguida habló de la resolucion que el marques habia tomado de dejar la casa é ir á la quinta, hasta que Amanda hubiese marchado, y añadió que ella y su hija le seguirian.

Seguramente, dijo Lord Mortimer, no tiene otro partido que tomar, que volver al lado de su padre; pero permitido, Milady, el que os suplique que no mireis como insolentes las espresiones que pueden habérsele escapado; que tengais piedad de su desgracia, y que endulceis sus penas. ¡Ah, mi Dios! dijo Lady Eufrasia, yo estoy penetrada de una compasion tal por ella, que he pensado enfermar. ¡Vos, pues, habeis tenido piedad de ella! dijo Mortimer sentándose al lado de Eufrasia. ¡Qué! ¡vos le habeis tenido compasion y habeis endulzado sus penas? Sí, dijo ella. Si alguna vez Lady Eufrasia ha tenido algun atractivo á los ojos de Mortimer, fué en este momento, en que tuvo la sencillez de creer que habia derramado una lágrima sobre la suerte desgraciada de Amanda.

El la tomó la mano. ¡Oh! mi querida Lady! la dijo con el acento de la ternura, ella sin duda tiene necesidad de

consuelo; solo de la mano de una muger puede otra muger esperar alivio en las heridas de su corazon. Lady Eufasia se apropió la espresion; dijo que iba al cuarto de Amanda, y él la condujo hasta la puerta. Vos vais á hacer el oficio de ángel consolando á los afligidos. ¡Ah! ¡es este un ministerio que sienta tan bien á una persona joven y amable!

Eufasia le dejó; pero en lugar de ir al aposento de Amanda, se retiró al suyo para ecshalar su rabia en imprecaciones contra Lord Mortimer por la inclinacion que aun conservaba hácia Amanda. Habiéndose Eufasia retirado, Lady Greystock volvió á contar todo lo que le habia dicho Mistriss Jennings, y lloró la fatalidad que le habia hecho tomar á Amanda en su compañía.

Este asunto era demasiado desagradable á Mortimer, y así se despidió de las damas. Habia oido hablar de sus preparativos para la marcha del dia siguiente, y diciendo que le quedaba poco tiempo para tomar algun reposo, se retiró precipitadamente, encargando á su criado que velase sobre lo que pasara, y le instruyese del momento en que dejasen la ciudad.

Sola Amanda y fatigada por tantas conmociones, se rindió al sueño, que le atrajo el olvido pasagero de sus penas. Despertóla el ruido que se hacia en la casa. Oyó un carruage, y creyendo ser el que habia pedido para su marcha, se fué á la ventana, desde la cual vió la carroza del marques, y que subieron á ella él, su muger y su hija. Luego de partida la carroza, llamó y compareció la ama de llaves en lugar de Mistriss Janes, que se habia llevado la marquesa] á la casa de campo. Amanda preguntó si habian dejado un carruage para ella. La muger respondió, que cuando en la víspera habia dicho que le tomasen, era demasiado tarde; pero que desde luego iba á enviar á buscarle.

Amanda se ocupaba en hacer su paquete, cuando una criada entró y le dijo que Lord Mortimer estaba abajo y pedia permiso para verla. Una agitacion mezclada de placer se apoderó de Amanda; esta no esperaba ver ya á

Lord Mortimer antes de partir á Irlanda, desde donde esperaba escribirle todos los pormenores del suceso. Su visita parecia anunciarle que no la habia juzgado del todo culpable, pues imaginaba que venia á asegurarle que la tenia en la misma opinion que antes. Sí, se decia á sí misma animada de este pensamiento, yo triunfaré de la malicia y de la traicion.

Ganó la delantera á la criada, sus piés no tocaban la tierra, y en un momento se encontró en los brazos de Mortimer, que los abrió casi involuntariamente para recibirla, sin lo cual débil, trémula y fuera de sí como estaba, habria caido á su vista: colocada sobre un sofá, y levantando la cabeza de encima de la espalda de Mortimer, exclamó: ¡Ah, ya os veo aquí! Sí, vos habeis venido á consolarme. Pluguiera al cielo que estuviese en estado de poder dar y recibir consuelos, respondió Mortimer; tal vez llegara el momento, (á lo menos me lisonjeo que llegará) en que ambos estaremos mas serenos. Endulzar vuestras penas será aliviar las mias; pues jamas, no, jamas se borrarán de mi memoria el amor y estimacion que he tenido hácia Amanda.

¡El amor y estimacion que habeis tenido hácia mí? dijo Amanda repitiendo las palabras de Mortimer, ¿luego no me los teneis ya? El tono doloroso con que pronunció estas palabras, penetró el corazon de Mortimer, y no hallándose en estado de hablar, se levantó y fué á una ventana á ocultar su agitacion.

Sus palabras, y despues su silencio, hicieron sospechar á la desgraciada Amanda una cruel verdad, esto es, su separacion de Mortimer. Vió en el concepto de este su honor perdido, y que habia llegado á ser ya el objeto de su desprecio, despues de haber sido el de su estimacion y el de su amor. Su amor era escesivo; pero la fiereza de su inocencia ultrajada la inclinaba al disimulo, y mientras Lord Mortimer estaba en la ventana, procuró salir del aposento sin ser observada; pero antes de llegar á la puerta, un desfallecimiento le quitó las fuerzas; sintió que las piernas le flaqueaban, y cayó en el suelo dando un grito. Lord

Mortimer, desatinado, llamó los criados á su socorro; la levantaron, y poniéndola sobre un sofá lloró sobre ella.

Yo he lastimado vuestra alma sensible, mi querida Amanda, le dijo él; pero con el mismo golpe he despedazado la mia. ¡Ah! la mas querida para mí aún de todas las mugeres! si el mundo tuviera de vuestros errores la misma compasion que yo, jamas habríais llegado á ser el objeto de la calumnia y del desprecio. ¡Qué palidez! ¡qué flor encantadora marchitada antes de tiempo! pero ¡una alma como la suya, elevada y noble en su origen, debia sucumbir bajo tanta deshonra? ¡Execrable Belgrave! habeis destruido la mejor obra de la naturaleza. ¡Oh mi querida Amanda! cuán grande es mi desgracia! Mientras el pesar de haberos perdido despedaza mi corazon, es preciso que disimule, sin tener siquiera el triste consuelo de manifestar un dolor de que el mundo se burlaria.

Así Mortimer ecshalaba su dolor al lado de Amanda desmayada. La ama de llaves, que hasta entonces habia escuchado á la puerta, compareció por fin y ofreció socorros: los suspiros de Amanda anunciaban un pronto recobro de sus sentidos. Lord Mortimer, no pudiendo sufrir las quejas dolorosas, á las que no dejaria de abandonarse al volver en sí, se determinó á alejarse antes de que hubiese vuelto á tomar todo su conocimiento.

Miss Fitzalan, dijo á la ama de llaves, partirá esta misma mañana; yo me encargo de procurarle un carruaje y un hombre que la conducirá hasta la casa de su padre. Sed buena y dulce con ella, mi querida señora, y contad con mi eterno agradecimiento. Cuando haya del todo vuelto en sí, entregadle esta carta. La ama de llaves prometió hacer todo lo que deseaba, y él se marchó.

Su proyecto era enviar á Amanda á Irlanda con una antigua criada de su madre y un criado de confianza. Le habia indignado la conducta de la marquesa y de Lady Greystock con respecto á Amanda, y la inhumanidad con que habian abandonado á esta desgraciada. La carta que habia dejado para ella, escitó tan vivamente la curiosidad de la ama de llaves, que cedió á la tentacion de abrirla,

en tanto que Amanda no estaba en estado de observarla. La carta estaba de modo que se podía abrir y volver á cerrar con la mayor facilidad. Su admiracion fué estrema al ver que contenia un billete de banco de quinientas libras esterlinas. La carta estaba concebida en estos términos.

“Amanda, miradme en adelante como hermano, y aceptad los servicios que en esta calidad puedo haceros; esto será para mí un consuelo que vos misma, me lisonjeo, estareis dispuesta á darme. Es necesario que volvais al lado de vuestro padre; no vacileis, os ruego, en hacer uso de este billete: vuestra condescendencia en este punto me probará que conservais aún un sentimiento de amistad por

“*Mortimer.*”

¡Qué suma! exclamó la ama de llaves, examinando el billete de banco. ¡Qué hermosa fortunilla para una muger de bien, si puedo juntarla con mis ahorros? Es lástima que cayese en manos de semejante criatura. La ama de llaves de Milady era tan fértil en invenciones como su misma señora. Corria á la verdad algun riesgo cometiendo esta infidelidad; pero la ventaja era bastante grande para hacérselo olvidar. Si podía desembarazarse de Amanda antes de que llegase el carruage de Lord Mortimer, confiaba salir bien con su proyecto. Amanda, ignorante de las atenciones de Mortimer, no se opondria al plan que le propusiese para su marcha. Salió llena de esta idea, y llamando un criado en quien tenia toda su confianza, le encargó fuese á buscar al instante una silla para el viaje. Volvió luego al lado de Amanda, que habia recobrado al fin su conocimiento.

Vamos, vamos, le gritó impeliéndola ásperamente, ¿habeis concluido vuestras escenas trágicas? Preparaos para vuestra marcha; el carruage que habeis pedido estará aquí luego. Amanda, despues de haber recorrido con los ojos el aposento, preguntó: ¿Ha marchado Lord Mortimer? Ciertamente, respondió la cruel muger. Os ha dejado ten-

dida en el suelo, y al tiempo de irse dijo que no os daria jamas nueva ocasion de engañarle. A esta noticia, se apoderó de Amanda una especie de frenesí: torcia sus manos; hablaba de Lord Mortimer con el lenguaje de la desesperacion, y arrojándose por tierra exclamó: ¡Este último golpe es mas duro de lo que yo puedo sufrir!

La ama de llaves se sorprendió, y temiendo que su agitacion retardase su marcha, la levantó, y le dijo que se calmase antes de ponerse en camino, pues su partida no podia diferirse, habiendo dejado órden la marquesa de despedirla de la casa aquella misma mañana.

¡Maldita casa! dijo Amanda, volviendo en su acuerdo á las brutales amonestaciones de la ama. ¡Oh! ¡pluguiese al cielo que jamas hubiese puesto los piés en ella! Hallándose demasiado débil para hacer sus lios, dijo que si quèrian ayudarla, estaria pronta á la llegada del carruage. La ama de llaves y una criada la siguieron á su aposento; la ayudaron á vestir y á hacer sus maletas, que dejó para que se las enviasen á Carberry-Castle, donde tenia aún ropa blanca y otros vestidos; de modo que se redujo á llevarse consigo muy poca ropa. Tenia solo algunas guineas en el bolsillo; pero llevaba un reloj de valor, y si el dinero le faltaba en el camino, sabia que de este mueble sacaria lo bastante para llegar hasta los brazos de su padre.

El carruage llegó por fin: ella bajó con el corazon despedazado y sosteniéndose con dificultad. Vió abajo á Nicolas, el criado que habia ido á buscar el carruage, disponiéndose á acompañarla, lo que le dijo que era inútil; pero él replicó que no era decoroso dejar viajar sola á una jóven como ella: esta atencion la enterneció. La idea del abandono en que iba á hallarse, la estremecia, y se conmovió hasta derramar lágrimas, al encontrar un ser humano que se interesase en su favor. El carruage tomó la ruta de Park-Gate, prefiriendo Amanda embarcarse allí que á Holy-Head. Despues de haber andado cuatro horas, el carruage se detuvo en una pequeña casa con apariencia de taberna. Amanda no queria bajar; pero era preciso mudar los caballos. La hicieron entrar en un pequeño

apósito, bajo, oscuro y hediondo. Estaba muy débil, y pidió té. Se admiró mucho al sentarse, de ver á Nicolas entrar en su aposento con un aire muy familiar, y sentarse tambien á su lado. Al principio creyó que estaba borracho; pero no observando en él síntoma alguno de embriaguez, empezó á temer que este hombre se creia autorizado á tratarla con insolencia despues de los insultos sufridos en la casa del marques: se levantó precipitadamente, y armándose de valor le mandó que se retirase, que ya le llamaria si era necesario.

Levantándose tambien Nicolas de su asiento y siguiéndola, la tomó en sus brazos diciéndole: ¡buen Dios! ¡Cómo os habeis hecho tan difícil en poco tiempo! Amanda arrojó un grito de horror é indignacion. ¡Cómo? dijo Nicolas, despues de lo que ha sucedido en casa, creo que no teneis necesidad de hacer la desdeñosa conmigo. ¡Oh Dios! exclamó Amanda, salvadme de las manos de este miserable.

La puerta se abrió, y compareció un muchacho de la posada, que dijo á Nicolas que le llamaban. Nicolas salió, Amanda se dejó caer en una silla. La imaginacion se le trastornaba, al pensar en los peligros que la circuian: ella se veia en poder de uno, y tal vez de muchos miserables; la casa en que se encontraba, le parecia propia para favorecer los actos de violencia, sin esperanza de encontrar socorro alguno. Se asomó á la ventana, con la idea de salir por allí y escaparse; pero volvió á su desesperacion, viendo delante de ella un buen número de gentes que bebian, y así no pudo sino levantar al cielo sus débiles manos.

Pocos minutos habia pasado en esta agonía, cuando abrieron la puerta. Era la dueña del figon, quien le dijo que Nicolas le presentaba sus respetos, y que sentia mucho hallarse obligado á volver á la ciudad, y no poderla acompañar hasta el fin de su viaje. ¡Ha marchado realmente? preguntó Amanda con estrema alegría. Sí, dijo la muger; una persona que ha llegado de Lóndres le dijo que volviese. ¡Y están prontos los caballos? dijo Amanda; le respondieron que sí. Yo quiero marchar al momento, dijo ella; este desdichado podria volver. La huéspeda la detu-

vo presentándole la cuenta. Amanda sacó el bolsillo y pagó, rogándola no la detuviese mas tiempo.

Amanda partió, muy contenta de salir de esta casa tan ruin. La silla habia hecho cerca de dos millas, cuando en un camino muy solitario, ó mas bien en un sendero en medio de un bosque, se detuvo de repente. Amanda, inquieta, preguntó lo que era, y se llenó de un terror que no puede describirse, viendo al coronel Belgrave acompañado de Nicolas. Entonces gritó, é instó al postillon á que siguiese adelante, pero en vano; él no se movió. Nicolas abrió la puerta, y el coronel Belgrave se arrojó al coche. Ella quiso salir por la puerta opuesta; pero él la tomó en sus brazos, y el postillon tocó los caballos á trote largo.

El criado de Belgrave se habia quedado oculto toda la noche en la casa del marques, por los cuidados de Mistriss Janes, para poder instruir á su amo de todo lo que ocurriese consecuente á la escena de la víspera. Sabiendo que el marques y toda su familia habian salido al campo, fué fácil á Belgrave, empeñar á los criados restantes, á entregar á Amanda en sus manos. Tenia por cierto que Nicolas conduciría á Amanda hasta alguna distancia de Lóndres; Belgrave y su lacayo fueron siguiendo el carruage. Cuando se detuvieron á la puerta del bodegon, el coronel hizo llamar á Nicolas, y convinieron en que el postillon pasaria por un camino que atravesaba el bosque á lo largo, y conducia á una casa de campo del coronel. Ejecutado el plan, y contento Nicolas, no de lo que acababa de hacer, sino de lo que acababa de ganar, volvió á tomar el camino de Lóndres

El coche y los dos criados enviados por Mortimer llegaron aun mucho ántes de lo que se les esperaba, y la ama de llaves bendijo su feliz estrella, en haber conseguido su fin, precipitando la marcha de Amanda. Lord Mortimer, que no podia soportar el pensamiento de dejar ir á Amanda sin verla otra vez, seguia de cerca el coche que le enviaba. Su dolor y su admiracion fueron terribles sabiendo que habia marchado. ¡Marchado! repitió él mudando el color.

La ama de llaves le dijo entonces que Miss Fitzalan habia alquilado una silla sin su conocimiento, al instante que llegó se arrojó adentro, aunque le dijeron que Milord iba á enviarle una. Ella ha dicho tambien, añadió la muger, que no tenia la menor necesidad de vuestros cuidados, y que no podia salir demasiado presto de esta casa donde habia sido tan desgraciada, ni alejarse demasiado de unas personas que la habian tratado tan mal.

Lord Mortimer preguntó si iba acompañada de alguno, y si habia recibido su carta. La ama respondió afirmativamente á ambas preguntas. Es regular, Milord, que hayais puesto en la carta alguna cosa muy agradable, pues se sonrió al abrir un papel que habia dentro, y exclamó: ¡Bueno! ¡bueno! esto es un consuelo.

Mortimer estuvo á pique de exclamar: ¡qué bajeza! pero se detuvo bastante, para ocultar una idea que se presentaba á su imaginacion, y agravaba cruelmente su pecho, representándole el objeto de su mas tierno amor, como indigno de él. Sin embargo, su inquietud por su seguridad se aumentaba á cada circunstancia; él la veia emprender un largo viaje bajo la proteccion de un criado, de quien no estaba satisfecho; y no pudiendo soportar los temores que le atormentaban, se determinó al instante á seguirla hasta que hubiese llegado al puerto.

La muger que Mortimer habia enviado con la silla, volvió á casa por su órden, y él subió á ella, prometiendo al postillon recompensarle largamente si iba con diligencia. Aun no habian mudado mas que una vez los caballos, cuando lord Mortimer divisó á Nicolas, á quien conocia bien, volviendo á Lóndres. Hizo detener la silla, y le preguntó dónde habia dejado á Miss Fitzalan. A fé mia, dijo Nicolas deteniéndose y quitándose el sombrero, la he dejado en muy buena compañía con el coronel Belgrave, á quien ella habia dado cita para el camino.

¡Qué horrible ceguedad! se dijo á sí mismo lord Mortimer; ¡nada, pues, la puede arrancar de la infamia! ¡Volvemos á Lóndres? preguntó el postillon. Lord Mortimer vaciló un momento; pero en seguida respondió que siguiese.

Estaba resuelto á ir hasta Park-Gate para asegurarse de si Amanda volvía á Irlanda. Apenas habia hecho una milla, cuando habiendo pasado su silla delante de otra, conoció en esta á Amanda y Belgrave. Al verlos, le acometió un temblor universal, y apartando los ojos exclamó: ¡Pérfida Amanda! Despues de haber ganado alguna delantera al coche de Belgrave, ordenó al postillon que tomase otro camino, y que con el rodeo de algunas millas volviese á conducirle á Lóndres.

Era manifiesto que Amanda se habia entregado ella misma en las manos de Belgrave, y de este modo le era indiferente saber si iba ó no á Irlanda, pues que no podia tener ya deseo alguno de reclamarla.

Cuando llegó á su casa, el primer objeto que se le presentó á la vista, fué su tia Lady Marta Dormer, que á sus instancias llegaba á Lóndres para apoyar sus proyectos. No se puede pintar la angustia y confusion de Mortimer á su vista; la aparicion de un espectro no le habria causado tan terrible impresion. Y bien, mi querido Federico, le dijo la buena tia, yo no he perdido el tiempo para obsecar vuestras órdenes; he volado aquí, puedo decir, con las alas del amor. ¡Pero dónde está vuestra divinidad? tengo grande deseo de verla para rendirle mis homenajes.

Lord Mortimer, en su embarazo inesplicable, se fué á la ventana. Yo me prometo ver en ella la perla de las mugeres; absolutamente quiero, Federico, conocerla hoy mismo. Mi querida tia, por amor del cielo, perdonadme. Decidme, continuó ella, ¿cuándo empezaremos á atacar á vuestro padre? ¡Nunca, nunca! dijo Mortimer con un aire trastornado. ¡Por qué, pues? suponeis, continuó Lady Marta, que será inflexible? Yo espero que no lo será á mi mediacion; pero decidme, Federico, ¿cuándo veremos á esta amable jóven? ¡Ay Dios! exclamó Mortimer golpeando su frente, está perdida para mí! sí, y para siempre!

Lady Marta se alarmó, observando por la primera vez la palidez y las miradas inquietas de su sobrino. ¡Buen Dios! dijo ella, ¿qué hay? qué ha sucedido? Lord Mortimer se vió entonces en la necesidad de contarle su triste

historia; pero la vergüenza de confesar que habia sido tan groseramente engañado, las agonías que le causaba este pensamiento, y la excesiva agitacion que habia tenido la noche precedente y durante todo el día, habian estinguido sus fuerzas, de suerte que le abandonaron de repente, y se desmayó.

¡Qué espectáculo para la buena Lady Marta, que lo amaba tiernamente! Conocía bien que le habia acaecido algun triste suceso, del que estaba ignorante, y lo supo del mismo lord Mortimer luego que hubo recobrado sus sentidos.

Despues de haberle hecho su afligida narracion, se retiró con resolucion de no ver persona alguna. Todas sus esperanzas eran muertas, y no podia renunciar á la triste ocupacion de echarla de menos en su soledad. Conocía que le era imposible arrancar á Amanda de su corazon. La habia mirado casi como esposa, y cuando lo hubiese sido en efecto, el desliz que habia sufrido no le habria causado un dolor mas vivo que si la muerte se la hubiese arrebatado. Cuando despues de haberse unido con ella la hubiese encontrado indigna de su afecto, habria podido sostener su desgracia con valor; pero verla abandonada á un vil malvado, era un golpe que no podia soportar.

CAPITULO VII.

Amanda se habia desmayado á la entrada del coronel en el coche, y tenia la cabeza apoyada en el seno de Belgrave cuando Lord Mortimer pasó: permaneció en esta situacion hasta que el coche entró en un camino desviado, donde el postillon se detuvo y el criado fué á buscar agua á una casilla; se la echaron á la cara, y con este auxilio volvió en sí, pero no podia oponer á Belgrave la menor palabra ni movimiento. Sentia una estremada debilidad, que miraba como precursora de la muerte; el abatimiento de su alma habia casi estinguido en ella la sensacion de sus desgracias.

Rehusó por señas los refrescos que querian hacerle tomar, y llegó en este estado cerca de las nueve de la noche á la casa de Belgrave, situada en medio de un grande bosque. El mismo la sacó del carruage y la colocó sobre un sofá en una gran sala. Allí comparecieron algunas mugeres trayendo algunos cordiales que pudiesen sacarla del estado débil é insensible en que estaba. Una de ellas presentó al coronel una carta que le turbó mucho. La habia traído un espreso, avisándole que su tío, cuyo título y bienes heredaba, estaba enfermo de peligro, y que era necesaria su presencia al lado del moribundo.

El coronel no estaba tan ciego en sus amores que despreciase su fortuna y su interes: una sucesion le era muy importante, pues que sus negocios estaban desarreglados; y como Amanda no estaba en estado de atender á ninguna de las proposiciones que pretendia hacerle, prontamente tomó la resolucion de partir, contando con que á su vuelta, que seria pronta, Amanda estaria no solo restablecida, sino tambien dispuesta á ceder á sus deseos.

Despidió á las mugeres que habian socorrido á Amanda, y tomándole la mano le dijo que estaba en la necesidad de separarse de ella por poco tiempo, dándole á entender que á su vuelta esperaba no encontrar obstáculo alguno á su dicha.—Vos debeis estar convencida, mi querida Amanda, le dijo friamente, de que vuestra reputacion está tan completamente perdida como si os hubiéseis entregado enteramente á mí; y pues que el sacrificio está hecho, ¿por qué no sacais de él las ventajas que podeis?

—¡Monstruo! le dijo Amanda, vuestros artificios han podido destruir mi reputacion; pero mi inocencia desafía vuestro poder.—Abandonad, Amanda, vuestra obstinacion, ó si no, no respondo de que á mi vuelta no me irrite al fin. Como vos no teneis necesidad alguna de dinero, me escusareis, mi querida niña, si tomo vuestro bolsillo para guardarlo; mis criados serán fieles quando no sean tentados, y quando no tengais con qué ganarlos y corromperlos.

Entonces se apoderó de la bolsa y reloj de Amanda, en consecuencia de una resolucion bien formada de antemano.

Habia explicado á sus criados el modo con que queria que fuese guardada y tratada, y ordenó que la condujesen á su aposento, y le hiciesen tomar algun alimento.

—Reflexionad bien, le dijo antes de marchar, en la situacion en que os hallais, y sabed apreciar, mientras aun teneis tiempo, las ventajas que os ofrezco: la riqueza, los placeres y la pasion de un hombre que os adora, no son cosas para desdeñarse. Yo verdaderamente estoy desesperado por haberos de dejar; pero los placeres que me prometo á mi vuelta, me indemnizarán de las penas de la ausencia. Al acabar estas palabras, intentaba darle un beso; pero ella gritó, y se apartó de él. Belgrave manifestó su mal humor; pero no teniendo tiempo que perder, remitió á otra ocasion la espresion de su descontento, y partió.

Amanda fué conducida á su aposento, y puesta sobre la cama con su vestido. Le ofrecieron pan y vino; pero no estaba en estado de comer: hacer representaciones á criaturas insensibles de que estaba cercada, era trabajo perdido. Ella sofocó sus suspiros y gemidos contra su almohada, para no dar ocasion á que se alegrasen en su dolor. Creia cercana su muerte, y era una idea horrible para ella estar separada de los objetos de su ternura, cuya presencia habria endulzado sus últimos momentos. Su padre y su hermano, llorando, eran los cuadros tristes que se presentaban á su imaginacion.—¡Caros objetos de mi ternura! exclamaba á media voz, Amanda jamas os volverá á ver; pero su último suspiro será para vosotros. ¡Ah! ¿por qué me he dejado arrancar del lado de mi padre?

Una jóven se acercó entonces á Amanda, y la observó con ojos malignos. Era la hija del conserge, que se habia dejado corromper de Belgrave á sabiendas de su padre. El la habia amado con ardor, y en la fuerza de su pasion la habia hecho dueña de su casa, donde ejercia una autoridad verdaderamente tiránica. Belgrave no conocia la violencia de su carácter, ni imaginaba que tuviese atrevimiento para contrariar las inclinaciones de su amo, ni para desobedecer sus órdenes, y con esta idea le habia encargado particularmente el velar sobre Amanda.

Pero apenas habia él salido, cuando juró que, fuesen las resultas las que fuesen, la jóven que habia conducido á la casa no se quedaria en ella. Partirá, decia, aun cuando é debiese echarme á mí misma á su vuelta: no se dirá jamas que una asquerosilla como esta me lo ha robado. Las otras criadas, temerosas delante de ella, no se atrevieron á contradecirla.

—Vamos, señora, dijo ella agarrando á Amanda por el brazo y levantándola de la almohada; dejad ya vuestro aire lánguido, y marchemos.—¿Qué quereis decir? respondió Amanda espantada.—Quiero decir que vais á dejar la casa al momento; yo me admiro ciertamente de que el coronel Belgrave haya tenido la resolucion de conducir aquí una criatura como vos.

—Os engañais, le dijo Amanda, si creéis que he venido aquí de buena gana: he sido conducida por fuerza, y por una infame traicion; yo no soy quien suponeis, y si como decís, me permitís irme de aquí, os miraré toda mi vida como una amiga, y rogaré por vos todos los dias.—¿Oh querida! respondió la jóven, no se me engaña tan fácilmente. Vamos, dijo á una criada, ayúdame á conducir á la puerta esta hermosa dama.—¿Buen Dios! exclamó Amanda, á quien las dos mugeres habian sacado de la cama violentamente, ¿qué quereis, pues, hacer de mí?—Yo no quiero sino que dejeis la casa.—Pero seguramente vos no me arrojaréis sin guia y á esta hora. Refirió entonces cómo el coronel Belgrave le habia quitado el reloj y el bolsillo, y suplicó á la jóven, en los términos mas patéticos, le prestase algun dinero, que le devolveria luego que hubiese encontrado á sus amigos; y acabó asegurándole que se alejaria con la mayor alegría y reconocimiento si le prestaba este auxilio, y un guia que la condujese hasta un lugar donde encontrase algun carruage.

—¿Bueno! replicó la jóven; las damas de vuestra calidad jamas hallan obstáculos para encontrar dinero y posada: ya adivino vuestro artificio; vos procurais aplacarme á fin de que os deje aquí hasta la vuelta del coronel; pero seria menester que yo fuese muy tonta; buena la hariaoms cier-

tamente. No, no, partid; partid en este mismo momento. Al mismo tiempo agarró ásperamente á Amanda por el brazo, y ayudada de la otra muger, la hizo bajar la escalera y la sacó de la casa, llevándola hasta muy adentro del bosque, y se volvió con su compañera, dejando á la desgraciada Amanda apoyada en un árbol. Esta fijó los ojos al rededor de sí; la noche estaba muy opaca, en la espesura del bosque no se veia otra luz que la de algunas estrellas, que servian solamente (usando de la espresion de Milton) para hacer visibles las tinieblas.—¡Mi Dios, tened piedad de mí! exclamó Amanda, sintiéndose desfallecer y caer: sin embargo, el aire fresco la reanimó. Descansó la cabeza sobre una pequeña elevacion, y en este momento la afliccion de su padre, al saber su desgraciado destino, se presentó á su imaginacion. ¡Ah! decia, él morirá de dolor cuando sepa que yo he sido arrojada de una casa como indigna de proteccion y aun de lástima; que su hija Amanda, que llevaba en su corazon y en quien esperaba encontrar los encantos de su vida, y su consuelo en la edad avanzada, no ha obtenido la compasion que no se rehusa al ser mas despreciable que se arrastra sobre la superficie de la tierra, y que ha perecido por falta de un miserable abrigo: ¡y mi pobre hermano! tambien seré para él un manantial de miseria y de desgracias. ¡Y Lord Mortimer compadecerá mi destino? ¡Ah! no puedo creerlo: él, que me ha dejado moribunda en las manos de criaturas insensibles, y que ha creido tan prontamente á mis calumniadores, debe tener un corazon endurecido ó inaccesible al sentimiento de mis sufrimientos; pero mis desgraciados padre y hermano no dudarán de mi inocencia, y me llorarán.

Esta idea, de la desgracia de su padre y de su hermano, y la compasion que sentia en su corazon para con estos objetos tan queridos, le dió ánimo para sufrir sus males y para conservarse á su ternura. Otro sentimiento consolador le vino tambien: consideró que era por una bondad especial de la Providencia el que se encontrara fuera de la mansion de la infamia por su misma espulsion: y mientras su corazon se llenaba de reconocimiento á esta idea, se

reanimaba poco á poco, y se levantó; pero sus fuerzas no correspondieron á su resolucion. La oscuridad se habia hecho mas profunda, y los senderos mas escabrosos por las ramas y troncos de los árboles. Despues de haber andado algun tiempo, empezó á creer que en lugar de salir del bosque, se habia enmarañado mas, y que le seria imposible el salir de él antes del dia. Con este pensamiento, y cediendo á su estremada fatiga, buscaba un lugar donde pudiese pasar el resto de la noche, cuando divisó una débil luz. Inmediatamente se encaminó hácia ella, y sirviéndole de guia, llegó á la estremidad del bosque, donde vió que la luz venia de un lugarcillo vecino: ella se dirigió á aquel punto. Un profundo silencio reinaba él, interrumpido solamente por los ladridos de algunos perros, que oyéndose de lejos tenian alguna cosa de imponente y triste.

Las luces, que iban desapareciendo sucesivamente, anunciaban que todas las casas iban á cerrarse para toda la noche: y aun cuando ellas estuviesen abiertas, decia Amanda, no encontraré entrada en ninguna, privada como me hallo de los medios de pagar el asilo que se me diera. Se estremeció a la idea de pasar la noche espuesta á las injurias del aire. Ahora sé, decia, lo que sufren los desgraciados que no tienen asilo. Caminaba poco á poco, y el ruido de sus mismos pasos la espantaba. Estaba ya muy cerca de la entrada del lugarcillo y á uno de sus extremos, cuando delante de una pequeña casa, separada de las otras por unos arboles viejos que la circuian, vió á un anciano respetable, que se podia haber tenido por un antiguo hermitano. Sus cabellos blancos y claros daban sombra a su frente: la impresion de un profundo pensamiento estaba pintada en su fisonomia: sus brazos cruzados sobre el pecho, y sus ojos, llenos de una dulce melancolía, estaban levantados hacia el cielo, como hacia la mansion de algun ser que le era amado, y hubiese perdido. Ciertamente, dijo ella, este anciano tendra piedad de mí; y sin que él la viese se le acercó. Tres veces quiso hablar, y otras tantas se estinguio la palabra en sus labios; al fin, tomando ánimo, articuló estas palabras:

—Tened piedad de mí, y al mismo tiempo cayó casi sin sentido á sus piés.

El alma del anciano estaba llena de toda la sensibilidad que su fisonomía anunciaba. Una mirada que arrojó sobre Amanda, renovó en él todos sus tiernos sentimientos, y llamó á su criado y á una vieja, su sola compañera, para que le ayudasen á levantar y conducir dentro de su casa á aquella jóven incógnita. El corazon de la buena muger era tan humano como el de su amo, y la juventud, la belleza, y la triste situacion de Amanda, escitaron igualmente su sorpresa y su piedad. Algun tiempo pasó antes que Amanda pudiese abrir los ojos, y en este primer momento su vista no estaba fija.—¡Ah, padre mio, padre mio, ya no os volveré á ver mas! Esto fué todo lo que pudo articular.

La condujeron á un pequeño aposento, en donde la vieja la desnudó y puso en la cama, y permaneció á su lado lo restante de la noche. Amanda se despertaba á menudo sobresaltada, y en una especie de delirio pronunciaba con horror el nombre de Belgrave como autor de todos sus males. Solo la mano de la muerte, decia, puede sanar la herida que ha hecho á mi corazon. Nombraba tambien á la marquesa; llamaba en su socorro á su padre, y echaba en cara á Mortimer el haber concurrido á perderla. Ella permaneció en este estado tres dias enteros, durante los cuales el anciano y la fiel criada la asistian con el mayor cuidado. Llamaron á un boticario, y una muchacha de la vecindad la velaba durante la noche. El anciano se estaba muchas veces al lado de la cama esperando algun síntoma favorable. Los discursos incoherentes de Amanda le penetraban el corazon: una dolorosa simpatía le hacia participar de las penas del corazon paternal, por el cual esta jóven manifestaba tanta ternura, y suplicaba al cielo que la reuniese con su desgraciado padre.

Al tercer dia por la tarde, despues de un largo sueño, se despertó Amanda, habiendo recobrado todo su conocimiento, y pocos minutos despues, se acordó muy bien de todas las circunstancias que habian precedido, y la habian puesto en la situacion en que se hallaba. Ella abrió la cortina, y vió á la vieja Eleonor sentada al lado de su cama.

Temo, le dijo ella con una sonrisa lánguida, haberos causado mucha pena y estorbo. No no, respondió la buena Eleonor, encantada de oirla hablar con toda calma, y tirando toda la cortina para observar su semblante. Amanda le preguntó despues cuánto tiempo habia que estaba en la cama. Eleonor se lo dijo, y añadió: vos debeis dar gracias al cielo, mi querida hija, de haberos conducido á la casa de mi amo, quien tiene mucho placer en socorrer á los desgraciados. El cielo se lo recompense, dijo Amanda.

El aposento estaba sombrío, y pidió que le abriesen los postigos. Eleonor la satisfizo, y un rayo del sol cerca de su ocaso alegró su corazon. Ella se acordó perfectamente de la figura del hombre venerable, á quien se habia dirigido á la puerta de la pequeña casa, y estaba impaciente por manifestarle su reconocimiento. Al dia siguiente se lisonjeó que cumpliria con este deber, y que estaria en estado de levantarse. Su solo deseo era juntarse con su padre. Antes que pudiese darle parte de lo que le habia sucedido, resolvió instruir de ello á su huésped, esperando que este hombre benefactor, le proporcionaria medios de pasar á Irlanda, ó que si no pudiese ayudarla en esto, le daria tiempo de escribir á su padre, aunque tenia mucha repugnancia en tomar este último partido, temiendo el terrible efecto que tal noticia le produciria.

Al dia siguiente, contra el parecer de Eleonor, Amanda se levantó, y luego que se vistió, envió á pedir á Mr. Howell, cuyo nombre acababa de decirle Eleonor, el permiso de verle.

Ella bajó á un aposento en el piso llano. Desde la ventana se veian un número de casas blancas apoyadas contra unas cuevas elevadas, cubiertas hasta su cima de árboles que empezaban á tener hojas. Delante de las casas habia un riachuelo de agua corriente y pura, donde unas jóvenes lavaban la ropa, y otras la tendian sobre las hayas, unas y otras divirtiéndose su trabajo, cantando, conversando y riendo juntas.

¡Dichosas criaturas! exclamó Amanda; al pié de las montañas que os han visto nacer, estais al abrigo de los vicios,

de las locuras y miserias del grande mundo. Los floridos senderos por donde pasais, no están sembrados de lazos; vuestros corazones no conocen las agonías; y la maldad de los hombres no marchita, antes de tiempo, la flor de vuestra juventud.

El anciano pareció é interrumpió las reflexiones de Amanda. Cuando él vió que Amanda volvía su cara hácia él, y con un aire de dulzura angélica, esparcida en todos sus rasgos tenderle sus manos débiles y suplicantes, y manifestarle con una voz dulce y sensible todo su reconocimiento, no pudo contener su conmocion; él apretó dulcemente las manos de Amanda entre las suyas; las lágrimas corrian sobre su cara, y exclamó: doy gracias al benéfico autor de la naturaleza, que conserva y reanima esta hermosa flor.

Un profundo suspiro de Amanda dió testimonio al anciano de cuán conmovida estaba, por los sentimientos que le manifestaba. El contuvo la espresion de su sensibilidad, para no afectar con demasiada fuerza la de Amanda.

¡Cuán dulce es, dijo ella, encontrar compasion en la desgracia! pero yo seria humillada si la obtuviera, sin haber conseguido al mismo tiempo vuestra estimacion; y siento que no pueda tener derecho alguno á ella, antes de haberos explicado el modo con que he caido en la situacion en que me veís. En seguida le dió á conocer su familia y todos los sucesos de su vida.

¡Ah! mi querida hija, le dijo el anciano despues que hubo terminado su narracion, vos teneis mucha razon de sentir el haber conocido á Belgrave; pero el mal que os ha hecho sufrir será, yo lo espero, pasajero, y el que él me ha hecho durará toda mi vida. Vos pareceis sorprendida. ¡Ah! sin él, una hija tan amable y tan buena como Miss Fitzalan, consolaria mi vejez: vos teneis, yo lo veo, demasiada reserva y delicadeza, para manifestar la curiosidad que os inspiro; pero no vacilaré en satisfacerla. Mi historia os hará derramar lágrimas; pero los tormentos de nuestros semejantes nos ayudan á sufrir los nuestros.

CAPITULO VIII.

Hace muchos años que vine á establecerme en este pueblo extraviado. Yo me retiré á él, para alejarme de un mundo en que los vicios me habian hecho perder el bien mas querido de mi corazon. Dos hijos divertian mi soledad, y educándolos virtuosos, olvidaba la mitad de mis penas. Mi hijo, teniendo ya alguna instruccion, le envié á Oxford: un amigo me habia prometido procurarle alguna colocacion en el estado eclesiástico. Pero mi hija estaba destinada al retiro, no solo por el motivo de mi poca fortuna, sino por mi íntima conviccion, de que era el mejor medio de asegurar su felicidad. Juliana era de un carácter dulce y feliz. Ella no conocia mayor dicha que la de contribuir á la mia, ni otros placeres que los del pueblo, y era en fin una de las mas alegres y mas amables muchachas del canton. Un dia, ¡dia fatal! le permití ir con algunas otras compañeras jóvenes, á un baile campestre que daban los parientes de Belgrave, á sus arrendadores, viniendo á establecerse á Wood-House, de donde habia mucho que habian estado ausentes. Las gracias de mi hija atrajeron bien pronto la atencion del hijo de la casa. Aunque jóven, era ya un libertino declarado. El ejemplo del padre habia corrompido tempranamente al hijo, cuyas disposiciones eran ya viciosas. En seguida formó un proyecto infame, cuya ejecucion facilitaba la oscuridad de nuestra situacion.

Desde este momento buscó todas las ocasiones de ver á mi hija. Yo tuve luego sospechas, ó mas bien temores, pues no conocia la corrupcion de Belgrave; pero sabia bien que una aficion entre él y mi hija, haria la desgracia de mi Juliana, por causa de la desigualdad que la fortuna habia puesto entre los dos. No me era difícil convencer á mi hija de los peligros que habia en prestarse á semejan-

te pasion; pero ¡ah! veia con dolor que esta convicción traspasaba su corazon.

Belgrave, afectando siempre una gran dulzura y delicadeza, habia hecho en su corazon una impresion que no era posible borrarla. Sin embargo, resolvió hacer todos los esfuerzos, y tomar todos los medios que la prudencia podía sugerirle para complacerme, alejándose de Belgrave. Esta conducta, y el cuidado que yo tenia con ella, le convencieron luego que seria difícil adormecer mi vigilancia ó seducir su inocencia; y viendo que no podia conseguir ni verla, ni hacerle recibir sus cartas, al marcharse sus parientes de Wood-House, fingió que tambien se iria con ellos.

Juliana, al saber su marcha, procuró dominar su disgusto; pero las lágrimas que se le escapaban, y su palidez, anunciaban el estado de su alma. Yo no os diré lo que sufría yo cuando la veia penar. Mi compasion estaba mezclada de algun respeto por su virtud, viendo á un corazon tan jóven combatir así una pasion viva, desaprobada de su padre. El dia de la marcha de Belgrave, en la tarde, estando mas libre por haberse alejado el hombre que estaba obligada á evitar, fué á pasearse sola, é impelida, puede ser, de una especie de instinto, tomó el camino de Wood-House. Ella anduvo errante por las partes mas espesas del bosque, y allí exhaló sus sentimientos que no podia reprimir. La oscuridad del bosque se aumentaba con la cercanía de la noche. Al rededor de ella reinaba una profunda calma, muy propia para alimentar pensamientos tristes y tiernos. El nombre de Belgrave salia de su boca, y se quejaba de estar separada para siempre de él. Un ruido repentino se oyó detras de ella, y en el mismo instante vió á Belgrave á sus piés esclamando: Ya estamos reunidos, mi querida Juliana, para no separarnos mas. En su sorpresa y turbacion, tuvo mucha dificultad para defenderse de sus caricias. Cuando ella hubo vuelto en sí, él la dijo que venia para hacerle proposiciones honradas; pero que para llenar sus intenciones era preciso que lo siguiese.

Ella se puso pálida á esta proposicion, y declaró que ja-

mas consentiria en un matrimonio clandestino. No se desalentó por eso Belgrave: conocia el poder que tenia sobre el corazon de Juliana, y este conocimiento daba mucha fuerza á sus argumentos, y consiguió alterar y trastornar la resolucion de mi desgraciada hija. Ya habeis hecho, le decia él, un sacrificio suficiente al deber filial; ahora debeis alguna cosa á un amor como el mio, que me hace arrostrar los mas graves inconvenientes. Como yo no tengo la edad que requieren las leyes para contraer un empeño, no podemos dispensarnos de pasar á Escocia para unirnos. Yo ciertamente daria parte de este proyecto á vuestro padre, si no temiese su escrupulosa delicadeza, y las ideas esageradas que él se ha formado de la autoridad paternal: en fin, él dió á Juliana su palabra de honor que la volveria á conducir á su padre inmediatamente despues de la ceremonia. Sus argumentos insidiosos, las espresiones de su ternura, y la secreta inclinacion que mi hija le tenia, la persuadieron en fin, y la determinaron á marchar con él aquella misma noche.

Me es imposible pintaros mi desconsuelo, cuando á la mañana siguiente en lugar de mi hija encontré una carta en que me instruia de su evasion: basta deciros que esperimenté todas las agonías de un padre tierno, temblando por el honor y la felicidad de una hija querida. Ellas fueron tales, que habria sucumbido á su peso si hubiesen durado mas tiempo. Pero Belgrave, segun su promesa, volvió á conducirme á mi hija al cabo de algunos dias. Estaba un dia solo sumergido en la tristeza, cuando la ví arrojarse á mis piés sostenida por Belgrave, que se me presentó como su esposo. Yo recibí á mi hija en mis débiles brazos, y levantándola le ofrecí el corazon lleno de un piadoso reconocimiento al cielo que me la volvia pura. Sin embargo, no podia dejar de sentir que su union hubiese sido clandestina: instaba á Belgrave á que escribiese á su padre en los términos mas sumisos para obtener su consentimiento. El me lo prometió, pero dándome parte del temor que tenia de no poder lograrlo: me pidió que en caso de rehusarlo su padre, le guardase su muger en mi

casa hasta que hubiese llegado á la edad que se requeria. Su demanda me fué muy dulce, y un mes se pasó en que yo gozaba una perfecta felicidad, turbada solamente por el pesar de no recibir carta de su padre. Al espirar este término, Belgrave me dijo que era menester que fuese á juntarse con su regimiento; pero que él volveria inmediatamente, prometiendo tambien escribir á su esposa y á mí.

Con todo, se pasaron quince dias sin que recibiese ninguna noticia. Juliana estaba inquieta; pero su solo temor era de que estuviese enfermo. Estábamos desayunándonos una mañana, cuando oimos un carruage detenerse á nuestra puerta.—¡Ya está aquí, ya está aquí! exclamó Juliana, corriendo á la puerta que ella abrió. Pero cuál fué su sorpresa, viendo en lugar del hijo Belgrave, al padre, cuyo aire altanero y severo anunció anticipadamente su desgracia. ¡Ah! él nos hizo conocer prontamente el objeto de su visita. Nos dijo que venia para hacer anular el matrimonio de Juliana con su hijo. Mi hija protestó que creia que ningun medio podia operar en esta separacion, á la cual el honor y la ternura de su hijo Belgrave no se prestarian jamas.

No os lisonjeeis de ello, mi jóven señora, le dijo con una maligna sonrisa: Belgrave, vuestro querido Belgrave, de quien os creéis tan tiernamente amada, es el mismo que me ha autorizado á venir á declararos la intencion que tiene de hacer romper su casamiento por la razon de no tener la edad que se requiere.

Juliana no pudo oir mas; cayó desmayada en los brazos de su desgraciado padre. ¡Oh! qué situacion fué la mia cuando oí á mi corazon decirme que era crueldad volverle la vida! Ella en efecto recobró sus sentidos, pero para sentir mas cruelmente su desgracia. Su casamiento fué anulado, y su salud y felicidad la abandonaron. Con todo, yo la veia esforzarse por amor de mí, y soportar el peso de su triste existencia. Se emplearon inútilmente todos los socorros del arte; un dolor profundo y arraigado era causa de su muerte, que ningun remedio podia com-

batirlo. ¡Oh! cuántas veces me levantaba á media noche para escuchar desde la puerta si aun respiraba! ¡Cuántas veces, oyendo sus gemidos convulsivos, me acusaba de egoismo por desear la continuacion de una vida que no era para ella sino una prolongacion de horribles tormentos! Sí, al espectáculo de sus dolores, á menudo dije: Mi Dios, yo os la vuelvo, pues es cierto que solo en vos puede hallar su dicha. Pero ¡ah! la débil naturaleza volvía pronto á llevarseme mi resignacion, y postrado conjuraba al cielo que me dejase á mi hija, ó terminase mis dias con los suyos.

Ella me vió un dia mas abatido de lo ordinario, y me propuso que la condujese á pasear, con el pensamiento que haciendo ella misma algun esfuerzo, me daría un poco de ánimo; pero cuando ví á mi pobre hija en la flor de su edad no poder sostener su débil máquina; cuando la ví no poder dar un paso sin apoyarse en mi débil brazo, mi corazon se despedazó. En vano queria ella confortarme; yo apartaba mi semblante y lloraba. Ella propuso ir hasta Wood-House. Apenas estuvimos á la vista, cuando no pudo ir mas adelante, y nos sentamos. Habia un momento que estábamos allí, cuando vió salir del bosque á Belgrave con una jóven que ella conocia ser hija del conserge. La familiaridad con que parecian estar juntos, no dejaba duda alguna de sus conexiones. El semblante de Juliana tomó una palidez mortal. Ella se levantó, y nos volvimos juntos á casa, de donde en menos de una semana fué llevada al sepulcro.

Ocho años, continuó él despues de una pausa, se han pasado desde su muerte, y su mérito, su belleza y sus desgracias viven aún en la memoria de los habitantes del pueblo y en la mia. Yo no dejo alguna yerba mala mezclarse al espeso césped que cubre su tumba. Hacia la parte en que reposa su cabeza he plantado un rosal, en donde las flores echan sus capullos, se abren y mueren en esta tierra sagrada. Mi hija ha bajado al sepulcro antes que yo, y espero que ella me ayudará á bajar mas dulcemente. Yo la veo en todos los lugares que me circuyen.

Los adornos de este pequeño aposento son todos obra de sus manos, convertidos mucho tiempo ha en triste polvo. Es en esta cama Aquí se le ha escapado un profundo suspiro, y muchas lágrimas. En esta cama, continuó, ha dado ella su último suspiro, y yo el último beso á sus labios frios.

En la calma de las noches, cuando todo descansa, yo tengo gusto en contemplar este cielo, en el que creo que habita, y en el que prontamente me reuniré con ella. Sin esta esperanza, yo seria, de todos los seres que respiran, seguramente el mas desgraciado. ¡Oh, qué crueles son los hombres, que levantando dudas sobre una vida futura, destruyen una tan dulce esperanza! Hijos del error, tened encerradas en vuestros corazones vuestras impías dudas; no arranqueis por una barbarie sin objeto á los desgraciados su último consuelo, cuando este mundo no es mas para ellos que un lugar desierto y desolado, ¡cuán dulce les es pensar que hay otro en que todo es felicidad! Cuando lloramos la pérdida del objeto de nuestra tierna aficion, qué alivio es pensar que nos reuniremos un dia con él. Este dia ha enjugado muchas veces mis lágrimas, y detenido mis suspiros. ¡Qué digo? me ha dado algunas veces una especie de alegría, y hasta en la tumba que encierra los restos de mi querida Juliana, he exclamado: ¡Oh muerte! ¡dónde está tu victoria? ¡dónde están tus temibles facciones? Yo las desafio, pues que tengo la certeza de volver á ver algun dia á mi hija.

Amanda derramó lágrimas de una tierna compasion por la suerte de Juliana, y sintió todos los dolores del desgraciado padre, cuya narracion acrecentó su reconocimiento al cielo que acababa de arrancarla de las manos de un monstruo de perfidia y crueldad, como lo era Belgrave.

Howell dispó las inquietudes que tenia sobre los medios de volver al lado de su padre, asegurándole que no solamente la proveeria del dinero necesario para su viage, sino que la acompañaria hasta Park-Gate.

Este nombre de Howell habia hecho impresion á Amanda. Ella no habia olvidado á su jóven amigo del país de Gáles, y preguntó á Howell si era pariente de un jóven mi-

nistro que habia conocido en las cercanías de Tudor-Hall, y supo con un estremado placer que el anciano era su padre. La dulzura de carácter de Enrique le hace propio para la carrera que ha abrazado; ella le aparta de la disipacion y de las pasiones del gran mundo. El pastor tiene la sencillez de su rebaño.

Amanda solo quiso dedicar dos dias á reparar sus fuerzas. Howell hizo venir una silla, en la que se puso con ella muy de mañana. La buena Eleonor, despues de haberle prestado de su guardaropa algunas frioleras, la acompañó con sus deseos políticos. El cementerio estaba cerca de un cuarto de legua distante del pueblo. Solo estaba separado del camino por una pared baja y arruinada. Arboles viejos daban sombra á los sepulcros cubiertos de césped, y daban á este recinto un aspecto sombrío y religioso. ¿Veis, dijo Howell á Amanda tomándole la mano y bajando el vidrio de la portezuela, veis la cama donde descansa mi Juliana?

El sepulcro, en efecto, se distinguia de los otros por un rosal, á quien el viento fresco de la mañana agitaba las hojas, y un espeso césped le cubria. Amanda lo vió con un sentimiento de profunda tristeza, pero que procuraba no manifestar por no aumentar el de aquel desgraciado padre. En cuanto á Howell, sus lágrimas corrian sobre sus mejillas arrugadas por la edad, y exclamó: Allí reposa el objeto que me fué tan querido.

La debilidad de Amanda no permitia viajar con mucha presteza. Ella hizo una noche en el camino, y al dia siguiente llegó á Park-Gate con gran satisfaccion suya, pues hasta allí habia tenido temores de que Belgrave no la persiguiese. Un paquebot debia salir á las cuatro de la tarde. Ella hizo una ligera comida con su nuevo y be-

néfico amigo; y se despidieron uno de otro derramando aún muchas lágrimas. Amanda le prometió escribirle luego que hubiese llegado. Despues de haberla él mismo conducido á la lancha, tuvo sus ojos sobre ella hasta que entró en el paquebot; y vuelto á la posada, se puso en marcha para restituirse á su casa, satisfecho su corazon de haber aliviado las penas de una persona desgraciada.

FIN DEL TOMO TERCERO.

UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA

3 0112 101622550